


HANNAH ARENDT

LOS
ORIGENES
DEL
TOTALITARISMO

taurus


Título original: *The origins of the totalitarianism*
© 1951, 1958, 1966, 1968, 1973 by Hannah Arendt
Editor: Harcourt Brace Jovanovich, Inc., Nueva York
ISBN 0-15-679153-7 edición original

Versión española de GUILLERMO SOLANA

A HEINRICH BLÜCHER

© de esta edición, TAURUS EDICIONES, S. A., 1974
Plaza del Marqués de Salamanca, 7. MADRID-6

ISBN 84-306-1122-3

Depósito Legal: M. 35595-1974

PRINTED IN SPAIN

2

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION
NORTEAMERICANA

No someterse a lo pasado ni a lo futuro. Se trata de ser enteramente presente.

KARL JASPERS

Dos guerras mundiales en una sola generación, separadas por una interrumpida serie de guerras locales y de revoluciones, y la carencia de un Tratado de paz para los vencidos y de un respiro para el vencedor, han desembocado en la anticipación de una tercera guerra mundial entre las dos potencias mundiales que todavía existen. Este instante de anticipación es como la calma que sobreviene tras la extinción de todas las esperanzas. Ya no esperamos una eventual restauración del antiguo orden del mundo, con todas sus tradiciones, ni la reintegración de las masas de los cinco continentes, arrojadas a un caos producido por la violencia de las guerras y de las revoluciones y por la creciente decadencia de todo lo que queda. Bajo las más diversas condiciones y en las más diferentes circunstancias, contemplamos el desarrollo del mismo fenómeno: expatriación en una escala sin precedentes y desarraigamiento en una profundidad asimismo sin precedentes.

Jamás ha sido tan imprevisible nuestro futuro, jamás hemos dependido tanto de las fuerzas políticas, fuerzas que parecen pura insania y en las que no puede confiarse si se atiene uno al sentido común y al propio interés. Es como si la Humanidad se hubiera dividido a sí misma entre quienes creen en la omnipotencia humana (los que piensan que todo es posible si uno sabe organizar las masas para lograr ese fin) y entre aquellos para los que la impotencia ha sido la experiencia más importante de sus vidas.

Al nivel de la percepción histórica y del pensamiento político prevalece la opinión generalizada y mal definida de que la estructura esencial de todas las civilizaciones ha alcanzado su punto de ruptura. Aunque en algunas partes del mundo parezcan hallarse mejor preservadas que en otras, en lugar alguno pueden proporcionar esa percepción y ese pensamiento una guía para las posibilidades del siglo o una respuesta adecuada a sus horrores. La esperanza y el temor desbotados parecen a menudo más próximos al eje de estos acontecimientos que el juicio equilibrado y la cuidadosa

percepción. Los acontecimientos centrales de nuestra época no son menos olvidados efectivamente por los comprometidos en la fe en un destino inevitable que por los que se han entregado a un infatigable optimismo.

Este libro ha sido escrito con un fondo de incansable optimismo y de incansable desesperación. Sostiene que el Progreso y el Hado son dos caras de la misma moneda; ambos son artículos de superstición, no de fe. Fue escrito por el convencimiento de que sería posible descubrir los mecanismos ocultos mediante los cuales todos los elementos tradicionales de nuestro mundo político y espiritual se disolvieron en un conglomerado donde todo parece haber perdido su valor específico y tornádose irreconocible para la comprensión humana, inútil para los fines humanos. Someterse al simple proceso de desintegración se ha convertido en una tentación irresistible no sólo porque ha asumido la falsa grandeza de una «necesidad histórica», sino porque todo lo que le era ajeno comenzó a parecer desprovisto de vida, de sangre y de realidad.

La convicción de que todo lo que sucede en la Tierra debe ser comprensible para el hombre puede conducir a interpretar la Historia como una sucesión de lugares comunes. La comprensión no significa negar lo que resulta afrentoso, deducir de precedentes lo que no tiene tales o explicar los fenómenos por tales analogías y generalidades que ya no pueda sentirse el impacto de la realidad y el shock de la experiencia. Significa, más bien, examinar y soportar conscientemente la carga que nuestro siglo ha colocado sobre nosotros — y no negar su existencia ni someterse mansamente a su peso—. La comprensión, en suma, significa un atento e impremeditado enfrentamiento a la realidad, un comportamiento de ésta, sea como fuere.

En este sentido es posible abordar y comprender el afrentoso hecho de que un fenómeno tan pequeño (y en el mundo de la política tan carente de importancia) como el de la cuestión judía y el antisemitismo llegara a convertirse en el agente catalítico del movimiento nazi en primer lugar, de una guerra mundial poco más tarde y, finalmente, de las fábricas de la muerte. O también la grotesca disparidad entre causa y efecto que introdujo la época del imperialismo, cuando las dificultades económicas determinaron en unas pocas décadas una profunda transformación de las condiciones políticas en todo el mundo. O la curiosa contradicción entre el proclamado y cínico «realismo» de los movimientos totalitarios y su evidente desprecio por todo el entramado de la realidad. O la irritante incompatibilidad entre el poder actual del hombre moderno (más grande que nunca hasta el punto incluso de ser capaz de poner en peligro la existencia de su propio Universo) y la impotencia de los hombres modernos para vivir en ese mundo, para comprender el sentido de ese mundo que su propia fuerza ha establecido.

El designio totalitario de conquista global y de dominación total ha sido el escape destructivo a todos los callejones sin salida. Su victoria puede coincidir con la destrucción de la Humanidad; donde ha dominado comenzó por destruir la esencia del hombre. Pero volver la espalda a las fuerzas destructivas del siglo resulta escasamente provechoso.

Lo malo es que nuestra época ha entretenido tan extrañamente lo bueno

con lo malo que, sin «la expansión por la expansión» de los imperialistas, el mundo habría llegado a estar unido; sin el artificio político de la burgesía del «poder por el poder», jamás se habría discutido la medida de la fortaleza humana y, sin el mundo ficticio de los movimientos totalitarios en los que pusieron de relieve con inigualable claridad las incertidumbres esenciales de nuestro tiempo, podríamos haber sido conducidos a nuestra ruina sin darnos cuenta siquiera de lo que estaba sucediendo.

Y si es verdad que en las fases finales de totalitarismo aparece éste como un mal absoluto (absoluto porque ya no puede ser deducido de motivos humanamente comprensibles), también es cierto que sin el totalitarismo podríamos no haber conocido nunca la naturaleza verdaderamente radical del mal.

El antisemitismo (no simplemente el odio a los judíos), el imperialismo (no simplemente la conquista) y el totalitarismo (no simplemente la dictadura), uno tras otro, uno más brutalmente que otro, han demostrado que la dignidad humana precisa de una nueva salvaguardia que sólo puede ser hallada en un nuevo principio político, en una nueva ley en la Tierra, cuya validez debe alcanzar esta vez a toda la Humanidad y cuyo poder deberá estar estrictamente limitado, enraizado y controlado por entidades territoriales nuevamente definidas.

Ya no podemos permitirnos recoger del pasado lo que era bueno y denominarlo sencillamente nuestra herencia, despreciar lo malo y considerarlo simplemente como un peso muerto que el tiempo por sí mismo enterrará en el olvido. La corriente subterránea de la Historia occidental ha llegado finalmente a la superficie y ha usurpado la dignidad de nuestra tradición. Esta es la realidad en la que vivimos. Y por ello son vanos todos los esfuerzos por escapar al horror del presente penetrando en la nostalgia de un pasado todavía intacto o en el olvido de un futuro mejor.

Verano de 1950

HANNAH ARENDT

PROLOGO A LA TERCERA PARTE: TOTALITARISMO

I

El manuscrito original de *The Origins of Totalitarianism* fue concluido en el otoño de 1949, más de cuatro años después de la derrota de la Alemania de Hitler, menos de cuatro años antes de la muerte de Stalin. La primera edición del libro apareció en 1951. Retrospectivamente, los años que pasé escribiéndolo, a partir de 1945, se me aparecen como el primer período de relativa calma tras décadas de desorden, confusión y horror —las revoluciones tras la primera guerra mundial, la ascensión de los movimientos totalitarios y el debilitamiento del Gobierno parlamentario, seguidos por toda clase de nuevas tiranías, fascistas y semifascistas, dictaduras de partido único y militares y, finalmente, el aparentemente firme establecimiento de Gobiernos totalitarios que descansaban en el apoyo de las masas¹; en Rusia, el año 1929, el año de lo que ahora se denomina la «segunda revolución», y en Alemania, en 1933.

Con la derrota de la Alemania nazi, parte de la historia llegaba a su

¹ Resulta, sin duda, muy inquietante el hecho de que el Gobierno totalitario, no obstante su manifiesta criminalidad, se base en el apoyo de las masas. Por eso apenas es sorprendente que se siguen a reconocer tanto los estudios como los políticos, los primeros por creer en la magia de la propaganda y del lavado de cerebro, los últimos por negarlo simplemente, como, por ejemplo, hizo repetidas veces Adenauer. Una reciente publicación de los informes secretos sobre la opinión pública alemana durante la guerra (*Idées 1939 a 1945*), realizados por el Servicio de Seguridad de las SS (*Meldungen aus dem Reich. Auswähl aus den Geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944*, editada por Heinz Boberach, Neuwied y Berlin, 1965), resulta muy reveladora al respecto. Muestra, en primer lugar, que la población se hallaba notablemente bien informada sobre los llamados secretos —las matanzas de judíos en Polonia, la preparación de un ataque a Rusa, etc.— y, en segundo lugar, el estado hasta el que las víctimas de la propaganda han permanecido capaces de formar opiniones independientes (pp. XVIII-XLX). Sin embargo, el punto de la cuestión es que esto no debuto de ningún modo el apoyo general al Régimen de Hitler. Es completamente obvio que el apoyo de las masas al totalitarismo no proceda ni de la ignorancia ni del lavado de cerebro.

hasta el grado en que todavía eran válidas, fueron trasladadas a otros capítulos. En la segunda edición yo había añadido un Epílogo en el que examinaba brevemente la introducción del sistema ruso en los países satélites y la revolución húngara. Este examen, escrito mucho más tarde, era diferente en su tono, ya que se refería a acontecimientos contemporáneos y se tornó anticuado en muchos detalles. Ahora lo he eliminado, y éste es el único cambio sustancial de esta edición en comparación con la segunda (la de bolsillo).

Resulta obvio que el final de la guerra no significó el final del Gobierno totalitario en Rusia. Al contrario, fue seguido por la bolchevización de Europa oriental, es decir, la extensión del Gobierno totalitario, y la paz no ofreció más que un significativo punto de inflexión desde el que analizar las similitudes y diferencias en métodos e instituciones de los dos regímenes totalitarios. Lo que fue decisivo no fue el final de la guerra, sino la muerte de Stalin ocho años más tarde. Retrospectivamente parece que esta muerte no fue simplemente seguida por una crisis de sucesión y un «deshielo» temporal hasta que hubiera logrado afirmarse un nuevo líder, sino por un auténtico, aunque nunca inequívoco, proceso de destotalitarización. Por eso, desde el punto de vista de los acontecimientos, no había razón para actualizar ahora esta parte de mi obra; por lo que a nuestro conocimiento del período en cuestión se refiere, no ha cambiado drásticamente lo suficiente para exigir extensas revisiones y adiciones. En contraste con Alemania, donde Hitler empleó conscientemente su guerra para desarrollar y, valga decir, perfeccionar el Gobierno totalitario, el período de la guerra en Rusia fue un período de suspensión temporal de la dominación total. Para mis propósitos son de máximo interés los años desde 1929 a 1941 y posteriormente de 1945 a 1953, y nuestras fuentes para estos períodos son tan escasas y de la misma naturaleza que lo eran en 1958 e incluso en 1949. Nada ha sucedido ni es probable que suceda en el futuro, que pueda presentarse con el mismo inequívoco final de la historia o las mismas pruebas horriblemente claras e irrefutables con que documentarlo como sucedió en el caso de la Alemania nazi.

La única adición importante para nuestro conocimiento, el contenido del Archivo de Smolensko (publicado en 1958 por Merte Fainsod) ha demostrado hasta qué punto seguirá siendo decisiva para todas las investigaciones sobre este período de la historia rusa la escasez de la más elemental documentación y de material estadístico. Porque aunque los archivos (desembriados en la sede del partido en Smolensko por los servicios alemanes de información y capturados luego en Alemania por las fuerzas de ocupación americanas) contienen unas 200.000 páginas de documentos y se hallan virtualmente intactos en lo que se refiere al período comprendido entre 1917 y 1958, la cantidad de información que no nos pueden proporcionar es verdaderamente sorprendente. Incluso con «una casi inabarcable abundancia de material sobre las purgas» desde 1929 a 1957, no contienen indicación del número de víctimas ni de otros vitales datos estadísticos. Donde dan cifras, éstas son desesperanzadoramente contradictorias; las diferentes organizaciones proporcionan series distintas, y lo que

fin. Este parecía el primer momento apropiado para examinar los acontecimientos contemporáneos con la mirada retrospectiva del historiador y el celo analítico del estudioso de la ciencia política, la primera oportunidad para tratar de decir y comprender lo que había sucedido, no aún *sine ira et studio*, todavía con dolor y pena y, por eso, con una tendencia a la exageración, pero ya no con mudo resentimiento e impotente horror. (He dejado mi prólogo original en la edición actual para indicar el talante de aquellos años.) Era, en cualquier caso, el primer momento posible para articular y elaborar las preguntas con las que mi generación se había visto forzada a vivir durante la mayor parte de su vida de adulto: ¿Que ha sucedido? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo ha podido suceder? Porque tras la derrota alemana, que dejó tras de sí un país en ruinas y una nación que sentía que había llegado al «punto cero» de su historia, emergieron montañas de escritos virtualmente intactos, una superabundancia de material documental sobre cada aspecto de los doce años que había conseguido durar el *Tausendjähriges Reich* de Hitler. Las primeras selecciones generosas de este material, *entbarres de richesses*, que incluso hoy en manera alguna han sido adecuadamente publicadas e investigadas, comenzaron a aparecer en relación con el proceso de Nuremberg de los principales criminales de guerra en 1946, en doce volúmenes de *Nazi Conspiracy and Aggression*.²

Cuando en 1958 apareció la segunda edición (de bolsillo), estaba ya disponible en bibliotecas y archivos mucho más material documental y de otro género, referente al régimen nazi. Lo que yo entonces aprendí era suficientemente interesante, pero apenas exigía cambios sustanciales tanto en el análisis como en el argumento de mi estudio original. Parecía aconsejable realizar numerosas adiciones y sustituciones de citas en las notas, y el texto fue considerablemente ampliado. Pero estos cambios eran todos de naturaleza técnica. En 1949, los documentos de Nuremberg eran conocidos sólo parcialmente y en su traducción inglesa, y gran número de libros, folletos y revistas, publicados en Alemania entre 1953 y 1945, no estaban todavía disponibles. Además, tuve en cuenta en cierto número de adiciones algunos de los más importantes acontecimientos tras la muerte de Stalin —la crisis de sucesión y el discurso de Kruschev ante el XX Congreso del Partido—, así como nueva información sobre el régimen de Stalin obtenida de nuevas publicaciones. Así es que revisé la Tercera Parte y el último capítulo de la Segunda Parte, mientras que la Primera Parte, referente al antisemitismo, y los primeros cuatro capítulos sobre el imperialismo permanecían inalterados. Por otro lado, existían ciertos atisbos de una naturaleza estrictamente teórica, que yo no poseía cuando concluí el manuscrito original, terminado con unas «Observaciones conyuntivas» que eran más bien inconclusivas. El último capítulo de esta edición, «Ideología y terror», reemplazó a aquellas «Observaciones», que,

² Desde el comienzo, la investigación y la publicación del material documental han estado guiadas por la preocupación por actividades delictivas y la selección se ha realizado habitualmente con el fin de perseguir a los criminales de guerra. El resultado es que se ha despreciado gran parte de un material muy interesante. El libro mencionado en la nota uno constituye una muy grata excepción a la regla.

llegamos a saber de forma indudable es que muchas de esas cifras, si llegaron a existir, fueron retiradas por orden del Gobierno³. Además, el Archivo no contiene información sobre las relaciones entre las diferentes ramas de la autoridad, entre el partido, los militares y el NKVD, o entre el partido y el Gobierno, y se muestra mudo respecto de los canales de comunicación y mando. En suma, no sabemos nada acerca de la estructura de la organización del régimen, de la que estamos tan bien informados con respecto a la Alemania nazi⁴. En otras palabras, mientras se ha sabido siempre que las publicaciones oficiales soviéticas servían fines propagandísticos y eran profundamente indignas de crédito, ahora resulta que las fuentes fiables y el material estadístico no existieron probablemente en parte alguna.

Cuestión mucho más seria es la de si un estudio sobre el totalitarismo puede permitirse ignorar lo que ha sucedido y sigue sucediendo en China. Aquí nuestro conocimiento es aún menos seguro de lo que era sobre la Rusia de los años 30, en parte porque el país ha conseguido aislarse a sí mismo mucho más radicalmente contra los extranjeros tras la revolución victoriosa y en parte porque todavía no han venido en nuestra ayuda los desertores de los escalones superiores del partido comunista chino —lo que, desde luego, es en sí mismo suficientemente significativo—. Lo poco que hemos sabido durante diecisiete años esbozaba dos diferencias muy importantes: tras un período inicial de considerable derramamiento de sangre —el número de víctimas durante los primeros años de dictadura ha sido estimado plausiblemente en quince millones, aproximadamente un 5 por 100 de la población de 1949 y, en términos de porcentaje, considerablemente menos que las pérdidas demográficas debidas a la «segunda revolución» de Stalin— y tras la desaparición de una oposición organizada, no hubo un aumento del terror ni mananzas de personas inocentes, ni categoría de «enemigos objetivos», ni procesos espectaculares, aunque sí existieron en gran medida confesiones públicas y «autocríticas», ni crímenes descarados. El famoso discurso pronunciado por Mao en 1957, «Sobre la manipulación correcta de las contradicciones en el pueblo», usualmente conocido bajo el equívoco título «Dejemos que aparezcan cien flores», no fue ciertamente un alegato en favor de la libertad, pero reconocía contradicciones no antagonísticas entre las clases y, lo que es todavía más importante, entre el pueblo y el Gobierno, incluso bajo una dictadura comunista. La forma de tratar con los oponentes era la «rectificación del pensamiento», un elaborado procedimiento de constante moldeamiento y remoldeamiento de las mentes al cual más o menos parecía sujeta toda la población. Nunca supimos muy bien cómo o menos funcionó este sistema en la vida cotidiana, quién estaba exento de él —es decir, quién «remoldeaba»—, y carecemos de indicaciones sobre los resultados del «lavado de cerebros», si fue duradero y produjo cambios de personalidad. Si se con-

fiara en las presentes declaraciones de los dirigentes chinos, todo lo que se consiguió fue hipocresía en gran escala, el «terreno de cultivo de la contrarrevolución». Si esto era terror, como muy ciertamente era, se trataba de un terror de diferente género y, cualesquiera que fuesen sus resultados, no diezmó la población china. Reconocía claramente un interés nacional, permitía al país desarrollarse pacíficamente, emplear la competencia de los descendientes de las antiguas clases dominantes y mantener niveles académicos y profesionales. En suma, era obvio que el «pensamiento» de Mao Tse-tung no siguió la trayectoria de Stalin (o de Hitler, en esta cuestión), que no era un asesino por instinto, y que el sentimiento nacionalista, tan destacado en todos los levantamientos revolucionarios en los antiguos países coloniales, fue lo suficientemente fuerte como para imponer límites a la dominación total. Todo esto parecía contradecir ciertos temores expresados en este libro («Una sociedad sin clases», «Las masas»).

Por otra parte, el partido comunista chino, tras su victoria, apuntó inmediatamente a ser «internacional en su organización, omnicompreensivo en su alcance ideológico y global en sus aspiraciones políticas» (cap. XII, «Totalitarismo en el poder»), es decir, que sus rasgos totalitarios se hicieron manifiestos desde el comienzo. Estos rasgos se tornaron más prominentes con el desarrollo del conflicto chino-soviético, aunque el mismo conflicto puede haber sido desencadenado por cuestiones nacionales más que ideológicas. La insistencia de los chinos en rehabilitar a Stalin y denunciar los intentos rusos de destotalitarización como desviación «revisionista» fue suficientemente amenazadora y, para empeorar las cosas, fue acompañada por una política internacional predominantemente implacable, aunque hasta ahora inructuosa, que pretendía la infiltración de agentes chinos en todos los movimientos revolucionarios y la resurrección de la Kominintern bajo la dirección de Pekín. Todas estas evoluciones son difíciles de juzgar en el momento presente, en parte porque no sabemos lo suficiente y en parte porque todo continúa en un estado fluyente. A estas incertidumbres que corresponden a la naturaleza de la situación hemos añadido desgraciadamente las dificultades que son obra de nosotros mismos. Porque no facilita la cuestión, ni en la teoría ni en la práctica, el hecho de que hayamos heredado del período de la guerra fría una «contradictoria» oficial, el anticomunismo, que tiende también a ser global en sus aspiraciones y nos tienta a construir nuestra propia ficción para que nos neguemos en principio a diferenciar las diversas dictaduras unipartidistas comunistas, con las que nos enfrentamos en la realidad, del auténtico Gobierno totalitario, como puede desarrollarse, aunque en diversas formas, en China. Lo interesante, desde luego, no es que la China comunista sea diferente de la Rusia comunista o que la Rusia de Stalin fuera diferente de la Alemania de Hitler. La arbitrariedad y la incompetencia que tan ampliamente asoman en cualquier descripción de la Rusia de los años 20 ó de los años 30, y que siguen estando hoy muy extendidas, no desempeñaron papel alguno en la Alemania nazi, mientras que la indecible y gratuita crueldad de los campos alemanes de concentración y de exterminio parece haber estado considerablemente ausente de los campos rusos, donde los

³ Véase la obra de MERRLE FAINSOB, *Smolensk under Soviet Rule*, 1958, pp. 210, 206, 265, etc.

⁴ *Ibid.*, pp. 73, 93.

cautivos morían de abandono más que de tortura. La corrupción, el azote de la Administración rusa desde el comienzo, se halló presente en los últimos años del régimen nazi, pero aparentemente ha estado totalmente ausente de China después de la revolución. Podrían multiplicarse las diferencias de esta clase; son de gran significación y parte de la historia nacional de los respectivos países, pero no proporcionan una directa orientación sobre la forma de gobierno. Indudablemente, la monarquía absoluta fue algo muy diferente en España, en Francia, en Inglaterra y en Prusia; pero en todas partes constituyó la misma forma de gobierno. Lo que en nuestro contexto resulta decisivo es que el Gobierno totalitario resulta diferente de las dictaduras y tiranías; la capacidad de advertir esta diferencia no es en manera alguna una cuestión académica que pueda abandonarse confiadamente a los «teóricos», porque la dominación total es la única forma de gobierno con la que no es posible la coexistencia. Por ello tenemos todas las razones posibles para emplear escasa y prudentemente la palabra «totalitario».

En fuerte contraste con la escasez e incertidumbre de nuevas fuentes para el conocimiento fáctico con respecto al Gobierno totalitario, encontramos un enorme aumento en el número de estudios sobre todas las variedades de nuevas dictaduras, sean o no totalitarias, durante los últimos quince años. Esto, desde luego, es particularmente cierto en lo referente a la Alemania nazi y a la Rusia soviética. Existen ahora muchas obras que resultan indispensables para nuevas investigaciones y estudios del tema, y en consecuencia, me he esforzado por complementar mi antigua bibliografía (la segunda edición —de bolsillo— no llevaba bibliografía). El único género de textos que, con pocas excepciones, no he incluido adrede son las numerosas Memorias publicadas por los antiguos generales y altos funcionarios nazis tras el final de la guerra. (Es suficientemente comprensible y no debería bastar para alejarlas de nuestra consideración el hecho de que este género de apologías no brille por su honestidad. Pero la falta de comprensión que estas reminiscencias muestran respecto de lo que sucedió realmente y de los papeles que los mismos autores desempeñaron en el curso de los acontecimientos es verdaderamente sorprendente y les priva de todo menos de un cierto interés psicológico.) También he añadido los relativamente escasos puntos de importancia a las listas de lecturas correspondientes a la Primera y la Segunda Parte. Finalmente, por razones de conveniencia, la bibliografía, como el libro, aparece ahora dividida en tres partes separadas.

II

Por lo que a la documentación se refiere, la temprana fecha en que este libro fue concebido y escrito ha mostrado no constituir la dificultad que podía razonablemente presumirse, y esto es cierto tanto por lo que se refiere al material sobre la variedad nazi como sobre la variedad bolchevique del totalitarismo. Esta es una de las particularidades de la literatura sobre el totalitarismo: los primeros intentos de los contemporáneos de es-

cribir su «Historia», que, según todas las normas académicas, estaba destinada a zozobrar por falta de una impecable documentación y por su imprecisión emocional en el tema, han soportado notablemente bien la prueba del tiempo. La biografía de Hitler de Konrad Heiden y la biografía de Stalin de Boris Souvarine, escritas y publicadas en los años 30, son en algunos aspectos más precisas y casi en todos los aspectos más importantes que las biografías clásicas de Allan Bullock e Isaac Deutscher, respectivamente. Esto puede tener varias razones, pero una de ellas es ciertamente el simple hecho de que en ambos casos el material documental ha tendido a confirmarse y a complementar lo que ya se conocía gracias a los relatos de importantes desertores y de otros testigos oculares.

Por decirlo más drásticamente: no necesitamos el Discurso Secreto de Kruschev para saber que Stalin cometió crímenes o que este hombre supuestamente «sospechoso de locura» decidió confiar en Hitler. En lo que se refiere a este último, nada prueba mejor que esta confianza que Stalin no estaba loco; se mostraba justificadamente suspicaz respecto de todos aquellos a los que desaba o proyectaba eliminar, y entre éstos figuraba prácticamente la totalidad de los que ocupaban los más altos escalones del partido y del Gobierno; confiaba naturalmente en Hitler porque no le quería mal. Por lo que se refiere a Stalin, las sorprendentes declaraciones de Kruschev, que —por la obvia razón de que su audiencia y él mismo estuvieron totalmente complicados en el asunto— ocultaban considerablemente más de lo que revelaban, tuvieron el desgraciado resultado de minimizar a los ojos de muchos (y desde luego a los de los eruditos con su amor profesional por las fuentes oficiales) la gigantesca criminalidad del régimen de Stalin, que, al fin y al cabo, no consistió simplemente en la difamación de unos pocos centenares de miles de destacadas figuras políticas y literarias, a las que se podía «rehabilitar» póstumamente, sino en el exterminio de los literalmente indecibles millones de personas: a las que, ni siquiera Stalin, podía considerar sospechosas de actividades «contrarrevolucionarias». Y fue precisamente con el reconocimiento de algunos crímenes como ocultó Kruschev la criminalidad del régimen en conjunto, y es precisamente contra este camuflaje y contra la hipocresía de los actuales-dirigentes-rusos—todos-los-cuales-se-prepararon-y-progresaron—bajo Stalin— contra lo que se halla ahora en casi abierta rebelión la joven generación de intelectuales rusos. Porque ellos saben todo lo que es necesario saber sobre «las purgas masivas y la deportación y el aniquilamiento de pueblos enteros»⁵. La explicación que de los crímenes formuló Kruschev

⁵ A las víctimas del Primer Plan Quinquenal (1928-1933), estimadas entre nueve y doce millones, es necesario añadir las víctimas de la Gran Purga —se calcula que fueron ejecutadas tres millones de personas y deportadas entre cinco y nueve millones (véase la importante introducción de Robert C. Tucker, «Stalin, Bukharin, and History as Conspiracy» a la nueva edición de la relación literal del Proceso de Moscú de 1938, *The Great Purge Trial*, Nueva York, 1965). Pero todas estas estimaciones parecen ser inferiores a las cifras reales. No tienen en cuenta las ejecuciones en masa, de las que nada se supo hasta que «las fuerzas alemanas de ocupación descubrieron unos enterramientos en masa en la ciudad de Vístula que contenían millares de cuerpos de personas ejecutadas en 1937 y en 1938» (véase, de

—la demencia suspicacia de Stalin— ocultaba el aspecto más característico del terror totalitario, el de desatarse cuando ha muerto ya toda oposición organizada y el dirigente totalitario sabe que ya no necesita temer nada. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a la evolución rusa. Stalin comenzó sus gigantescas purgas no en 1928, cuando admitió: «Tenemos enemigos internos», y cuando tenía razones para sentir temor —sabía que Bujarin le había comparado con Genghis Khan y que estaba convencido de que la política de Stalin «estaba conduciendo al país al hambre, a la ruina y a un régimen policíaco»⁶, como así fue—, sino en 1934, cuando todos sus antiguos oponentes habían «confesado sus errores» y él mismo Stalin, en el XVII Congreso del Partido, también denominado por el «Congreso de los Triunfadores», declaró: «En este Congreso ... no hay nada más que demostrar y parece, nadie con quien luchar»⁷. No es que se ponga en duda el carácter sensacional y la decisiva importancia política que el XX Congreso del Partido tuvo para la Rusia soviética y para el movimiento comunista en general. Pero la importancia es política: la luz que las fuentes oficiales del período post-staliniano arrojan sobre lo sucedido antes no debe ser confundida con la luz de la verdad.

Por lo que a nuestro conocimiento de la era de Stalin se refiere, la publicación por Fainsod del Archivo de Smolensko, que he mencionado anteriormente, sigue siendo, con mucho, la más importante, y resulta deplorabile que la primera selección al azar no haya sido seguida por una más amplia publicación del material. A juzgar por el libro de Fainsod, queda mucho por saber del período de la lucha de Stalin por el poder a mediados de los años 20: sabemos ahora cuán precaria era la posición

del Partido⁸, no sólo porque prevalecía en el país un talante de franca oposición, sino porque se encontraba agobiado por la corrupción y la embriaguez; sabemos también que un manifiesto antisemitismo acompañaba a casi todas las demandas de liberación⁹; que el afán por la colectivización y la deskulakización a partir de 1928 interrumpió la NEP, la nueva política económica de Lenin, y con ella un comienzo de reconciliación entre el pueblo y su Gobierno¹⁰; conocemos cuán firmemente se opuso a tales medidas la solidaridad de toda la clase campesina, que decidió que «es mejor no haber nacido que unirse al koljós»¹¹ y se negó a ser dividida en campesinos ricos, medianos y pobres, para ser lanzada contra los kulaks¹² —hay alguien que es peor que estos kulaks, y es el que está pensando en cazar a la gente»¹³; y que la situación no era mucho mejor en las ciudades, donde los trabajadores se negaban a cooperar con los sindicatos controlados por el Partido y que denominaban a sus directores «diablos bien alimentados», «bizcos hipocritas» y cosas por el estilo¹⁴.

Fainsod señala ciertamente que estos documentos muestran con claridad no sólo «cuán extendido estaba el descontento de las masas», sino también la falta de una «oposición suficientemente organizada» contra el régimen en conjunto. Lo que no advierte, y lo que en mi opinión resulta igualmente probado, es que existía una obvia alternativa a la captura del poder por parte de Stalin y a la transformación de la dictadura de Partido único en dominación total y que ésta era la continuación de la NEP, tal como fue iniciada por Lenin¹⁵. Además, las medidas adoptadas por Stalin con la introducción del Primer Plan Quinquenal en 1928, cuando su con-

JOHN ARNSTRONG, *The Politics of Totalitarianism. The Communist Party of the Soviet Union from 1924 to the Present*. Nueva York, 1961, pp. 65 y ss.). Es innecesario decir que este último descubrimiento hace que los Regímenes nazi y bolchevique parezcan aun más variaciones del mismo modelo. Puede advertirse mejor hasta qué grado figuran en el centro de la oposición actual las mareas de la era staliniana, examinando el proceso de Sinavsky y Danilov, por la importante selección publicada en *The New York Times Magazine*, de 17 de abril de 1966, al que cito aquí.

⁶ Cita tomada de la obra de MERLE FAINSOUD, *How Russia Is Ruled*, Cambridge, 1959, p. 316. AROGHANMAN AVTORHANOV (en *The Reign of Stalin*, publicado bajo el seudónimo de «Uralov», en 1953 en Londres) habla de una reunión secreta del Comité Central del Partido en 1935 tras los primeros procesos espectaculares, en la que Bujarin, según el informe, acusó a Stalin de transformar el Partido de Lenin en un Estado policíaco y lo apoyado por más de las dos terceras partes de los miembros. Este relato, en especial lo referente al fuerte apoyo obtenido por Bujarin en el Comité Central, no parece muy plausible; pero aunque fuese cierto, teniendo en cuenta el hecho de que esta reunión se celebraba cuando la Gran Purga ya se había iniciado, no revela la existencia de una oposición organizada, sino más bien lo contrario. No revela la existencia de una oposición organizada, parece ser la de «el difundido descontento de las masas» era ya muy corriente, especialmente entre los campesinos, y que hasta 1928, al comienzo del Primer Plan Quinquenal, las huelgas... no eran infrecuentes», pero que semejantes «atendencias oposicionistas jamás llegaron a concretarse en cualquier forma de desafío organizado al Régimen», y que para 1929 ó 1930 «toda alternativa de organización se había estancado de la escena», si es que había llegado a existir anteriormente. (Véase *Smolensko under Soviet Rule*, pp. 449 y ss.)

⁸ «Lo asombroso», como indica FAINSOUD, *op. cit.*, p. 38, «no es que el Partido resultara triunfante, sino que al fin y al cabo logran sobrevivir».

⁹ *Ibid.*, pp. 49 y ss. Un informe de 1929 describe los violentos estallidos antisemitas durante una reunión; los miembros de Komsomol «presentes permanecieron callados». La impresión que podía recogerse era la de que todos estaban de acuerdo con las declaraciones antijudas» (p. 445).

¹⁰ Todos los informes de 1926 muestran un significativo «declive de los llamados disturbios contrarrevolucionarios, índices de la huelga temporal que el Régimen había logrado con el campesinado». En comparación con los de 1926 los informes de 1929-30 «parecen comunicados de un encamuzado frente de batalla» (p. 177).

¹¹ *Ibid.*, pp. 222 y ss.

¹² *Ibid.*, especialmente las pp. 240 y ss. y 446 y ss.

¹³ *Ibid.*, todas estas declaraciones proceden de los informes de la GPU; véanse especialmente las pp. 248 y ss. Pero resulta completamente característico el hecho de que tales declaraciones se tornaran mucho menos frecuente a partir de 1934, en el comienzo de la Gran Purga.

¹⁴ *Ibid.*, p. 310.

¹⁵ Se pasa habitualmente por alto esta alternativa por culpa de la comprensible pero históricamente insostenible convicción de que existió una evolución más o menos suave de Lenin a Stalin. Es cierto que Stalin casi siempre hablaba en términos feministas, de forma que a veces parecía que la única diferencia entre los dos hombres radicaba en la brutalidad o en la «mancia» del carácter de Stalin. Tanto si ésta era una actitud consciente por parte de Stalin como si no lo era, la verdad de la cuestión es, como correctamente observa TUCKER, *op. cit.*, p. XVI, que «Stalin llenó estos viejos conceptos leninistas con un nuevo contenido, distintamente staliniano... La característica más distinta fue el relieve por completo no leninista otorgado a la conspiración, que llegó a convertirse en el sello de la época».

trol del Partido era casi completo, demuestran que la transformación de las clases en masas y la concomitante eliminación de cualquier solidaridad de grupo eran la condición *sine qua non* de toda dominación total.

Con respecto a la indisputada dominación de Stalin a partir de 1929, el Archivo de Smolenski tiende a confirmar lo que ya sabemos de fuentes menos irrefutables. Esto es incluso cierto en el caso de algunas de sus curtos lagunas, especialmente las referentes a los datos estadísticos. Por que esta ausencia demuestra simplemente que, como en otros aspectos, el régimen de Stalin era implacablemente consecuente: todos los hechos que no estuviesen conformes o que ofrecieran la posibilidad de no coincidir con la ficción oficial —datos sobre cosechas, criminalidad, auténticos incidentes de actividades «contrarrevolucionarias», a diferencia de las ultteriores conspiraciones ficticias— eran tratados como carentes de existencia. Resultaba, además, completamente de acuerdo con el desprecio totalitario por los hechos y la realidad el que todos estos datos, en vez de ser recogidos en Moscú procedentes de las cuatro esquinas del inmenso territorio, fueran conocidos por vez primera en las respectivas localidades a través de su publicación en *Pravda*, *Izvestia* o cualquier otro órgano oficial de Moscú; de esta forma, cada región y cada distrito de la Unión Soviética recibía sus datos estadísticos oficiales y ficticios muy de la misma manera que recibía las no menos ficticias normas que le fijaba el Plan Quinquenal.¹⁸

Enumeraré brevemente unos pocos de los más sorprendentes puntos que antes podían ser sólo supuestos y que ahora han quedado demostrados por pruebas documentales. Siempre habíamos sospechado, pero no lo sabíamos con certeza, que el régimen nunca fue «monolítico», sino que se hallaba «consensuadamente» construido en torno a funciones superpuestas, duplicadas y paralelas y que su estructura grotescamente amorfa era conservada unida por el mismo principio del fñhrer —el llamado «culto de la personalidad»— que hallamos en la Alemania nazi¹⁷; que la rama ejecutiva de este Gobierno especial no era el Partido, sino la policía, cuyas «actividades operacionales no eran reguladas a través de los canales del Partido»¹⁸, que las personas enteramente inocentes a quienes el régimen liquidó a millones, los «enemigos objetivos» en el lenguaje bolchevique, sabían que eran «delincuentes sin un delito»¹⁹, que fue preci-

¹⁸ Véase FAINSOUD, *op. cit.*, especialmente pp. 365 y ss.

¹⁷ *Ibid.*, p. 93 y p. 71. Resulta completamente característico que los mensuales a todos los niveles recalcaran habitualmente las obligaciones contraídas con el camarada Stalin, y no con el Régimen, el Partido o el país. Nada subraya quizá más convincentemente las similitudes de los dos sistemas como lo que Ilya Ehrenburg y otros intelectuales stalinianos tuvieron que declarar en sus esfuerzos por justificar su pasado o simplemente por informar sobre lo que pensaban durante la Gran Purga. «Stalin no sabía nada de la insensata violencia empleada contra los comunistas, contra la *intelligentsia* soviética», «él se le ocultaban a Stalin», y así hubiera habido al menos alguien que se lo hubiera contado a Stalin» o, finalmente, «el culpable no era Stalin en absoluto, sino el correspondiente jefe de la policía». (Citas de Tucker, *op. cit.*, p. XIII). Es innecesario señalar que esto es precisamente lo que tuvieron que decir los nazis tras la derrota de Alemania.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 166 y ss.

¹⁸ Las palabras están tomadas de la apelación presentada por un «elemento

samente esta nueva categoría, diferenciada de los primeros auténticos enemigos del régimen —asesinos de funcionarios del Gobierno, incendiarios y bandidos— la que reaccionó con la misma «completa pasividad»²⁰ que conocemos también a través de las normas de conducta de las víctimas del terror nazi. Nunca hubo duda alguna de que la «oleada de denuncias mutuas» durante la Gran Purga resultó tan desastrosa para el bienestar económico y social del país como eficaz para fortalecer al dirigente totalitario, pero sólo ahora conocemos cuán deliberadamente puso en marcha Stalin «esta amenazadora cadena de denuncias»²¹ cuando proclamó oficialmente el 29 de julio de 1936: *Inalienable calidad de cada bolchevique en las circunstancias presentes debe ser la capacidad para reconocer a un enemigo del Partido por muy bien enmascarado que pueda hallarse* *»*.

(El subrayado es de la autora.) De la misma manera que la «Solución Final» de Hitler significaba para la élite nazi la obligatoriedad de cumplir el mandamiento «Tú matarás», la declaración de Stalin prescribía: «Tú levantarás falso testimonio», como norma directriz de la conducta de todos los miembros del Partido bolchevique. Finalmente, todas las dudas que hubieran podido alimentarse respecto de la dosis de verdad en la teoría según la cual el terror de los últimos años 20 y durante los 30 fue el «elevado precio en sufrimientos» que hubo que pagar por la industrialización y el progreso económico, se ven confirmadas por el primer vistazo a la situación y al curso de los acontecimientos en una determinada región.²² El terror no produjo nada de este género. El mejor documentado

extraño a la clase» en 1936: «Yo no quiero ser un delincuente sin un delito» (página 229).

²⁰ Un interesante informe de la OGPU, que data de 1931, subraya esta nueva «completa pasividad», esa horrible apatía que produjo el indiscriminado terror contra personas inocentes. El informe menciona la gran diferencia entre las antiguas detenciones de enemigos del Régimen cuando «un detenido era conducido por dos milicianos» y las detenciones en masa cuando «un miliciano podía conducir grupos de personas, andando éstas tranquilamente, sin que nadie intentara escapar» (p. 248).

²¹ *Ibid.*, p. 135.

²² *Ibid.*, pp. 57-58. Para conocer el creciente talante de simple histeria en estas denuncias en masa, véase especialmente pp. 222, 229 y ss., y la encantadora historia de la p. 235, en donde nos enteramos de que uno de los camaradas había llegado a pensar «que el camarada Stalin había adoptado una actitud conciliadora respecto del grupo trotskysta-zinovievista», reproche que en la época significaba, por lo menos, la inmediata expulsión del Partido. Pero no hubo tal suerte. El siguiente orador acusó de ser «políticamente desleal» al hombre que había tratado de superar a Stalin, y éste «confesó» inmediatamente su error.

²³ Por extraño que parezca, el mismo Fainsoud llega a tales conclusiones tras una acumulación de pruebas que apuntan en dirección opuesta. Véase su último capítulo, especialmente pp. 453 y ss. Es aún más extraño que esta mala interpretación de los hechos haya sido compartida por tantos autores. En realidad, apenas alguno ha llegado tan lejos en esta sutil justificación de Stalin como Isaac Deutscher en su biografía, pero muchos todavía insisten en que «las implacables acciones de Stalin eran... una forma de crear un nuevo equilibrio de fuerzas» (AARSTRONG, *op. cit.*, página 64), y concebida para ofrecer una solución brutal pero consecuente a alguna de las contradicciones básicas inherentes al mito leninista» (RICHARD LOWENTHAL, en su muy valioso *World Communism: The Disintegration of a Secular Faith*, Nueva York, 1964, p. 42). Existen algunas pocas excepciones a esta remitiencia marxista.

resultado de la deskulakización, la colectivización y la Gran Purga no fue ni el progreso ni la industrialización rápida, sino el hambre, las caóticas condiciones en la producción de alimentos y la despoblación. Las consecuencias han sido una perpetua crisis en la agricultura, una interrupción del desarrollo demográfico y el fracaso del desarrollo y la colonización del *hinterland* siberiano. Además, como evidencia el Archivo de Smolensk, los métodos de dominación de Stalin lograron destruir toda medida de competencia y capacidad técnica que el país hubiese adquirido tras la Revolución de Octubre. Y todo esto constituía, desde luego, un «alto precio», no sólo en sufrimientos, pagado para abrir carreras en las burocracias del Partido y del Gobierno a sectores de población que a menudo no eran sencillamente «analfabetos *et. politicos*». La verdad es que el precio de la dominación totalitaria fue tan alto que ni en Alemania ni en Rusia ha sido todavía completamente pagado.

III

He mencionado anteriormente el proceso de destotalitarización que siguió a la muerte de Stalin. En 1958, yo no tenía aún la seguridad de que el «deshielo» fuera algo más que una relajación temporal, un género de medida de emergencia debida a la crisis de sucesión y no diferente de la considerable relajación de los controles totalitarios durante la segunda gue-

rra mundial. Incluso ahora no podemos saber si el proceso es final e irreversible, pero con seguridad ya no puede ser denominado temporal o provisional. Porque aunque uno pueda observar el zigzagueo a menudo asombroso de la línea política soviética desde 1955, es innegable que la gran policía del imperio ha sido liquidada, que la mayor parte de los campos de concentración han sido cerrados, que no se han realizado nuevas purgas contra «enemigos objetivos» y que los conflictos entre los miembros de la nueva «dirección colegiada» son resueltos mediante destituciones y exilios de Moscú en vez de tener que recurrir a los procesos espectaculares, las confesiones y los asesinatos. Indudablemente, los métodos seguidos por los nuevos dirigentes en los años posteriores a la muerte de Stalin siguen de cerca la ruta impuesta por Stalin tras la muerte de Lenin: emergió un triunvirato denominado «dirección colectiva», término acuñado por Stalin en 1925, y después de cuatro años de intrigas y pugna por el poder, hubo una repetición del *coup d'état* de Stalin en 1929, es decir, la captura del poder por Kruschey en 1937. Técnicamente hablando, el golpe de Kruschey siguió los métodos de su difunto y denunciado amo muy de cerca. El también precisaba de una fuerza exterior para ganar poder en la jerarquía del Partido, y utilizó el apoyo del mariscal Zukov y del Ejército, exactamente de la misma manera que Stalin empleó sus relaciones con la policía secreta en la lucha de sucesión de hace treinta años²⁵. Como en el caso de Stalin, en donde el poder supremo tras el golpe continuó resistiendo en el Partido, no en la policía, así en el caso de Kruschey, «hacia finales de 1957, el Partido comunista de la Unión Soviética había logrado una indiscutible supremacía en todos los aspectos de la vida soviética»²⁶; porque del mismo modo que Stalin nunca dudó en purgar a los cuadros de su policía y en liquidar a su jefe, así Kruschey prosiguió sus maniobras dentro del Partido, eliminando a Zukov del Presidium y del Comité Central del Partido, cargos para los que había sido elegido tras el golpe, así como de su puesto de jefe supremo del Ejército.

En realidad, cuando Kruschey recurrió a Zukov en demanda de apoyo, la ascendencia del Ejército sobre la policía era un hecho consumado en la Unión Soviética. Esta había sido una de las consecuencias automáticas de la ruptura del imperio político, cuyo dominio sobre gran parte de las industrias, las minas y los inmuebles soviéticos había sido heredado por el grupo gerencial que se vio repentinamente desembarazado de su más serio competidor económico. La ascensión automática del Ejército fue aún más decisiva; ahora tenía un claro monopolio de los instrumentos de vio-

²⁵ ARNSTROM, *op. cit.*, p. 319 arguye que ha sido «típicamente exagerada» la importancia de la intervención de Zukov en la lucha interna del Partido, y asegura que Kruschey «arribó sin necesidad alguna de intervención militar», porque estaba «apoyado por el aparato del Partido». Esto no parece cierto. Pero es verdad que «muchos observadores extranjeros», en razón del apoyo del Ejército a Kruschey y contra el aparato del Partido, llegaron a la errónea conclusión de que se había producido un definitivo aumento de poder de los militares a expensas del Partido, como si la Unión Soviética hubiera estado a punto de pasar de una dictadura del Partido a una dictadura militar.

²⁶ *Ibid.*, p. 520.

²⁴ Véanse los interesantes detalles (FAINSOD, *op. cit.*) sobre la campaña de 1939 para eliminar a los «profesores reaccionarios» contra las prestezas de los miembros del Partido y del Komsomol, así como del cuerpo estudiantil, quienes no veían errazón para reemplazar a los excelentes profesores que no eran del Partido; después de lo cual, desde luego, una nueva Comisión informó rápidamente de la existencia de «gran número de elementos extraños a la clase entre el cuerpo estudiantil». Siempre se había sabido que uno de los fines de la Gran Purga era abrir carreras a la generación más joven.

lencia con el que decidir en los conflictos internos del Partido. Denota la sagacidad de Kruschev el que advirtiera antes que sus colegas las consecuencias de esta situación. Pero, cualesquiera que fuesen sus motivos, las consecuencias de este desplazamiento de la importancia desde la policía a los militares dentro del juego por el poder tuvieron una gran repercusión. Es cierto que la superioridad de la policía secreta sobre el aparato militar constituye característica determinante de muchas tiranías y no sólo de la totalitaria; pero en el caso del Gobierno totalitario la preponderancia de la policía no responde simplemente a la necesidad de reprimir a la población en el país, sino que encaja con la reivindicación ideológica a una dominación mundial. Porque es evidente que quienes consideraran a toda la Tierra como su futuro territorio reforzarán el órgano de la violencia doméstica y dominarán el territorio conquistado con métodos y personal policíacos más que con el Ejército. Así, los nazis emplearon esencialmente sus tropas SS como fuerza de policía para la dominación e incluso la conquista de territorios extranjeros, con el propósito final de amalgamar el Ejército y la policía bajo la dirección de las SS.

Además, el significado de este cambio en el equilibrio del poder se había manifestado anteriormente con ocasión de la represión por la fuerza de la revolución húngara. El sangriento aplastamiento de la revolución, terrible y efectivo como fue, había sido realizado por unidades del Ejército regular y no por tropas de la policía, y la consecuencia fue que en manera alguna constituyó una típica solución staliniana. Aunque la operación militar fue seguida por la ejecución de los dirigentes y el encarcelamiento de miles de personas, no hubo una deportación general del pueblo; en realidad, no se realizó intento de despoblar el país. Y como ésta era una operación militar y no una operación policíaca, los soviéticos pudieron permitirse el enviar ayuda suficiente al país derrotado para impedir el hambre generalizada y para conjurar el completo colapso de la economía en el año que siguió a la revolución. Nada, seguramente, hubiera estado más lejos de la mente de Stalin en circunstancias parecidas.

El más claro signo de que la Unión Soviética ya no puede ser denominada totalitaria en el sentido estricto del término es, desde luego, la sorprendente ligera y rápida recuperación de las artes durante la última década. En realidad, los esfuerzos por rehabilitar a Stalin y por detener las crecientes demandas orales de libertad de expresión y de pensamiento entre estudiantes, escritores y artistas se repiten una y otra vez, pero ninguno de ellos ha tenido éxito ni es probable que lo tenga sin un completo restablecimiento del terror y de la dominación policíaca. Es indudable que al pueblo de la Unión Soviética le son negadas todas las formas de libertad política, no sólo la libertad de asociación, sino la libertad de pensamiento, de opinión y de pública expresión. Parece como si nada hubiese cambiado, mientras que en realidad ha cambiado todo. Cuando Stalin murió, las gavetas de escritores y artistas se hallaban vacías; hoy existe toda una literatura que circula en forma manuscrita, y en los estudios de los pintores se ensayan todos los estilos de la pintura moderna, que llegan a conocerse aunque no sean expuestos. Esto no significa mini-

mizar la diferencia entre la censura tiránica y la libertad de las artes, es sólo recalcar el hecho de que la diferencia entre una literatura clandestina y la ausencia de literatura equivale a la diferencia entre uno y cero.

Además, el simple hecho de que los miembros de la oposición intelectual puedan tener un proceso (aunque sea a puerta cerrada), puedan hacerse oír en presencia del tribunal y contar con el apoyo exterior, no confesar nada, sino proclamarse inocentes, demuestra que ya no nos encontramos aquí con la dominación total. Lo que les sucedió a Sinyavsky y a Daniel, los dos escritores que en febrero de 1966 fueron juzgados por haber publicado fuera de la Unión Soviética obras que no podían haber publicado dentro, y que fueron sentenciados a siete y cinco años de trabajos forzados, respectivamente, es, desde luego, insultante según todas las normas de justicia en un Gobierno constitucional; pero lo que tuvieron que decir fue escuchado en el mundo entero, y no es probable que sea olvidado. No desaparecieron en el agujero del olvido que para sus oponentes preparan los dirigentes totalitarios. Menos bien conocido, pero quizá aún más convincente, es el hecho de que el propio y más ambicioso intento de Kruschev de invertir el proceso de destotalitarización concluyó en un completo fracaso. En 1957 presentó una nueva «ley contra los parásitos sociales» que hubiera permitido al régimen reintroducir las deportaciones en masa, restablecer los trabajos forzados en gran escala y —lo que resulta más importante para la dominación total— desencadenar otra oleada de denuncias en masa; porque se suponía que los «parásitos» habían de ser seleccionados por el mismo pueblo en reuniones de masas. La «ley», sin embargo, tropezó con la oposición de los juristas soviéticos y fue desechada antes siquiera de que hubiera podido ser ensayada²⁷. En otras palabras, el pueblo de la Unión Soviética ha pasado de la pesadilla de la dominación totalitaria a los múltiples peligros, dificultades e injusticias de la dictadura de partido único, y aunque es enarmentado cierto que esta moderna forma de tiranía no ofrece ninguna de las garantías del Gobierno constitucional, que, «incluso aceptando los presupuestos de la ideología comunista, todo el poder en la URSS es, en definitiva, ilegítimo»²⁸ y que, por ello, el país puede volver a caer en el totalitarismo de un día para otro sin que se produzcan revueltas importantes, también es cierto que la más horrible de todas las nuevas formas de gobierno, cuyos elementos y orígenes históricos trato de analizar, concluyó en Rusia con la muerte de Stalin de la misma manera que el totalitarismo acabó en Alemania con la muerte de Hitler.

Este libro estudia el totalitarismo, sus orígenes y sus elementos, así como sus consecuencias, tanto en Alemania como en Rusia, pertinentes en tanto que puedan arrojar alguna luz sobre lo sucedido antes. Por eso, en nuestro contexto no es el período que siguió a la muerte de Stalin, sino más bien los años de su dominación de la posguerra los que resultan importantes. Y esos ocho años, desde 1945 a 1953, confirman y prolongan.

²⁷ Véase *ibid.*, p. 325.

²⁸ *Ibid.*, pp. 339 y ss.

no contraricen ni añaden nuevos elementos, lo que ya se había tornado manifiesto desde mediados de los años 30. Los acontecimientos que siguieron a la victoria, las medidas para reaírmr la dominación total tras la relajación temporal del período de la guerra, adoptadas en la Unión Soviética, tanto como aquellas por las que se introdujo la dominación totalitaria en los países satélites, se hallaban todas conformes con las normas del juego, como habíamos de llegar a saber. La bolchevización de los satélites comenzó con las tácticas del Frente Popular y un fingido sistema parlamentario, prosiguió rápidamente hacia el claro establecimiento de dictaduras de partido único, en las que los jefes y los miembros de los partidos zneriormentes tolerados fueron liquidados, y después alcanzó la última fase cuando los dirigentes comunistas naivos, de quienes Moscú, con razón o sin ella, desconfiaba, fueron brutalmente acusados, humillados en procesos espectaculares, torturados y muertos bajo la dirección de los más corrompidos y desprestiables elementos del Partido, especialmente de quienes en un principio no eran comunistas, sino agentes de Moscú. Sucedió como si Moscú tratara de repetir a toda prisa las distintas fases de la Revolución de Octubre hasta la aparición de la dictadura totalitaria. Por eso toda la historia, aunque indeciblemente horrible, carece de gran interés por sí misma y ofrece escasas variaciones; lo que pasaba en un país satélite sucedía casi en el mismo momento en otros, desde el Báltico al Adriático. Los acontecimientos fueron diferentes en las regiones no incluidas en el sistema de satélites. Los Estados bálticos fueron directamente incorporados a la Unión Soviética, y su suerte fue considerablemente peor que la de los países satélites; más de medio millón de personas fueron deportadas de los tres pequeños países, y una «enorme marea de colonizadores rusos» comenzó a amenazar a las poblaciones nativas con el *status* de minorías en sus propias patrias²⁹. Por otra parte, sólo tras la erección del Muro de Berlín comenzó Alemania oriental a ser incorporada al sistema de satélites, puesto que anteriormente era más bien considerada como territorio ocupado con un «Gobierno Quisling».

En nuestro contexto resultan de gran importancia las evoluciones registradas en la Unión Soviética, especialmente a partir de 1948 —el año de la misteriosa muerte de Zhdanov y del «affaire de Leningrado». Por vez primera después de la Gran Purga, Stalin ejecutó a gran número de altos y altísimos funcionarios, y tenemos la certeza de que estas ejecuciones fueron proyectadas como preliminares de otra purga que alcanzaría a toda la nación. Si no hubiera sobrevivido la muerte de Stalin, esa purga habría sido desencadenada por el «complot de los médicos». Un grupo de destacados médicos judíos fue acusado de haber conspirado para «acabar con los cuadros directivos de la URSS»³⁰. Todo lo sucedido en Rusia entre 1948 y enero de 1953, fecha en que fue «descubierto» el «complot de los médicos», presenta una sorprendente y amenazadora semejanza con

los preparativos de la Gran Purga de los años 30: la muerte de Zhdanov y la purga de Leningrado se correspondían con la no menos misteriosa muerte de Kirov en 1934, que fue seguida inmediatamente por una especie de purga preparatoria de «todos los antiguos adversarios que permanecían dentro del Partido»³¹. Es más, el mero contenido de la absurda acusación formulada contra los médicos, es decir, que pensaban matar a todos los que ocuparan posiciones destacadas en todo el país, debió suscitar funebres presentimientos en todos aquellos que estaban familiarizados con los métodos de Stalin de acusar a un ficticio enemigo del crimen que él estaba próximo a cometer. (El ejemplo mejor conocido es, desde luego, su acusación de que Tujachevski conspiraba con Alemania, en el mismo momento en que él estudiaba la posibilidad de una alianza con los nazis.) Es obvio que en 1952 quienes rodeaban a Stalin comprendían mejor de lo que hubieran podido comprender en los años 30 lo que significaban sus palabras y que la simple formulación de la acusación debió extender el pánico entre todos los altos funcionarios del régimen. Este párrafo puede seguir siendo la explicación más plausible a la muerte de Stalin, a las misteriosas circunstancias que la rodearon y a la rápida solidificación de quienes ocupaban los más altos puestos del Partido, notoriamente debilitados por las rivalidades y las intrigas, durante los primeros meses de la crisis de sucesión. Por poco que sepamos, sin embargo, de los detalles de esta historia, lo que conocemos basta para confirmar mi convicción original de que tales «operaciones destructoras» como la Gran Purga no eran episodios aislados ni excusos del régimen provocados por circunstancias extraordinarias, sino que constituían una institución del terror, cuya aparición se esperaba a intervalos regulares —a menos, desde luego, que cambiara la verdadera naturaleza del Régimen.

El nuevo elemento más dramático de esta nueva purga, que Stalin planeó en los últimos años de su vida, fue un cambio decisivo en la ideología, la introducción de la idea de una conspiración mundial judía. Durante años se habían colocado cuidadosamente los cimientos de este cambio en cierto número de procesos realizados en los países satélites —el proceso de Rajk en Hungría, el asunto de Ana Pauker en Rumanía y, en 1952, el proceso de Slansky en Checoslovaquia—. En estas medidas preliminares altos funcionarios del Partido fueron singularizados por su procedencia de la «burguesía judía» y acusados de sionismo; esta acusación fue transformada gradualmente para poder implicar en ella a entidades no sionistas (especialmente al «American Jewish Joint Distribution Committee»), con objeto de indicar que todos los judíos eran sionistas y todos los grupos sionistas «mercenarios del imperialismo americano»³². No significaba, desde luego, nada nuevo en el crimen del «sionismo», pero a medida que la campaña progresó y comenzó a centrarse en los judíos de la Unión Soviética, se produjo otro cambio significativo: los judíos, más que de sionismo, eran ahora acusados de «cosmopolitismo», y la trama de las acusaciones

²⁹ FAINSOB, *op. cit.*, p. 56.

³² ARABSTRONG, *op. cit.*, p. 256.

²⁹ Véase, de STANLEY VARDYS, «How the Baltic Republics fare in the Soviet Union», en *Foreign Affairs*, abril de 1966.

³⁰ ARABSTRONG, *op. cit.*, pp. 255 y 55.

surgida de este *slogan* siguió aún más de cerca el modelo nazi de una conspiración mundial de los judíos en el sentido de los Sabios de Sión. Entonces se hizo asombrosamente evidente cuán profunda debía haber sido la impresión que en Stalin hizo este punto crucial de la ideología nazi —y cuyas primeras indicaciones se tomaron visibles tras el pacto Hitler-Stalin—, en parte, en realidad, por su obvio valor propagandístico tanto en Rusia como en todos los países satélites, donde estaban muy extendidos los sentimientos antijudíos y donde la propaganda antijudía había disfrutado siempre de una gran popularidad, pero en parte también porque este tipo de ficticia conspiración mundial proporcionaba una justificación ideológicamente más conveniente a las reivindicaciones totalitarias de dominación mundial que las que pudieran dar Wall Street, el capitalismo o el imperialismo. La franca y descarada adopción de lo que se había convertido para todo el mundo en el más destacado símbolo del nazismo fue el último cumplido a su difunto colega y rival en la dominación total, con el que, con gran disgusto por su parte, no había sido capaz de establecer un acuerdo duradero.

Stalin, como Hitler, murió a la mitad de una horrible tarea. Y cuando sobrevino su muerte, la historia que este libro tiene que narrar y los acontecimientos que trata de comprender llegaron a un final al menos provisional.

HANNAH ARENDT

Junio de 1966.

14

TERCERA PARTE
TOTALITARISMO

*Los hombres normales no saben que todo
es posible.*

DAVID ROUSSET

15

CAPÍTULO X
UNA SOCIEDAD SIN CLASES

1. LAS MASAS

Nada resulta más característico de los movimientos totalitarios en general y de la calidad de la fama de sus dirigentes en particular como la sorprendente celeridad con la que son olvidados y la sorprendente facilidad con que pueden ser reemplazados. Lo que Stalin logró laboriosamente después de muchos años y a través de ásperas luchas partidistas y de vastas concesiones al menos al nombre de su predecesor —principalmente, para autolegitimarse como heredero político de Lenin—, los sucesores de Stalin procuraron lograrlo sin concesiones al nombre de su predecesor, aunque Stalin había tenido treinta años para la tarea y pudo manejar un aparato propagandístico desconocido en tiempos de Lenin para inmortalizar su nombre. Lo mismo cabe decir de Hitler, que durante su vida ejerció una fascinación ante la que, según se dice, nadie se hallaba inmune, y que tras su derrota y muerte ha quedado hoy tan profunda-

¹ El «hechizo mágico» que Hitler ejercía sobre quienes le escuchaban ha sido reconocido muchas veces; entre otros, por los editores de las *Hitlers Ticsgespräche*, Bonn, 1951 (*Hitler's Table Talks*, edición americana, Nueva York, 1953; citas de la edición original alemana). Esta fascinación —«el extraño magnetismo que irradiaba de Hitler de forma tan apremiante»— se apoyaba, desde luego, «en la fe fanática en este mismo hombre» (Introducción de Gerhard Ritter, p. 147), en sus seudoauctorizados juicios sobre todo lo que existía bajo el sol y en el hecho de que sus opiniones —tanto si se referían a los efectos perjudiciales del hábito de fumar o a la política de Napoleón— podían ser encajadas en una ideología que lo abarcaba todo.

La fascinación es un fenómeno social, y la fascinación que Hitler ejerció sobre su entorno tiene que ser comprendida atendiendo a quienes le rodeaban. La sociedad se muestra siempre inclinada a aceptar inmediatamente a una persona por lo que pretenda ser, de forma tal que un chiflado que se haga pasar por genio tiene unas ciertas probabilidades de ser creído. En la sociedad moderna, con su caracte-

16

mente olvidado que escasamente desempeña papel alguno entre los grupos neofascistas y neonazis de la Alemania de la posguerra. Esta impermanencia tiene, sin duda, algo que ver con la proverbial volubilidad de las masas y de la fama que al respecto se le atribuye; pero muy probablemente puede remontarse a la manía del desplazamiento perpetuo de los movimientos totalitarios, que sólo pueden hallarse en el poder mientras estén en marcha y pongan en movimiento a todo lo que haya en torno de ellos. Por eso, en un cierto sentido, esta misma impermanencia es un testimonio más bien halagador para los dirigentes muertos en cuanto que lograron contaminar a sus súbditos con el virus específicamente totalitario; si existe algo semejante a una personalidad o mentalidad totalitarias, esta extraordinaria adaptabilidad, esta ausencia de continuidad, son indudablemente sus características relevantes. Por ello puede ser erróneo suponer que la inconsciencia y el olvido de las masas significan que se hallan curadas de la ilusión totalitaria, ocasionalmente identificada con el culto a Hitler o a Stalin; lo cierto puede ser todo lo contrario.

Sería aún más erróneo olvidar, por obra de esta impermanencia, que los regímenes totalitarios, mientras que se hallan en el poder, y los dirigentes totalitarios, mientras que se hallan con vida, «gobiernan y se afirman con el apoyo de las masas» hasta el final⁴. La elevación de Hitler al poder fue legal en términos de Gobierno de la mayoría⁵, y ni él ni Stalin hubieran podido mantener su dominio sobre tan enormes poblaciones, sobrevivido a tan numerosas crisis interiores y exteriores y desafiado a los numerosos pródiges de las implacables luchas partidistas de no haber contado con la confianza de las masas. Ni los procesos de Moscú ni la liquidación de la facción de Röhm hubieran sido posibles si esas masas no hubieran apoyado a Stalin y a Hitler. La extendida creencia de que Hitler

rística falta de discernimiento, esta tendencia ha sido reforzada de manera que cualquiera que no sólo posea opiniones, sino que las presente en un tono de convicción inmovible, no perderá fácilmente su prestigio aunque hayan sido muchas las veces en que se haya demostrado que estaba equivocado. Hitler, que por una experiencia de primera mano conocía el moderno caos de opiniones, descubrió que la inutilidad del examen de los diferentes opiniones y «el convencimiento... de que todo es un disparate» (p. 281) podían civilizarse, adquiriéndose a una de las muchas opiniones corrientes con «inquebrantable firmeza». Esta atteradora arbitrariedad de semejante fanatismo ejerce una gran fascinación en la sociedad, porque durante la duración de la reunión social se ve liberada del caos de opiniones que constantemente genera. Sin embargo, este «adorno» de la fascinación tenía solamente una importancia social; resulta destacado en las *Tischgespräche*, porque allí Hitler jugaba al juego de la sociedad y no estaba hablando a los de su propia clase, sino a generales de la *Wehrmacht*, todos los cuales pertenecían a sus o menos a la «sociedad». Creer que los éxitos de Hitler estuvieron basados en sus «poderes de fascinación» es totalmente erróneo: con aquella cualidad solamente, jamás hubiera podido ser algo más que una figura destacada en los salones.

⁴ Véanse las aclaradoras observaciones de CARLTON J. H. HAYES en «*The Novelty of Totalitarianism in the History of Western Civilization*», en *Symposium on the Totalitarian State*, 1939. Actas de la «American Philosophical Society», Filadelfia, 1940, vol. LXXXII.

⁵ Esta fue, desde luego, «la primera gran revolución de la Historia realizada mediante la aplicación del código formal legal existente en el momento de la conquista del poder» (HANS FRANK, *Recht und Verwältigung*, 1939, p. 8).

era simplemente un agente de los empresarios alemanes y la de que Stalin logró la victoria en la lucha sucesoria tras la muerte de Lenin sólo mediante una sinistra conspiración, son leyendas que pueden ser refutadas por muchos hechos, pero sobre todo por la indiscutible popularidad de los dirigentes⁴. Ni puede atribuirse su popularidad a la victoria de una propaganda dominante y mentirosa sobre la ignorancia y la estupidez. Por que la propaganda de los movimientos totalitarios que precede y acompaña a los regímenes totalitarios es invariabilmente tan franca como mendaz y a los futuros dirigentes totalitarios comienzan usualmente sus carreras jactándose de sus delitos pasados y perfilando sus delitos futuros. Los nazis «estaban convencidos de que en nuestro tiempo el hacer el mal posee una morbosa fuerza de atracción»⁵. Las afirmaciones bolcheviques, dentro y fuera de Rusia, de que no reconocían a las normas morales ordinarias se convirtieron en eje de la propaganda comunista, y la experiencia ha demostrado una y otra vez que el valor de la propaganda de hechos canalicados y el desprecio general por las normas morales es independiente del simple interés propio, supuestamente el más poderoso factor psicológico en política.

No es nada nueva la atracción que para la mentalidad del populacho supone el mal y el delito. Ha sido siempre cierto que el populacho acogerá satisfecho los «hechos de violencia con la siguiente observación admirativa: serán malos, pero son muy hábiles»⁶. El factor inquietante en el éxito del totalitarismo es más bien el verdadero altruismo de sus seguidores: puede ser comprensible que un nazi o un bolchevique no se sientan flaquear en sus convicciones por los delitos contra las personas que no pertenecen al movimiento o que incluso sean hostiles a éste; pero el hecho sorprendente es que no es probable que ni uno ni otro se conmuevan cuando el monstruo comienza a devorar a sus propios hijos y ni siquiera si ellos mismos se convierten en víctimas de la persecución, si son acusados y condenados, si son expulsados del partido o enviados a un campo de concentración. Al contrario, para sorpresa de todo el mundo civilizado, pueden incluso mostrarse dispuestos a colaborar con sus propios acusadores

⁴ El mejor estudio de Hitler y de su carrera es la nueva biografía de Hitler de ALAN BULLOCK, *Hitler, A Study in Tyranny*, Londres, 1952. Siguiendo la tradición inglesa de biografías políticas, hace un empleo metódico de todas las fuentes disponibles y proporciona una amplia imagen del fondo político contemporáneo. Esta obra ha eclipsado en sus detalles, aunque sigan siendo importantes para la interpretación general de los acontecimientos, a los excelentes libros de KONRAD HARBEN, especialmente *Der Fuehrer: Hitler's Rise to Power*. Poi lo que se refiere a la carrera de Stalin, Stalin: *A Critical Survey of Bolshevism*, de BONAS SOWYRINE, Nueva York, 1939, sigue siendo un clásico. La obra de ISAAC DUBROVSKY, *Stalin: A Political Biography*, Nueva York y Londres, 1939, es indispensable por su abundante material documental y su gran percepción acerca de las luchas internas del partido bolchevique; adolece de una interpretación en la que se compara a Stalin con Cromwell, Napoleón y Robespierre.

⁵ FRANZ BONKESAU, *The Totalitarian Enemy*, Londres, 1940, p. 231.

⁶ Cita de la edición alemana de «Los Protocolos de los Sabios de Sion», *Die Zionistischen Protokolle mit einem Vor- und Nachwort* von Theodor Fritsch, 1924, página 29.

17

Los movimientos totalitarios pretenden lograr organizar a las masas —no a las clases, como los antiguos partidos de intereses de las Naciones-Estados continentales; no a los ciudadanos con opiniones acerca de la gobernación de los asuntos públicos y con intereses en éstos, como los partidos de los países anglosajones. Mientras que todos los grupos políticos dependen de una fuerza proporcionada, los movimientos totalitarios dependen de la pura fuerza del número, hasta tal punto que los regímenes totalitarios parecen imposibles, incluso bajo circunstancias por lo demás favorables, en países con poblaciones relativamente pequeñas⁷. Después de la primera guerra mundial barió Europa una ola intensamente antidemocrática y productora de movimientos semitotalitarios y totalitarios; los movimientos fascistas se extendieron desde Italia a casi todos los países de la Europa central y oriental (la parte checa de Checoslovaquia fue una de las excepciones notables); sin embargo, incluso Mussolini, que tan orgulloso se mostraba del término «Estado totalitario», no intentó establecer un completo régimen totalitario⁸, y se contentó con una dictadura y un régimen unipartidista. Dictaduras similares no totalitarias surgieron en la Rumania de la guerra, en Polonia, los Estados bálticos, Hungría, Portugal y la España de Franco. Los nazis, que poseían un infalible instinto para advertir semejantes diferencias, acostumbraban a comentar desdenosamente las imperfecciones de sus aliados fascistas, mientras que su genuina admiración por el régimen bolchevique de Rusia (y el partido comunista en Alemania) sólo admitía parangón y equidibrida por su desprecio a las razas de Europa oriental⁹. El único

13 Los Gobiernos de Europa oriental bajo dominio de Moscú operan en favor de Moscú y actúan como agentes de la Komintern; constituyen ejemplos de la difusión del movimiento totalitario dirigido por Moscú, no de evoluciones nativas. La única excepción parece ser la de Tito, de Yugoslavia, que puede que rompa con Moscú porque comprendiera que los métodos totalitarios de inspiración rusa le costarían un gran porcentaje de la población yugoslava.

14 Prueba de la naturaleza no totalitaria de la dictadura fascista es el número sorprendentemente pequeño y las sentencias relativamente suaves impuestas a los acusados de delitos políticos. Durante la etapa particularmente activa de 1926 a 1932, los Tribunales especiales para delitos políticos impusieron siete penas de muerte, 237 sentencias a diez o más años de cárcel, 1.360 de menos de diez años y sentenciaron a muchos más al exilio. Además fueron detenidos y declarados inocentes unos 12.000, procediendo completamente inconcebible bajo las condiciones del terror nazi o del bolchevique. Véase la obra de E. KONS-BAVASTRET, *Dictatorships and Political Police: The Technique of Control by Fear*, Londres, 1945, pp. 51 y sigs.

15 Los teóricos de la política nazi declararon siempre con entusias que el «Estado dicto» de Mussolini y el «Estado ideológico» de Hitler (*Weltanschauungsstaat*) no pueden ser mencionados conjuntamente (GOTTFRIED NEESSE, «Die vertauschung der Gestaltung der Einparteien», en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 1938, tomo 98).

16 Goebbels, sobre la diferencia entre el fascismo y el nacionalsocialismo: «[El fascismo] no es... en absoluto como el nacionalsocialismo. Mientras que éste penetra hasta las raíces, el fascismo es sólo algo superficial» (*The Goebbels Diaries* 1942, 1945, ed. por Louis Lochner, Nueva York, 1948, p. 71). «[El Duce] no es un revolucionario como el Führer o como Stalin. Se halla tan ligado a su propio pueblo italiano, que carece de las amplias cualidades de un revolucionario y de un agudador mundiales» (*ibid.*, p. 468).

y a solicitar para ellos mismos la pena de muerte con tal de que no se vea afectado su *status* como miembros del movimiento⁷. Sería ingenuo considerar como simple expresión de idealismo ferviente a esta tozudez de convicciones que supera a todas las experiencias conocidas y que cancela todo inmediato interés por sí mismo. El idealismo, loco o heroico, siempre procede de una decisión y de una convicción individuales y está sujeto a la experiencia y a los argumentos⁸. El fanatismo de los movimientos totalitarios, contrario a todas las formas de idealismo, se rompe en el momento en que el movimiento deja a sus fanáticos seguidores en la estacada, matando en ellos cualquier convicción que quedara de que pudieran haber sobrevivido al colapso del mismo movimiento⁹. Pero dentro del marco organizador del movimiento, mientras que los mantenga unidos, los miembros fanatizados no pueden ser influidos por ninguna experiencia ni por ningún argumento; la identificación con el movimiento y el conformismo total parecen haber destruido la misma capacidad para la experiencia, aunque ésta resulte tan extremada como la tortura o el temor a la muerte.

⁷ Esta es realidad, es una especialidad del totalitarismo de tipo ruso. Es interesante señalar que en el primer proceso de ingenieros extranjeros en la Unión Soviética fueron empleadas ya como argumento para la autoacusación las simpatías por el comunismo: «Durante todo el tiempo las autoridades insistieron en que confesara haber realizado actos de sobotaje que jamás perpetré. Me negué. Me dijeron: 'Si usted está en favor del Gobierno soviético, como pretende estarlo, demuéstralo con sus acciones; el Gobierno necesita su confesión.'» Información de ANTON CUTORA, *The Russian Enigma*, Londres, 1940, p. 133.

⁸ Trotsky dio una justificación teórica de esta conducta: «Sólo podemos tener razón con y por el partido, porque la Historia no ha proporcionado otro medio. Los ingleses tienen un lema: 'Con mi país, con razón o sin ella.' Nosotros disponemos de una justificación histórica mucho mejor el decir que si algo es justo o injusto en ciertos casos concretos individuales, es el partido quien es justo o injusto» (SOLVARSINE, *op. cit.*, p. 361).

⁹ Por otra parte, los oficiales del Ejército Rojo que no pertenecían al movimiento tenían que ser juzgados a puerta cerrada.

¹⁰ El autor nazi ANDREAS PFENNING rechaza explícitamente la noción de que las SA estaban luchando por un «ideal» o la de que se sentían impulsadas por una «experiencia idealista». Su «experiencia básica nació en el curso de la lucha». *Ge-meinschaft und Staatwissenschaften*, en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, tomo 96, cita de ERNST FRAENKEL, *The Dual State*, Nueva York y Londres, 1941, p. 192. De la amplia literatura en forma de folletos editados por el centro principal de addectrinamiento (*Hitlerjugend-Schulungsamt*) de las SS, se deduce enteramente que la palabra «idealismo» había sido cuidadosamente evitada. No se exigía de los miembros de las SS idealismo alguno, sino «la profunda consciencia lógien en todas las cuestiones ideológicas y la implacable prosecución de la lucha política» (WENNER Best, *Die deutsche Polizei*, 1941, p. 99).

¹¹ A este respecto la Alemania de la posguerra ofrece muy luminosos ejemplos. Fue ya bastante sorprendente que las tropas americanas negras en manera alguna obtuvieran una acogida hostil, a pesar del masivo addectrinamiento racial emprendido por los nazis. Pero igualmente sorprendente fue el hecho de que en los últimos días de la resistencia alemana contra los aliados las Waffen-SS no lucharan «hasta el último hombre», y que esta unidad especial nazi de combate, «tras los enormes sacrificios de los años precedentes, que superaron con creces las pérdidas proporcionales de la Wehrmacht, en las últimas semanas actuara como cualquier otra unidad constituida por paisanos y se inclinara ante la desesperanza de la situación» (KARL O. PAETEL, «Die SS», en *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte*, enero de 1954).

18

hombre por quien Hitler sentía un «inalcanficado respeto» era «Stalin, el genio»¹³, y aunque en el caso de Stalin y del régimen ruso no poseemos (y presumiblemente jamás poseeremos) el rico material documental de que disponemos en el caso de Alemania, sabemos, sin embargo, desde el discurso de Kruschew ante el XX Congreso del Partido, que Stalin confiaba únicamente en un hombre y que este hombre era Hitler¹⁴.

El hecho es que en todos estos pequeños países europeos las dictaduras no totalitarias fueron precedidas por movimientos totalitarios, de forma tal que pareció como si el totalitarismo fuera un objetivo demasiado ambicioso que, aunque había servido bastante bien para organizar las masas hasta que el movimiento se apoderara del poder, el tamaño absoluto del país había forzado al posible jefe totalitario de las masas a marcos más familiares de dictaduras de clase o de partido. La verdad es que sencilla-

Himmler expresó la misma opinión en un discurso pronunciado en 1945 en una reunión de jefes militares: «El fascismo y el nacionalsocialismo son dos cosas fundamentalmente diferentes... no existe en absoluto comparación posible entre el fascismo y el nacionalsocialismo como movimientos espirituales e ideológicos.» Véase KOPP-BRAMSTEDT, *op. cit.*, apéndice A.

En los primeros años de la década de los 30, Hitler reconoció la afinidad entre los movimientos nazi y comunista: «En nuestro movimiento se unen los dos extremos: los comunistas de la izquierda y los oficiales y los estudiantes de la derecha. Estos dos han sido siempre los elementos más activos. Los comunistas eran los idealistas del socialismo...» Véase HAMBEN, *op. cit.*, p. 147. Röhm, el jefe de las SA, sólo repetía una opinión corriente cuando afirmó al final de la década de los 20: «Hay muchas cosas entre nosotros y los comunistas, pero nosotros respetamos la sinceridad de su convicción y su voluntad de sacrificio por su propia causa, y esto nos une con ellos» (ERNST RÖHM, *Die Geschichte eines Hochverrats*, 1935, edición popular, página 273).

Durante la última guerra los nazis se mostraron más dispuestos a reconocer como sus iguales a los rusos que a cualquier otra nación. Hitler, en mayo de 1945 y ante una reunión de *Reichsliters* y *Grüßler*, «comenzó con el hecho de que en esta guerra se están enfrentando entre sí la burguesía y los Estados revolucionarios. Nos ha resultado fácil derribar a los Estados burgueses porque eran completamente inferiores a nosotros en su preparación y en su actitud. Los países con una ideología superior a los Estados burgueses... [En el Este] nos enfrentamos con un adversario al que también alienta una ideología, aunque sea equivocada...» (*Goebbels Diarios*, p. 355). Esta estimación se hallaba basada en consideraciones, no militares sino ideológicas: «GOTTWIED-NIEßKE, *Partei und Staat*, 1936, dio la versión oficial de la lucha de los movimientos por el poder cuando escribió: «Para nosotros el frente unido del sistema se extiende desde el Partido Popular Nacional Alemán (es decir, la extrema derecha) a los socialdemócratas. El Partido comunista era un enemigo fuera del sistema. Por eso durante los primeros meses de 1933, cuando el destino del sistema estaba ya sellado, todavía nos quedaba por librar una batalla decisiva contra el partido comunista» (p. 76).

¹³ *Hitlers Tischgespräche*, p. 115. Allí encontramos también numerosos ejemplos que atacaban, contra ciertas leyendas de la posguerra, que Hitler nunca trató de defender a «Occidente» contra el bolchevismo, sino que siempre estuvo dispuesto a unirse a «los rojos» para la destrucción de Occidente, aun a mitad de la lucha contra la Rusia soviética. Véase especialmente pp. 95, 108, 113, págs. 158 y 385.

¹⁴ Ahora sabemos que Stalin fue repetidas veces advertido de la inminencia del ataque de Hitler a la Unión Soviética. Incluso cuando el agregado militar soviético en Berlín le informó del día del ataque nazi, Stalin se negó a creer que Hitler violaría el Pacto. (Véase el «Discurso sobre Stalin», de KRUSCHEW, texto proporcionado por el Departamento de Estado, *The New York Times*, 5 de junio de 1956.)

mente estos países no controlaban suficiente material humano para permitir una dominación total y las graves pérdidas de población inherentes¹⁵. Sin gran esperanza en la conquista de territorios más densamente poblados, los tiranos de esos pequeños países se vieron forzados a una determinada y resuelta moderación para no perder a las personas a las que tenían que dominar. Por ello, también el nazismo, hasta el estallido de la guerra y su expansión por Europa, se mantuvo retrasado respecto de su equivalente ruso en consistencia y crueldad; incluso el pueblo alemán no era suficientemente numeroso para permitir el desarrollo completo de esta novísima forma de gobierno. Sólo si hubiese ganado la guerra habría conocido Alemania una dominación totalitaria completamente evolucionada, y los sacrificios habrían alcanzado, no sólo a las «razas inferiores», sino a los mismos alemanes, tal como cabe deducir y estimar del legado de los planes de Hitler¹⁶.

En cualquier caso, sólo durante la guerra, después de que las conquistas en el Este proporcionaron grandes masas de población e hitos no posibles los campos de exterminio, pudo Alemania establecer una do-

¹⁵ La siguiente información proporcionada por SONVARIENE, *op. cit.*, p. 669, parece ser una relevante ilustración: «Según W. Krivitsky, cuya excelente fuente de información confidencial es la GPU: «En lugar de los 171 millones de habitantes calculados para 1937, sólo se encontraron 145 millones; de esta forma se habían perdido en la URSS cerca de 30 millones de personas.» Y esto, conviene no olvidarlo, sucedió tras la deskulakización de los primeros años de la década de los 30, que había costado unos ocho millones de vidas humanas. Véase *Communism in Action*, U. S. Government, Washington, 1946, p. 140.

¹⁶ Gran parte de estos planes, basados en los documentos originales, pueden hallarse en *Briefing de la Haute de Léon* (EULANOV, Paris, 1951, cap. 8 (edición americana bajo el título de *Harvest of Hate*, Syracuse, 1954); las citas pertenecen a la edición original francesa, pero sólo en cuanto se refieren al exterminio de los pueblos no germánicos, especialmente a los de origen eslavo. El hecho de que la máquina nazi de destrucción no se habría detenido ni siquiera ante el pueblo alemán resulta probado por un proyecto de ley sanitaria, redactado por el mismo Hitler, proponiendo «eliminar» del resto de la población a todas las familias que contaran con algún caso «aislado» de afecciones cardíacas o pulmonares, siendo, naturalmente, su liquidación física el siguiente paso. Este, como otros diferentes e interesantes proyectos para la victoria Alemania de la posguerra, se hallan contenidos en una carta circular a los jefes de distrito (*Kreisleiter*) de Hesse-Nassau en la forma de un informe sobre un debate desarrollado en el Cuartel General del Führer acerca de las medidas que tendrían que ser adoptadas antes... y después de una victoriosa terminación de la guerra». Véase la colección de documentos en *Nazi Conspiracy and Aggression*, Washington, 1946, et seq., vol. VII, p. 175. Al mismo contexto corresponden la proyectada promulgación de una legislación relativa a todos los extranjeros, mediante la cual tenía que ser legalizada y ampliada la «autoridad institucional» de la policía, principalmente, para enviar a personas que no hubieran cometido delito alguno a los campos de concentración. (Véase PAUL WEPNER, SS-Standardentwurf, en *Deutsches Jugendrecht*, fasc. 4, 1944.)

En relación con esta «política demográfica negativa» es importante recordar que «en este proceso de selección nunca puede haber una pausa» (HIMMLER, «Die Schutzstaffel», en *Grundlagen, Aufbau und Wirkungsordnung des nationalsozialistischen Staates*, núm. 7 b). «La lucha del Führer y de su partido constituyó una selección inalterada...; la selección y esta lucha quedaron ostensiblemente coronadas el 30 de enero de 1933... El Führer y su fiel guardia sabían que la Verdad era la lucha acabada de comenzar» (ROBERT LEY, *Der Weg zur Ordnung*, G. D. Verlag der Deutschen Arbeitsfront. «No disponible para la venta»).

la muerte más que en la persuasión, que difundían el terror más que la convicción. Presentaban los desacuerdos como originados invariablemente en profundas fuentes naturales, sociales o psicológicas, más allá del control del individuo y por ello más allá del poder de la razón. Esto hubiera constituido una desventaja si hubiesen entrado sinceramente en competencia con los demás partidos; no lo era si estaban seguros de tratar con personas que tenían razones para sentirse igualmente hostiles a todos los partidos.

El éxito de los movimientos totalitarios entre las masas significó el final de los espejismos de los países gobernados democráticamente, en general, y de los Naciones-Estados europeos y de su sistema de partidos, en particular. El primero consistía en creer que el pueblo en su mayoría había tomado una parte activa en el Gobierno y que cada individuo simpatizaba con su propio partido o con otro. Al contrario, los movimientos mostraban que las masas políticamente neutrales e indiferentes podían ser fácilmente mayoría en un país gobernado democráticamente, que, por eso, una democracia podía funcionar según normas activamente reconocidas sólo por una minoría. El segundo espejismo democrático, explotado por los movimientos totalitarios, consistía en suponer que estas masas políticamente indiferentes no importaban, que eran verdaderamente neutrales y no constituían más que un fondo indiferenciado de la vida política de la nación. Entonces hicieron evidente lo que ningún otro órgano de la opinión pública había sido capaz de mostrar, es decir, que el Gobierno democrático había descansado tanto en la aprobación tácita y en la tolerancia de secciones indiferentes e indiferenciadas del pueblo como en las instituciones y organizaciones diferenciadas y visibles del país. Así, cuando los movimientos totalitarios invadieron el Parlamento con su desprecio por el Gobierno parlamentario, parecieron sencillamente inconsecuentes; pero en realidad lograron convencer al pueblo en general de que las mayorías parlamentarias eran espúreas y no correspondían necesariamente a las realidades del país, minando así el respeto propio y la confianza de los Gobiernos que también creían en la regla de la mayoría más que en sus constituciones.

Se ha señalado frecuentemente que los movimientos totalitarios usan y abusan de las libertades democráticas con el fin de abolirlas. Esta no es simplemente maligna astucia por parte de los dirigentes o estupidéz infantil por parte de las masas. Las libertades democráticas pueden hallarse basadas en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; sin embargo, adquieren su significado y funcionan orgánicamente sólo allí donde los ciudadanos pertenecen a grupos y son representados por éstos o donde forman una jerarquía social y política. La ruptura del sistema de clases, la única estratificación social y política de las Naciones-Estados europeos, fue, ciertamente, «uno de los acontecimientos más dramáticos de la reciente historia alemana»¹⁷ y tan favorable para el auge del nazismo como la ausencia de estratificación social en la inmensa población rural de Ru-

¹⁷ WILLIAM EBENSTEIN, *The Nazi State*, 1943, p. 247.

minación verdaderamente totalitaria. (A la inversa, las posibilidades de dominación totalitaria son atterradoramente altas en las tierras del tradicional despotismo oriental, en la India y en China, donde existe un material casi inagotable para alimentar la maquinaria de dominación total, acumuladora de poder y destructora de hombres, y donde, además, el típico sentimiento masivo de la superfluidad del hombre —fenómeno enteramente nuevo en Europa, donde es concomitante con el desempleo en masa y el crecimiento de población de los últimos ciento cincuenta años— ha prevalecido durante siglos en el desprecio por el valor de la vida humana.) La moderación o los métodos menos homicidas de dominación eran difícilmente atribuibles al temor del Gobierno a una rebelión popular. La des-población de su propio país constituía una amenaza mucho más seria. Sólo donde existen grandes masas superfluas o donde pueden ser derrochadas sin desastrosos resultados de despoblación es posible una dominación totalitaria, diferenciada de un movimiento totalitario.

Los movimientos totalitarios son posibles allí donde existen masas que, por una razón u otra, han adquirido el apetito de la organización política. Las masas no se mantienen unidas por la conciencia de un interés común y carecen de esa clase específica de diferenciación que se expresa en objetivos limitados y obtenibles. El término de masa se aplica sólo cuando nos referimos a personas que, bien por su puro número, bien por indiferencia, o por ambos motivos, no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común, en los partidos políticos, en la gubernación municipal o en las organizaciones profesionales y los sindicatos. Potencialmente, existen en cada país y constituyen la mayoría de esas muy numerosas personas, neurales y políticamente indiferentes, que jamás se adhieren a un partido y difícilmente acuden a votar.

Fue característico del auge del movimiento nazi en Alemania y del de los movimientos comunistas en Europa después de 1930 y el hecho de que reclutaran a sus miembros en esta masa de personas aparentemente indiferentes, a quienes todos los demás partidos habían renunciado por considerarlos demasiado apáticos o demasiado estúpidos para merecer su atención. El resultado fue que la mayoría de sus afiliados eran personas que nunca habían aparecido anteriormente en la escena política. Esto permitió la introducción de métodos enteramente nuevos en la propaganda política y la indiferencia a los argumentos de los adversarios políticos; estos movimientos no sólo se situaban ellos mismos al margen y contra el sistema de partidos como tal, sino que hallaban unos seguidores a los que jamás habían llegado los partidos y que nunca habían sido «echados a perder» por el sistema de partidos. Por eso no necesitaban refutar los argumentos opuestos, y, consecuentemente, preferían los métodos que concluían en

¹⁷ F. BORKENAU describe correctamente esta situación: «Los comunistas obtuvieron solamente unos éxitos muy modestos cuando trataron de lograr influencia entre las masas de la clase trabajadora; su base de masas, por eso, si es que la tenían, se apartó cada vez más del proletariado» («Die neue Komintern», en *Der Monat*, Berlín, 1949, fasc. 4).

sia (ese «gran cuerpo fáctico, desprovisto de educación política, casi inaccesible a las ideas capaces de ennoblecere la acción»¹⁹) fue para el derrocamiento del Gobierno democrático de Kerensky a manos de los bolcheviques. Las condiciones en la Alemania prehitleriana son indicativas de los peligros implícitos en el desarrollo de la parte occidental del mundo, dado que, con el final de la segunda guerra mundial, el mismo dramático acontecimiento de ruptura del sistema de clases se ha repetido en casi todos los países europeos, mientras que los acontecimientos de Rusia indican claramente la dirección que pueden tomar los inevitables cambios revolucionarios en Asia. Prácticamente hablando, será de escasa diferencia el que los movimientos totalitarios adopten el marco del nazismo o el del bolchevismo, organicen las masas en nombre de la raza o de la clase, pretendan seguir las leyes de la vida y de la Naturaleza o las de la dialéctica y la economía.

La indiferencia ante los asuntos públicos, la neutralidad en los asuntos políticos, no son en sí mismas causa suficiente para el auge de los movimientos totalitarios. La sociedad competitiva y adquisitiva de la burguesía ha producido la apatía, incluso la hostilidad, hacia la vida pública no sólo, y ni siquiera primariamente, en los estratos sociales que fueron explotados y excluidos de la participación activa en la dominación del país, sino, en primer lugar, dentro de su propia clase. El largo período de falsa modestia, cuando la burguesía se contentaba con ser la clase dominante en la sociedad sin aspirar a la dominación política, que de buena gana cedía a la aristocracia, fue seguido por la era imperialista. Durante la cual la burguesía se tornó crecientemente hostil a las instituciones nacionales existentes y comenzó a reclamar el ejercicio del poder político y organizarse para ejercerlo. Tanto la primitiva apatía como la ulterior exigencia de dirección dictatorial monopolista de los asuntos exteriores de la nación tenían sus raíces en un estilo y en una filosofía de vida tan insistente y exclusivamente centrados en el éxito y el fracaso del individuo, en la imitable competencia que los deberes y responsabilidades de un ciudadano sólo podían considerarse como un innecesario drenaje de su tiempo y sus energías forzosamente limitados. Estas actitudes burguesas resultan muy útiles para aquellas formas de dictadura en las que un «hombre fuerte» asume por sí la inquietante responsabilidad de los asuntos públicos; consiguen un obstáculo positivo a los movimientos totalitarios, que no pueden tolerar al individualismo burgués más que a cualquier otro tipo de individualismo. Las secciones apáticas de una sociedad dominada por la burguesía, por poco deseosas que puedan estar de asumir las responsabilidades de los ciudadanos, mantienen intactas sus personalidades aunque sólo sea porque sin ellas difícilmente podrían esperar sobrevivir en la lucha competitiva por la vida.

Las diferencias decisivas entre las organizaciones del populacho del siglo xix y los movimientos de masas del siglo xx son difíciles de percibir, porque los modernos dirigentes totalitarios no difieren mucho en psicología

y mentalidad de los primeros dirigentes del populacho, cuyas normas morales y cuyos medios políticos tanto se parecían a los de la burguesía. Sin embargo, mientras que el individualismo caracterizaba tanto a la actitud de la burguesía como a la del populacho, los movimientos totalitarios pueden justamente afirmar que son los primeros partidos verdaderamente anti-burgueses; ninguno de sus predecesores decimonónicos, ni la Sociedad del 10 de Diciembre, que ayudó a subir al poder a Luis Napoleón, ni las brigadas de camiceros del *affaire Dreyfus*, ni los Cien Negros de los *po-groms* rusos, ni los pan-movimientos, implicaron a sus miembros hasta el punto de llegar a una completa pérdida de las ambiciones y reivindicaciones individuales ni llegaron a comprender que una organización podía lograr extinguir permanentemente la identidad individual y no tan sólo durante el momento de la acción heroica colectiva.

La relación entre la sociedad de clases dominada por la burguesía y las masas que emergieron de su ruptura no es la misma que la relación entre la burguesía y el populacho, que fue un subproducto de la producción capitalista. Las masas comparten con el populacho solamente una característica, la de que ambas se hallan al margen de todas las ramificaciones sociales y de la representación política normal. Las masas no heredan, como el populacho—aunque en forma perversida—, las normas y actitudes de la clase dominante, sino que reflejan en alguna forma y de alguna manera pervierten las normas y actitudes hacia los asuntos públicos de todas las clases. Las normas del hombre-masa se hallaban determinadas no sólo ni siquiera primariamente por la clase específica a la que perteneció una vez, sino más bien por las influencias y convicciones omnipotentes que eran fáciles e indiferenciadamente compartidas por todas las clases de la sociedad.

La pertenencia a una clase, aunque más relajada y jamás tan inevitablemente determinada por el origen social como en los órdenes y estamentos de la sociedad feudal, existía generalmente por nacimiento, y sólo unas veces extraordinarias o la suerte podían cambiarla. El *status* social resultaba decisivo para la participación del individuo en política, y excepto en los casos de emergencia nacional en los que se suponía que este individuo había de actuar solamente como un *reactor*, sin atención a su clase o a su afiliación a un partido, jamás se enfrentaba directamente con los asuntos públicos o se sentía directamente responsable de su dirección. La elevación de una clase, hasta adquirir una mayor importancia en la comunidad, era siempre acompañada por la educación y la preparación de cierto número de sus miembros para la política como profesión, para el servicio remunerado (o, si podía permitirse, no remunerado) en el Gobierno y en la representación de la clase en el Parlamento. El hecho de que la mayoría del pueblo permaneciera al margen de todos los partidos o de toda otra organización política no importaba a nadie y no era más cierto para una clase particular que para otra. En otras palabras, la pertenencia a una clase, sus limitadas obligaciones de grupo y sus actitudes tradicionales hacían al Gobierno impedir el desarrollo de una ciudadanía que se sintiera individual y personalmente responsable de la gobernación del país. Este

¹⁹ Como la describió Máximo Gorki. Véase *SOUVARINE*, op. cit., p. 290.

12

carácter político de las poblaciones de la Nación-Estado surgió a la luz sólo cuando se quebró el sistema de clases, llevándose consigo todo el tejido de hilos visibles e invisibles que ligan al pueblo con el cuerpo político. La ruptura del sistema de clases significaba automáticamente la ruptura del sistema de partidos, principalmente porque estos partidos, siendo partidos de intereses, ya no podían representar los intereses de clase. Su continuidad era de alguna importancia para los miembros de las antiguas clases, que esperaban, contra toda esperanza, recobrar su antiguo *status social* y que permanecieron unidos no porque siguieran teniendo intereses comunes, sino porque esperaban restaurarlos. Los partidos, en consecuencia, se tornaron cada vez más psicológicos e ideológicos en su propaganda, cada vez más y más apologeticos y nostálgicos en su forma de abordar las cuestiones políticas. Habían perdido, además, sin ser conscientes de ello, a los neutrales que les habían apoyado y que jamás se habían interesado en la política, porque consideraban que no existían partidos que pudieran cuidarse de sus intereses. De esta forma, los primeros signos de la ruptura del sistema continental de partidos no fueron las deserciones de los antiguos miembros de los partidos, sino el fracaso en el reclutamiento de los miembros de la nueva generación y la pérdida del asentamiento y del apoyo táctico de las masas inorganizadas que repentinamente se despojaron de su apatía y acudieron allí donde vieron una oportunidad de proclamar su nueva y violenta oposición.

La caída de los tabiques que protegían a las clases transformó a las dormidas mayorías existentes tras todos los partidos en una masa inorganizada e inestructurada de furiosos individuos que no tenían nada en común excepto su vaga aprensión de que las esperanzas de los miembros de los partidos se hallaban condenadas, de que, en consecuencia, los miembros más respetados, diferenciados y representativos de la comunidad eran unos imbéciles y de que todos los poderes existentes eran no tanto malos como igualmente estúpidos y fraudulentos. Para el nacimiento de esta solidaridad negativa, nueva y aterradora, no tuvo gran consecuencia el hecho de que el trabajador parado odiara el *status quo* y los poderes existentes bajo la forma del partido socialdemócrata; que el pequeño propietario expropiado lo odiara bajo la forma de un partido centrista o derechista y los antiguos miembros de las clases media y alta lo odiaran bajo la forma de la extrema derecha tradicional. Las dimensiones de esta masa de hombres generalmente insatisfechos y desesperados aumentaron rápidamente en Alemania y Austria después de la primera guerra mundial, cuando la inflación y el paro se sumaron a las quebrantadoras consecuencias de la derrota militar; esa masa existió en amplia proporción en todos los Estados sucesores, y apoyó todos los movimientos extremistas en Francia e Italia a partir de la segunda guerra mundial.

En esta atmósfera de ruptura de la sociedad de clases se desarrolló la psicología del hombre-masa europeo. El hecho de que con uniformidad monótona, pero no abstracta, sobreviniera el mismo destino a una masa de individuos no impidió que éstos lo juzgaran en términos de fracaso in-

dividual y al mundo entero en términos de injusticia específica. Esta amargura centrada en sí misma, empero, aunque repetida una y otra vez en el aislamiento individual, no constituía un lazo común, a pesar de su tendencia a extinguir las diferencias individuales, porque no se hallaba basada en el interés común, económico, social o político. Su concentración, por eso, corrió parejas con un decisivo debilitamiento del instinto de autoconservación. La abnegación, en el sentido de que uno mismo no importa, el sentimiento de ser gastable, ya no era la expresión de un idealismo individual, sino un fenómeno de masas. El viejo adagio según el cual los pobres y los oprimidos no tienen nada que perder más que sus cadenas no se aplicaba a los hombres-masa porque eran privados de mucho más que las cadenas de la miseria cuando perdían el interés por su propio bienestar: había desaparecido la fuente de todas las preocupaciones y cuidados que hacen a la vida humana inquieta y angustiada. En comparación con su ausencia de materialismo, un monje cristiano parecía un hombre absorbido por los asuntos mundanos. Himmler, que tan bien conocía la mentalidad de aquellos a los que organizó, describió no sólo a sus hombres SS, sino a amplios estratos de donde los reclutó, cuando dijo que no se hallaban interesados en los «problemas cotidianos», sino sólo «en cuestiones ideológicas importantes durante décadas y siglos, de forma tal que el hombre... sabe que está trabajando para una gran tarea que solamente se presenta una vez cada dos mil años»²⁰. La gigantesca concentración de individuos produjo una mentalidad que, como Cecil Rhodes unos cuarenta años antes, pensaba en continentes y sentía en siglos.

Eminentes investigadores y políticos europeos habían predicho desde comienzos del siglo XIX la aparición del hombre-masa y la llegada de una época de las masas. Toda una literatura sobre el comportamiento de las masas y la psicología de las masas había demostrado y popularizado el conocimiento, tan familiar a los antiguos, de la afinidad entre democracia y dictadura, entre la dominación del populacho y la tiranía. Había preñado a ciertos sectores políticamente conscientes y superconscientes del mundo instruido occidental para la emergencia de demagogos, para la credulidad, la superstición y la brutalidad. Sin embargo, aunque todas estas predicciones llegaron a cumplirse en algún sentido, perdieron mucho de su significado a la vista de fenómenos tan inesperados e imprevisibles como la pérdida radical del interés por sí mismo de cada uno²¹, la indiferencia cínica o aburrida frente a la muerte u otras catástrofes personales, la inclinación apasionada hacia las nociones más abstractas como guías de la vida y el desprecio general incluso por las normas más obvias del sentido común.

Las masas, contra lo que se predijo, no fueron resultado de la creciente

²⁰ Discurso de HEINRICH HIMMLER sobre la «Organización y obligaciones de las SS y la Policía», publicado en *National-politischer Lehrgang der Wehrmacht vom 15-23 Januar, 1937*. Cita de Nazi *Conspiracy and Aggression*. Office of the United States Chief Counsel for the Prosecution of Axis Criminality, U. S. Government, Washington, 1946, IV, 616 y sigs.

²¹ GUSTAVE LEONX, *La Psychologie des foules*, 1895, menciona la abnegación peculiar de las masas. Véase el cap. II, párrafo 5.

igualdad de condición, de la difusión de la educación general y su inevitable reducción de niveles y de la popularización de su contenido (América, la tierra clásica de la igualdad de condiciones y de la educación general, con todos sus defectos conoce menos acerca de la moderna psicología de masas que tal vez cualquier otro país del mundo.) Pronto se vio con claridad que las personas muy cultas se sentían particularmente atraídas hacia los movimientos de masas y que, generalmente, un individualismo y una complejidad altamente diferenciados no impedían, e incluso a veces favorecían, el abandono de sí mismo en la masa que facilitarían los movimientos de masas. Como fue tan inesperado el hecho obvio de que la individualización y la educación no impedían la formación de las actitudes de masas, se ha culpado frecuentemente a la morbosidad o al nihilismo de la *intelligentsia* moderna de un odio hacia sí misma, supuestamente típico de los intelectuales, de una «hostilidad a la vida» del espíritu y al antagonismo respecto de la vitalidad. Sin embargo, los muy cultísimos intelectuales eran sólo el ejemplo más ilustrativo y los más claros portavoces de un fenómeno mucho más general. La atomización social y la individualización extrema precedieron a los movimientos de masas que, mucho más fácilmente y antes que a los miembros sociables y no individualistas de los partidos tradicionales, atrajeron a los típicos «no afiliados», completamente desorganizados y que, por razones individualistas, siempre se habían negado a reconocer lazos y obligaciones sociales.

La verdad es que las masas surgieron de los fragmentos de una sociedad muy atomizada cuya estructura competitiva y cuya concomitante soledad sólo habían sido refrenadas por la pertenencia a una clase. La característica principal del hombre-masa no es la brutalidad y el atraso, sino su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales. Precedentes de la sociedad estructurada en clases de la Nación-Estado, cuyas grietas habían sido colmadas por el sentimiento nacionalista, era sólo natural que estas masas, en el primer momento de desamparo de su nueva experiencia, tendieran hacia un nacionalismo especialmente violento, por el que los dirigentes de las masas habían clamado contra sus pueblos insintidos y fines por razones puramente demagógicas.²⁴

Ni el nacionalismo tribal ni el nihilismo rebelde resultan característicos de las masas o apropiados a éstas como lo fueron para el populacho. Pero los mejor dotados entre los dirigentes de masas de nuestro tiempo proceden del populacho más que de las masas.²⁵ La biografía de Hitler,

²⁴ Los fundadores del partido nazi se referían a ello ocasionalmente incluso antes de que Hitler lo supusiera un «partido de la izquierda». También resulta interesante un incidente ocurrido tras las elecciones legislativas de 1932: «Gregor Strasser se fiado asperamente a su jefe que antes de las elecciones los nacionalsocialistas podían haber constituido en el Reichstag mayoría con el centro, ahora esta posibilidad se había esfumado. Los dos partidos no llegaban a sumarle la mitad del Parlamento... Pero con los comunistas todavía somos mayoría —replicó Hitler—; nadie puede gobernar contra nosotros.» (Heiber, *op. cit.*, pp. 94 y 495, respectivamente.)

²⁵ Códigese con CARLTON J. H. HAYES, *op. cit.*, quien no establece diferenciación entre el populacho y las masas y piensa que los dictadores totalitarios «proceden de las masas más que de las clases».

se lee al respecto como el ejemplo de un libro de texto, y lo cierto es que Stalin procedía del aparato conspirador del partido bolchevique con su específica mezcla de proscritos y revolucionarios. El primitivo partido de Hitler, casi exclusivamente integrado por desgraciados, fracasados y aventureros, representaba, desde luego, a los «bohemos armados»²⁴, que eran sólo el reverso de la sociedad burguesa y a los que, en consecuencia, la sociedad burguesa debería haber sido capaz de utilizar con éxito para sus propios fines. Realmente, la burguesía fue tan engañada por los nazis como lo fue por la facción de Röhm y Schleicher la Reichswehr, la cual también pensó que Hitler como señuelo, o las SA, a las que emplearon como propaganda militarista y entretamiento paramilitar, actuarían como sus agentes y contribuirían al establecimiento de una dictadura militar.²⁵ Ambas consideraban al movimiento nazi en sus propios términos, en términos de la filosofía política del populacho,²⁶ y no tuvieron en cuenta el apoyo independiente y espontáneo que otorgaban las masas a los nuevos dirigentes del populacho ni tampoco los talentos genuinos de los nuevos dirigentes del populacho para la creación de nuevas formas de organización. El populacho como líder de estas masas ya no era agente de la burguesía ni de nadie más excepto de las masas.

El hecho de que los movimientos totalitarios dependieran menos de la carencia de estructuras de una sociedad de masas que de las condiciones

²⁴ Esta es la teoría central de K. HENSEN, cuyo análisis del movimiento nazi sigue siendo relevante. «De las rutinas de las clases muertas surge la nueva clase de intelectuales, y a la cabeza marchan los más implacables, aquellos que menos tienen que perder, y por eso los más fuertes: los bohemos armados, para quienes la guerra es su hogar y la guerra civil su patria» (*op. cit.*, p. 100).

²⁵ El complot entre el general de la Reichswehr, Schleicher y Röhm, jefe de las SA, consistió en un plan para colocar a todas las formaciones paramilitares bajo la autoridad militar de la Reichswehr, lo que habría significado la adición inmediata de millones de hombres al Ejército alemán. Esto habría conducido desde luego e inevitablemente a una dictadura militar. En junio de 1934 Hitler liquidó a Röhm y a Schleicher. Las negociaciones preliminares comenzaron con completo conocimiento de Hitler, que utilizó las relaciones de Röhm con la Reichswehr para engañar a los círculos militares respecto de sus verdaderas intenciones. En abril de 1932, Röhm testificó en uno de los procesos contra Hitler que el *status* militar de las SA tenía la compleja aprobación de la Reichswehr. (Para la prueba documental del plan Röhm-Schleicher véase *Nazi Conspiracy*, V, 456 y sigs. Véase también HENSEN, *op. cit.*, p. 490.) El mismo Röhm informó orgullosamente sobre sus negociaciones con Schleicher, iniciadas, según él, en 1931. Schleicher había prometido poner a las SA, en caso de emergencia, a las órdenes oficiales de la Reichswehr. (Véase *Die Memores von Stedehals Röhm*, Saarbrücken, 1934, p. 170.) El carácter militarista de las SA, confirmado por Röhm y constantemente combatido por Hitler, persistió, determinado su vocabulario incluso después de la liquidación de la facción de Röhm. Al contrario que las SS, los miembros de las SA siempre insistieron en ser los «representantes de la voluntad militar de Alemania», y para ellos el III Reich era una «comunidad militar (apoyada en) dos pilares: el partido y la Wehrmacht». (Véase *Höndbuch der S. A.*, Berlín, 1939, y «Die Sturmabteilung», de Victor Lutze, en *Grundlagen, Aufbau und Wirksamkeit der nationalsozialistischen Staaltes, número 7 a.*)

²⁶ La autobiografía de Röhm es especialmente una obra clásica de este género de literatura.

al Estado como una propiedad privada» (Marx)²⁷. En el momento de la muerte de Lenin los caminos todavía estaban abiertos. La formación de clases de trabajadores, campesinos y media no hubiera conducido necesariamente a la lucha de clases que había sido característica del capitalismo europeo. La agricultura aún podía evolucionar sobre una base colectiva, cooperativa o privada, y la economía nacional se hallaba en libertad de seguir un esquema socialista, de capitalismo de Estado o de libre empresa. Ninguna de estas opciones hubiera destruido automáticamente la nueva estructura del país.

Todas estas nuevas clases y nacionalidades se alzaban en el camino de Stalin cuando comenzó a preparar al país para la dominación totalitaria. Para fabricar una masa atomizada y sin estructuras tenía antes que liquidar los vestigios del poder de los Soviets, que, como órgano principal de la representación nacional, todavía desempeñaban un cierto papel e impedían la dominación absoluta de la jerarquía del partido. Por eso miró primero a los Soviets nacionales mediante la introducción de las células bolcheviques, a las que sólo fueron admitidos los más altos funcionarios de los Comités centrales²⁸. Hacia 1950 los últimos rasgos de las antiguas instituciones comunales habían desaparecido, siendo sustituidos por una burocracia del partido, firmemente centralizada, cuyas tendencias a la rusificación no eran demasiado diferentes de las del régimen zarista, excepto que los nuevos burocratas ya no tenían miedo a la alfabetización.

El Gobierno bolchevique procedió entonces a la liquidación de las clases y comenzó, por razones ideológicas y de propaganda, con las clases poseedoras, la nueva clase media en las ciudades y los agricultores en el campo. Por la doble razón de su número y de su propiedad, los campesinos

²⁷ Es bien sabido que los grupos antistalinistas escindidos han basado sus críticas acerca del desarrollo de la Unión Soviética en esta formulación marxista y jamás la han superado. Las repetidas «purgas» de la burocracia soviética, que equivalieron a una liquidación de la burocracia como clase, jamás impidieron que se volviera en ella a la clase dominante y dirigente de la Unión Soviética. Lo que a continuación sigue es una estimación realizada por Rakovsky y fue escrita en 1970 durante su exilio en Siberia: «Bajo nuestros ojos se ha formado y está siendo formado una gran clase de directores que tiene sus subdivisiones internas y que crece a través de una colección calculada y de los nombramientos directos o indirectos. El elemento que une a esta clase original es una forma, también original, del poder estatal (cita de SOUVARINE, *op. cit.*, p. 564). Este análisis resulta, desde luego, completamente preciso en lo que se refiere a la evolución de la era staliniana. Para el desarrollo de la relación entre el partido y los soviets, que es de importancia decisiva en el curso de la Revolución de Octubre, véase I. DEURSCHEER, *The Prophet Arrived: Trotsky 1879-1921*, 1954.

²⁸ En 1927, el 90 por 100 de los soviets de aldeas y el 75 por 100 de sus presidentes no eran miembros del partido; los Comités ejecutivos de los distritos estaban constituidos por un 50 por 100 de miembros del partido y por un 50 por 100 de individuos que no pertenecían al partido, mientras que en el Comité Central el 75 por 100 de los delegados eran miembros del partido. Véase el artículo «Bolshevism», de MAURICE DOON, en la *Encyclopedia of Social Sciences*.

A. ROSENBERG, en *A History of Bolshevism*, Londres, 1954, cap. VI, describe detalladamente cómo los miembros de los soviets, que pertenecían al partido, destruyeron el sistema soviético desde dentro, votando «conforme a las instrucciones que recibían de los funcionarios permanentes del partido».

específicas de unas masas atomizadas e individualizadas puede advertirse mejor en una comparación del nazismo y del bolchevismo, que se iniciaron en sus respectivos países bajo muy diferentes circunstancias. Para trocar la dictadura revolucionaria de Lenin en una dominación completamente totalitaria, Stalin tuvo primero que crear artificialmente esa sociedad atomizada que había sido preparada para los nazis en Alemania gracias a circunstancias históricas.

La victoria sorprendentemente fácil de la Revolución de Octubre tuvo lugar en un país donde una burocracia despótica y centralizada gobernaba a una población de masas sin estructura a la que no habían organizado ni los vestigios de los órdenes feudales rurales ni las débiles e incipientes clases urbanas capitalistas. Cuando Lenin dijo que en ninguna parte del mundo habría sido tan fácil conseguir el poder y tan difícil conservarlo, era consciente no sólo de la debilidad de la clase trabajadora rusa, sino también de las anárquicas condiciones sociales en general, que favorecían los cambios repentinos. Sin los instintos de un líder de masas —él no era orador y sentía la pasión por el reconocimiento público y el análisis de sus propios errores, características que contradicen a una demagogia incluso corriente—, Lenin se aferró al instante a todas las posibles diferenciaciones sociales, nacionales y profesionales, que podían proporcionar una cierta estructura a la población, y pareció convencido de que en semejante estratificación se basaba la salvación de la revolución. Legalizó la explotación anárquica de los latifundistas y constituyó así en Rusia por vez primera, y probablemente por la última, esa clase de campesinos emancipados que, desde la Revolución francesa, ha sido el más firme apoyo de las Naciones-Estados occidentales. Trató de reforzar a la clase trabajadora, favoreciendo a los sindicatos independientes. Toleró la tímida aparición de una nueva clase media que fue consecuencia de la política de la NEP tras el final de la guerra civil. Introdujo características aún más diferenciadoras, organizando y a veces inventando tantas nacionalidades como fuera posible, desarrollando la conciencia nacional y el sentimiento de las diferencias históricas y culturales incluso de las tribus más primitivas de la Unión Soviética. Parece claro que en estas cuestiones políticas paramen-te prácticas Lenin siguió su gran instinto de la política más que sus convicciones marxistas; su política, en cualquier caso, demuestra que se sentía más atraído por la ausencia de una estructura de tipo social o de cualquier otra clase que por el posible desarrollo de tendencias centrifugas en las nacionalidades recientemente emancipadas o incluso por el desarrollo de una nueva burguesía surgida de las clases media y campesina recientemente establecidas. No hay duda de que Lenin sufrió su mayor derrota cuando, con el estallido de la guerra civil, el poder supremo, que originariamente había proyectado él que se concentrara en los Soviets, pasó definitivamente a las manos de la burocracia del partido; pero incluso esta evolución, trágica como fue para el curso de la revolución, no hubiera conducido necesariamente al totalitarismo. Una dictadura unipartidista añadido solamente una clase más a la estratificación social del país ya en desarrollo, es decir, la burocracia, que, según los críticos socialistas de la revolución, «poseía

24

habían sido hasta entonces potencialmente la clase más poderosa de la Unión. Su liquidación fue, en consecuencia, más dura y más cruel que la de cualquier otro grupo y se llevó a cabo mediante el hambre artificial y la deportación bajo el pretexto de la expropiación de los *kulaks* y de la colectivización. La liquidación de las clases media y campesina quedó completada a comienzos de la década de los 50; aquellos que no figuraban entre los muchos millones de muertos o entre los millones de trabajadores deportados y esclavizados habían aprendido «quién manda aquí»; habían aprendido que sus vidas y las vidas de sus familiares no dependían de su semejante, ciudadanos, sino exclusivamente de los captivos de un Gobierno al que se enfrentaban completamente solos, sin ayuda alguna del grupo al que resultaban pertenecer. No puede determinarse por las estadísticas o las fuentes documentales el momento exacto en que la colectivización produjo un nuevo campesinado, ligado por intereses comunes que, en razón de su posición numérica y económica, clave en la economía del país, representó de nuevo un peligro potencial para la dominación totalitaria, pero, para aquellos que saben leer la «fuente material» totalitaria, este momento tuvo que llegar dos años antes de la muerte de Stalin, cuando propuso disolver las colectividades y transformarlas en unidades más grandes. No vivió para realizar su plan; esta vez los sacrificios hubieran sido aún mayores y las consecuencias caóticas para toda la economía, aún más catastróficas que la liquidación de la primera clase campesina, pero no hay razones para dudar de que pudiera haberlo logrado; no hay clase que no pueda ser barrida si son asesinados sus miembros en número suficiente.

La siguiente clase en ser liquidada como grupo fue la obrera. Como clase era mucho más débil y ofrecía una resistencia menor que la de los campesinos, porque su expropiación espontánea de las fábricas durante la revolución, a diferencia de la expropiación de los latifundios realizada por los campesinos, había sido frustrada en el acto por el Gobierno, que confiscó las fábricas como propiedad del Estado bajo el pretexto de que en cualquier caso el Estado pertenecía al proletariado. El sistema de Stajánov, adoptado a comienzos de la década de los 50, rompió toda la solidaridad y la conciencia de clase entre los trabajadores. En primer lugar, por una feróz competencia, y en segundo lugar, por la solidificación temporal de la aristocracia stajanovista, cuya distancia social respecto del trabajador ordinario se advirtió naturalmente con mayor agudeza que la distancia entre los trabajadores y la dirección. Este proceso quedó completado en 1958 con la introducción del Código del Trabajo, que transformó oficialmente a toda la clase obrera rusa en una gigantesca organización de trabajos forzados.

Por encima de esas medidas sobrevino la liquidación de aquella burocracia que había contribuido a realizar las anteriores medidas de liquidación. Stalin tardó unos dos años, desde 1956 a 1958, en desembarazarse de toda la aristocracia administrativa y militar de la sociedad soviética; casi todos los organismos, fábricas, entidades económicas y culturales, el Gobierno, el Partido y los departamentos militares, pasaron a nuevas manos cuando «casi quedó barrida la mitad del personal administrativo, del Partido y fuera del Partido», y cuando más del 50 por 100 de todos los miembros del

Partido, y «al menos ocho millones más», fueron liquidados²⁹. La introducción de un pasaporte interior, en el que habían de registrarse, y autorizarse todas las salidas de una ciudad en dirección a otra completó la destrucción de la burocracia del Partido como clase. Por lo que se refiere a su *status* jurídico, la burocracia, junto con los funcionarios del Partido, se hallaba ahora al mismo nivel que los trabajadores; también ésta se había convertido ahora en parte de la vasta multitud de los trabajadores forzados rusos y su *status* como clase privilegiada de la sociedad soviética era ya algo del pasado. Y como esta purga general acabó con la liquidación de los más altos funcionarios de la Policía —los mismos que habían realizado en primer lugar la purga general—, ni siquiera los altos cargos de la GPU que habían puesto en práctica el terror podían ya sentir como grupo que representaban algo, menos que nada al poder. Ninguno de estos inmensos sacrificios en vidas humanas fue motivado por una *raison d'état*, en el antiguo sentido del término. Ninguno de los estratos sociales liquidados era hostil al régimen o resultaba probablemente hostil en un futuro previsible. La oposición activa organizada había dejado de existir hacia 1930, cuando Stalin, en su discurso al XVI Congreso del Partido, declaró ilegales las desviaciones derechistas e izquierdistas en el seno del partido, e incluso estas débiles oposiciones apenas habían sido capaces de basarse en cualquiera de las clases existentes³⁰. El terror dictatorial —diferenciado del terror totalitario en tanto que constituía solamente una amenaza para los auténticos adversarios, pero no para los ciudadanos inofensivos sin oposiciones políticas— había sido suficientemente fuerte como para sofocar toda la vida política, abierta o clandestina, incluso antes de la muerte de Lenin. Las intervenciones del exterior, que podían aliarse con algunas de las secciones instintivas de la población, ya no eran un peligro cuando, hacia 1950, el régimen soviético había sido reconocido por una mayoría de Gobiernos y había concertado acuerdos comerciales internacionales y de otro tipo con muchos países (ni eliminó el Gobierno de Stalin semejante posibilidad por lo que a las personas implicadas concernía: sabemos ahora que Hitler, si hubiese sido un conquistador ordinario y no un jefe totalitario rival, podía

²⁹ Estas cifras están tomadas del libro de VICTOR KRAVCHENKO *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official*, Nueva York, 1946, pp. 278 y 303. Se trata, desde luego, de una fuente muy discutible. Pero como en el caso de la Unión Soviética sólo podemos recurrir básicamente a fuentes discutibles —es decir, que tenemos que contentarnos con reportajes periodísticos, informes o estimaciones de una clase u otra—, todo lo que podemos hacer es usar cualquier información que por lo menos parezca poseer un alto grado de verosimilitud. Algunos historiadores parecen pensar que el método opuesto —es decir, la utilización exclusiva de todo material proporcionado por el Gobierno ruso— resulta más fiable, pero éste no es el caso. Precisamente el material oficial es el que sólo contiene propaganda.

³⁰ El informe de Stalin al XVI Congreso denunciaba las desviaciones como el «reflejo» de la clase campesina y de la pequeña burguesía entre las filas del partido. (Véase *Leninism*, 1933, vol. II, cap. III.) La oposición se hallaba curiosamente indefensa contra este ataque, porque también ellos, y especialmente Trotsky, estaban «siempre ansiosos de descubrir una lucha de clases tras las luchas de camarillas» (SOURVARNE, *op. cit.*, p. 440).

haber tenido una extraordinaria posibilidad de ganar para su causa al menos la población de Ucrania).

Si la liquidación de las clases carecía de sentido político fue positivamente desastrosa para la economía soviética. Las consecuencias del hambre artificial de 1933 fueron sentidas durante años a lo largo del país; la introducción del sistema de Stajonov en 1935, con su arbitraria aceleración de la producción individual y su completo desprecio de las necesidades del trabajo en equipo en la producción industrial fueron como consecuencia un «desequilibrio caótico» de la naciente industria.³¹ La liquidación de la burocracia, es decir, de la clase de los directores de fábricas y de los ingenieros privó finalmente a las empresas industriales de la escasa experiencia práctica que la nueva *intelligentsia* técnica rusa había sido capaz de conseguir. La igualdad de condiciones entre sus súbditos ha sido una de las principales preocupaciones de los despotismos y las tiranías desde los tiempos antiguos. Sin embargo, semejante igualdad no es suficiente para la dominación totalitaria —porque deja más o menos intactos ciertos lazos comunes no políticos entre los súbditos, tales como los lazos familiares y los intereses culturales comunes. Si el totalitarismo toma en serio su propia postura, debe llegar hasta el punto en que tenga que «acabar de una vez por todas con la neutralidad del ajedrez», es decir, con la existencia autónoma de cualquier actividad. Los aficionados al «ajedrez por el ajedrez», ciertamente comparados por su liquidador con los aficionados al «arte por el arte»³², no eran todavía elementos absolutamente atomizados en una sociedad de masas cuya uniformidad, completamente heterogénea, es una de las condiciones primarias del totalitarismo. Desde el punto de vista de los dominadores totalitarios, una sociedad dedicada al ajedrez por el ajedrez es sólo en un grado diferente y menos peligrosa que una sociedad de agricultores por la agricultura... Himmler definió muy certeramente al miembro de las SS como el nuevo tipo de hombre que en ninguna circunstancia «hará una cosa por su propio interés»³³.

La atomización de masas en la sociedad soviética fue lograda mediante el empleo hábil de las purgas repetidas que invariablemente preceden a la liquidación de grupos. Para destruir todos los lazos sociales y familiares, las purgas son realizadas de tal manera que amenazan con el mismo destino al acusado y a todas sus relaciones corrientes, desde los simples conocidos hasta sus más íntimos amigos y parientes. La consecuencia del simple e ingenioso sistema de «culpabilidad por asociación» es que, tan pronto como un hombre es acusado, sus antiguos amigos se transforman inme-

31 KRAVCHENKO, *op. cit.*, p. 187.

32 SOUVARINE, *op. cit.*, p. 575.

33 La consigna de las SS, formulada por el mismo Himmler, comienza con las palabras: «No existe tarea por sí misma.» Véase «Die SS», de GOETTER D'ARQUEW, en *Schriften der Hochschule für Politik*, 1939. Los folletos publicados por las SS exclusivamente para uso interno recaban una y otra vez «la absoluta necesidad de comprender la futilidad de todo lo que es un fin en sí mismo» (véase *Der Reichsführer SS und Chief der deutschen Polizei*, sin fecha, «sólo para uso interno dentro de la policía»).

diatamente en sus más feroces enemigos; para salvar sus propias pieles proporcionan información voluntariamente y se apresuran a formular denuncias que corroboran las pruebas inexistentes contra él. Este, obviamente, es el único camino de probar que son mercedores de confianza. Retrospectivamente, tratarán de demostrar que su conocimiento o amistad con el acusado era sólo un pretexto para espíarle y para revelarle como saboteador, como trotskysia, como espía extranjero o como fascista. Como el mérito se «estima en función de las denuncias de los más íntimos camaradas»³⁴, es obvio que la precaución más elemental exige que uno evite todos los contactos íntimos si es posible —no para impedir el descubrimiento de los propios pensamientos secretos, sino más bien para eliminar, en el caso casi seguro de malos futuros, a todas las personas que puedan tener no sólo un interés en denunciarle a uno, sino una irresistible necesidad de producir la ruina de uno simplemente porque se hallan en peligro sus propias vidas. En su último análisis, gracias al desarrollo de este sistema, hasta sus más lejanos y fantásticos extremos, los dirigentes bolcheviques lograron crear una sociedad atomizada e individualizada como nunca se había conocido antes y que difícilmente hubiera producido por sí misma acontecimientos o catástrofes.

Los movimientos totalitarios son organizaciones de masas de individuos atomizados y aislados. En comparación con todos los demás partidos y movimientos, su más conspicua característica externa es su exigencia de una lealtad total, irrestringida, incondicional e inalterable del miembro individual. Esta exigencia es formulada por los dirigentes de los movimientos totalitarios incluso antes de la llegada al poder. Precede usualmente a la organización total del país bajo su dominio y se deduce de la afirmación de sus ideologías de que su organización abarcará a su debido tiempo a toda la raza humana. Sin embargo, allí donde la dominación totalitaria no ha sido preparada por un movimiento totalitario (y éste, a su vez, en contradicción con la Alemania nazi, fue el caso de Rusia), el movimiento tiene que ser artificialmente creadas para hacer en definitiva posible la lealtad que se artificialmente creadas para hacer en definitiva posible la lealtad total, base psicológica de la dominación total. Sólo puede esperarse que semejante lealtad provenga del ser humano completamente aislado, quien, sin otros lazos sociales con la familia, los amigos, los camaradas o incluso los simples conocidos, deriva su sentido de tener un lugar en el mundo sólo de su pertenencia a un movimiento, de su afiliación al Partido.

La lealtad total es posible sólo cuando la fidelidad se halla desprovista de todo contenido concreto, del que surgen naturalmente los cambios de opinión. Los movimientos totalitarios, cada uno en su propio estilo, han hecho todo lo que han podido para desembarazarse de los programas partidistas que especifican un contenido concreto y que heredarán de ante-

34 La misma práctica ha sido abundantemente documentada. W. KATVRSKY, en su libro *In Stalin's Secret Services* (Nueva York, 1939), la hace proceder directamente de Stalin.

ziones fases no totalitarias de su desarrollo. Por radicalmente que pudieran haber sido expresados, todo objetivo político definido que simplemente no proclama o que no se limita a reivindicar una dominación mundial, todo programa político que se refiera a temas más específicos que las «cuestiones ideológicas de importancia durante siglos» es una obstrucción al totalitarismo. El mayor logro de Hitler en la edificación del movimiento nazi, que construyó gradualmente partiendo del oscuro grupo de fanáticos típicos de un pequeño partido nacionalista, fue que aligeró al movimiento del primitivo programa del partido no cambiándolo o abolirlo oficialmente, sino tan sólo negándose a hablar de ese programa o a discutir sus puntos, cuya relativa moderación de objetivos y de fraseología quedó muy pronto anticuada³⁵. La tarea de Stalin, en éste como en otros aspectos, fue mucho más formidable; el programa socialista del Partido Bolchevique era una carga mucho más incómoda³⁶ que los 25 puntos de un economista *amateur* y de un político fanático³⁷. Pero Stalin, tras haber abolido las funciones del Partido ruso, logró eventualmente el mismo resultado a través del constante zigzaguo de las líneas del Partido Comunista y la constante interpretación y aplicación del marxismo, que venció a toda la doctrina de todo su contenido porque ya no era posible predecir qué curso o qué acción inspirarían. El hecho de que una perfecta instrucción sobre el marxismo y el leninismo ya no fuera guía alguna del comportamiento político —es decir, que, al contrario, sólo pueda seguirse la línea del Partido si se repite cada mañana lo que Stalin ha anunciado la noche anterior— determinó, naturalmente, el mismo estado mental, la misma concentrada obediencia, no dividida por intento alguno de comprender lo que uno está haciendo, que expresaba la ingeniosa consigna de Himmeler para sus hombres de las SS: «Mi honor es mi fealdad»³⁸.

La ausencia o la ignorancia de un programa de partido no es necesari-

³⁵ Hitler declaró en *Mein Kampf* (2 vols., primera edición alemana, 1925 y 1927, respectivamente; traducción no expurgada, Nueva York, 1939) que era mejor tener un programa anticuado que permitir una discusión del programa (libro II, cap. V). Pronto habría de proclamar públicamente: «Una vez que conquistemos el Gobierno, el programa surgirá por sí mismo... Lo primero que habrá que realizar debe ser una inconcebible oleada de propaganda. Esta es una acción política que tiene poco que ver con los demás problemas del momento.» (Véase HERRAS, *op. cit.*, p. 203).

³⁶ *SOUVARINE*, en nuestra opinión erróneamente, sugiere que Lenin ya había abolido el papel de un programa de partido: «Nada podía mostrar más claramente la inexistencia del bolchevismo como doctrina excepto en el cerebro de Lenin, cada bolchevique abandonado si, si mismo se apartaba de 'la línea' de su facción...», por lo que estos hombres se hallaban unidos por su temperamento y por el ascendente de Lenin más que por ideas» (*op. cit.*, p. 83).

³⁷ El Programa del Partido Nazi de Gottfried Feder con sus famosos 25 puntos ha desempeñado un papel mayor en la literatura acerca del movimiento que en el mismo movimiento.

³⁸ Es difícil de transmitir el impacto de la consigna, formulada por el propio Himmeler. Su expresión alemana: *Mein Ehre ist meine Tugend*, indica una devoción y obediencia absolutas que trasciende el significado de la simple disciplina o de la fidelidad personal. *Nazi Conspiracy*, cuyas traducciones de documentos alemanes y de literatura nazi son una indispensable fuente material, pero también, por desgracia, muy desigual, traduce la consigna SS: «Mi honor significa fidelidad» (V, 346).

riamente en sí misma un signo de totalitarismo. El primero en considerar a los programas políticos como innecesarios pedazos de papel, y las promesas embrazadas, inconsecuentes con el estilo y el ímpetu de un movimiento fue Mussolini, con su filosofía fascista del activismo y la inspiración a través del mismo momento histórico³⁹. La simple ansia de poder, combinada con el desprecio por la especificación «partianchina» de lo que pretendía hacer, es característica de todos los jefes del populacho, pero no alcanza a los niveles del totalitarismo. El verdadero objetivo del fascismo era sólo el apoderarse del poder e instalar a la élite fascista como dominadora indiscutida del país. El totalitarismo nunca se contenta con dominar por medios externos, es decir, a través del Estado y de una maquinaria de violencia; gracias a su ideología peculiar y al papel asignado a ésta en ese aparato de coacción, el totalitarismo ha descubierto unos medios de dominar y de atrozizar a los seres humanos desde dentro. En este sentido, elimina la distancia entre los dominadores y los dominados y logra una condición en la que el poder y la voluntad de poder, tal como nosotros los comprendemos, no desempeñan papel alguno o, en el mejor de los casos, desempeñan un papel secundario. En sustancia, el líder totalitario no es nada más ni nada menos que el funcionamiento de las masas a las que conduce; no es un individuo hambriento de poder y que impone una tiránica y arbitraria voluntad sobre sus súbditos. Siendo un mero funcionario, puede ser reemplazado en cualquier momento y tanto depende él de la «voluntad» de las masas a las que encarna como dependen de él las masas a las que encarna. Sin él carecerían de representación externa y seguirían siendo una horda amorfa; sin las masas, el líder es una entidad inexistente. Hitler, que era completamente consciente de esta interdependencia, la expresó una vez en un discurso dirigido a las SA: «Todo lo que soy me lo debéis a mí; todo lo que soy sólo a vosotros lo debo»⁴⁰. Nos mostramos demasiado inclinados a despreciar semejantes declaraciones o a entenderlas erróneamente en el sentido de que la actuación es aquí definida en términos de dar y ejecutar órdenes, como ha sucedido demasiado a menudo en la tradición política y en la historia de Occidente⁴¹. Pero esta idea ha presupuesto siempre algún que mande, que piense y que quiera y que luego imponga su pensamiento y su voluntad a un grupo privado de pensamiento y de voluntad —por la persuasión, la autoridad o la violencia. Hitler, sin embar-

³⁹ Mussolini fue probablemente el primer jefe de partido que rechazó conscientemente un programa formal y lo sustituyó solamente con la inspiración de la naturaleza y la acción. Tras esta conducta descansa la noción de que la actualidad del momento mismo era el elemento principal de inspiración, que resultaría obstaculizada por un programa de partido. La filosofía del fascismo italiano fue más expresada en el «activismo» de Gentile que por los «mitos» de Sorel. Véase también el artículo «Fascismo» en la *Encyclopaedia of the Social Sciences*. El programa de 1921 fue formulado cuando el partido contaba dos años de existencia y contenía, principalmente, su filosofía nacionalista.

⁴⁰ ERNST HAYER, *Die SA*, Berlín, 1938. Cita de *Nazi Conspiracy*, IV, 783.

⁴¹ Por vez primera en *El Político*, de PLATÓN, donde la actuación es interpretada en términos de *archéte y praxein*, de ordenar el comienzo de una acción y de ejecutar esta orden.

go, era de la opinión de que incluso el «pensamiento... (existe) sólo en virtud de dar o de ejecutar órdenes»⁴², y por eso eliminó incluso teóricamente la distribución entre el pensamiento y la acción, por una parte, y entre los dominadores y los dominados, por otra.

Ni el nacionalismo ni el bolchevismo llegaron a proclamar una nueva forma de Gobierno o afirmaron que sus objetivos habían quedado logrados con la conquista del poder y el control de la maquinaria del Estado. Su idea de la dominación era algo que ningún Estado, ningún simple aparato de violencia, puede nunca lograr, sino que sólo puede conseguir un movimiento que se mantiene constantemente en marcha: es decir, la dominación permanente de cada individuo en cada una de las esferas de la vida.⁴³ La conquista del poder por los medios de la violencia nunca es un fin en sí mismo, sino sólo el medio para un fin, y la conquista del poder en un país determinado es sólo una grata fase transitoria, pero nunca la conclusión del movimiento. El objetivo práctico del movimiento consiste en organizar a tantos pueblos como le sea posible dentro de su marco y ponerlos y mantenerlos en marcha; un objetivo político que constituyera el final del movimiento simplemente no existe.

2. LA ALIANZA ENTRE EL POPULACHO Y LA ÉLITE

Más amenazadora para nuestra paz mental que la lealtad incondicional de los miembros de los movimientos totalitarios y el apoyo popular a los regímenes totalitarios es la indiscutible atracción que estos movimientos ejercen sobre la élite y no sólo sobre los elementos del populacho en la sociedad. Sería temerario tratar de disminuir la importancia de la terrible lista de hombres preclaros a los que el totalitarismo puede contar entre sus simpatizantes, compañeros de viaje y miembros inscritos del partido, atribuyéndolo a extravagancias artísticas o a una ingenuidad profesoral.

Esta atracción experimentada por la élite es una clave tan importante para la comprensión de los movimientos totalitarios (aunque difícilmente de la de los regímenes totalitarios) como lo es su más obvia conexión con el populacho. Revela la atmósfera específica, el clima general en donde tiene lugar el auge del totalitarismo. Tendría que recordarse que los jefes de los movimientos totalitarios y sus simpatizantes son, por así decirlo, más viejos que las masas que organizan, de forma tal que, cronológicamente hablando, las masas no tienen que aguardar desamparadas la aparición de sus propios líderes en medio de una decadente sociedad de clases de la

⁴² *Hitlers Tischgespräche*, p. 198.

⁴³ *Mein Kampf*, libro I, cap. XI. Véase también, por ejemplo, a DIETER SCHWARZ. *Angriffe auf die nationalsozialistische Weltanschauung: Aus dem Schwarzen Korps*, número 2, 1936, en respuesta a las obvias críticas del hecho de que los nacional-socialistas, después de la conquista del poder, siguieran hablando acerca de «una lucha»: El nacional-socialismo como ideología (*Weltanschauung*) no abandonará su lucha hasta que... el estilo de vida de cada alemán haya quedado conformado por sus valores fundamentales y hasta que éstos sean verdaderamente realizados cada día.

que son el más sobresaliente producto. Aquellos que voluntariamente abandonaron la sociedad antes de que se produjera la ruptura de las clases, junto con el populacho, que era un primitivo subproducto de la dominación de la burguesía, estaban dispuestos a recibirlos. Los dirigentes totalitarios contemporáneos y los líderes de los movimientos totalitarios todavía presentan los rasgos característicos del populacho, cuya psicología y cuya filosofía política son bastante bien conocidas; no sabemos todavía lo que sucederá cuando logre imponerse el auténtico hombre-masa, aunque puede suponerse fundadamente que tendrá más en común con la meticulosa y calculada precisión de Himmler que con el fanatismo histórico de Hitler, que se parecerá más a la testaruda frialdad de Molotov que a la crueldad sensual y vengativa de Stalin.

A este respecto, la situación en Europa después de la segunda guerra mundial no difiere esencialmente de la situación en la primera postguerra. En la década de los 20, las ideologías del fascismo, el nazismo y el bolchevismo fueron formuladas y dirigidos sus movimientos por la llamada generación del frente, por aquellos que habían sido educados en la época anterior a la guerra y la recordaban claramente, de forma tal que la política general y el clima general del totalitarismo de la postguerra estaban siendo determinados por una generación que conocía íntimamente el tiempo y la vida que habían precedido a este período. Esto es específicamente cierto en el caso de Francia, donde la ruptura del sistema de clases se produjo después de la segunda guerra mundial y no en la primera postguerra. Como los hombres del populacho y los aventureros de la era imperialista, los jefes de los movimientos totalitarios tienen en común con sus simpatizantes intelectuales el hecho de haberse hallado al margen del sistema de clases y del sistema nacional de la sociedad respetable europea incluso antes de que este sistema se quebrara.

Este quebrantamiento, cuando la presunción de una espúrea respetabilidad dio paso a una desesperación anárquica, pareció ser la primera gran oportunidad tanto para la élite como para el populacho. Esto resulta obvio en los nuevos líderes de masas, cuyas carreras reproducen las características de los primeros jefes del populacho: fracaso en la vida profesional y social, pervasión y desastre en la vida privada. El hecho de que antes de que se iniciaran sus carreras políticas fueran sus vidas un fracaso, por lo que resultaron ingenuamente censurados por los jefes más respetables de los viejos partidos, constituyó el factor más fuerte de su atractivo para las masas. Parecía demostrar que individualmente encarraban el destino de la masa de su tiempo y que su deseo de sacrificarlo todo al movimiento, la seguridad de su devoción a aquellos que habían sido atacados por la catástrofe, su determinación de no retroceder nunca a la seguridad de la vida normal y su desprecio por la respetabilidad eran completamente sinceros y no inspirados por ambiciones pasajeras.

La élite de la postguerra, por otra parte, era sólo ligeramente más joven que la generación que había sido utilizada y explotada por el imperialismo en carreras gloriosas al margen de la respetabilidad, como las de jugadores, espías y aventureros, como caballeros de resplandeciente arma-

dura y como matadores de dragones. Compartían con Lawrence de Arabia el anhelo de «perder su ego» y la violenta repulsión hacía todas las normas existentes, hacia cualquier poder. Si recordaban la «Edad de Oro de la seguridad», también recordaban como la habían odiado y cuán real fue su entusiasmo en el momento en que estalló la primera guerra mundial. No sólo Hitler ni sólo los fracasados dieron gracias a Dios de rodillas cuando la movilización se extendió por Europa en 1914⁴⁴. Ni siquiera tenían que reprocharse a sí mismos el haber sido presa fácil de la propaganda chauvinista o de las falaces explicaciones acerca del carácter puramente defensivo de la guerra. La élite fue a la guerra con la alegre esperanza de que todo lo que conocía, toda la cultura y el contexto de la vida, podría derrumbarse entre «tormentas de acero» (Ernst Jünger). En palabras cuidadosamente elegidas de Thomas Mann, la guerra era «castigo» y «purificación»: «fue la guerra en sí misma, más que las victorias, la que inspiró al poeta». O en palabras de un estudiante de la época: «Lo que cuenta es siempre la prontitud para hacer un sacrificio, no el objeto con el que se hace un sacrificio»; o en palabras de un joven obrero: «No importa vivir unos pocos años más o menos. A uno le gustaría tener en su vida algo que mostrar»⁴⁵. Y mucho tiempo antes de que uno de los simpatizantes intelectuales del nazismo anunciara: «Cuando oigo la palabra cultura, sacó el revólver», los poetas habían proclamado su repugnancia por la «cultura de basurero» y apelado poéticamente a los «bárbaros, escitas, negros e indios, para que la pisotearan»⁴⁶.

Etiquetar simplemente como estalidos de nihilismo esta violenta insatisfacción por la época de la preguerra y por los subsiguientes intentos de restaurarla (desde Nietzsche a Sorel y Pareto, de Rimbaud y T. E. Lawrence a Jünger, Brecht y Mairaux, de Baukín y Nechayev a Alexander Blok) significa pasar por alto cuán justificada podía hallarse la repulsión hacia una sociedad completamente penetrada por la perspectiva ideológica y las normas morales de la burguesía. Sin embargo, también es cierto que la «generación del frente», en marcado contraste con los propios padres espirituales que eligió, estaba completamente absorbida por su deseo de ver la ruina de todo ese mundo de falsa seguridad, falsa cultura y falsa vida. Ese deseo era tan grande que superaba en impacto y concreción a todos los anteriores intentos de una «transformación de valores», tal como había pretendido Nietzsche, o de una reorganización de la vida política, tal como está indicado en las obras de Sorel, o de una resurrección de la autenticidad humana de Bakunin, o de un apasionado amor por la vida en la pureza de las aventuras exóticas de Rimbaud. La destrucción sin mitigación, el

⁴⁴ Véase la descripción que Hitler hace de su reacción ante el estallido de la primera guerra mundial, en *Mein Kampf*, libro I, cap. V.

⁴⁵ Véase la colección de material sobre «la crónica interna de la primera guerra mundial» de HANNA HAFKESBRINK, *Unknown Germany*, New Haven, 1948, pp. 43, 45 y 81, respectivamente. El gran valor de esta colección en lo referente a los importantes de la atmósfera histórica hace aún más deplorable la falta de estudios similares, con relación a Francia, Inglaterra e Italia.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 20 y 21.

caos y la ruina como tales asumieron la dignidad de valores supremos⁴⁷. Puede advertirse la autenticidad de estos sentimientos en el hecho de que fueron muy pocos los de esta generación que se curaron de su entusiasmo bélico ante la experiencia real de los horrores. Los supervivientes de las trincheras no se convirtieron en pacifistas. Cantaron a una experiencia que, pensaban, podía servir para alejarles definitivamente de la odiada proximidad a la respetabilidad. Se aferraron a sus recuerdos de cuatro años de vida en las trincheras como si hubieran constituido un criterio objetivo para el establecimiento de una nueva élite. Y no cayeron tampoco en la tentación de idealizar este pasado; al contrario, los adoradores de la guerra fueron los primeros en reconocer que en la era de las máquinas la guerra no podía posiblemente incluir virtudes como el sentimiento caballeresco, el valor, el honor y la virilidad⁴⁸, que la guerra sólo imponía a los hombres la experiencia de la simple destrucción junto con la humillación de ser sólo pequeños dientes en la majestuosa rueda de la matanza.

Esta generación recordó la guerra como el gran preludio de la ruptura de las clases y de su transformación en masas. La guerra, con su arbitrariedad constante y homicida, se convirtió en símbolo de la muerte, la «gran igualadora»⁴⁹, y por eso, en el verdadero padre de un nuevo orden mundial. La pasión por la igualdad y la justicia, el anhelo por superar las estrechas líneas de clase, carentes de significado, por abandonar privilegios y prejuicios estirpados, parecieron hallar en la guerra un escape de las antiguas actitudes condescendientes de piedad por los oprimidos y los desheredados. En tiempos de miseria y de desamparo individual parece tan difícil resistirse a la piedad cuando se transforma en una pasión que lo devora todo como no sentir su misma infinidad, que parece matar la dignidad humana con una certeza más mortal que la misma miseria.

En los primeros de su carrera, cuando una restauración del *statu quo* europeo era todavía la amenaza más seria a las ambiciones del populacho⁵⁰, Hitler recurrió casi exclusivamente a estos sentimientos de la generación del frente. La abnegación peculiar del hombre-masa apareció ahora

⁴⁷ Esto comenzó con un sentimiento de completa alienación de la vida normal. Rudolf Binding, por ejemplo, escribió: «Más que entre los proselitistas, cuyo retorno es posible, seremos contactados cada vez más entre los muertos, entre los alejados, porque la grandeza de lo sucedido nos aleja y nos separa» (*Ibid.*, p. 160). Puede encontrarse una curiosa reminiscencia de la reivindicación elitista de la generación del frente en la descripción que hace Himmler acerca de su «forma de selección» para la reorganización de las SS: «el procedimiento más severo de selección es el determinado por la guerra, por la lucha por la vida y la muerte. En este sistema se revivía el valor de la sangre a través de los logros... La guerra, sin embargo, es una circunstancia excepcional y tenemos que hallar un medio para realizar selecciones en tiempo de paz» (*op. cit.*).

⁴⁸ Véase, por ejemplo, *The Storm of Steel*, de ERNST JÜNGER, Londres, 1929.

⁴⁹ HAFKESBRINK, *op. cit.*, p. 156.

⁵⁰ Hitler, en los primeros días de su movimiento, cuán oportunamente se alineó con la catástrofe de Alemania. «En media docena de veces (por ejemplo durante el Ruhrputsch) declaró en diferentes términos a sus tropas de asalto que Alemania se estaba hundiendo. Nuestro papel consiste en asegurar el éxito de nuestro movimiento» (p. 167), un éxito que en aquel momento dependía del colapso de la lucha en el Ruhr.

289

como un anhelo de anonimato, por ser justamente un número y funcionar solamente como un engranaje que, por todas las transformaciones, en suma, que barrieran las espaldas identificaciones con tipos específicos o funciones predefinidas dentro de la sociedad. La guerra había sido experimentada como la «más poderosa de todas las acciones de masas» que borraba las diferencias individuales de forma tal que incluso los sufrimientos que tradicionalmente habían diferenciado a los individuos a través de destinos únicos e inalterables, podían ser ahora interpretados como «un instrumento de progreso histórico»³¹. Y las distinciones nacionales no frenaron a las masas en las que deseaba sumergirse la élite de la posguerra. La primera guerra mundial, algo paradójicamente, casi había extinguido los auténticos sentimientos nacionales en Europa, donde, entre las dos guerras, resultaba mucho más importante haber pertenecido a la generación que las trincheras, sea cual fuere el lado en el que se hubiera luchado, que ser alemán o francés³². Los nazis basaron toda su propaganda en esta camaradería indistinta, en esta «comunidad de destino» y conquistaron a gran número de organizaciones de veteranos en todos los países de Europa, probando así cuán carentes de significado se habían tornado los *slogans* nacionales, incluso en las filas de la llamada derecha, y los utilizaron más por su connotación de violencia que por su específico contenido nacional.

En este clima intelectual, general en la Europa de la posguerra, no existía un solo elemento verdaderamente nuevo. Bakunin ya había confesado: «No deseo ser Yo, quiero ser *Nosotros*»³³, y Nechayev había predicado el evangelio del «hombre condenado» sin «intereses personales, asuntos, sentimientos, jazos, propiedad ni siquiera un nombre propio»³⁴. Los instintos antihumanistas, antiliberales, antiindividualistas y anticulturales de la generación del frente, su brillante e ingenuo elogio de la violencia, del poder y de la crueldad, fueron precedidos por las pruebas, difíciles y pomposamente «científicas» de la élite imperialista, según las cuales es ley del universo la lucha de todos contra todos, la expansión es una necesidad psicológica antes de ser un medio político y el hombre ha de comportarse conforme a tales leyes universales³⁵. Lo que resultaba nuevo en los escri-

³¹ HAKESBRINK, *op. cit.*, pp. 156 y 157.

³² Este sentimiento se hablaba ya muy difundido durante la guerra cuando Rudolf Binding escribió: «Esta guerra» no puede ser comparada con una campaña. Porque en ésta un jefe alza su voluntad contra la de otro. Pero en esta guerra ambos adversarios yacen en el suelo y sólo la guerra impone su voluntad» (*ibid.*, p. 67).

³³ BAKUNIN: en una carta escrita el 7 de febrero de 1870. Véase *Apostasias of Revolution*, de MAX NOMAD, Boston, 1939, p. 180.

³⁴ El *Caricazo del Revolucionario* fue escrito por el propio BAKUNIN o por su discípulo NECHAYEV. Para la cuestión de la paternidad y una traducción del texto completo, véase NOMAD, *op. cit.*, pp. 227 y ss. En cualquier caso, el «sistema de desprecio total por cualquier principio de simple equidad y de justicia en la acción (del revolucionario) hacia otros seres humanos... pasó a la historia revolucionaria rusa bajo el nombre de «Nechayevshchina» (*ibid.*, p. 224).

³⁵ Relevante entre estos teóricos políticos del imperialismo es ERNEST SELILIBER, *Mysticism et domination: essai de critique impérialiste*, 1913, 1915. Véase también *We Imperialists: Notes on Ernest Seliliber's Philosophy of Imperialism*, de CARROLL SPRETTSMAN, Nueva York, 1931; G. MONOD, en *La Revue Historique*, enero de 1912, y *Une nouvelle Psychologie de l'Impérialisme*, de LOUIS ESTÈVE, 1913.

tos de la generación del frente era su alto nivel literario y la gran profundidad de su pasión. Los escritores de la posguerra ya no necesitaban las demostraciones científicas de la genética e hicieron escaso uso, si es que llegaron a hacerlo, de las obras de Gobineau o de Houston Stewart Chamberlain, que pertenecían ya al recinto cultural de los filisteos. No leyes a Darwin, sino al Marqués de Sade³⁶. Si en alguna forma creían en leyes universales no se preocuparon, desde luego, en conformarse especialmente a ellas. Para ellos, la violencia, el poder, la crueldad, eran las capacidades supremas de los hombres que habían perdido definitivamente su lugar en el universo y eran demasiado orgullosos para anhelar una teoría del poder que les reintegrara sanos y salvos al mundo. Se hallaban satisfechos de su ciega adhesión a todo lo que la sociedad respetable había vetado, al margen de la teoría o del contenido, y elevaron la crueldad a la categoría de una virtud principal porque contradecía la hipocresía humanitaria y liberal de la sociedad.

Si comparamos a esta generación con los ideólogos del siglo XIX con cuyas teorías parecen a veces tener tanto en común, su diferencial principal radica en una autenticidad y en una pasión más grandes. Se vieron más profundamente afectados por la miseria, se preocuparon más de las contradicciones y se sintieron más mortalmente heridos por la hipocresía que todos los apóstoles de buena voluntad y hermandad. Ya no podían escapar a tierras exóticas ni podían permitirse ser matadores de dragones en capar a pueblos extraños e interesantes. No existía para ellos escape a la rutina diaria de miseria, manedumbre, frustración y resentimiento, embellecida por una falsa cultura de conversaciones culpas; ni la afinidad con los tumores de pasajes de cuentos de hadas podía salvarles posiblemente de la creciente náusea hacia esta combinación consistentemente inspirada.

La incapacidad para escapar al ancho mundo, este sentimiento de ser cogido una y otra vez en las trampas de la sociedad —tan diferente de las condiciones que habían formado el carácter imperialista— añadió una constante opresión y el anhelo de la violencia a la antigua pasión por el anonimato y por el abandono del yo. Sin la posibilidad de un cambio radical de papel y de carácter, tal como la identificación con el movimiento nacional árabe o con los ritos de una aldea india, la voluntaria inmersión del yo en fuerzas suprahumanas de destrucción parecía ser un escape a la identificación automática con funciones preestablecidas dentro de la sociedad y a su profunda banalidad y, al mismo tiempo, una ayuda para la destrucción del mismo funcionamiento. Estas personas se sentían atraí-

³⁶ En Francia, desde 1930, el Marqués de Sade se había convertido en uno de los autores favoritos de la literatura de vanguardia. Jean Paulhan, en su introducción a una nueva edición de *Les Infortunes de la Vérité*, de Sade, París, 1946, señala: «Cuando veo hoy a tantos escritores tratando conscientemente de renunciar al artículo y el juego literario por lo inexpresable... (*un événement indécidable*) buscando antistáticamente lo sublime en lo infame, la grandezza en lo subversivo... me pregunto... si nuestra literatura moderna, en aquellos sectores que nos parecen más vitales—o, en cualquier caso, más agresivos—, no se habrá vuelto enteramente hacia el pasado y si no ha sido precisamente Sade quien la ha determinado.» Véase también «Le Secret de Sade», de GEORGES BATAILLE, en *La Critique*, tomo III, núms. 15-16 y 17, 1947.

das por el declarado activismo de los movimientos totalitarios, por su curiosa y sólo aparentemente contradictoria insistencia en la primacía de la acción pura y en la abrumadora fuerza de la pura necesidad. Esta mezcla correspondía precisamente a la experiencia bélica de la «generación del frente», a la experiencia de la actividad constante dentro del marco de una fatalidad insuperable.

El activismo, además, parecía proporcionar nuevas respuestas a la antigua e inquietante pregunta: «¿Quién soy yo?», que siempre surge con redobladada insistencia en los tiempos de crisis. Si la sociedad insistía en decir: «Tú eres lo que parece ser», el activismo de la posguerra replicaba: «Tú eres lo que tú has hecho» —por ejemplo, el hombre que por vez primera había cruzado el Atlántico en un aeroplano (como en *Der Flug des Lindberghs*, de Brecht)—, una respuesta que después de la segunda guerra mundial repitió Sartre, ligeramente variada: «Eres tu vida» (en *Huis clos*). La pertinencia de estas respuestas se basa menos en su validez como redefiniciones de una identidad personal que en su utilidad para un eventual escape a la identificación social, a la multiplicidad de papeles y funciones intercambiables que ha impuesto la sociedad. Lo que importaba era hacer algo, heroico o criminal, algo que no estuviera previsto ni determinado por nadie.

El activismo declarado de los movimientos totalitarios, su preferencia por el terrorismo sobre todas las demás formas de actividad política atrajeron al mismo tiempo a la élite intelectual y al populacho, precisamente porque este terrorismo era tan profundamente diferente del de las primeras sociedades revolucionarias. Ya no se trataba de una cuestión de política calculada que viera en los actos terroristas el único medio de eliminar a ciertas personalidades relevantes, quienes, por obra de su política o de su posición, se habían convertido en el símbolo de la opresión. Lo que resultaba tan atractivo era que el terrorismo se había convertido en una clase de filosofía a través de la cual se podía expresar el resentimiento, la frustración y el odio ciego, en un tipo de expresionismo político que recorría a las bombas para manifestarse, que observaba con placer la publicidad otorgada a los hechos resonantes, y que estaba absolutamente dispuesto a pagar el precio de la vida por haber logrado obligar al reconocimiento de la existencia propia sobre los estratos normales de la sociedad. Fue el mismo espíritu y el mismo talante el que hizo anunciar a Goebbels con obvio placer, largo tiempo antes de la eventual derrota de la Alemania nazi, que los nazis, en caso de derrota, sabrían cómo cerrar la puerta tras ellos y no ser olvidados durante siglos.

Pero, sin embargo, es aquí, en la atmósfera pretotalitaria, donde cabe hallar un criterio válido, si es que puede hallarse en parte alguna, para distinguir a la élite del populacho. Lo que el populacho quería y lo que Goebbels expresó con gran precisión era acceder a la Historia incluso al precio de la destrucción. El sincero convencimiento de Goebbels de que «la mayor felicidad que un contemporáneo puede experimentar hoy» es, o bien ser un genio, o servir a un genio⁵¹, resultaba típico del populacho.

⁵¹ GOEBBELS, *op. cit.*, p. 139.

pero no lo era de las masas ni de la élite simpatizante. Esta última, al contrario, tomaba el anonimato tan en serio que llegaba incluso a negar seriamente la existencia del genio. Todas las teorías del arte de la década de los 20 trataban desprecadamente de demostrar que lo excelente es producto de la habilidad, la experiencia y la lógica y de la realización de las potencialidades del material⁵⁰. El populacho, y no la élite, estaba encantado con el «radiante poder de la fama» (Stefan Zweig) y aceptó entusiásticamente la idolatría del genio del difunto mundo burgués. En esto, el populacho del siglo xx siguió fielmente la pauta de advenedizos anteriores, quienes también descubrieron el hecho de que la sociedad burguesa abriría sus puertas, más que al simple mérito, a todo lo fascinadamente «anormal» al genio, al homosexual o al judío. El desprecio de la élite por el genio y su anhelo de anonimato demostraban todavía un espíritu que ni las masas ni el populacho se hallaban en disposición de comprender, y que, en palabras de Robespierre, se esforzaba por afirmar la grandeza del hombre contra la pequeñez de los grandes.

Pese a esta diferencia entre la élite y el populacho, no hay duda de que a la élite le placía que el hampa asustara a la sociedad respetable colocándola al mismo nivel. Los miembros de la élite no pusieron reparos al hecho de tener que pagar un precio, la destrucción de la civilización, por el placer de ver cómo se abrían camino aquellos que habían sido injustamente excluidos en el pasado. No se sintieron especialmente agraviados por las monstruosas falsificaciones de la historiografía, de las que culpables todos los regímenes totalitarios y que se anunciaron con suficiente claridad en la propaganda totalitaria. Se habían llegado a convenir de que, en cualquier caso, la historiografía tradicional era una falsificación, dado que había excluido del recuerdo de la humanidad a los menos privilegiados y a los oprimidos. Aquellos que fueron rechazados por su propio tiempo resultaron corrientemente olvidados por la Historia y, añadiendo el insulto a la injuria, preocuparon a todas las conciencias sensibles desde que desapareció la fe en un más allá en el que los últimos serían los primeros. Las injusticias, en el pasado como en el presente, se tomaron intolerables cuando ya no existió esperanza alguna de que se enderezaran eventualmente las normas de la justicia. El gran intento de Marx de reescribir la historia del mundo en términos de luchas de clases fascinó incluso a aquellos que no creían en su tesis, pero que se sentían atraídos por su intención de hallar un medio por el cual empujar hasta el recuerdo de la posteridad a los destinos de los excluidos de la historia oficial.

La alianza temporal entre la élite y el populacho se basó ampliamente en este genuino placer con el que la primera veía al segundo destruir la respetabilidad. Y esto era posible cuando los barones alemanes del acero se veían obligados a tratar con Hitler, a tratar socialmente con ese pintor de brocha gorda que, según confesión propia, había sido anteriormente un

⁵⁰ A este respecto resultaban características las teorías artísticas de la Bauhaus. Véanse también las observaciones de Bakhtin Bécir acerca del teatro, *Gesamtheit Werke*, Londres, 1938.

31

desecho, con las falsificaciones vulgares y ordinarias perpetradas por los movimientos totalitarios en todos los campos de la vida intelectual hasta reunir a todos los elementos subterráneos e irrespetables de la historia europea en una imagen consistente. Desde este punto de vista resulta más bien consolador que el nazismo y el bolchevismo comenzaran a eliminar incluso aquellas fuentes de sus propias ideologías que habían obtenido ya algún reconocimiento en sectores académicos u oficiales de otro tipo. Por que la inspiración de quienes reescribieron la Historia no fue, por ejemplo, el marxismo dialéctico de Marx, sino la conspiración de las 300 familias; ni el pomposo cientificismo de Gobineau y de Chamberlain, sino los «Protocolos de los Sabios de Sión»; ni la clara influencia de la Iglesia Católica y el papel desempeñado por el anticlericalismo en los países latinos, sino la literatura barata sobre los jesuitas y los francmasones. El objeto de las más variadas y variables construcciones consistió siempre en presentar a la historia oficial como una burla, en mostrar una serie de influencias secretas de las que la realidad visible, distinguible y conocida era sólo la fachada exterior, erigida explícitamente para engañar a la gente.

A esta aversión de la élite intelectual por la historiografía intelectual, a la convicción de que, en cualquier caso la Historia podía ser también el campo de acción de los fanáticos, hay que añadir también la terrible y demoralizante fascinación de que pudieran afirmarse eventualmente mentiras gigantescas y falsedades monstruosas como hechos indiscutibles, de que el hombre pudiera ser libre de cambiar a su voluntad su propio pasado y de que la diferencia entre la verdad y la falsedad pudiera dejar de ser objetiva y convertirse en una simple cuestión de poder y habilidad, de presión y de infinita repetición. Lo que ejerció la fascinación no fue la habilidad de Stalin y de Hitler en el arte de mentir, sino el hecho de que fueran capaces de organizar las masas en una unidad colectiva para respaldar sus mentiras con una impresionante magnificencia. Desde el punto de vista de los eruditos, las simples falsificaciones parecieron recibir la sanción misma de la Historia cuando toda la realidad en marcha de los movimientos se alzó tras ellas y de ellas pretendió extraer la inspiración necesaria para la acción.

La atracción que los movimientos totalitarios ejercen sobre la élite, mientras, y allí donde no se han apoderado del poder, resulta sorprendente porque las doctrinas positivas, patentemente vulgares y arbitrarias, del totalitarismo son más evidentes para quien se halla al margen como mero observador, que el talante general que penetra la atmósfera pretolitaria. Estas doctrinas diferían tanto de las normas intelectuales, culturales y morales generalmente aceptadas que cabría deducir que sólo una imperfección inherente fundamentalmente al carácter del intelectual, *la traitison des cœurs* (J. Benda), o un perverso odio hacia el propio espíritu, son los responsables de la satisfacción con la que la élite aceptó las «ideas» del populacho. Lo que los portavoces del humanismo y del liberalismo pasaron habitualmente por alto en su amarga decepción y en su falta de familiaridad con las experiencias más corrientes de la época, es que en una atmósfera en la que se han evaporado todos los valores y exposiciones tradicionales (después

de que las ideologías decimonónicas se refutaron entre sí y agotaron su atractivo vital) era más fácil en cierto sentido aceptar exposiciones patentemente absurdas que las antiguas verdades, convertidas en piadosas banalidades precisamente porque nadie podía esperar que el absurdo fuera tomado en serio. La vulgaridad con su cínico desprecio por las normas respetadas y por las teorías reconocidas sobrevino con una franca aceptación de lo peor y un desdén por todas las ficciones, que fueron fácilmente confundidos con el valor y con un nuevo estilo de vida. En el creciente predominio de las actitudes y convicciones del populacho —que eran realmente las actitudes y convicciones de la burguesía despojadas de hipocresía— quienes tradicionalmente habían odiado a la burguesía y habían abandonado voluntariamente la sociedad respetable vieron solamente la falta de hipocresía y de respetabilidad y no su contenido mismo.⁵⁹

Como la burguesía afirmaba ser el guardián de las tradiciones occidentales y tornó confusas todas las cuestiones morales, jactándose públicamente de virtudes que no sólo no poseía en privado, sino que realmente despreciaba, parecía revolucionario aceptar a la crueldad al margen de los valores morales, y a la amoralidad general, porque así destruía al menos la duplicidad sobre la que parecía descansar la sociedad existente. ¡Qué tentación la de elogiar las actitudes extremistas en esta penumbra hipócrita de las dobles normas morales, la de exhibir públicamente la máscara de la crueldad cuando todo el mundo es duro, pero pretende ser amable; la de jactarse de maldad en un mundo no de maldades, sino de bajezas! La élite intelectual de la década de los años 20, que sabía muy poco de las conexiones anteriores entre el populacho y la burguesía, estaba segura de que el antiguo juego de *épater le bourgeois* podía jugarse a la perfección si se empezaba por asustar a la sociedad con una imagen irónicamente exagerada de la propia conducta de uno.

En aquella época nadie llegó a pensar que la verdadera víctima de esta ironía sería la élite más que la burguesía. La vanguardia no sabía que estaba lanzando su cabeza, no contra los muros, sino contra puertas abiertas, que un éxito unánime desmentiría su afirmación de ser una minoría revolucionaria y demostraría que estaba a punto de expresar un nuevo espíritu de masas o el espíritu del tiempo. Particularmente significativa a este respecto fue la acogida que obtuvo la *Dreigroschenoper*, de Brecht, en la Alemania prusleriana. La obra presentaba a los *gangsters* como respetables hombres de negocios y a los respetables hombres de negocios como *gangsters*. La ironía se perdió de alguna forma cuando los respetables hombres de negocios que vieron la obra la consideraron como una pro-

⁵⁹ Las siguientes palabras de Régnat son típicas del sentimiento de casi toda la nueva generación y no sólo de una élite: «La dominación de la hipocresía y del fanatismo son las características más conspicuas de la sociedad actual... Nada puede ser más falaz que la llamada moral de la sociedad.» Estos muchachos «no encuentran su camino en el mundo físico de la doble moral y ya no saben cómo distinguir entre la verdad y el error» (*Die Geschichte eines Hochverraters*, pp. 267 y 269). La homosexualidad de estos círculos era también, al menos en parte, una expresión de su protesta contra la sociedad.

32

funda percepción de la vida y cuando el populacho la recibió como una sanción artística del gangsterismo. La canción que fue tema de la obra, «*Erst kommt das Fressen, dann kommt die Moral*», fue recibida con frénéticos aplausos de todo el mundo, aunque por diferentes razones. El populacho aplaudía porque tomaba la afirmación al pie de la letra; la burguesía aplaudía porque había sido engañada por su propia hipocresía durante tanto tiempo que ya estaba cansada de la tensión y descubría una profunda agudeza en la expresión de la banalidad en la que vivía; la élite aplaudió porque le alegraba y le entusiasmaba el desenmascaramiento de la hipocresía. El efecto de la obra fue exactamente el opuesto del que Brecht había buscado. La burguesía ya no podía sentirse horrorizada; la bienvenida a la exposición de su oculta filosofía, cuya popularidad demostraba que había tenido razón durante todo el tiempo, así que el único resultado político de la «*revolución*» de Brecht fue animar a todo el mundo a arrojar la incómoda máscara de la hipocresía y a aceptar abiertamente las normas del populacho.

Una reacción similar en su ambigüedad surgió diez años más tarde en Francia con *Bogartelles pour un massacre*, de Céline, en la que proponía matar a todos los judíos. André Gide mostró públicamente su satisfacción en las páginas de la *Nouvelle Revue Française*, no porque deseara matar a los judíos de Francia, sino porque le complacía el reconocimiento brutal de semejante deseo y la fascinante contradicción entre la brutalidad de Céline y el comendamiento hipócrita que rodeaba a la cuestión judía en todos los barrios respetables. Puede juzgarse cuán irresistible era el deseo de la élite de desenmascarar a la hipocresía por el hecho de que semejante satisfacción no resultara menguada por la muy auténtica persecución de los judíos por parte de Hitler, ya en marcha en la época en que escribía Céline. Sin embargo, esta reacción más tenía que ver con la aversión al flosematismo de los liberales que con el odio a los judíos. Un esquema mental similar explica el hecho notable de que las muy difundidas opiniones de Hitler y de Stalin acerca del arte y su persecución de los artistas modernos nunca hayan sido capaces de destruir la atracción que los movimientos totalitarios sienten por los artistas de vanguardia; esto muestra la falta de sentido de la realidad de la élite, junto con su perversidad abnegación; ambos recuerdan muy estrechamente al mundo ficticio y a la ausencia de interés propio típicos de las masas. Esta fue la gran oportunidad de los movimientos totalitarios y la razón por la que pudo surgir una alianza temporal entre la élite intelectual y el populacho, cuyos problemas en una forma elemental e indiferenciada habían llegado a ser los mismos y anticipaban los problemas y la mentalidad de las masas.

Estrechamente ligada a la atracción que la falta de hipocresía del populacho y la falta de interés propio de las masas ejercían sobre la élite era la atracción igualmente irresistible de la falsa afirmación de los movimientos totalitarios de haber abolido la separación entre la vida privada y pública y haber restaurado una totalidad misteriosamente irracional en el hombre. Desde que Balzac reveló las vidas privadas de la sociedad francesa y desde que la dramatización de Ibsen de los «*Pilares de la sociedad*»

había conquistado el teatro continental, el tema de la doble moralidad era uno de los más importantes en tragedias, comedias y novelas. La doble moralidad, tal como era practicada por la burguesía, se convirtió en el signo relevante de ese *esprit de sérieux* que es siempre pomposo y nunca sincero. Esta división entre la vida privada y la pública o social nada tiene que ver con la justificada separación entre las esferas personal y pública, sino que es más bien un reflejo psicológico de la lucha deconómica entre *bourgeois* y *citoyen*, entre el hombre que juzgaba y utilizaba todas las instituciones públicas por la medida de sus intereses privados y el ciudadano responsable que se sentía preocupado por los asuntos públicos como tales. En esta perspectiva, la filosofía política de los liberales, según la cual la simple suma de los intereses individuales constituye el milagro del bien común, parecía ser sólo una racionalización de la temeridad con la que fueron impulsados los intereses privados sin respecto al bien común.

Contra el espíritu clasista de los partidos continentales que siempre habían reconocido que representaban a ciertos intereses, y contra el «*oportunismo*» resultante de su propia concepción de sí mismos exclusivamente como partes de un todo, los movimientos totalitarios afirmaron su «*superioridad*» en cuanto portaban una *Weltanschauung*, mediante la cual tomaban posesión del hombre en su totalidad⁶⁰. En su reivindicación de esta totalidad los dirigentes del populacho de los movimientos formularon de nuevo, sólo que al revés, la propia filosofía política de la burguesía. La clase burguesa, tras haberse abierto camino a través de la presión social y, frecuentemente, a través del chantaje económico de las instituciones políticas, siempre creyó que los órganos públicos y visibles del poder estaban dirigidos por sus propios intereses e influencia secretos y particulares. En este sentido, la filosofía política de la burguesía era siempre «*totalitaria*»; siempre supuso una identidad de política, economía y sociedad, en la que las instituciones políticas servían sólo como fachada de sus intereses particulares. La doble norma de la burguesía, su diferenciación entre la vida privada y la pública, eran una concesión a la Nación-Estado que había tratado desesperadamente de mantener apartadas a las dos esferas.

Lo que atrajo a la élite fue el radicalismo como tal. La esperanzada predicción de Marx de que el Estado se esfumaría y de que emergería una sociedad sin clases, ya no era suficientemente radical ni mesiánica. Si Berdiaev tiene razón al declarar que los «*revolucionarios rusos*... siempre habían sido totalitarios», entonces la atracción que la Rusia soviética ejerció igualmente sobre los intelectuales compañeros de viaje nazis y comunistas descansa precisamente en el hecho de que en Rusia «*la revolución era una religión y una filosofía, y no simplemente un conflicto relacionado con el aspecto social y político de la vida*»⁶¹. La verdad fue que la transforma-

⁶⁰ El papel de la *Weltanschauung* en la formación del movimiento nazi fue subrayado muchas veces por el mismo HIRSH. Es interesante señalar que en *Mein Kampf* pretende haber comprendido la necesidad de basar un partido en una *Weltanschauung*, gracias a la superioridad de los partidos marxistas. «*Weltanschauung und* Partido», libro II, cap. I.

⁶¹ NIKOLAI BERDIAEV, *The Origin of Russian Communism*, 1937, pp. 124 y 125.

33

ción de las clases en masas y el quebrantamiento del prestigio y de la autoridad de las instituciones políticas determinadas en las naciones de Europa occidental unas condiciones que se parecían a las predominantes en Rusia, de tal forma que no resultó accidental el que sus revolucionarios comenzaran a adoptar también el fanatismo revolucionario típicamente ruso que miraba hacia el futuro, no para cambiar las condiciones sociales o políticas, sino para lograr la destrucción radical de todos los credos, valores e instituciones existentes. El populacho simplemente supo aprovecharse de este nuevo talante y logró una breve alianza entre revolucionarios y delincuentes, que también había existido en muchas sectas revolucionarias de la Rusia zarista, pero que había permanecido notoriamente ausente de la escena europea.

La inquietante alianza entre el populacho y la élite y la curiosa coincidencia de sus aspiraciones tuvieron su origen en el hecho de que estos estratos habían sido los primeros en ser eliminados de la estructura de la Nación-Estado y del marco de la sociedad de classes. Se reunieron tan fácilmente, aunque sólo fuera por breve tiempo, porque ambos sentían lo que representaba el destino del tiempo, que eran seguidos por masas interminables y que más pronto o más tarde la mayoría de los pueblos europeos podían estar a su lado, tal como pensaban, dispuestos a hacer su revolución.

Resultó que ambos estaban equivocados. El populacho, hampa de la clase burguesa, esperaba que las masas desamparadas le ayudaran a llegar al poder, le apoyaban cuando trataba de impulsar sus intereses particulares y que sería simplemente capaz de reemplazar a los antiguos estratos de la sociedad burguesa y de infundir en ellos el espíritu más emprendedor del hampa. Sin embargo, el totalitarismo en el poder aprendió rápidamente que el espíritu emprendedor no quedaba limitado a los estratos del populacho dentro de la población y que, en cualquier caso, semejante iniciativa sólo podría constituir una amenaza a la dominación total del hombre. Por otra parte, la ausencia de escríptulos tampoco quedaba restringida al populacho y, en cualquier caso también, podía ser enseñada en un tiempo relativamente corto. Para las implacables máquinas de dominación y exterminio, las masas de filisteos coordinados proporcionaron un material mucho mejor y fueron capaces de crímenes aún mayores que los de los llamados criminales profesionales, a condición tan sólo de que tales crímenes estuviesen bien organizados y asumieran la apariencia de un trabajo rutinario.

No fue fortuito así que las escasas protestas ante las atrocidades en masa de los nazis contra los judíos y los pueblos de Europa oriental fueran formuladas no por los militares ni por otra parte alguna de las masas coordinadas de filisteos respetables, sino precisamente por aquellos primeros camaradas de Hitler que eran típicos representantes del populacho.

Existe, por ejemplo, la curiosa intervención de Wilhelm Kube, Comisario General de Minsk y uno de los más antiguos miembros del Partido, que en 1941, es decir, al comienzo de las matanzas, escribió a su jefe: «Soy, desde luego, duro y deso cooperar en la solución de la cuestión judía; pero las personas educadas en

No era Himmler, el hombre más poderoso en Alemania a partir de 1936. uno de aquellos «bohemios armados» (Heiden), cuyas características resultaban dolorosamente semejantes a las de la élite intelectual. Himmler, en realidad, era «más normal», es decir, tenía más de filisteo que cualquiera de los primeros líderes del movimiento nazi.⁶³ No era un bohemio como Goebbels, o un delincuente sexual como Stretcher, o un chillado como Rosenberg, o un fanático como Hitler, o un aventurero como Goering. Demostró su capacidad suprema para organizar a las masas en una dominación total, suponiendo que la mayoría de los hombres no eran ni bohemios, ni fanáticos, ni aventureros, ni maníacos sexuales, ni chillados, ni fracasados sociales, sino, primero y ante todo, trabajadores y buenos cabezas de familia.

El retro del filisteo a la vida privada, su devoción sincera a las cuestiones de la familia y de su vida profesional, fueron el último y ya degenerado producto de la creencia de la burguesía en la primacía del interés particular. El filisteo es el burgués aislado de su propia clase, el individuo atomizado que es resultado de la ruptura de la misma clase burguesa. El hombre-masa al que Himmler organizó para los mayores crímenes en masa jamás cometidos en la Historia, presentaba las características del filisteo más que las del hombre del populacho y era el burgués que, entre las ruinas de nuestra propia cultura son, después de todo, diferentes de las bestiales torcidas locales. ¿Hemos de asignar la tarea de matar a los lituanos y letones, que son despreciados incluso por la población indígena? Yo no podría hacerlo. Le ruego que me envíe instrucciones más definidas para ocuparme de la cuestión de la forma más humana con objeto de reservar el prestigio de nuestro Reich y de nuestro Partido.» Esta carta es publicada en *Hitler's Professors*, de MAX WATSON, Nueva York, 1946, pp. 153 y 154. La intervención de Kube fue totalmente desastrosa, pero un intento idéntico para salvar la vida de los judíos daneses, acometido por W. Best, plenipotenciario del Reich en Dinamarca y conocido nazi, tuvo más éxito. Véase *Nazi Conspiracy*, V. 2.

Similamente, Alfred Rosenberg, que había afirmado la inferioridad de los pueblos eslavos, nunca comprendió obviamente que sus teorías podían significar algún día su liquidación. Encargado de la administración de Ucrania, redactó informes en los que manifestaba su indignación por las condiciones existentes en 1942 después de haber tratado de conseguir la intervención directa del propio Hitler. Véase *Nazi Conspiracy*, III, pp. 85 y ss., y IV, p. 62.

Existen desde luego algunas excepciones a esta regla. El hombre que salvó a París de la destrucción era el general Von Choltitz, que, sin embargo, todavía «miraba al ser privado del mando por no haber ejecutado las órdenes», aunque sabía que la «guerra estaba perdida desde hacía varios años». Parece dudoso que hubiera tenido valor para resistirse a la orden de «convertir París en una masa de ruinas» de no haber contado con el enérgico apoyo de un hombre con larga carrera en el Partido Nazi, Otto Abetz, embajador en Francia, tal como se deduce de su propio testimonio durante el proceso de Abetz. Véase *The New York Times*, 21 de julio de 1949.

Es un inglés, STEPHEN H. ROBERTS, en *The House that Hitler Built*, Londres, 1939, describe a Himmler como «un hombre de exquisita cortesía e interesado todavía en las cosas sencillas de la vida. Carece de la 'pose' de esos nazis que se comportan como señores... Ningún hombre parece menos adecuado para su tarea como escudador de la Policía en Alemania...» (pp. 89 y 90). Esto recuerda en una forma muy curiosa la observación de la madre de Stalin, quien, según la propaganda bolchevique, dijo de él: «Un hijo ejemplar. Me gustaría que todos fueran como él» (SOLZGREN, *op. cit.* p. 656).

34

nas de su mundo, sólo se preocupaba de su seguridad personal y que, a la más ligera provocación, estaba dispuesto a sacrificarla todo, su fe, su honor y su dignidad. Nada resultó tan fácil de destruir como la intimidad y la moralidad privada de quienes no pensaban más que en salvaguardar sus vidas privadas. Tras unos pocos años de poder y una sistemática coor-dinación, los nazis pudieron afirmar con justicia: «El único hombre que en Alemania se todavía una persona particular es alguien que está dor-mido»⁶⁴.

Por otra parte, para ser completamente justos con aquellos miembros de la élite que, en un momento u otro, se han dejado seducir por los mo- vimientos totalitarios y que a veces, en razón de su capacidad intelectual, han llegado a ser incluso acusados de haber inspirado el totalitarismo, es preciso declarar que lo que estos hombres desesperados del siglo xx hicie- ron o no hicieron no tuvo influencia alguna en ningún totalitarismo, aun- que desempeñó cierto papel en los primeros y afortunados intentos de los movimientos por obligar al mundo exterior a tomar en serio sus doctrinas. Allí donde los movimientos totalitarios conquistaron el poder, todo este grupo de simpatizantes se deshizo incluso mucho antes de que los regíme- nes procedieran a cometer sus mayores crímenes. La iniciativa intelectual, espiritual y artística es tan peligrosa para el totalitarismo como lo es la iniciativa del *gangster* para el populacho, y ambas son más peligrosas que la simple oposición política. La persecución consistente en cada forma su- perior de actividad intelectual por los nuevos dirigentes de masas procede de algo más que de su resentimiento natural contra todo lo que no pueden comprender. La dominación total no permite la libre iniciativa en ningún campo: de la vida en ninguna actividad que no sea enteramente previsible. El totalitarismo en el poder sustituye invariablemente a todos los talentos de primera fila, sean cuales fueren sus simpatías, por aquellos fanáticos y chiflados cuya falta de inteligencia y de creatividad sigue siendo la mejor garantía de su lealtad⁶⁵.

⁶⁴ La observación fue formulada por Robert Ley. Véase KOHN-BRANSTERN, *op. cit.*, p. 178.

⁶⁵ La política bolchevique, sorprendentemente consecuentemente a este respecto, es bien conocida y difícilmente necesita un comentario ulterior. Picasso, por tomar el ejemplo más famoso, no gusta en Rusia, aunque se hizo comunista. Es posible que el repentino cambio de actitud de ANATÓL GIDE, tras haber visto la realidad bolche- vique en la Rusia soviética (*Retour de URSS*) en 1936, convenciera definitivamente a Stalin de la inutilidad de los artistas creativos incluso como compañeros de viaje. La política nazi se distinguió de las medidas bolcheviques sólo en cuanto que no llegó a exterminar a sus talentos de primera fila.

Resultaría valioso estudiar detalladamente las carreras de aquellos estudiosos ale- manes, comparativamente escasos, que fueron más allá de la mera cooperación y ofre- cieron sus servicios porque eran nazis convencidos (WEINERICH, *op. cit.*, en el único estudio disponible, y equivoco, porque no distingue entre los profesores que adop- taron el credo nazi y aquellos que debían sus carreras exclusivamente al régimen, omite la primera fase de las carreras de los estudiosos implicados, y así coloca indis- criminaadamente en la misma categoría a hombres bien conocidos y con grandes logros junto a chiflados). El más interesante es el ejemplo del jurista Carl Schmitt, cuyos muy ingenuas teorías acerca del final de la democracia y del gobierno legal to- davía constituyen una lectura interesante; en época tan temprana como la de mediados

de la década de los 30 fue reemplazado por el propio tipo nazi de teórico político y de jurista como Hans Frank que más tarde sería gobernador de Polonia; Gottfried Neese y Reinhard Hoehn. El último en caer en desgracia fue el historiador Walter Frank, que había sido un antisemita convencido y miembro del Partido Nazi antes de que éste llegara al poder y que en 1933 fue nombrado director del recientemente fundado «Reichsinstitut für Geschichte des Neuen Deutschlands», con su famosa «Forschungsabteilung Judenfrage», y editor de los nueve volúmenes de *Forschungen zur Judenfrage* (1937-1944). En los primeros años de la década de los 40, Frank fue el más célebre de su posición e influencia al famoso ALFRED ROSENBERG, cuya obra *El mito del siglo XX* no muestra ciertamente aspiación alguna de carácter erudito. Frank perdió claramente la confianza tan sólo porque no era un chabulán.

Lo que ni la élite ni el populacho que «abrazaron» el nacionalsocialismo con semejante fervor podían comprender era que «uno no puede arazar esa orden... por accidente. Por encima y más allá de la buena voluntad de servir se halla la firme necesidad de la selección, que no conoce ni circunstancias atenuantes ni la «climencia». (*Der Weg der SS*, publicado por el SS Hauptamt-Schulungsamt, s. f., pá- gina 4). En otras palabras, respecto de la selección de aquellos que pasarán a un- ción de cualquier opinión. Parece que lo mismo cabe decir de la selección de bol- cheviques para su ingreso en la Policía Secreta. F. Beck y W. GORN informan en *Russian Purge and the Extrication of Confession*, 1951, p. 160, que los miembros de la NKVD son escogidos entre las filas del Partido sin tener la más ligera oportunidad de presentarse voluntarios para el ingreso en esta «carrera».

CAPÍTULO XI

EL MOVIMIENTO TOTALITARIO

1. PROPAGANDA TOTALITARIA

Sólo el populacho y la élite pueden sentirse atraídos por el ímpetu mismo del totalitarismo; las masas tienen que ser ganadas por la propaganda. Bajo las condiciones del Gobierno constitucional y de la libertad de opinión, los movimientos totalitarios que luchan por el poder pueden emplear el terror sólo hasta un determinado grado y comparte con otros partidos la necesidad de conseguir seguidores y de parecer plausibles ante un público que no está todavía rigurosamente aislado de todas las demás fuentes de información.

Se reconoció temprano y se ha afirmado frecuentemente que en los países totalitarios la propaganda y el terror ofrecen dos caras de la misma moneda¹. Esto, empero, es sólo cierto en parte. Allí donde el totalitarismo posee un control absoluto sustituye a la propaganda con el adoctrinamiento y utiliza la violencia, no tanto para asustar al pueblo (esto se hace sólo en las fases iniciales, cuando todavía existe una oposición política) como para realizar constantemente sus doctrinas ideológicas y sus mentiras prácticas.

¹ Véase, por ejemplo, *Dictatorships and Political Police: The Technique of Control by Fear*, de E. KOHN-BRAMSTREIT, Londres, 1945, pp. 164 y ss. La explicación es que el terror sin propaganda perdería la mayor parte de su efecto psicológico, mientras que la propaganda sin terror no supone todo su impacto» (p. 175). Lo que se pasa por alto en estas y en similares declaraciones, que habitualmente se repiten, es el hecho de que no sólo la propaganda política, sino toda la moderna publicidad de masas contienen un elemento de amenaza: que el terror, por otra parte, puede resultar completamente eficaz sin la propaganda mientras que sólo se trate del simple terror político convencional de una tiranía. El terror necesita de la propaganda sólo cuando se pretende que coaccione no sólo desde fuera, sino como si fuera desde dentro, cuando el régimen político desea algo más que el poder. En este sentido, el teórico nazi EUGEN HADAMOVSKY pudo decir en *Propaganda und nationale Macht*, 1933: «La propaganda y la violencia no son nunca contradictorias. El uso de la violencia puede ser parte de la propaganda» (p. 22).

ticas. El totalitarismo no se contentará con declarar, frente a hechos que prueban lo contrario, que no existe el paro; abolirá los subsidios de paro como parte de su propaganda.² Igualmente importante es el hecho de que la negativa a reconocer el paro haga realidad—aunque en una forma más bien inesperada—la antigua doctrina socialista: «el que no trabaje, que no coma. O cuando, por tomar otro ejemplo, decidió Stalin reescribir la historia de la Revolución Rusa, la propaganda de su nueva versión consistió en destruir, junto con los antiguos libros y documentos, a sus autores y lectores: la publicación en 1938 de una nueva historia oficial del Partido Comunista fue la señal de que había concluido la superpurga que diezmó a toda una generación de intelectuales soviéticos. Similarmente, en los territorios ocupados del Este, los nazis emplearon al principio la propaganda antisemita para conseguir un firme control de la población. No necesitaron ni utilizar el terror para apoyar esta propaganda. Cuando liquidaron a la mayor parte de la *intelligentsia* polaca no lo hicieron por la oposición de ésta, sino porque, según su doctrina, los polacos carecían de intelecto, y cuando proyectaron apoderarse de los niños de ojos azules y pelo rubio no pretendían asustar a la población, sino preservar la «sangre germánica».³

Como los movimientos totalitarios existen en un mundo que en sí mismo no es totalitario, se ven forzados a recurrir a lo que comúnmente consideramos como propaganda. Pero semejante propaganda siempre se dirige a una

² «Por entonces se anunció oficialmente que el paro estaba 'liquidado' en la Rusia soviética. El resultado del anuncio fue que todos los subsidios de paro fueron igualmente 'liquidados'» (Aron Chica, *The Russian Enigma*, Londres, 1940, págs. 109).

³ La llamada «Operación Henao» comenzó con un decreto de fecha 16 de febrero de 1942, promulgado por Himmler, «concerniente (a los individuos) de linaje alemán en Polonia», estipulando que sus hijos tendrían que ser enviados a familias «que desean [aceptarles] sin reservas, por amor a su buena sangre» (Documento de Nuremberg R. 135, fotocopiado por el «Centre de Documentation Juive»). Parece que en junio de 1944 el IX Ejército realmente secuestró de 40.000 a 50.000 niños, a los que después trasladó a Alemania. Un informe sobre la cuestión, enviado al Estado Mayor de la Wehrmacht en Berlín por un hombre llamado Brandenburg, mencionaba planes similares para Ucrania (Documento PS 051, publicado por Leon Poliakov en *Bravoure de la Haine*, p. 137). El mismo Himmler hizo varias referencias a este plan (véase *Nazi Conspiracy and Aggression*, Office of the United States Chief of Counsel for the Prosecution of Axis Criminality, U.S. Government, Washington, 1946, III, p. 640, que contiene extractos del discurso de Himmler en Cracovia en marzo de 1942; véase también los comentarios al discurso pronunciado por Himmler en Bad Saaben en 1943, en *Kon-Bowernitz*, *op. cit.* p. 244). De los certificados extendidos por la II Sección Médica en Minsk el 10 de agosto de 1942 puede deducirse cómo se realizó la selección de estos niños: «El examen racial de Natalie Harp, nacido el 14 de agosto de 1922, mostró que era una muchacha normalmente desarrollada, de tipo predominantemente báltico oriental con características nórdicas.» «El examen de Arnold Cornis, nacido el 19 de febrero de 1930, mostró que era un muchacho, normalmente desarrollado, de doce años de edad, de tipo predominantemente oriental con características nórdicas.» Firmado: N. Wc (Documento en los archivos del «Yiddish Scientific Institute», Nueva York, n.º Dec. E. 3a-17).

En lo que se refiere al exterminio de la *intelligentsia* polaca, que, en opinión de Hitler, podía «ser barrida sin escrupulos», véase Poliakov, *op. cit.*, p. 321, y el Documento NO 2472.

esfera exterior, bien a los estratos no totalitarios de la población del país, o a los países extranjeros no totalitarios. Esta esfera exterior hacia la que se dirige la propaganda totalitaria puede variar considerablemente; incluso después de la conquista del poder, la propaganda totalitaria puede dirigirse a los segmentos de su propia población cuya coordinación no ha sido seguida por un suficiente adiestramiento. A este respecto, los discursos de Hitler a sus generales durante la guerra son verdaderos modelos de propaganda, caracterizados principalmente por las monstruosas mentiras que el Führer lanzaba a sus invitados en su afán por hacerlos suyos.⁴ La esfera exterior puede hallarse también representada por grupos de simpatizantes que no están todavía dispuestos a captar los verdaderos objetivos del movimiento; finalmente, sucedía a menudo que incluso los miembros del Partido eran considerados por el círculo interno del Führer o por los afiliados a las formaciones de élites como pertenecientes a semejante esfera exterior y que, también en este caso, todavía precisaban de la propaganda porque no podían ser dominados con seguridad. Para no sobrestimar la importancia de las mentiras de la propaganda tienen que recordarse los muy numerosos ejemplos en los que Hitler fue completamente sincero y brutalmente inequívoco en la definición de los verdaderos objetivos del movimiento, que—simplemente, no eran reconocidos por un público carente de preparación para semejante consistencia.⁵ Pero, básicamente hablando, la dominación totalitaria trata de restringir exclusivamente los métodos de la propaganda a su política exterior o a los sectores del movimiento en el exterior con el propósito de proporcionales un material adecuado. Allí donde el adiestramiento totalitario en el interior llega a estar en conflicto con la línea de propaganda para el consumo en el exterior (lo que sucedió en Rusia durante la guerra, no cuando Stalin firmó su alianza con Hitler, sino cuando la guerra con Hitler le llevó al campo de las democracias) la propagan-

⁴ Véase *Hitlers Tischgespräche*. En el verano de 1942 todavía habla de «[echar a purgarse] hasta el último judío de Europa» (p. 113) y de resenar a los judíos en Siberia o en África (p. 311), o en Madagascar, cuando en realidad ya se había decidido por la «solución final» antes de que comenzara la invasión de Rusia, probablemente en 1940, y mientras que había ordenado la instalación de las cámaras de gas en el otoño de 1941 (véase *Nazi Conspiracy and Aggression*, II, pp. 265 y siguientes, III, pp. 733 y ss., Documento PS 1.104; V, pp. 322 y ss., Documento PS 2.605). Himmler ya sabía en la primavera de 1941 que «los judíos (deben quedar exterminados hasta el último hombre para el final de la guerra. Este es el deseo inequívoco y la orden del Führer» (*Dossier Kerzner*, en el «Centre de Documentation Juive»).

⁵ En relación con ello existe un informe muy interesante, que lleva fecha del 16 de julio de 1940, acerca de la conversación en el cuartel general del Führer, en presencia de Rosenberg, Lammer y Keitel, iniciada por Hitler con la formulación de los siguientes «principios básicos»: «Ahora es esencial no exhibir nuestro objetivo último ante el mundo entero... Por eso no debe resultar obvio que (los decretos para el mantenimiento de la paz y del orden en los territorios ocupados) apuntan a un arreglo final. Todas las medidas necesarias—ejecuciones, desplazamientos—pueden ser y serán realizadas a pesar de ello.» A esto siguió una conversación de la que no ha quedado referencia de palabras de Hitler y en la que Hitler no participó. Obviamente no había sido «comprendido» (Documento L. 221, en el «Centre de Documentation Juive»).

de crímenes políticos en Alemania (los asesinatos de Rathenau y de Erzberger); en vez de ello, matando a pequeños funcionarios socialistas o a miembros influyentes de los partidos adversarios, trataron de demostrar a la población los peligros que implicaba la mera afiliación a esos partidos. Este tipo de terror masivo, que todavía operaba en una escala comparativamente pequeña, aumentó firmemente porque ni la Policía ni los tribunales persiguieron seriamente a los delincuentes políticos de la llamada derecha. Resultaba valioso como lo que un autor nazi definió como «propaganda del poder»: advertía a la población en general que resultaba más seguro ser miembro de una organización paramilitar nazi que un republicano leal. Esta impresión se vio considerablemente reforzada por el empleo específico que los nazis hicieron de sus crímenes políticos. Siempre los reconocieron públicamente; jamás los disculparon como «excesos de los calores inferiores» (semejantes disculpas eran utilizadas solamente por los simpatizantes de los nazis) e impresionaron a la población por mostrarle muy diferentes de los «ociosos parlanchines» de los otros partidos.

Las semejanzas entre este tipo de terror y el simple gangsterismo son demasiado obvias como para que valga la pena señalarlas. Esto no significa que el nazismo fuese gangsterismo, como a veces se ha deducido, sino sólo que los nazis, sin reconocerlo, aprendieron tanto de las organizaciones gangsteriles americanas como su propaganda, reconocidamente, aprendió de la publicidad comercial americana.

Más específico en la propaganda totalitaria que las amenazas directas y los crímenes contra individuos es, sin embargo, el uso de las alusiones indirectas, veladas y amenazadoras, contra aquellos que no atendían a sus enseñanzas y, más tarde, contra quienes no prestaban atención a los crímenes en masa, indiferenciadamente cometidos contra «culpables» e «inocentes». La propaganda comunista amenazaba al pueblo con perder el tren de la Historia, con permanecer desesperanzadamente retrasado con respecto a su tiempo, con gastar sus vidas inútilmente, de la misma manera que el pueblo era amenazado por los nazis con vivir contra las leyes eternas de la naturaleza y de la vida, con una irreparable y misteriosa deterioración de su sangre. El fuerte énfasis de la propaganda totalitaria en la naturaleza «científica» de sus afirmaciones ha sido comparado con ciertas técnicas publicitarias que también se dirigen a las masas. Y es cierto que las columnas publicitarias de cada periódico denotan ese «cientifismo» por el que un fabricante demuestra con hechos y cifras, con ayuda de un departamento de «investigación», que el suyo es el «mejor detergente del mundo»⁶. También es cierto que existe un cierto elemento de violencia en

⁶ EUGEN HUDAMOVSKY, *op. cit.*, destaca en la literatura sobre la propaganda totalitaria. Sin declararlo explícitamente, Hadamovsky ofrece una inteligente y reveladora explicación pro nazi, de la propia exposición de Hitler sobre el tema, en «Propaganda y Organización», en el libro I, cap. XI, de *Mein Kampf* (2 vols. primera edición alemana, 1925 y 1927, respectivamente. Traducción completa, Nueva York, 1935). Véase también *Die Politische Propaganda der NSDAP im Kampf um die Macht*, de F. A. Six, 1936, pp. 21 y ss.

⁷ El análisis de Hitler de la «propaganda belica» (*Mein Kampf*, libro I, cap. VI) recalca el ángulo comercial de la propaganda y utiliza el ejemplo de la publicidad

da es explicada en el interior como una «manobra técnica temporal»⁶. Tanto como sea posible, esta distinción entre la doctrina ideológica para los iniciados en el movimiento, que ya no necesitan de la propaganda, y la pura propaganda para el mundo exterior queda ya establecida durante la existencia de los movimientos antes de la conquista del poder. La relación entre la propaganda y el adoctrinamiento depende normalmente, por una parte, de las dimensiones de los movimientos y, por otra, de la presión exterior. Cuanto más pequeño sea un movimiento, más energía gastará en la propaganda; cuanto mayor sea sobre los regímenes totalitarios la presión del mundo exterior —una presión que no puede ser enteramente ignorada, incluso tras los telones de acero—, más activamente se lanzará a la propaganda los dictadores totalitarios. El punto esencial es que las necesidades de la propaganda están siempre dictadas por el mundo exterior y que los mismos movimientos no hacen realmente propaganda, sino que adoctrinan. A la inversa, el adoctrinamiento, emparejado inevitablemente con el terror, aumenta con la fuerza de los movimientos o el aislamiento de los Gobiernos totalitarios y su seguridad ante la intervención exterior.

La propaganda es, desde luego, parte inevitable de la «guerra psicológica», pero el terror lo es más. El terror sigue siendo utilizado por los regímenes totalitarios incluso cuando ya han sido logrados sus objetivos psicológicos: su verdadero horror estriba en que reina sobre una población completamente sometida. Allí donde es llevado a la perfección el dominio del terror, como en los campos de concentración, la propaganda desaparece por completo; quedó incluso enteramente prohibida en la Alemania nazi⁷. La propaganda, en otras palabras, es un instrumento, y posiblemente el más importante, del totalitarismo en sus relaciones con el mundo no totalitario; el terror, al contrario, constituye la verdadera esencia de su forma de Gobierno. Su existencia depende tan poco de los factores psicológicos o de otros factores subjetivos como la existencia de las leyes depende en un país gobernado constitucionalmente del número de personas que las violan.

El terror, como contrapartida de la propaganda, desempeñó un papel más grande bajo el nazismo que bajo el comunismo. Los nazis no liquidaron a figuras prominentes, como había sucedido durante la primera oleada

⁶ Por lo que se refiere a la confianza de Stalin en que Hitler no atacará a Rusia véase *Stalin: A political Biography*, de Isaac Deutscher, Nueva York y Londres, 1949, pp. 454 y ss., y especialmente la nota al pie de la página 458. «Solo en 1943 reveló el vicepresidente, N. Voznesensky, jefe de la Comisión Planificadora del Estado, que los planes económicos para el tercer trimestre de 1941 estaban basados en la presunción de que habría paz y que, tras el estallido de las hostilidades, se elaboró un nuevo plan, orientado hacia la guerra.» La estimación de Deutscher quedó sólidamente confirmada por el informe de Kruschew sobre la reacción de Stalin ante el ataque alemán a la Unión Soviética (véase su «Speech on Stalin» ante el XX Congreso, tal como fue publicado por el Departamento de Estado, *The New York Times*, 5 de junio de 1956).

⁷ «La educación (en los campos de concentración) consiste en disciplina, nunca en ningún tipo de instrucción sobre una base ideológica, porque la mayoría de los prisioneros tienen almas semejantes a las de los esclavos» (HEINRICH HIMMLER, *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 616 y ss.).

38

las exageraciones imaginativas de los publicitarios, que tras la afirmación de que las muchachas que no utilizan esa marca específica de detergente pueden pasar inadvertidas por la vida y no conseguir un marido, alienta el salvaje sueño de un monopolio, el sueño de que algún día el fabricante del «único detergente que impide que las muchachas pasen inadvertidas» pueda tener el poder de privar de marido a todas las muchachas que no utilicen su detergente. En estos ejemplos de publicidad comercial y de propaganda comercial, la ciencia es solamente un sustituto del poder. La obsesión de los movimientos totalitarios por las pruebas «científicas» cesa sólo cuando llegan al poder. Los nazis prescindieron incluso de aquellos investigadores que estaban dispuestos a servirlos, y los bolcheviques emplearon la reputación de sus hombres de ciencia con fines enteramente anticientíficos y les obligaron a desempeñar el papel de charlatanes.

Pero sólo existen estas semejanzas, frecuentemente sobreestimadas, entre la publicidad masiva y la propaganda de masas. Habitualmente, los hombres de negocios no se presentan como profetas y no demuestran constantemente la precisión de sus previsiones. El cientifismo de la propaganda totalitaria se halla caracterizado por su insistencia casi exclusiva en la profecía científica, diferenciada del antiguo recurso al pasado. En parte alguna aparece más claramente el origen ideológico, del socialismo en un caso y del racismo en otro, que cuando sus portavoces pretenden haber descubierto las fuerzas ocultas que aportarán la buena fortuna en la cadena de la fatalidad. Existe, desde luego, un gran atractivo para las masas en los «sistemas absolutistas que presentan a todos los acontecimientos de la Historia como dependientes de grandes causas primeras enlazadas por la cadena de la fatalidad y que, en realidad, eliminan a los hombres de la historia de la raza humana» (en palabras de Tocqueville). Pero no puede dudarse de que la jefatura nazi creyera realmente, y no que las utilizó simplemente, como propaganda, en doctrinas como las siguientes: «Cuanto más cuidadosamente reconocemos y observamos las leyes de la naturaleza y de la vida... tanto más nos conformamos con la voluntad del Todopoderoso. Cuanto mejor sea nuestra percepción de la voluntad del Todopoderoso, mayores serán nuestros éxitos». Es completamente evidente que bastarían unos pocos cambios para expresar así el credo de Stalin: «Cuanto más cuidadosamente reconocemos y observamos las leyes de la Historia y de la lucha de clases, de jehonnes. Su importancia ha sido generalmente sobreestimada, mientras que se pasan por alto sus posteriores ideas positivas en «Propaganda y Organización». Véase el importante memorandum de MARIN BOMANN sobre las «Relaciones entre el Nacional-socialismo y el Cristianismo», en *Nazi Conspiracy*, VI, pp. 1036 y siguientes. Formulaciones semejantes pueden hallarse una y otra vez en la literatura fantástica editada por las SS para el «adecuamiento ideológico» de sus aspirantes. «Las leyes de la Naturaleza están sujetas a una inalterable voluntad que no puede ser inflexible. Por eso es necesario reconocer estas leyes» («SS-Mann und Blutzeuge, *Schirfschreiben für die weltanschauliche Schulung der Ordnungspolizei*, 1943). Todo esto son sólo variaciones de ciertas frases tomadas del *Mein Kampf* de HITLER, de la que se cita la siguiente como lema del panfleto más arriba mencionado: «Cuando el hombre trata de luchar contra la férrea lógica de la Naturaleza choca con los principios básicos a los que debe exclusivamente su misma existencia como hombre.»

tanto más nos conformamos con el materialismo dialéctico. Cuanto mejor sea nuestra percepción del materialismo dialéctico, mayores serán nuestros éxitos.» En cualquier caso, difícilmente podría quedar mejor ilustrada la noción de Stalin de la «jefatura correcta»¹¹.

La propaganda totalitaria elevó al cientifismo ideológico y a su técnica de formulación de afirmaciones en forma de predicciones a una altura de eficiencia de método y de absurdo de contenido porque, demagógicamente hablando, difícilmente hay mejor manera de evitar una discusión que la de libetar a un argumento del control del presente, asegurando que sólo el futuro puede revelar sus méritos. Sin embargo, las ideologías totalitarias no inventaron este procedimiento ni fueron las únicas en utilizarlo. El cientifismo de la propaganda de masas ha sido tan universalmente empleado en la política moderna que ha llegado a ser interpretado como un signo más general de la obsesión por la ciencia que caracterizó al mundo occidental desde el desarrollo de las Matemáticas y de la Física en el siglo XVI; de esta forma, el totalitarismo parece ser exclusivamente la última fase de un proceso durante el cual la «ciencia (se ha convertido) en un ídolo que curará mágicamente todos los males de la existencia y que transformará la naturaleza del hombre»¹². Y existió, desde luego, una primera relación entre el cientifismo y el desarrollo de las masas. El «colectivismo» de las masas fue bien recibido por aquellos que esperaban la aparición de «leyes naturales de desarrollo histórico» que eliminarían la imposibilidad de predecir las acciones y las conductas individuales¹³. Se ha citado al respecto el ejemplo de Enfantin, que ya podía «ver acercarse el tiempo en que el «arte de mover a las masas» estará tan perfectamente desarrollado que el pintor, el músico y el poeta poseerán el poder de agradar y de conmover con la misma certeza que el matemático resuelve un problema geométrico o el químico analiza cualquier sustancia», y ha llegado a deducirse que la propaganda moderna nació allí y entonces¹⁴.

Pero, pese a las imperfecciones del positivismo, del pragmatismo y del «behaviorismo» y por grande que haya sido su influencia en la formación del tipo decimonónico de sentido común, no es en absoluto «el crecimiento caudoso del segmento utilitario de la existencia» lo que caracteriza a las masas a las que recurren la propaganda y el cientifismo totalitarios. La concepción de los positivistas, como lo sabemos por Comte, de que el futuro es eventual y científicamente previsible, se basa en la estimación del interés como fuerza omnipotente en la Historia y en la presunción de que pueden descubrirse las leyes objetivas del poder. La teoría política de Roban según la cual «los reyes mandan a los pueblos y los intereses mandan al rey», que el interés objetivo es la única norma «que nunca puede fallar»,

¹¹ I. STALIN, *Leninism* (1933), vol. II, cap. III.

¹² ERIC VOEGELIN, «The Origins of Scientism», en *Social Research*, diciembre de 1946.

¹³ Véase «The Counter-Revolution of Science», de F. A. V. HAYEK, en *Economic*, vol. VIII (febrero, mayo y agosto de 1941), p. 13.

¹⁴ *Ibid.*, p. 137. La cita procede de la revista saint-simoniana *Producteur*, I, p. 399. Véase VOEGELIN, *op. cit.*

39

que «certeza o erróneamente comprendidos, los intereses hacen vivir o morir a los Gobiernos», es el núcleo tradicional del moderno utilitarismo, positivista o socialista, pero ninguna de estas teorías supone que sea posible «transformar la naturaleza del hombre», como trata desde luego de hacerlo el totalitarismo. Al contrario, todas, implícita o explícitamente, suponen que la naturaleza humana es siempre la misma, que la Historia es el resultado de las cambiantes circunstancias objetivas y de las reacciones humanas ante éstas y que el interés, adecuadamente comprendido, puede conducir a un cambio de circunstancias, pero no a un cambio de reacciones humanas como tales. El «cientifismo», en política, todavía presupone que su objetivo es el bienestar humano, un concepto que resulta profundamente extraño al totalitarismo.¹⁶

Precisamente porque se daba por supuesto el meollo utilitario de las ideologías fue por lo que representó un *shock* tal el comportamiento anti-utilitario de los Gobiernos totalitarios y su completa indiferencia a los intereses de las masas. Esta peculiaridad introdujo en la política contemporánea un insospechado elemento de imprevisibilidad. Sin embargo, la propaganda totalitaria —aunque en la forma de un desplazamiento de la importancia concedida a los temas— había indicado incluso antes de que el totalitarismo hubiera conquistado el poder cuán lejos se habían separado las masas de la simple preocupación por sus propios intereses. Así, la sospecha de los aliados de que el asesinato de los locos, ordenado por Hitler al comienzo de la guerra, tendría que ser atribuido al deseo de librarse de bocas innecesarias que alimentar, estaba totalmente injustificada.¹⁷ Hitler no se veía obligado por la guerra a desbarbararse de todas las consideraciones éticas, sino que estimaba las matanzas en masa de la guerra como una incomparable oportunidad para iniciar un programa de asesinatos que, como todos los demás puntos de su plan, estaba calculado en términos de millones.¹⁸ Dado que virtualmente toda la historia europea a lo

¹⁶ WILLIAM EBENSTEIN, *The Nazi State*, Nueva York, 1943, al examinar la «Permanente Economía de Guerra» del Estado nazi es casi el único crítico que ha comprendido que «la incalculable discusión... acerca de la naturaleza socialista o capitalista de la economía alemana bajo el régimen nazi es considerablemente artificial... (porque) tiende a pasar por alto el hecho vital de que el capitalismo y el socialismo son categorías relacionadas con la economía occidental del bienestar» (página 239).

¹⁷ En este contexto resulta característico el testimonio de Karl Brandt, uno de los médicos encargados por Hitler de la realización del programa de eutanasia (*Medical Trial. US against Karl Brandt et al., Hearing of May 14, 1947*). Brandt protestó vehementemente contra la sospecha de que el proyecto fuera iniciado para eliminar a superfluos consumidores de alimentos; resaltó que los miembros del partido que aportaron a la discusión semejantes argumentos fueron ásperamente rechazados. En su opinión, las medidas fueron adoptadas exclusivamente por «consideraciones éticas». Lo mismo cabe decir, desde luego, en lo que se refiere a las deportaciones. Los archivos están repletos de memorándums desesperados redactados por militares que se quejaban de que la deportación de millones de judíos y de polacos no prestaba en absoluto atención a todas las «necesidades militares y económicas» (véase FULAKOV, *op. cit.*, p. 321, así como el material documental allí publicado).

¹⁸ El decreto decisivo que inició todos los subsiguientes crímenes en masa fue

largo de muchos siglos ha enseñado a la gente a juzgar cada acción política por su *cui bono*, y todos los acontecimientos políticos, por sus intereses particulares subyacentes, se vio de repente enfrentada con un elemento de imprevisibilidad sin precedentes. En razón de sus calidades demagógicas, la propaganda totalitaria, que mucho antes de la conquista del poder señalaba claramente cuán poco se sentían impulsadas las masas por el famoso instinto de preservación, no fue tomada en serio. El éxito de la propaganda totalitaria, sin embargo, no radica tanto en su demagogia como en el conocimiento de que el interés como fuerza colectiva puede ser advertido sólo donde unos cuerpos sociales estables proporcionan las necesidades corrientes de transmisión entre el individuo y el grupo; ni puede realizarse una propaganda efectiva basada en el simple interés entre masas cuya característica principal es la de no pertenecer a ningún cuerpo social o político y que por eso ofrecen un verdadero caos de intereses individuales. El fanatismo de los miembros de los movimientos totalitarios, tan claramente diferente en su calidad de la lealtad de los afiliados a los partidos ordinarios, es determinado por la falta de interés propio de las masas que se hallan completamente preparadas para sacrificarse a sí mismas. Los nazis demostraron que cabe conducir a todo un pueblo a la guerra con el slogan «o nos hundiremos» (lo que la propaganda bélica de 1914 hubiera evitado cuidadosamente) y ello no en épocas de miseria, de desempleo o de frustradas ambiciones nacionales. El mismo espíritu surgió durante los últimos meses de una guerra que estaba ya obviamente perdida, cuando la propaganda nazi consolaba a una población terriblemente amedrentada con la promesa de que el Führer, «en su sabiduría, había preparado una muerte fácil para el pueblo alemán, gaseándole en caso de derrotas»¹⁹.

Los movimientos totalitarios utilizan el socialismo y el racismo, valiéndolos de su contenido utilitario, de los intereses de una clase o de una nación. La forma de predicción infalible bajo la que se presentaban estos conceptos se tornaba más importante que su contenido.²⁰ La calificación principal de un líder de masas ha llegado a ser una ineliminable infalibilidad; jamás puede reconocerse un error.²¹ Además, la presunción firmada por Hitler el 1 de septiembre de 1939 (el día en que estalló la guerra) y se refería no simplemente a los locos (como se ha supuesto erróneamente a menudo), sino a todos aquellos que estaban «incuestionablemente enfermos». Los locos fueron sólo los primeros.

¹⁹ Véase *Tagebuch: eines Verweilten*, de FRIEDRICH PERCYVAL RECK-MALLEZEWEN, *Stuttgart*, 1947, p. 190.

²⁰ Hitler basó la superioridad de los movimientos ideológicos sobre los partidos políticos en el hecho de que las ideologías (*Ideologien*) siempre «proclaman su infalibilidad» (*Mein Kampf*, libro II, cap. V, «*Ideologien und Organisation*). Las primeras páginas del manual oficial para las juventudes hitlerianas, *The Nazi Primer*, Nueva York, 1938, reseñan, en consecuencia, que todas las cuestiones de *Ideologien* han sido estimadas antiguamente «irrealistas» e «incomprensibles», ese han tornado tan claras, sencillas y terminantes (el subrayado es de la autora) que cualquier camarada puede comprenderlas y cooperar para su solución.

²¹ La primera de las «promesas del miembro del partido», tal como fueron enunciadas en el *Organisationsbuch der NSDAP*, señala: «El Führer siempre tiene

de infalibilidad no está basada tanto en una inteligencia superior como en la interpretación correcta de las fuerzas esencialmente fiables existentes en la Historia o en la naturaleza, fuerzas que ni la derrota ni la ruina pueden revelar que son erróneas porque están destinadas a afirmarse por sí mismas a largo plazo²⁴. Los líderes de masas en el poder tienen una preocupación que domina a todas las consideraciones utilitarias: la de lograr que sus predicciones lleguen a cumplirse. Los nazis no dudaron en emplear, al final de la guerra, la concentrada fuerza de su organización todavía intacta, para lograr una destrucción de Alemania tan completa como fuera posible, con objeto de hacer cierta su predicción de que el pueblo alemán quedaría arruinado en caso de derrota.

El efecto propagandístico de la infalibilidad, el sorprendente éxito de presentarse como un simple agente interpretador de fuerzas previsible, ha impulsado en los dictadores totalitarios el hábito de anunciar sus intenciones políticas bajo la forma de profecías. El más famoso ejemplo es el anuncio de Hitler al Reichstag alemán en enero de 1939: «Hoy quiero hacer una vez más una profecía: en el caso de que los financieros judíos... logren de nuevo arrastrar a los pueblos a una guerra mundial, el resultado será... el aniquilamiento de la raza judía en Europa»²⁵. Traducido a un lenguaje no totalitario, esto significaba: «Quiero hacer la guerra y trato de matar a los judíos de Europa.» Similarmente, Stalin, en el célebre discurso de 1930 ante el Comité Central del Partido Comunista (en el que preparó la liquidación física de la derecha del partido y la de los desviacionistas de la izquierda), los describió como representantes de las «clases moribundas»²⁶. Esta definición no solamente proporcionaba al argumento su específica aspereza, sino que también anunciaba en el estilo totalitario la destrucción física de aquellos cuya «agonía» había sido precisamente profetizada. En ambos casos se logra el mismo objetivo: la liquidación encaja en un proceso histórico en el que el hombre sólo hace o sufre lo que según leyes inmutables tenía que suceder de cualquier manera. Tan pronto como ha sido realizada la ejecución de las víctimas, la «profecía» se convierte en una coartada retrospectiva: sólo ha sucedido

razón.» Edición publicada en 1936, p. 8. Pero el *Dienstvorschrift für die P. O. der NSDAP*, 1932, p. 36, lo expresa de esta manera: «La decisión de Hitler es inmanejable.» Advirtiéndose la notable diferencia de la fraseología.

²⁴ Su reivindicación de ser infalible, el [que] ninguno de ellos hubiera siquiera admitido sinceramente un error», es al respecto la diferencia decisiva entre Stalin y Trotsky, por una parte, y Lenin, por otra (véase Stalin: *A Critical Survey of Bolshevism*, de Boris Souvarov, Nueva York, 1939, p. 583).

²⁵ Es obvio que la dialéctica hegeliana proporcionaría un maravilloso instrumento para tener siempre razón porque permite la interpretación de todas las derrotas como el comienzo de la victoria. Uno de los más bellos ejemplos de este tipo de sofismas se produjo después de 1933, cuando durante casi dos años los comunistas alemanes se negaron a reconocer que la victoria de Hitler había sido una derrota para el Partido Comunista alemán.

²⁶ Cita de Goebbels, *The Goebbels Diaries (1942-1943)*, ed. por Louis Lochner, Nueva York, 1946, p. 148.

²⁷ STALIN, *op. cit.*, loc. cit.

lo que ya había sido predicho²⁵. Tanto da que las «leys de la Historia» señalen el «final» de las clases y de sus representantes, como que las «leyes de la Naturaleza... extrínsecas a todos aquellos elementos: demócratas, judíos, orientales infrahumanos (*Untermenschen*) o al enfermo incurable, que en manera alguna «son aptos para vivir». Incidentalmente cabe señalar que Hitler habló también de las «clases moribundas» que deberían ser «eliminadas sin demasiados aspavientos»²⁶.

Esté, como los demás métodos propagandísticos totalitarios, sólo resulta seguro después que los movimientos se han apoderado del poder. En tonces, toda discusión acerca de lo acertado o erróneo de la predicción de un dictador totalitario resulta tan fantástica como discutir con un asesino potencial sobre si su futura víctima está muerta o viva, puesto que matando a la persona en cuestión el asesino puede proporcionar inmediatamente la prueba de la veracidad de su declaración. El único argumento válido en semejantes condiciones consiste en correr inmediatamente en ayuda de la persona cuya muerte ha sido predicha. Antes de que los líderes de masas se apoderen del poder para hacer encajar la realidad en sus mentiras, su propaganda se halla caracterizada por su extremado desprecio por los hechos como tales²⁷, porque en su opinión los hechos dependen enteramente del poder del hombre que pueda fabricarlos. La afirmación de que el Metro de Moscú es el único en el mundo es una mentira sólo mientras que los bolcheviques no tengan el poder para destruir a todos los demás. En otras palabras, el método de predicción infalible, más que cualquier otro medio propagandístico totalitario, denota su objetivo último de conquista mundial, dado que sólo en un mundo por completo bajo su control puede el dominador totalitario hacer posiblemente realidad todas sus mentiras y lograr que se cumplan todas sus profecías.

El lenguaje del centesimo profético correspondía a las necesidades de las masas que habían perdido su hogar en el mundo y estaban ya preparadas para reintegrarse a las fuerzas eternas y todopoderosas que por sí mismas conducen al hombre, nadador en las olas de la adversidad, hasta las costas de la seguridad. «Nosotros conformamos la vida de nuestro pue-

²⁵ En un discurso pronunciado en septiembre de 1942, cuando el exterminio de los judíos se hallaba en pleno auge, Hitler se retiró explícitamente a su discurso del 30 de enero de 1939 (publicado como folio bajo el título *Der Führer vor dem ersten Reichstag Grossdeutslands*, 1939), y a la sesión del Reichstag del 1 de septiembre de 1939, cuando anunció que, «si la judería instigara una guerra mundial internacional para exterminar a los pueblos arios de Europa, no serán los pueblos arios, sino la judería (el resto de la frase quedó ahogado por los aplausos)» (véase *Der Führer zum Kriegswinterhitzwerk*, «Schriften NSDAP», n.º 14, p. 55).

²⁶ En el discurso del 30 de enero de 1939, más arriba citado.

²⁷ KENNEDY HARPER, *Der Führer, Hitler's Rise To Power*, Boston, 1944, subraya la «fenomenal insinceridad» de Hitler, «la ausencia de realidad demostrable en casi todas sus manifestaciones», su «indiferencia a los hechos que no considera vitalmente importantes» (pp. 366 y 374). En términos casi idénticos, Knutschy describe la «pugnacia de Stalin a considerar las realidades de la vida» y su indiferencia a la «verdadera situación de los asuntos», *op. cit.* La opinión de Stalin sobre la importancia de los hechos queda mejor expresada por sus periódicos revisiones de la historia rusa.

blo y nuestra legislación según el veredicto de la genética»²⁸, decían los nazis, de la misma manera que los bolcheviques aseguraban a sus seguidores que las fuerzas económicas tenían el poder de un veredicto de la Historia. Por eso prometían una «victoria», independiente de las derrotas, y de los fracasos «temporales» en empresas específicas. Porque las masas, en contraste con las clases, deseaban la victoria y el éxito como tales, en su forma más abstracta; no estaban unidas por esos especiales intereses colectivos que consideran las clases esenciales para su supervivencia como grupo y que por eso pueden afirmar frente a probabilidades abrumadoras. Para las masas, más importante que la causa que pueda resultar victoriosa o la empresa particular que pueda resultar un éxito, es la victoria de cualquier causa y el éxito en cualquier empresa.

La propaganda totalitaria perfecciona las técnicas de la propaganda de masas, pero ni las inventa ni origina sus temas. Estos le fueron prestados durante los cincuenta años de auge del Imperialismo y de la desintegración de la Nación-Estado, cuando el populacho penetró en la esfera de la política europea. Como los primitivos líderes del populacho, los portavoces de los movimientos totalitarios poseyeron un firme instinto para todo lo que la propaganda partidista ordinaria o la opinión pública no prestaba atención o no se atrevía a tocar. Todo lo oculto, todo lo que fluía en silencio, se convirtió en tema del más relevante significado, al margen de su propia importancia intrínseca. El populacho creta realmente que la verdad era todo lo que una sociedad respetable hipócritamente había pasado por alto u ocultado con la corrupción.

El misterio como tal se convirtió en el criterio principal para la elección de temas. No importaba el origen del misterio; podía descansar en un deseo secreto, razonable y políticamente comprensible, como en el caso del Servicio Secreto Británico o del Deuxième Bureau francés; o en la necesidad conspiratoria de los grupos revolucionarios, como en el caso de los anarquistas y de otras sectas terroristas; o en la estructura de sociedades cuyo contenido secreto originario había llegado a ser muy bien conocido y donde sólo el ritual formal retenía todavía el antiguo misterio, como en el caso de los francmasones; o en las antiguas supersticiones que habían tejido leyendas en torno a ciertos grupos, como en el caso de los jesuitas y de los judíos. Los nazis fueron indudablemente superiores en la elección de tales temas para la propaganda de masas; pero los bolcheviques llegaron gradualmente a aprender la técnica, aunque se apoyaron menos en los misterios tradicionalmente aceptados y prefirieron sus propias invenciones: desde mediados de los años 30, en la propaganda bolchevique una misteriosa conspiración mundial ha seguido a otra, comenzando con la conspiración de los trotskistas y siguiendo con el dominio de las 300 familias, hasta llegar a las sinistras maquinaciones impe-

²⁸ Nazi Primer.

rialistas (es decir, globales) de los servicios secretos británicos o americanos.²⁹

La eficacia de este tipo de propaganda demuestra una de las características principales de las masas modernas. No creen en nada visible, en la realidad de su propia experiencia; no confían en sus ojos ni en sus oídos, sino sólo en sus imaginaciones, que pueden ser atraídas por todo lo que es al mismo tiempo universal y consecuente en sí mismo. Lo que conviene a las masas no son los hechos, ni siquiera los hechos inventados, sino sólo la consistencia del sistema del que son presumiblemente parte. La repetición, cuya importancia ha ido algo sobreestimada en razón de la extendida creencia en la capacidad inferior de las masas para captar y recordar, es importante sólo porque las convence de la consistencia del tiempo.

Lo que las masas se niegan a reconocer es el carácter fortuito que penetra a la realidad. Están predisuestas a todas las ideologías porque éstas explican los hechos como simples ejemplos de leyes y eliminan las coincidencias inventando una omnipotencia que lo abarca todo y de la que se cree que se halla en la raíz de cualquier accidente. La propaganda totalitaria medra en esta huida de la realidad a la ficción, de la coincidencia a la consistencia.

La incapacidad principal de la propaganda totalitaria estriba en que no puede colmar este anhelo de las masas por un mundo completamente consecuente, comprensible y previsible sin entrar en un serio conflicto con el sentido común. Si, por ejemplo, todas las «confesiones» de los oponentes políticos en la Unión Soviética son formuladas en el mismo lenguaje y admiten los mismos motivos, las masas hambrientas de consistencia aceptarán la ficción como prueba suprema de su veracidad; mientras que el sentido común nos dice que es precisamente su consistencia lo que se halla fuera de este mundo y nos prueba que han sido previamente elaboradas. Figurativamente hablando, es como si las masas exigieran una constante repetición de la versión bíblica de los Setenta, cuando, según una antigua leyenda, setenta autores, cada uno aisladamente, lograron una versión idéntica del Antiguo Testamento. El sentido común puede aceptar el hecho sólo como leyenda o como milagro, pero puede aducirse también como prueba de la absoluta fidelidad de cada palabra del texto traducido.

En otros términos, mientras que es cierto que las masas se sienten obsesionadas por un deseo de escapar de la realidad porque en razón de su desarrago esencial no pueden soportar sus aspectos accidentales e imprevisibles, también es cierto que su anhelo por la ficción tiene alguna

²⁹ Es interesante advertir que durante la era de Stalin, y de alguna forma los bolcheviques acumularon los complotos, que el descubrimiento de uno nuevo no significaba que abandonaran el anterior. La conspiración trotskista comenzó hacia 1936; la conjura de las 300 familias se añadió durante el período del Frente Popular, a partir de 1935; el imperialismo británico se convirtió en una conspiración durante la alianza Stalin-Hitler; el «Servicio Secreto Americano» siguió poco después de la terminación de la guerra; la última conspiración, el cosmopolitismo judío, tuvo una obvia e inquietante semejanza con la propaganda nazi.

74

relación con algunas capacidades de la mente humana cuya consistencia estructural es superior al simple incidente. La evasión de la realidad por parte de las masas es un veredicto contra el mundo en el que se ven forzadas a vivir y en el que no pueden existir, dado que la coincidencia se ha convertido en el diseño supremo y los seres humanos necesitan la transformación constante de las condiciones caóticas y accidentales en un molde fabricado por el hombre y de relativa consistencia. La rebelión de las masas contra el «realismo», el sentido común y todas «las plausibilidades del mundo» (Burke) fue el resultado de su atomización, de su pérdida de *status* social, junto con el que perdieron todo el sector de relaciones comunales en cuyo marco tiene sentido el sentido común. En su situación de desraizamiento espiritual y social, ya no puede funcionar una medida percepción de la interdependencia entre lo arbitrario y lo planeado, lo accidental y lo necesario. La propaganda totalitaria puede atentar vergonzosamente contra el sentido común sólo donde el sentido común ha perdido su validez. Ante la alternativa de enfrentarse con el crecimiento anárquico y la arbitrariedad total de la decadencia o inclinarse ante la más rígida consistencia fantásticamente ficticia de una ideología, las masas elegirán probablemente lo último y estarán dispuestas a pagar el precio con sacrificios individuales; y ello no porque sean estúpidas o malvadas, sino porque en el desastre general esta evasión les otorga un mínimo de respeto propio.

Mientras que fue especialidad de la propaganda nazi aprovecharse del anhelo de consistencia de las masas, los métodos bolcheviques, como si se aplicaran en un laboratorio, han demostrado su impacto sobre el hombre-masa aislado. La policía secreta soviética, tan dispuesta a convencer a sus víctimas de su culpabilidad por delitos que jamás cometieron y que en muchos casos no podían cometer, así y elimina completamente a todos los factores reales, de forma tal que la verdadera lógica, la verdadera consistencia de «la historia» contenida en la confesión preparada, se torna abumadora. En una situación en donde la línea divisoria entre la ficción y la realidad queda enturbada por la monstruosidad y la consistencia infame de la acusación, para resistirse a la tentación de someterse a la simple posibilidad abstracta de culpa, no sólo se necesita la fuerza de carácter para soportar constantes amenazas, sino una gran confianza en la existencia de seres humanos semejantes —parientes, amigos o vecinos— que no crean nunca en esa «historia».

En realidad, este caso extremo de insania artificialmente fabricada sólo puede lograrse en un mundo totalitario. Entonces, sin embargo, forma parte del aparato propagandístico de los regímenes totalitarios, para quienes las confesiones no son indispensables para el castigo. Las «confesiones» son una especialidad de la propaganda bolchevique en la misma medida en que lo fue de la propaganda nazi la curiosa pedantería por legalizar los delitos mediante una legislación retrospectiva y retroactiva. En ambos casos el objetivo es la consistencia.

Antes de conquistar el poder y de establecer un mundo conforme a sus doctrinas, los movimientos conjuraron un ficticio mundo de consistencia

que es más adecuado que la misma realidad a las necesidades de la mente humana; un mundo en el que, a través de la pura imaginación, las masas desrazadas pueden sentirse como si estuvieran en su casa y hallarse protegidas contra los interminables shocks que la vida real y las experiencias reales imponen a los seres humanos y a sus esperanzas. La fuerza que posee la propaganda totalitaria —antes de que los movimientos tengan el poder de dejar caer telones de acero para impedir que nadie pueda perturbar con la más nimia realidad la terrible tranquilidad de un mundo totalmente imaginario— descansa en su capacidad de aislar a las masas del mundo real. Los únicos signos que el mundo real todavía ofrece a la comprensión de las masas no integradas y desintegrantes —a las que cada nuevo golpe de mala suerte torna aún más incrédulas— son, por así decirlo, sus lagunas, las cuestiones que no se atreve a discutir públicamente o los rumores que no osa contradecir porque afectan, aunque en una forma exagerada y deformada, las zonas llagadas.

De estas zonas llagadas derivan las mentiras de la propaganda totalitaria los elementos de veracidad y de experiencia real que necesita para tender un puente entre la realidad y la ficción. La mera ficción sólo puede descansar en el terror, y además las ficciones mentirosas mantenidas por el error en los regímenes totalitarios no han llegado a ser enteramente arbitrarias, aunque sean habitualmente más crudas, desvergonzadas y, por así decirlo, más originales que las de los movimientos. (Requiere poder, no desitza propagandística; lanzar una historia revisada de la revolución rusa en la que no aparezca nadie que con el nombre de Trotsky llegara a ser comandante en jefe del Ejército Rojo.) Por otra parte, las mentiras de los movimientos son mucho más sutiles. Se aferran a cada aspecto de la vida social y política que permanezca oculto a las miradas públicas. Y triunfan allí donde las autoridades oficiales se han rodeado con una atmósfera de secreto. A los ojos de las masas esas mentiras adquieren entonces la reputación de un «realismo» superior, porque afectan a condiciones reales cuya existencia permanece oculta. Las revelaciones sobre escándalos de la alta sociedad, de la corrupción de los políticos, todo lo que añare al periodismo amarilllo, se convierte en sus manos en un arma de una importancia más que sensacional.

La ficción más eficaz de la propaganda nazi fue la historia de una conspiración mundial judía. La concentración en la propaganda antisemita fue recurso corriente entre los demagogos incluso desde finales del siglo XIX, y semejante propaganda estaba muy difundida en Alemania y en Austria durante la década de los años 20. Cuanto más consistentemente evitaban los partidos y los órganos de la opinión pública una discusión de la cuestión judía, más convenido se tornaba el populacho de que los judíos eran los verdaderos representantes de las potencias existentes y que la cuestión judía era el símbolo de la hipocresía y de la deshonestedad de todo el sistema.

El contenido real de la propaganda antisemita de la posguerra no fue ni monopolio de los nazis ni especialmente nuevo y original. Las mentiras

acerca de una conspiración judía mundial eran habituales desde el *affaire Dreyfus* y se hallaban basadas en las interrelaciones e interdependencias internacionales existentes de un pueblo judío disperso por todo el mundo. Las nociones exageradas relativas a un poder mundial judío eran aún más antiguas: pueden remontarse hasta el final del siglo xviii, cuando se tornó visible la íntima conexión entre los negocios judíos y las Naciones-Estados. La representación de *el* Judío como encarnación del Mal es usualmente atribuida a los vestigios y a los recuerdos supersticiosos de la Edad Media, pero estaba real y estrechamente conectada con el papel ambiguo y más reciente que los judíos desempeñaron en la sociedad europea a partir de su emancipación. Hay algo innegable: en el período de la posguerra, los judíos resultaban más prominentes que antes.

Pero lo cierto es que los judíos se tornaron más prominentes y conspicuos en proporción inversa a su influencia real y a su posición de poder. Cada descenso en la estabilidad y en la fuerza de las Naciones-Estados fue un golpe directo a las posiciones judías. La conquista parcialmentemente del Estado por la Nación tornó imposible para la maquinaria gubernamental el mantenimiento de una posición por encima de todas las clases y partidos, y por eso anuló el valor de las alianzas con el sector judío de la población, del que se suponía además que había de permanecer fuera de las filas de la sociedad y ser indiferente a las políticas partidistas. La creciente preocupación de la burguesía de mentalidad imperialista por la política exterior y su creciente influencia sobre la maquinaria del Estado se vio acompañada por la firme negativa del más amplio sector de la riqueza judía a comprometerse en empresas industriales y a abandonar la tradición de las transacciones financieras. Todo esto casi llegó a acabar con la utilidad económica que para el Estado habían significado los judíos como grupos y con las ventajas que para ellos mismos había significado la separación social. Después de la primera guerra mundial las juderías de Europa central se tornaron tan asimiladas y nacionalizadas como la judería francesa durante las primeras décadas de la III República.

En 1917, cuando el Gobierno alemán, siguiendo una tradición largamente afirmada, trató de emplear a sus judíos para iniciar una tentativa de negociaciones de paz con los aliados, resultó bien claro cuán conscientes eran ya los Estados implicados del cambio de la situación. En lugar de dirigirse a los jefes reconocidos de la judería alemana, acudió a la minoría sionista, relativamente pequeña y carente de influencia, que todavía confiaba en el antiguo sistema precisamente porque insistía en la existencia de un pueblo judío independiente de la nacionalidad y de la que por eso todavía cabía esperar que prestara unos servicios que dependían de conexiones internacionales y de un punto de vista internacional. El paso, sin embargo, resultó ser un error del Gobierno alemán. Los sionistas hicieron algo que ningún banquero judío había hecho hasta entonces; impusieron sus propias condiciones y respondieron al Gobierno que sólo negociarían una paz sin anexiones y sin reparaciones³⁰. Había desaparecido

³⁰ Véase la autobiografía de CHAIM WEIZMANN, *Trial and Error*, Nueva York, 1949, p. 185.

la antigua indiferencia judía a las cuestiones políticas; ya no era posible utilizar a la mayoría porque no se hallaba marginada de la nación y la minoría sionista resultaba inútil porque poseía ideas políticas propias.

La sustitución en Europa central de los Gobiernos monárquicos por Repúblicas completó la desintegración de las juderías de la región, de la misma manera que el establecimiento de la III República había tenido en Francia el mismo resultado unos cincuenta años antes. Los judíos habían perdido ya gran parte de su influencia cuando se establecieron los nuevos Gobiernos bajo condiciones en las que no podían ni querían proteger a sus judíos. En las negociaciones de paz en Versalles los judíos fueron empleados principalmente como expertos, e incluso los antisemitas admitían que los pequeños estafadores judíos de la era de la posguerra, principalmente recién llegados, tras cuyas actividades fraudulentas, que les distinguían profundamente de sus correligionarios nativos, se hallaba una actitud que recordaba curiosamente a la antigua indiferencia por las normas del entorno, carecían de conexiones con los representantes de una supuesta internacional judía³¹.

Entre toda la turba de grupos antisemitas competidores y en una atmósfera cargada de antisemitismo, la propaganda nazi desarrolló un método de tratar el tema que era diferente y superior a todos los demás. Sin embargo, ningún *slogan* nazi era nuevo, ni siquiera la astuta imagen de Hitler de una lucha de clases provocada por el patrono judío que explota a sus obreros mientras que, al mismo tiempo, en el patio de la fábrica su hermano les incita a la huelga³². El único elemento nuevo era que para el ingreso en sus filas el partido nazi exigía pruebas de ascendencia no judía y que, a pesar del programa de Feder, siguió mostrándose extremadamente vago acerca de las medidas reales que contra los judíos adoptaría una vez que hubiera conquistado el poder³³. Los nazis situaron al tema

³¹ Véase, por ejemplo, *Jüdische geist- und Waltherrschaft?*, de OTTO BONHABER, 1926, p. 57.

³² HITLER utilizó por vez primera esta imagen en 1922: «Moisés Kohn, por un lado, anima a su asociación a rechazar las demandas de los obreros, mientras que su hermano Isaac, en la fábrica, invita a las masas...» a la huelga. (*Hitler's Speeches: 1929-1939*, ed. Baynes, Londres, 1942, p. 29). Resulta notable el que nunca se publicara en la Alemania nazi una colección completa de los discursos de Hitler, así que hay que verse forzado a recurrir a la edición inglesa. Por una bibliografía compilada por PHILIPP BOUCHER, *Die Reden des Führers nach der Machtübernahme*, 1940, puede advertirse que la omisión no fue accidental; sólo los discursos públicos eran publicados *verbatim* en el *Völkischer Beobachter*; por lo que se refiere a los discursos ante el *Führer-korps* y otras unidades del partido, eran simplemente «mencionados» en ese periódico. En ningún caso estaban destinados a su publicación.

³³ Los 25 puntos de Feder contienen sólo las medidas habitualmente exigidas por todos los grupos antisemitas: expulsión de los judíos nacionalizados y trato de extranjeros para los judíos nativos. La crónica antisemita nazi fue siempre mucho más radical que su programa.

WALDEMAR GUTMAN, «Antisemitism in Modern Germany», en *Essays on Antisemitism*, ed. por Koppel S. Pinson, Nueva York, 1946, p. 243, subraya la falta de originalidad del antisemitismo nazi: «Todas estas exigencias y todos estos puntos de vista no eran notables por su originalidad; resultaban evidentes por sí mismos

44

judío en el centro de su propaganda, en el sentido de que el antisemitismo ya no era una cuestión de opiniones acerca de personas diferentes de la mayoría, o una preocupación de la política nacional³³, sino la preocupación íntima de cada individuo en su existencia personal; no podía ser miembro del partido aquel cuyo «árbol genealógico» no estuviera en orden, y cuanto más alta fuera su categoría dentro de la jerarquía nazi, más lejos habría que remontarse en el examen del árbol genealógico³⁴. De la misma manera, aunque menos consecuentemente, el bolchevismo alteró la doctrina marxista relativa a una inevitable victoria final del proletariado, organizando a sus miembros como «proletarios natos» y presentando como vergonzosos y escandalosos los orígenes de las demás clases³⁵.

La propaganda nazi fue suficientemente ingeniosa como para transformar el antisemitismo en un principio de autodefinición y eliminarlo así de las fluctuaciones de la simple opinión. Usó la persuasión de la demagogia de masas sólo como un paso preparatorio, y jamás sobreestimó su influencia duradera, tanto en la oratoria como en la letra impresa³⁶. Esto proporcionó a las masas de individuos atomizados, indefinibles, inestables y fútiles, medios de autodefinición o identificación que no sólo restauraban algo del respeto propio que antiguamente habían hecho derivar de su función en la sociedad, sino que también crearon un tipo de falsa estabilidad que les convirtió en mejores candidatos para una organización. A través de este tipo de propaganda, el movimiento pudo afirmarse como una continuación artificial de las concentraciones masivas y racionalizar los sentimientos esencialmente fútiles de la importancia propia y de seguridad histórica que ofrecía a los individuos aislados de una sociedad atomizada³⁷.

en todos los círculos nacionalistas; lo que resultaba notable era la destreza demagógica y oratoria con que fueron presentados.»

³³ Ejemplo típico del simple antisemitismo nacionalista dentro del movimiento nazi mismo es Röhm, quien escribe: «No: ¡al judío no se le puede culpar de todo! A nosotros se nos debe culpar, del hecho de que el judío todavía pueda dominar ahora» (ERNST ROHM, *Die Geschichte eines Hochverratens*, 1935, edición popular, página 284).

³⁴ Los aspirantes al ingreso en las SS tenían que hacer remontar su ascendencia hasta 1750. A los aspirantes a posiciones directivas dentro del partido sólo se les formulaban tres preguntas: 1. ¿Qué ha hecho usted por el partido? 2. ¿Es usted absolutamente capaz física, mental y moralmente? 3. ¿Está en orden su árbol genealógico? (véase Nazi Primer).

Resulta característico de la afinidad entre los dos sistemas el que la élite y las formaciones policíacas de los bolcheviques —la NKVD— también exigieran pruebas de ascendencia a sus miembros (véase *Russian Purge and the Extraction of Confession*, de F. Beck y W. Göbbel, 1951).

³⁵ Así las tendencias trinitarias del McCarthysmo en los Estados Unidos se revelaron más brillantemente no en la persecución de los comunistas, sino en su propósito de obligar a cada ciudadano a aportar pruebas de no ser un comunista.

³⁶ «No debería sobreestimarse la influencia de la prensa...; en general disminuye a medida que aumenta la influencia de la organización» (HARIMOVSKY, *op. cit.*, p. 64). «Los periódicos se muestran inútiles cuando tratan de luchar contra la fuerza agresiva de una organización viva» (*ibid.*, p. 65). «Las formaciones de poder que tienen su origen en la simple propaganda son fluctuantes y pueden desaparecer rápidamente, a menos que la violencia de una organización apoye a la propaganda» (*ibid.*, p. 21).

³⁷ «La reunión de masas es la forma más fuerte de propaganda... (porque) cada

La misma ingeniosa aplicación de *slogans*, acuñados por otros y probados anteriormente, se reveló en el trato que los nazis otorgaban a otros temas relevantes. Cuando la atención pública se hallaba igualmente centrada en el nacionalismo, por una parte, y en el socialismo, por otra, cuando se juzgaba que los dos eran incompatibles y que constituían realmente la divisoria ideológica entre la derecha y la izquierda, el «Partido Obrero Alemán Nacional Socialista» (Nazi) ofreció una síntesis, supuestamente encaminada a una unidad nacional, a una solución semántica, cuya doble marca de fábrica de «Alemán» y de «Obrero» relacionaba al nacionalismo de la derecha con el internacionalismo de la izquierda. El nombre mismo del movimiento nazi privó de su contenido social a todos los demás partidos y pretendió implícitamente incorporar a todos. Las combinaciones de doctrinas políticas supuestamente antagónicas (nacional-socialista, cristiano-social, etc.) habían sido ensayadas antes, y con éxito; pero los nazis realizaron su propia combinación de tal forma que toda la pugna en el Parlamento entre los socialistas y los nacionalistas, entre quienes pretendían ser antes que nada obreros y quienes eran antes que nada alemanes, pareció como una impostura concebida para ocultar ultrabro del partido nazi?

Resulta interesante el hecho de que incluso en sus comienzos los nazis se mostraran suficientemente prudentes como para no utilizar nunca *slogans* que, como democracia, República, dictadura o Monarquía, indicaran una forma específica de gobierno³⁸. Es como si, en esta cuestión, hubieran sabido siempre que serían enteramente originales. Cada discusión acerca de la forma real de su futuro Gobierno era desdénada como una charla inútil sobre meras formalidades —porque el Estado, según Hitler, era sólo un «medio» para la conservación de la raza, como el Estado, según la propaganda bolchevique, es sólo un instrumento de la lucha de clases³⁹.

individuo⁴⁰ siente más confiado en sí mismo y más poderoso en la unidad de una masa» (*ibid.*, p. 47). «El entusiasmo del momento se convierte en un principio y en una actitud espiritual a través de la organización, el entrenamiento sistemático y la disciplina» (*ibid.*, pp. 21-22).

³⁸ En los casos aislados en los que Hitler llegó a ocuparse de esta cuestión, acostumbra a recalcar: «Incidentalmente, yo no soy el jefe de un Estado, en el sentido de un dictador o un monarca, sino que soy el jefe del pueblo alemán» (véase *Ausgewählte Reden des Führers*, 1939, p. 114). HANS FRANK se expresó dentro del mismo espíritu: «El Reich nacionalsocialista no es un régimen dictatorial y menos aún arbitrario. El Reich nacionalsocialista, en vez de eso, se basa en la leyada mirura del Führer y del pueblo» (en *Recht und Verfassung*, Munich, 1939, p. 15).

³⁹ Hitler repitió muchas veces: «El Estado es sólo el medio para un fin. El fin es: conservación de la raza» (*Reden*, 1939, p. 125). También subrayó que su movimiento «no se basa en la idea del Estado, sino que se halla basado primordialmente en la *Volksgemeinschaft*» (véase *Reden*, 1935, p. 125, y el discurso pronunciado ante la nueva generación de jefes políticos (*Führerschule*), 1937, que se publica como *edición* a las *Führers Tischgespräche*, p. 446). Esta, *muñeca materialista*, es también el núcleo de la complicada y deliberada ambigüedad que caracteriza a la llamada «teoría del Estado» de Stalin: «Nos declaramos en favor de la muerte del Estado y al mismo tiempo nos alzamos en pro del fortalecimiento de la dictadura del proletariado, que representa la más poderosa y potente autoridad

45

como un coloso de pies de barro. Desprecian la soberanía nacional y creen, como Hitler señaló una vez, en un imperio mundial sobre una base nacional⁴¹. No se satisfacen con la revolución en un país determinado, sino que pretenden la conquista y la dominación del mundo. Prometen al pueblo que, al margen de la superioridad en número, territorio y poder estatal, serán capaces de lograr la conquista mundial sólo a través de organizaciones. En realidad, parte de su fuerza persuasiva se deriva de antiquísimos elementos de superstición. La noción de la existencia ininterrumpida de una secta internacional que ha perseguido desde la antigüedad los mismos objetivos revolucionarios es muy antigua⁴² y ha desempeñado un papel en la literatura política barata desde la Revolución francesa, aunque a finales del siglo XVIII a nadie se le hubiera ocurrido escribir que los judíos pudieran ser la «secta revolucionaria», esta «nación peculiar... entre todas las naciones civilizadas».

Fue el tema de una conspiración global lo que en los «Protocolos» más atrajo a las masas, porque tan bien se correspondía con la nueva situación del poder en su tiempo. Hitler prometió que el movimiento nazi «superaría los estrechos límites del nacionalismo moderno»⁴³ y que

⁴¹ «Los imperios mundiales surgen de una base nacional, pero se extienden más allá de ellas» (Rettler).

⁴² HENRY ROLLIN, *L'Apocalypse de notre temps*, París, 1939, quien considera que la popularidad de los «Protocolos» sólo es superada por la de la Biblia (p. 40). Muestra la semejanza entre ellos y los *Morita Secreta*, publicados por vez primera en 1612 y que todavía se vendían en las calles de París en 1939, los cuales afirman revelar una conspiración jesuítica «que justifica todas las villanías y todo el empleo de la violencia... Esta es una campaña auténtica contra el orden establecido» (p. 32).

⁴³ Toda la literatura está bien representada por las *Recherches politiques et historiques qui prouvent l'existence d'une secte révolutionnaire*, del CABALLERO DE MALLET, 1817, quien cita extensamente a autores anteriores. Para él, los héroes de la Revolución francesa son *managers* de una *agence secrète*. Los agentes de los franc-masones. Pero francmasonería es sólo el nombre que sus contemporáneos dieron a una «secta revolucionaria» que ha existido en todos los tiempos y cuya política ha consistido siempre en atacar «tras la escena, en manipular los hilos de las marionetas a las que se juzgue conveniente colocar en el escenario». Empezó por decir: «Probablemente, será difícil creer en un plan que fue elaborado en la antigüedad y seguido siempre con la misma constancia: ... Los autores de la Revolución no son y nunca fueron que alemanes, italianos, ingleses, etc. Constituyen una nación peculiar, nacida y desarrollada en la oscuridad, entre todas las naciones civilizadas, con el objetivo de someterlas a su dominación.»

⁴⁴ Sobre la historia de esta literatura véase *La Franc-Maçonnerie Antisémitique au 18^e siècle*, de E. LESTUR, «Bibliothèque d'histoire révolutionnaire», 1914. Por la extensa y fanática literatura antifrancmasónica en Francia, apenas menos amplia que su contrapartida antisemita, puede advertirse cuán persistentes son estas teorías de conspiración incluso bajo circunstancias normales. En *La Franc-Maçonnerie en France, des origines à 1815*, de G. BOUO, 1908, puede hallarse una clase de compendio de todas las teorías que vieron en la Revolución francesa el producto de sociedades secretas conspiratorias.

⁴⁵ *Rettler*. Véase la transcripción de una sesión del Comité SS sobre cuestiones laborales en el Cuartel General de las SS en Berlín el 12 de enero de 1943, donde se sugirió que la palabra «nación», concepto cargado de connotaciones de liberalismo, debería ser eliminada por inadecuada para los pueblos germánicos (Document 705-PS, en *Nazi Conspiracy and Aggression*, V. 515).

En otra forma curiosa e indirecta, los nazis dieron una respuesta propagandística a la pregunta relativa a lo que sería su futuro papel, y ello fue en su empleo de los «Protocolos de los Sabios de Sión» como modelo para la organización futura de las masas alemanas con objeto de lograr un «imperio mundial». El empleo de los «Protocolos» no quedó limitado a los nazis; en la Alemania de la posguerra se vendieron centenares de miles de ejemplares y ni siquiera era nueva su franca adopción de los «Protocolos» como manual político⁴⁴. Sin embargo, esta falsificación fue principalmente utilizada con el propósito de denunciar a los judíos y de prevenir al populacho contra los peligros de la dominación judía⁴⁵. En términos de simple propaganda, el descubrimiento de los nazis consistió en advertir que las masas no estaban tan aterradas por una dominación judía mundial como interesadas en averiguar cómo podría realizarse, que la popularidad de los «Protocolos» se basaba en la admiración o el fervor más que en el odio, y que sería prudente permanecer tan cerca como fuera posible de algunas de sus más importantes fórmulas, como en el caso del famoso slogan: «¡Justo es lo que es bueno para el pueblo alemán!, que se hallaba copiado del de los «Protocolos»: «Todo lo que beneficia al pueblo judío es moralmente justo y sagrado»⁴⁶.

Los «Protocolos» son en muchos aspectos un documento curioso y notable. Al margen de su maquiavelismo barato, su característica política esencial es que en su fanático estilo abordan todos los temas importantes de la época. Son antinacionales en principio y describen a la Nación-Estado

de todas las formas del Estado que han existido hasta el día de hoy. El más elevado desarrollo posible del poder del Estado con objeto de preparar las condiciones para la muerte del Estado: esta es la fórmula marxista» (op. cit., loc. cit.).

⁴¹ ALEXANDER STEIN, *Adolf Hitler, Schöpfer der Weltanschauung des Dritten Reichs*, Karlsruhe, 1936, fue el primero en analizar por comparación filológica la identidad ideológica de las enseñanzas de los nazis con las de los «Sabios de Sión», de R. M. BLANN, 1938. *Adolf Hitler et les «Protocoles des Sages de Sion»*, de R. M. BLANN, 1938.

⁴² El primero en admitir su deuda con las enseñanzas de los «Protocolos» fue Theodor Fritsch, el «gran anciano» del antisemitismo alemán de la posguerra. Escribió en el epílogo a su edición de los *Protocolos*, 1924: «Nuestros futuros políticos y diplomáticos tendrán que aprender de los maestros orientales de la villanía hasta el A. B. C. del arte de gobernar, y, para este fin, los «Protocolos sionistas» ofrecen una excelente instrucción preparatoria.»

⁴³ Sobre la historia de los «Protocolos» véase *An Appraisal of the Protocols of Zion*, de JOHN S. CURRISS, 1942.

⁴⁴ El hecho de que los «Protocolos» fueran una falsedad resultó irrevocablemente para los fines propagandísticos. El autor ruso S. A. Nilus, que publicó la segunda edición rusa en 1905, era ya bien consciente del dudoso carácter de este documento y añadió algo obvio: «Pero si fuera posible mostrar su autenticidad por documentos o por declaración de testigos fidedignos, si fuera posible identificar a las personas que se hallaban a la cabeza del complot mundial... entonces, «la secreta iniquidad» podría quedar destrazada...» (traducción en CURRISS, op. cit.).

⁴⁵ Hitler no necesitó a Nilus para utilizar el mismo truco: la mejor prueba de su autenticidad consistía en haberse demostrado que eran una falsedad. Y añade también el argumento de su «plausibilidad»: «Lo que muchos judíos pueden hacer conscientemente se formula aquí consciente y claramente. Y esto es lo que cuenta» (*Mein Kampf*, libro I, cap. XI).

⁴⁶ FRITSCH, op. cit., «(Der Juden) oberster Grundsatz lautet: 'Alles was dem Volke juda nützt, ist moralisch und ist heilig'».

46

zante la guerra se realizaron en el seno de las SS tentativas para borrar las potencias mundiales parecían seguir teniendo la palabra «nación». Sólo posibilidad independiente, y sólo una política global parecía tener una situación asustada a las pequeñas naciones que no eran potencias mundiales. Los «Protocolos» parecían ofrecer una salida que no eran potencias mundiales.

La propaganda nazi, en otras palabras, descubrió en el «juicio supranacional» porque es intensamente nacional»⁴⁸ al precursor del alemán dueño del mundo y aseguró a las masas que «las naciones que han sido las primeras en ver a través del judío y las primeras en combatirlo van a ser pejus que de una dominación mundial judía ya existente constituyó la base para la ilusión de una futura dominación mundial alemana. En esto es en lo que Himmler pensaba cuando declaró que «debemos el arte de gobernar a los judíos», es decir, a los «Protocolos», que «el Führer (se ha) aprendido de memoria»⁴⁹. Así, los «Protocolos» presentaban la conquista mundial como una posibilidad práctica y daban por sobreentendido que todo el asunto era una cuestión de capacidad inspirada o de astucia, y que en el camino hacia una victoria alemana sobre todo el mundo sólo se alzaba un pueblo patentemente pequeño, los judíos, que dominaban al mundo sin poseer los instrumentos de violencia —un adversario, por eso, fácil, una vez que había sido descubierto su secreto y empujados sus métodos en una escala más amplia.

La propaganda nazi concentró todas estas perspectivas nuevas y prometedoras en un concepto que denominó *Volksgeistwissenschaft*. Esta nueva comunidad, ensayada por el movimiento nazi en la atmósfera pretotalitaria, se hallaba basada en la igualdad absoluta de todos los alemanes, una igualdad no de hecho, sino de naturaleza, y en su absoluta diferencia de todos los demás pueblos⁵¹. Después de que los nazis subieron al poder, este concepto perdió gradualmente su importancia y dio paso a un desprezamiento general por el pueblo alemán que los nazis habían albergado siempre, pero que hasta entonces no habían podido demostrar muy bien públicamente⁵², por una parte, y a una gran ansiedad, por otra, por ampliar sus

⁴⁸ *Hitler's Speeches*, ed. Baynes, p. 6.

⁴⁹ Goebbels, *op. cit.*, p. 377. Esta promesa, implícita en toda la propaganda antisemita del tipo nazi, fue preparada por Hitler: «El más extremado contraste del arte del judío» (*Mein Kampf*, libro I, cap. XI).

⁵⁰ «Dossier Kersten», en el Centre de Documentation Juive.

⁵¹ La primitiva promesa de Hitler (*Reden*): «Nunca reconoceré que otras naciones tengan el mismo derecho que la alemana»; se convirtió en doctrina oficial: «La base de la perspectiva nacionalsocialista en la vida es la percepción de la desigualdad de los hombres» (*Nazi Primer*, p. 5).

⁵² Por ejemplo, Hitler en 1932: «El pueblo alemán consiste en un tercio de héroes, un tercio de cobardes, mientras que el resto son traidores» (*Hitler's Speeches*, ed. Baynes, p. 76).

Tras la conquista del poder esta tendencia se tornó más brutalmente manifiesta. Véase, por ejemplo, lo que dijo Goebbels en 1934: «¿Quétes son ésos para criticar? ¿Membros del partido? No. ¿El resto del pueblo alemán? Tendría que considerarse suficientemente afortunado con seguir vivo. Sería demasiado permitir las críticas de aquellos que viven a merced de nosotros.» Cita de KORN-BRAUNSTEDT, *op. cit.*, pp. 178-179. Durante la guerra, Hitler declaró: «No soy nada más que un alemán que se mueve constantemente a través de la nación alemana, extrayendo el acervo de este pueblo. Y he declarado a menudo que llegará el día en que todos los hombres valiosos de Alemania estén en mi campo. Y aquellos que no estén a mi lado no serán valiosos en manera alguna.» Para el entorno inmediato de Hitler re- saltaba muy claro lo que sucedería a aquellos que «no son valiosos en manera alguna» (véase *Der grossdeutsche Freiheitskampf. Reden Hitlers vom 1.9.1939-10.1.1940*, p. 174). Hitler pensaba lo mismo cuando dijo: «El Führer no piensa como alemán, sino en términos germánicos» («Dossier Kersten», arriba citado), excepto que sabía, como por las *Hitler's Tischgespräche* (pp. 315 y sigs.) que en aquellos días ya se burlaba incluso del «lembro» germánico y pensaba en «términos arabs».

⁵³ Himmler, en un discurso a las jefes de las SS en Jarkov, en abril de 1943 (*Nazi Conspiracy*, IV, 572 y sigs.): «Pronto formaré unas SS germánicas en diferentes países...» Antes de la conquista del poder, Hitler dio una primera indicación de esta política no nacional (*Reden*): «Desde luego, acogeremos en la nueva clase de razas a representantes de otras naciones, es decir, a aquellos que lo merecen en razón de su participación en nuestra lucha.»

⁵⁴ HADAMOVSKY, *op. cit.*

⁵⁵ HESLAR, *op. cit.*, p. 139: La propaganda no es «el arte de infundir una opinión en las masas. Realmente, es el arte de recibir una opinión de las masas».

propias filas con arios de otras naciones, idea que sólo había desempeñado un pequeño papel en la fase previa al poder de la propaganda nazi. La *Volksgeistwissenschaft* era simplemente la preparación propagandística para una sociedad racial «aria» que, al final, habría condenada a todos los pueblos, incluyendo a los alemanes.

Hasta un cierto grado, la *Volksgeistwissenschaft* constituía el intento de los nazis por contrarrestar la promesa comunista de una sociedad sin clases. Parece obvio el atractivo propagandístico de una sobre otra si pasamos por alto todas las implicaciones ideológicas. Mientras que ambas prometían allanar todas las diferencias sociales y de propiedad, la sociedad sin clases poseía la característica evidente de que todo el mundo podría ser elevado al *status* de obrero de una fábrica, en tanto que la *Volksgeistwissenschaft*, con su característica de conspiración por la conquista mundial, presentaba una razonable esperanza de que todo alemán podría llegar eventualmente a convertirse en propietario de una fábrica. Sin embargo, la ventaja aún mayor de la *Volksgeistwissenschaft* era que su establecimiento no tenía que aguardar a algún momento en el futuro ni dependía de condiciones objetivas: podía ser inmediatamente realizada en el mundo ficticio del movimiento.

El verdadero objetivo de la propaganda totalitaria no es la persuasión, sino la organización: la «acumulación de poder sin la posesión de los medios de violencia»⁵⁴. Para este objetivo, la originalidad del contenido ideológico sólo puede ser considerada como un obstáculo innecesario. No es accidental que los dos movimientos totalitarios de nuestro tiempo, tan atrozamente «nuevos» en métodos de dominación e ingeniosos en formas de organización, jamás hayan predicado una nueva doctrina, jamás hayan inventado una ideología que no fuese ya popular⁵⁵. No son los pasajeros

car? ¿Membros del partido? No. ¿El resto del pueblo alemán? Tendría que considerarse suficientemente afortunado con seguir vivo. Sería demasiado permitir las críticas de aquellos que viven a merced de nosotros.» Cita de KORN-BRAUNSTEDT, *op. cit.*, pp. 178-179. Durante la guerra, Hitler declaró: «No soy nada más que un alemán que se mueve constantemente a través de la nación alemana, extrayendo el acervo de este pueblo. Y he declarado a menudo que llegará el día en que todos los hombres valiosos de Alemania estén en mi campo. Y aquellos que no estén a mi lado no serán valiosos en manera alguna.» Para el entorno inmediato de Hitler re- saltaba muy claro lo que sucedería a aquellos que «no son valiosos en manera alguna» (véase *Der grossdeutsche Freiheitskampf. Reden Hitlers vom 1.9.1939-10.1.1940*, p. 174). Hitler pensaba lo mismo cuando dijo: «El Führer no piensa como alemán, sino en términos germánicos» («Dossier Kersten», arriba citado), excepto que sabía, como por las *Hitler's Tischgespräche* (pp. 315 y sigs.) que en aquellos días ya se burlaba incluso del «lembro» germánico y pensaba en «términos arabs».

⁵³ Himmler, en un discurso a las jefes de las SS en Jarkov, en abril de 1943 (*Nazi Conspiracy*, IV, 572 y sigs.): «Pronto formaré unas SS germánicas en diferentes países...» Antes de la conquista del poder, Hitler dio una primera indicación de esta política no nacional (*Reden*): «Desde luego, acogeremos en la nueva clase de razas a representantes de otras naciones, es decir, a aquellos que lo merecen en razón de su participación en nuestra lucha.»

⁵⁴ HADAMOVSKY, *op. cit.*

⁵⁵ HESLAR, *op. cit.*, p. 139: La propaganda no es «el arte de infundir una opinión en las masas. Realmente, es el arte de recibir una opinión de las masas».

47

éxitos demagógicos los que ganan a las masas, sino la visible realidad y el poder de una «organización viva»⁵⁶. Las brillantes dotes de Hitler como orador de masas no le ganaron su posición en el movimiento, sino que más bien equivocaron a sus oponentes, que llegaron a subestimarle como simple demagogo, y Stalin fue capaz de derrotar al mayor orador de la revolución rusa⁵⁷. Lo que distingue a los líderes y dictadores totalitarios es más bien la singular plenitud de propósitos con la que escogen aquellos elementos de las ideologías existentes que más aptos resultan para convertirse en los fundamentos de otro mundo enteramente ficticio. La ficción de los «Protocolos» era tan adecuada como la ficción de la conspiración trotskysta, porque ambas contenían un elemento de plausibilidad —la influencia no pública de los judíos en el pasado; la lucha por el poder entre Trotsky y Stalin— del que ni siquiera podía prescindir con seguridad el mundo ficticio del totalitarismo. Su arte consistió en utilizarlo, y al mismo tiempo, en superar los elementos de la realidad, de las experiencias comprobables, dentro de la ficción elegida, y en generalizarlo en regiones que entonces quedan cerradas a todo posible control de la experiencia individual. Con semejantes generalizaciones, la propaganda totalitaria establece un mundo apto para competir con el real, cuyo principal inconveniente es que no es lógico, consecuentemente ni organizado. La consistencia de la ficción y la exactitud de la organización hacen eventualmente posible a la generalización sobrevivir a la explosión de mentiras más específicas: el poder de los judíos tras su irremediable matanza, la siniestra conspiración global de los trotskystas después de su liquidación en la Rusia soviética y tras el asesinato de Trotsky.

La torpeza con la que los dictadores totalitarios se aferran a sus mentiras originales frente al absurdo es más que una superstitiosa gratitud a su truco, y que, al menos en el caso de Stalin, no puede ser explicada por la psicología del mentiroso, cuyo mismo éxito acaba por convertirle en la última víctima de su mentira. Una vez que estos slogans propagandísticos quedan integrados en una «organización viva», no pueden ser eliminados

⁵⁶ HAYMOVSKY, *op. cit.*, *passim*. El término está tomado de *Mein Kampf*, de Hitler (libro II, cap. XI), donde la «organización viva» de un movimiento se contrasta con el «mecanismo muerto» de un partido burocrático.

⁵⁷ Sería un grave error interpretar a los dirigentes totalitarios en términos de la categoría de «jefatura carismática» de Max Weber. Véase «The Nazi Party», de HANS GERTH, en *American Journal of Sociology*, 1940, vol. XLV. (Un error similar es también defecto de la biografía de HITLER, *op. cit.*) GERTH describe a Hitler como el jefe carismático de un partido burocrático. Solamente eso, en su opinión, explica el hecho de que «por sorprendente que hayan contradicho las acciones a las palabras, nada podría quebrantar la organización firmemente disciplinaria». (Cabe señalar, incidentalmente, que esta contradicción es mucho más característica de Stalin, que «siempre se cuidó de decir lo opuesto de lo que hacía y de hacer lo opuesto de lo que decía». SOUVARINE, *op. cit.*, p. 43.)

Para el origen de este error véase «Zur Soziologie der Gegenwart», de ALFRED VON MARTIN, en *Zeitschrift für Kulturgeschichte*, tomo 27, y «Die Gesetzmässigkeit der Verwaltung im Führerstaat», de ARNOLD KOERTGE, en *Reichsverwaltungsblatt*, 1936; ambos caracterizan al Estado nazi como una burocracia con jefatura carismática.

con seguridad sin quebrantar toda la estructura. La presunción de una conspiración mundial judía fue transformada por la propaganda totalitaria, pasando de ser una cuestión objetiva y discutible a elemento principal de la realidad nazi; lo cierto es que los nazis *actuaban* como si el mundo estuviera dominado por los judíos y precisara de una contraconspiración para defenderse a sí mismo. Para ellos el racismo ya no era una discutible teoría de dudoso valor científico, sino que estaba siendo realizado cada día en el funcionamiento jerárquico de una organización política en cuyo marco hubiera resultado muy «irrealista» ponerlo en duda. De forma similar, el bolchevismo ya no necesita vencer en una discusión acerca de la lucha de clases, el internacionalismo y la dependencia incondicional del bienestar del proletariado del bienestar de la Unión Soviética; el funcionamiento de la organización de la Komintern es más convincente de lo que pueda ser cualquier argumento o una simple ideología.

La razón fundamental de la superioridad de la propaganda totalitaria sobre la propaganda de los otros partidos y movimientos es que su contenido, en cualquier caso para los miembros del movimiento, ya no es un tema objetivo sobre el que la gente pueda formular opiniones, sino que se ha convertido dentro de sus vidas en un elemento tan real e intocable como las reglas de la aritmética. La organización de todo el entramado vital según una ideología sólo puede ser llevada a cabo bajo un régimen totalitario. En la Alemania nazi, poner en tela de juicio la validez del racismo y del antisemitismo cuando nada importaba más que el origen racial, cuando una carrera dependía de una fisonomía «aria» (Hummel acostumbraba a seleccionar a los aspirantes al ingreso en las SS examinando sus fotografías) y la cantidad de alimentos del número de los abuelos judíos de cada uno, era como poner en tela de juicio la existencia del mundo.

Las ventajas de una propaganda que constantemente «suma el poder de una organización»⁵⁸ a la débil e insegura voz de la argumentación y que por eso actúa, por así decirlo, con el incentivo del momento, sea lo que diga, resultan obvias más allá de toda demostración. A prueba de argumentos basados en una realidad que los movimientos prometen cambiar, ante una contrapropaganda descalificada por el simple hecho de que pertenecen a un mundo que las masas desamparadas no pueden ni quieren aceptar, sólo puede quedar desautorizada por una realidad más fuerte o mejor.

Es en el momento de la derrota cuando se torna visible la debilidad inherente a la propaganda totalitaria. Sin la fuerza del movimiento, sus miembros dejan automáticamente de creer en el dogma por el que ayer todavía estaban dispuestos a sacrificar sus vidas. En el momento en que el movimiento, es decir, el mundo ficticio que les albergaba, queda destruido, las masas revierten a su antiguo *status de* individuos aislados que, o bien aceptan felizmente su nueva función en un mundo transformado, o

⁵⁸ HAYMOVSKY, *op. cit.*, p. 21. Para los fines totalitarios constituye un error pagar su ideología mediante la ensañanza o la persuasión. En palabras de ROBERT LEV, no puede ser ni «enseñada» ni «aprendida», sino sólo «ejercida» y «practicada» (véase *Der Weg zur Ordensburg*, sin fecha).

48

bien se sumen en su antigua y desesperada superfluidad. Los miembros de los movimientos totalitarios, profundamente fanáticos mientras que existe el movimiento, no siguen el ejemplo de los fanáticos religiosos y sufren la muerte de los mártires (aunque existan algunos demasiado dispuestos a sufrir la muerte de robots)⁵⁰. Más bien renuncian tranquilamente al movimiento como a una apuesta fallida y buscan en torno de sí otra ficción prometedora o aguardan a que la antigua ficción recobre fuerza suficiente como para establecer otro movimiento de masas.

La experiencia de los aliados que trataron vanamente de localizar un nazi autoconfesado y convencido entre el pueblo alemán, del que un 90 por 100 había sido probablemente sincero simpatizante en un momento u otro, no puede ser considerada simplemente como el descubrimiento de un signo de debilidad humana o de oportunismo grosero. El nazismo como ideología había sido tan completamente «realizado» que su contenido dejó de existir como cuerpo independiente de doctrinas, perdió su existencia intelectual, por así decirlo; por ello, la destrucción de la realidad no dejó casi nada tras de sí, y menos que nada, el fanatismo de los creyentes.

2. ORGANIZACIÓN TOTALITARIA

Las formas de la organización totalitaria, diferenciadas de su contenido ideológico y de sus *slogans* propagandísticos, son completamente nuevas⁵¹. Están concebidas para traducir las mentiras propagandísticas del movimiento, tejidas en torno a una ficción central —la conspiración de los judíos, la de los trotskistas, o las trescientas familias, etc.— en una realidad actuante, para construir, incluso bajo circunstancias no totalitarias, una sociedad cuyos miembros actúen y reaccionen según las normas de un mundo ficticio. En contraste con los partidos aparentemente similares y con los movimientos fascistas o socialistas, de orientación nacionalista o comunista, todos los cuales respaldan su propaganda con el terrorismo tan pronto como han alcanzado un cierto grado de extremismo (lo que depende principalmente del grado de desesperación de sus miembros), el movimiento totalitario es realmente serio acerca de su propaganda y esta seriedad es expresada mucho más aterradoramente en la organización de sus seguidores que en la liquidación física de sus adversarios. La organización y la propaganda (más que el terror y la propaganda) son dos caras de la misma moneda⁵².

⁵⁰ R. Höhn, uno de los teóricos nazis relevantes, interpretó esta falta de una doctrina e incluso de un haz de ideales y creencias del movimiento en su *Reichsgemeinschaft und Volksgemeinschaft*: «Desde el punto de vista de una comunidad popular, cada comunidad de valores resulta destructiva» (p. 83).

⁵¹ Hitler, hablando sobre la relación entre *Weltanschauung* y organización, admitió como cosa corriente que los nazis tomaron de otros grupos y de otros partidos la idea racial (*die völkische Idee*) y actuaron como si fueran los únicos representantes de ésta, porque fueron los primeros en basar en ella una organización combativa y en formularla con fines prácticos (*op. cit.*, libro II, cap. V).
et Véase Hitler, «Propaganda y organización», en *op. cit.*, libro II, cap. XI.

El medio de organización más sorprendentemente nuevo de los movimientos en su fase anterior a la conquista del poder es la creación de las llamadas organizaciones frontales, la distinción trazada entre los miembros del partido y sus simpatizantes. En comparación con esta invención, otras características típicamente totalitarias, tales como la designación de funcionarios desde arriba y el monopolio eventual de los nombramientos en un hombre, son de importancia secundaria. El llamado «principio del jefe» no es en sí mismo totalitario; ha tomado ciertas características del autoritarismo y de la dictadura militar, que han contribuido considerablemente a oscurecer y a empequeñecer el fenómeno esencialmente totalitario. Si los funcionarios nombrados desde arriba poseyeron autoridad y responsabilidad reales, tendríamos que habérmolas con una estructura jerárquica en la que la autoridad y el poder son delegados y gobernados por leyes. Cabe decir lo mismo de la organización de un ejército y de la dictadura militar establecida según su modelo; aquí el poder absoluto de mando de arriba a abajo y la obediencia absoluta de abajo a arriba corresponden a la situación de peligro extremado en combate, que es precisamente por lo que no son totalitarios. Una cadena de mando jerárquicamente organizada significa que el poder del que manda depende de todo el sistema jerárquico en el que opera. Cada jerarquía, por totalitaria que sea en su dirección y cada cadena de mando, por arbitrario y dictatorial que sea el contenido de las órdenes, tienden a estabilizar, y restringirían, el poder total del líder de un movimiento totalitario⁵³. En el lenguaje de los nazis, la inagotable, incansable y dinámica «voluntad del Führer» —y no sus órdenes, término que puede implicar una autoridad determinada y circunscrita— se convierte en ley suprema en un Estado totalitario⁵⁴. El principio del jefe desarrolla su carácter totalitario sólo a partir de la posición en la que el movimiento totalitario, gracias a su posición única, coloca al jefe; sólo a partir, pues, de su importancia funcional para el movimiento. Esto es también corroborado por el hecho de que, tanto en el caso de Hitler como en el de Stalin, el principio mismo del jefe sólo cristalizó lenta y paralelamente a la progresiva «totalitarización» del movimiento⁵⁵.

⁵² La demanda vehementemente urgente de Himmler de «no promulgar ningún decreto concerniente a la definición del término 'judío' es un caso que merece subrayarse, porque «con estos sucesos compromisos nos atreemos las manos» (Documento de Nuremberg núm. 626, carta a Berger, fechada el 28 de julio de 1942, fotocopia en el «Centre de Documentation Juive»).

⁵³ La expresión «La voluntad del Führer es la ley suprema» se halla en todas las fórmulas oficiales relativas a la dirección del partido y de las SS. La mejor fuente sobre el tema es *Rechtserläuterungen und Rechtsaufgaben der Bewegung*, de OTTO GAWWEILER, 1939.

⁵⁴ HENSEN, *op. cit.*, p. 292, señala la siguiente diferencia entre la primera edición de *Mein Kampf* y la siguiente: la primera edición propone la elección de funcionarios del partido que solo tras esa elección estarán investidos de «un poder y una autoridad limitados»; en las siguientes ediciones se determina que la designación de los funcionarios del partido será realizada desde arriba, por el jefe inmediato superior. Naturalmente, para la estabilidad de los regímenes totalitarios el nombramiento desde arriba es un principio mucho más importante que el de «la

49

Un anonimato que contribuye considerablemente a la calidad sobrenatural de todo el fenómeno oscurece los comienzos de esta nueva estructura organizativa. No sabemos quién fue el primero que decidió regimientar a los compañeros de viaje en organizaciones frontales, ni quién vio primeros partidos acostumbraban a contar el día de las elecciones, pero a las que consideraban demasiado volubles para la afiliación—no sólo una reserva de la que extraer miembros del partido, sino como una fuerza decisiva en sí misma. Las primeras organizaciones de simpatizantes inspiradas por los comunistas, tales como los «Amigos de la Unión Soviética» o las asociaciones del «Socorro Rojo», evolucionaron hasta llegar a ser organizaciones frontales, pero originariamente no eran nada más ni nada menos que lo que sus nombres indicaban: una reunión de simpatizantes para la ayuda financiera o de otro tipo (por ejemplo, legal). Hitler fue el primero en señalar que cada movimiento debería dividirse en dos categorías a las masas ganadas a través de la propaganda: simpatizantes y afiliados. En sí mismo, esto es suficientemente interesante; aún más significativo es que basara esta división en una filosofía más amplia, según la cual la mayoría de las personas son demasiado perezosas y cobardes para algo más que para una simple percepción teórica, y sólo una minoría desea luchar por sus convicciones⁵⁵. En consecuencia, Hitler fue el primero en concebir una política consistente de constante incremento de las filas de simpatizantes, mientras que al mismo tiempo conservaba estrictamente limitado el número de miembros del partido⁵⁶. Esta noción de una minoría de miembros

autoridad ilimitada» del funcionamiento designado. En la práctica, la autoridad de los sujetos se hallaba decisivamente limitada por la absoluta soberanía del jefe. Véase más adelante.

Stalin, procedente del aparato conspirador del partido bolchevique, no pensó probablemente nunca en este problema. Para él, los nombramientos dentro de la maquinaria del partido eran una cuestión de acumulación de poder personal. (Péro sólo en los años 30, tras haber estudiado el ejemplo de Hitler, permitió que le llamaran «jefe».) Debe reconocerse, sin embargo, que podrá justificar fácilmente estos métodos citando la teoría de Lenin según la cual «la historia de todos los países muestra que la clase trabajadora, exclusivamente por su propio esfuerzo, sólo es capaz de desarrollar conciencia sindicalista», y que por ello su jefatura ha de proveer necesariamente de fuerza (véase *What is to be done?*, publicado por vez primera en 1902, en *Collected Works*, vol. IV, libro 11). El hecho es que Lenin consideró al partido comunista como la parte «más progresista» de la clase trabajadora y al mismo tiempo, «la palanca de organización política» que «dirige a toda la masa del proletariado», es decir, una organización fuera de la clase y por encima de ella. (Véase *The Russian Revolution, 1917-1921*, de W. H. Chamberlain, Nueva York, 1955, II, 561.) Sin embargo, Lenin no puso en tela de juicio la validez de la democracia interna del partido, aunque estaba inclinado a restringir la democracia a la misma clase trabajadora.

⁵⁵ Hitler, *op. cit.*, libro II, cap. XI.

⁵⁶ *Ibid.* Este principio fue estrictamente aplicado tan pronto como los nazis conquistaron el poder. De siete millones de afiliados a las Juventudes Hitlerianas, sólo 50.000 fueron aceptados para su ingreso en el partido en 1937. Véase el prólogo de H. L. Childs a *The Nazi Primer*. Cótese también con «Die verfassungsgeschichtliche Gestaltung der Ein-Partei», de Gottfried Neisser, en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 1938, tomo 98, p. 678. «Incluso el partido único jamás debe cre-

del partido rodeada de una mayoría de simpatizantes, se aproxima mucho a la realidad ulterior de las organizaciones frontales, término que, desde luego, expresa suficientemente su eventual función y que indica dentro del mismo movimiento la relación entre miembros y simpatizantes. Porque las organizaciones frontales de simpatizantes no son menos esenciales al funcionamiento de su movimiento que su mismo cuerpo de afiliados.

Las organizaciones frontales rodean a los afiliados al movimiento con una muralla protectora que les separa del mundo normal exterior; al mismo tiempo, constituyen un puente hacia la normalidad, sin el cual, durante la fase previa a la conquista del poder, los afiliados advertirían demasiado agudamente la distinción entre sus creencias y las de las personas normales, entre su fingida perspectiva y la realidad del mundo normal. La ingeniosidad de este recurso durante la lucha del movimiento por el poder estriba en que las organizaciones frontales no sólo aíslan a los afiliados, sino que les ofrecen algo semejante a la normalidad exterior que reduce el impacto de la verdadera realidad más eficazmente que el simple adobrimiento. Es esta diferencia entre las propias actitudes y las de los compañeros de viaje las que confirman a un nazi o a un bolchevique en su creencia en la ficticia explicación del mundo, porque, después de todo, el compañero de viaje tiene las mismas convicciones aunque sea en una forma más «normal», es decir, menos fanática, más confusa, así, para el miembro del partido parece que cualquiera a quien el movimiento no haya singularizado expresamente como enemigo (un judío, un capitalista, etc.), se halla a su lado, que el mundo está lleno de secretos aliados que sencillamente todavía no pueden reunir la necesaria fuerza de mente y de carácter como para extraer las conclusiones lógicas de sus propias convicciones⁵⁷.

Por otro lado, el mundo en general usualmente obtiene su primera visión de un movimiento totalitario a través de sus organizaciones frontales. Los simpatizantes que, según todas las apariencias, son todavía inocuos ciudadanos de una sociedad no totalitaria, difícilmente pueden ser considerados ingenuos fantásticos; a través de ellos el movimiento hace generalmente más aceptables sus fantásticas mentiras; pueden difundir su propaganda en formas más suaves y respetables, hasta que toda la atmósfera quede envenenada con los elementos totalitarios que son difícilmente reconocibles como tales y que parecen ser normales reacciones u opiniones políticas. Las organizaciones de compañeros de viaje rodean a los movimientos totalitarios de un aura de normalidad y respetabilidad que engaña a los afiliados acerca del verdadero carácter del mundo exterior tanto como al mundo exterior acerca del verdadero carácter del movimiento. La organización frontal funciona de ambas maneras: como fachada del

ser hasta abarcar a toda la población. Es 'total' en razón de su influencia ideológica sobre la nación.»

⁵⁷ Véase la diferenciación de Hitler entre las «personas radicales», que son las únicas que se hallan preparadas para convertirse en miembros del partido, y los centenares de miles de simpatizantes, que son demasiado «cobardes» para hacer los sacrificios necesarios (*op. cit.*, *loc. cit.*).

50

movimiento totalitario ante el mundo no totalitario y como fachada de este mundo ante la jerarquía interna del movimiento.

Aún más sorprendente que esta relación es el hecho de que se repita a diferentes niveles dentro del mismo movimiento. Tal como los miembros del partido se hallan separados y relacionados con los compañeros de viaje, así las formaciones selectas del movimiento se hallan relacionadas y separadas de los afiliados corrientes. Si el compañero de viaje todavía parece ser un habitante normal del mundo exterior que ha adoptado el credo totalitario como uno puede adoptar el programa de un partido corriente, el miembro ordinario del movimiento nazi o bolchevique todavía pertenece en muchos aspectos al mundo que le rodea: sus relaciones profesionales y sociales no se hallan todavía absolutamente determinadas por su pertenencia al partido, aunque él pueda comprender —a diferencia del mero simpatizante— que, en el caso de un conflicto entre su adhesión al partido y su vida privada, se supone que la primera ha de ser la que se imponga. El miembro de un grupo militante, por otra parte, se halla totalmente identificado con el movimiento; no tiene profesión ni vida privada independientes. De la misma manera que los simpatizantes constituyen un muro protector en torno a los afiliados del movimiento y representan ante ellos al mundo exterior, así los afiliados corrientes rodean a los grupos militantes y representan ante ellos al mundo normal exterior.

Una definida ventaja de esta estructura es que reduce el impacto de uno de los dogmas totalitarios básicos (que el mundo está dividido en dos gigantescos campos hostiles, uno de los cuales es el movimiento, y que el movimiento puede y debe luchar contra todo el mundo); afirmación que prepara el camino para la indiscriminada agresividad de los regímenes totalitarios en el poder. A través de una jerarquía militante cuidadosamente graduada, en la que cada escalón constituye la imagen del mundo no totalitario para el escalón superior, porque el inferior es menos militante y sus miembros se hallan menos completamente organizados, el *stock* de la aterradora y monstruosa dicotomía totalitaria queda invalidado y no es nunca comprendido; este tipo de organización impide a sus miembros el llegar incluso a enfrentarse con el mundo exterior, cuya hostilidad sigue siendo para ellos una presunción simplemente ideológica. Están tan bien protegidos contra la realidad del mundo no totalitario, que subestiman consistentemente los tremendos riesgos de la política totalitaria.

No hay duda de que los movimientos totalitarios atacan al *status quo* más radicalmente de lo que lo atacó cualquiera de los anteriores partidos revolucionarios. Pueden permitirse este radicalismo, en apariencia tan inconveniente a las organizaciones de masas, porque su organización ofrece un sustitutivo temporal para la vida ordinaria y no política que el totalitarismo trata realmente de abolir. Todo el mundo de las relaciones sociales no políticas, del que se ha aislado el revolucionario profesional o ha tenido que aceptar como es, existe en la forma de grupos menos militantes dentro del movimiento; en el seno de este mundo jerárquicamente organizado, los combatientes para la conquista del mundo y para la revolución mundial jamás se encuentran expuestos al *stock* inevitablemente generado

por la discrepancia entre las creencias «revolucionarias» y el mundo «normal». La razón por la que los movimientos, en esta fase revolucionaria anterior a la conquista del poder, pueden atraer a tantos filisteos ordinarios, es que sus miembros viven en un alienado paraíso de normalidad; los miembros del partido están rodeados por el mundo normal de los simpatizantes, y las formaciones de élite por el mundo normal de los miembros ordinarios.

Otra ventaja del marco totalitario es que puede ser repetido indefinidamente y mantiene a la organización en un estado de fluidez que permite constantemente insertar nuevas capas y definir nuevos grados de militancia. Toda la historia del partido nazi puede ser narrada en términos de las Asalto (fundadas en 1922), fueron la primera formación nazi a la que se suponía más militante que el mismo partido⁶⁵; en 1926 fueron fundadas las SS como formación de élite de las SA. Al cabo de tres años, las SS fueron separadas de las SA y colocadas bajo el mando de Himmler; Himmler sólo necesitó unos pocos años el repetir el mismo juego dentro de las SS. Surgieron, una tras otra, diversas organizaciones, cada una más militante que su predecesora: primero, las tropas de choque⁶⁶; después, las unidades de la Calavera (las «unidades de vigilancia en los campos de concentración»), que más tarde se fusionaron con las primeras para formar las SS armadas (Waifen-SS); finalmente, el Servicio de Seguridad («Servicio de Información Ideológica del Partido») y su brazo ejecutivo Raciales y de Reasentamiento (*Rasse- und Siedlungswesen*), cuyas tareas eran de un «género positivo», todas las cuales se desarrollaron a partir de las SS generales, cuyos miembros, excepto los del Alto Cuerpo del Führer, seguían desempeñando sus ocupaciones civiles. Ante todas estas nuevas formaciones, el miembro de las SS generales se hallaba ahora en la misma posición que el hombre de las SA respecto de las SS o el miembro del partido respecto del hombre de las SA, o el miembro de una organización frontal respecto del miembro del partido⁶⁷. Ahora las SS ge-

⁶⁵ Véase HITLER, capítulo sobre las SA, en *op. cit.*, libro II, cap. IX, segunda parte.

⁶⁶ Al traducir *Verfügungstruppe*, las unidades especiales de las SS, originalmente concebidas para estar a la disposición especial de Hitler como tropas de choque, sigo a O. C. GILES, en *The Gestapo*, «Oxford Pamphlets on World Affairs», número 56, 1940.

⁶⁷ La fuente más importante para la organización y la historia de las SS es «Wesen und Aufgabe der SS und der Polizei», de HITLER, en *Sammlung des ausgewählter Vorträge und Reden*, 1939. En el curso de la guerra, cuando las élites de las Waifen-SS tuvieron que llenarse con reclutas en razón de las pérdidas en el frente, las Waifen-SS perdieron su carácter de élite dentro de las SS, hasta tal grado que las «SS Generales», es decir, el alto cuerpo del Führer, representaron de nuevo el núcleo selecto auténtico del movimiento.

Puede hallarse un material documental muy revelador acerca de esta última fase de las SS en los archivos de la Hoover Library, legado de Himmler, carpeta 278. Muestra que las SS llegaron a reclutar afiliados entre los trabajadores extranjeros y la población nativa, iniciando deliberadamente los métodos y reglas de la Legión

nerales se hallaban encargadas no sólo de «salvaguardar las... encarnaciones de la idea nacionalsocialista», sino también de «impedir que los miembros de todos los cuadros especiales se separaran del mismo movimiento»⁷¹.

Esta jerarquía fluctuante, con su constante adición de nuevas categorías y con sus cambios de autoridad, resulta bien conocida de las organizaciones secretas de control, la policía secreta o los servicios de espionaje, en donde siempre se necesitan nuevos controles para controlar a los controladores. En la fase anterior a la conquista del poder por parte de los movimientos, el espionaje total no es todavía posible; pero la jerarquía fluctuante, similar a la de los servicios secretos, permite, incluso sin un poder real, degradar a cualquier categoría o grupo que flaquee o muestre signos de un radicalismo decreciente, por la simple inserción de una nueva categoría más radical, impulsando así automáticamente al grupo más antiguo en la dirección a la organización frontal y apartándole del centro del movimiento. De esta manera las formaciones selectas nazis fueron primeramente organizaciones internas del partido: las SA se elevaron hasta la posición de un superpartido cuando el partido pareció perder su radicalismo y, a su vez y por razones similares, fueron rebasadas por las SS.

El valor militar de las formaciones totalitarias de élite, especialmente el de las SA y el de las SS, ha sido frecuentemente sobreestimado, mientras que se ha pasado por alto su significación puramente interna.⁷² Nin-

Extrañamente francesa. El reclutamiento de los alemanes estaba basado en una orden de Hitler (nunca publicada), fechada en diciembre de 1942, y según la cual «la quinta de 1925 [tendría que ser] enrolada en las *Waffen-SS* (Himmler, en una carta a Bornmann). El reclutamiento estaba ostensiblemente establecido a base de voluntarios. Gracias a numerosos informes de jefes de las SS encargados de la tarea, puede saberse ahora lo que en realidad llegó a ser. Un informe de fecha 21 de julio de 1943 describe cómo la policía rodea la sala en la que van a ser alistados obreros franceses, cómo los franceses cantan *La Marseillaise* y traían de escapar por las ventanillas. Aunque sometidos a la juventud alemana apenas fueron más estimulantes. No necesitaban alistarse a una extraordinaria presión y aunque se les dijo que, «desde luego, no se les permitía alistarse en las sucias hordas grises» del Ejército, sólo 18 de 220 miembros de las Juventudes Hitlerianas optaron por el alistamiento (según un informe del 30 de abril de 1943, enviado por Häusser, jefe del Centro de Reclutamiento del Suroeste de las *Waffen-SS*): todos los demás prefirieron alistarse en la *Wahrmacht*. Es posible que en su decisión influyeran las grandes pérdidas de las SS superiores a las de la *Wehrmacht* (véase «Die SS», de Karl O. PAETZL, en *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte*, enero de 1934). Pero que sólo por éste el factor decisivo queda probado por lo siguiente: En fecha tan temprana como enero de 1940, Hitler había ordenado el alistamiento de hombres de las SA en las *Waffen-SS*, y los resultados obtenidos en Koenigsberg, según un informe que se ha conservado, fueron los siguientes: 1.807 hombres de las SA fueron convocadas para «servicios de policía»; de éstos, 1.094 no se presentaron; 651 fueron declarados inútiles, y 82, aptos para el servicio en las SS.

⁷¹ WERNER BEST, *op. cit.*, 1941, p. 99.

⁷² Esto no fue, sin embargo, culpa de Hitler, quien siempre afirmó que el mismo nombre de las SA (*Sturmabteilung*) indicaba que eran sólo «una sección del movimiento», justamente como cualesquiera otras formaciones del partido, tales como el departamento de propaganda, el periódico, los institutos científicos, etc. También trató de despejar las ilusiones acerca del posible valor militar de una formación paramilitar y quiso que el entrenamiento fuera realizado conforme a las necesidades del partido y no según los principios de un Ejército (*op. cit.*, loc. cit.).

guna de las organizaciones de los camisas negras fascistas fue fundada con específicos propósitos defensivos o agresivos, aunque la defensa de los líderes o de los miembros ordinarios del partido se citaba normalmente como un pretexto para la existencia de semejantes organizaciones⁷³. La forma paramilitar de los grupos de élite nazis y fascistas fue el resultado de haber sido constituidos como «instrumentos de la lucha ideológica del movimiento»⁷⁴ contra el difundido pacifismo de Europa después de la primera guerra mundial. Para los propósitos totalitarios era mucho más importante establecer, como «expresión de una actitud agresiva»⁷⁵, un falso Ejército que se pareciera tan estrechamente como fuera posible al falso Ejército de los pacifistas (incapaces de comprender el lugar constitucional de un Ejército dentro del cuerpo político, los pacifistas habían denunciado a todas las instituciones militares como bandas de asesinos voluntarios) que contar con una tropa de bien entrenados soldados. Las SA y las SS eran ciertamente organizaciones modeladas de violencia arbitraria y del crimen; no estaban tan bien preparadas como las unidades de la *Reichswehr* ni estaban equipadas para la lucha contra tropas regulares. La propaganda militarista era más popular que la preparación militar en la Alemania de la posguerra, y los uniformes no elevaban el valor militar de las formaciones paramilitares, aunque resultaron útiles como una clara indicación de la abolición de las normas y de la moral cívicas; de alguna manera, estos uniformes aliviaron considerablemente las conciencias de los asistentes y también les hicieron aún más receptivos a una obediencia indiscriminada y a una autoridad indiscutible. A pesar de estos arreos militaristas, la facción interna de los nazis, que era primeramente nacionalista y militarista y que por eso consideraba a las unidades paramilitares no simplemente como formaciones del partido, sino como el ensanchamiento ilegal de la *Reichswehr* (que había sido restringida por las cláusulas del Tratado de Paz de Versalles), fue la primera en ser liquidada. Röhm, el jefe de las tropas de asalto SA, había desde luego soñado, y había negociado después de que los nazis conquistaran el poder, la incorporación de sus SA a la *Reichswehr*. Fue asesinado por Hitler porque trataba de transformar el nuevo régimen nazi en una dictadura militar⁷⁶. Hitler había recalcado

⁷³ La razón oficial para la creación de las SA fue la protección de las concentraciones nazis, mientras que la misión original de las SS fue la protección de los dirigentes nazis.

⁷⁴ Hitler, *op. cit.*, loc. cit.

⁷⁵ ERNST BAYER, *Die SA*, Berlín, 1938. Cita tomada de *Nazi Conspiracy*, IV. La autobiografía de Röhm muestra claramente cuán poco coincidían sus convicciones políticas con las de los nazis. El deseo siempre un *Soldatenrat* y siempre insistió en la *primat* de los *Soldaten vor dem Politiker* (*op. cit.*, p. 349). Especialmente revelador por su actitud no totalitaria, o más bien incluso por su incapacidad para comprender el totalitarismo y su reivindicación «total», es el siguiente pasaje: «No veo por qué tienen que ser incompatibles las tres cosas siguientes: mi lealtad al príncipe heredero de la Casa de los Wittelsbach y heredero de la corona de Baviera; mi admiración por el contantemestre-general de la Guerra Mundial (es decir, Ludendorff), que hoy encarna la conciencia del pueblo alemán; y mi camaradería con el heredero y portador de la lucha política, Adolf Hitler» (p. 348). Lo que, en definitiva, cesó a Röhm su cabeza fue que, tras la conquista del poder, concibió

varios años antes que semejante evolución no era deseada por el movimiento nazi cuando descartó a Röhm (un auténtico soldado cuya experiencia en la guerra y en la organización de la Reichswehr le habrían hecho indispensable en un programa serio de preparación militar) de su posición como jefe de las SA y escogió, como reorganizador de las SS, a Himmler, un hombre sin el más leve conocimiento de cuestiones militares.

Aparte de la importancia de las formaciones de élite para la estructura organizativa del movimiento, donde constituyen el núcleo cambiante de la militancia, su carácter paramilitar debe ser comprendido en relación con otras organizaciones profesionales del partido, tales como las de maestros, abogados, médicos, estudiantes, profesores universitarios, técnicos y obreros. Todas estas organizaciones eran primariamente duplicadas de las existentes asociaciones profesionales no totalitarias, paraprofesionales de la misma manera que las tropas de asalto eran paramilitares. Resultó característico que cuanto más claramente se convirtieron los partidos comunistas europeos en ramas de un movimiento bolchevique dirigido desde Moscú, más emplearon también sus organizaciones frontales para competir con los grupos puramente profesionales. La diferencia entre los nazis y los bolcheviques en este aspecto fue sólo que los nazis presentaban una pronunciada tendencia a considerar a estas formaciones paraprofesionales como parte de la élite del partido, mientras que los comunistas preferían reclutar de ellas el material para sus organizaciones frontales. El factor importante para los movimientos es que, incluso antes de conquistar el poder, daban la impresión de que todos los elementos de la sociedad se hallaban encarnados en sus filas (el objetivo último de la propaganda nazi consistía en organizar a todo el pueblo alemán como simpatizantes)⁷⁵. Los nazis dieron un paso más en este juego y establecieron una serie de Departamentos ficticios, modelados conforme a los Ministerios de Administración regular del Estado, tales como su propio Departamento de Asuntos Exteriores, Educación, Cultura, Deporte, etc. Ninguna de estas instituciones poseía más valor profesional del que poseía la imitación del Ejército representada por las tropas de asalto, pero juntas crearon un mundo perfecto de apariencias en el que cada realidad del mundo no totalitario era servilmente duplicada en forma fraudulenta.

una dictadura fascista según el modelo del régimen italiano, en la que el partido nazi «rompería las cadenas del partido» y «se convertiría él mismo en el Estado», que era exactamente lo que Hitler pretendía evitar en cualquier circunstancia. Véase *Warum SA? de Ernst Röhm*, discurso ante el cuerpo diplomático en diciembre de 1933, Berlín, sin fecha.

Dentro del partido nazi nunca se olvidó por completo, al parecer, la posibilidad de un completo SA-Reichswehr contra la dominación de las SS y la policía. Hans Frank, gobernador general de Polonia, en 1942, ocho años después del asesinato de Röhm, fue considerado sospechoso de desear, «después de la guerra... inaugurar la gran lucha por la justicia (contra las SS) con la ayuda de las fuerzas armadas y de las SA» (*Nazi Conspiracy*, VI, 747).

75 Hitler, *op. cit.*, libro II, cap. XI, declara que la propaganda trata de imponer una doctrina a todo un pueblo, mientras que la organización incorpora sólo a una proporción relativamente pequeña de sus miembros más militantes. Compárese también con G. NEESSE, *op. cit.*

Esta técnica de duplicación, ciertamente inútil para el derrocamiento directo del Gobierno, demostró ser extremadamente fructífera en la tarea de minar activamente las instituciones existentes y en la «descomposición del *status quo*», que invariablemente prefieren las organizaciones totalitarias a una abierta demostración de fuerza. Si es tarea de los movimientos «abrirse camino como pólipos hacia todas las posiciones de poder», entonces tienen que estar dispuestos para ocupar cualquier específica posición social o política. Conforme con su reivindicación de una dominación total, se considera que cada grupo singular organizado de la sociedad no totalitaria presenta un reto específico que exige que el movimiento lo destruya; cada uno de esos grupos precisa, por así decirlo, un instrumento específico de destrucción. El valor práctico de las falsas organizaciones surgió a la luz cuando los nazis conquistaron el poder y se mostraron inmediatamente dispuestos para destruir la organización existente de maestros mediante otra organización de maestros, los existentes colegios de abogados mediante una asociación de abogados patrocinada por los nazis, etc. De la mañana a la noche pudieron cambiar toda la estructura de la sociedad alemana y no simplemente la vida política —estructura de la sociedad preparada su exacto duplicado dentro de sus propias filas—. En este aspecto, la tarea de las formaciones paramilitares concluyó cuando la jerarquía militar regular pudo ser colocada durante las últimas fases de la guerra bajo la autoridad de las SS generales. La técnica de esta «coordinación» fue tan ingenua e irresistible como fue rápida y radical la deterioración de las normas profesionales, aunque estos resultados fueron más inmediatamente advertidos en el campo muy técnico y especializado de la actividad bélica que en cualquier otra parte.

Si la importancia que para los movimientos totalitarios tienen las formaciones paramilitares no debe buscarse en su dudoso valor militar, tampoco cabe hallarla completamente en su falsificación de un Ejército regular. Como formaciones de élite se encuentran más claramente separadas del mundo exterior que cualquier otro grupo. Los nazis comprendieron muy pronto la íntima relación entre la militancia total y la separación total de la normalidad; a las unidades de asalto jamás se les asignaban misiones en sus comunidades natales, y los mandos activos de las SA en la fase anterior a la conquista del poder y de las SS bajo el régimen nazi eran tan móviles y tan frecuentemente cambiados que no podían posiblemente acomodarse y echar raíces en parte alguna del mundo ordinario⁷⁶. Estaban organizadas según el modelo de las bandas de delincuentes y eran emplea-

⁷⁶ HITLER, *op. cit.*, loc. cit.

⁷⁷ MADANOVSKY, *op. cit.*, p. 28.

⁷⁸ Las unidades de la *Calavera»* de las SS estaban sometidas a las siguientes reglas: 1. Ninguna brigada puede ser utilizada en su distrito nativo. 2. Cada unidad ha de ser trasladada después de tres semanas de servicio. 3. Los miembros nunca serán enviados solos a la calle ni estarán autorizados a exhibir en público la insignia de la calavera. Véase *Secret Speech by Himmler to the German Army General Staff 1938* (el discurso fue pronunciado, sin embargo, en 1937; véase *Nazi Conspiracy*, IV, 616, donde sólo se publican extractos). Publicado por el «American Committee for Anti-Nazi Literature».

das para el crimen organizado⁴¹. Sus crímenes eran públicamente exhibidos y oficialmente reconocidos por la jerarquía superior nazi, de forma tal que la abierta complicidad hacía poco menos que imposible a los miembros abandonar el movimiento incluso bajo un Gobierno no totalitario y aunque no se hubieran hallado amenazados, como realmente lo habrían estado por sus antiguos camaradas. A este respecto, la función de las formaciones de élite resulta opuesta a la de las organizaciones frontales: mientras que éstas prestan al movimiento un aire de respetabilidad e inspiran confianza, aquellas, extendiendo la complicidad, hacen a cada miembro del partido consciente de que ha abandonado ya el mundo normal que declara fuera de la ley al asesinato y de que se ha hecho responsable de todos los crímenes cometidos por la élite⁴². Y esto sucede incluso en la fase anterior a la conquista del poder, cuando, sistemáticamente, la jefatura afirma su responsabilidad por todos los crímenes y no deja duda de que han sido cometidos para el bien último del movimiento.

La creación artificial de las condiciones de guerra civil mediante las que los nazis se abrieron camino con el chantaje hacia el poder, posee algo más que la obvia ventaja de provocar disturbios. Para el movimiento, la violencia organizada es la más eficiente de las muchas barreras protectoras que rodean a su mundo ficticio, cuya «realidad» queda probada cuando un miembro teme abandonar el movimiento más de lo que teme su complicitad en acciones ilegales y se siente más seguro como miembro que como adversario. Este sentimiento de seguridad, resultante de la violencia organizada con la que las formaciones de élite protegen del mundo exterior a los miembros del partido, es tan importante para la integridad del mundo ficticio de la organización como el pánico que provoca su terror.

En el centro del movimiento, como el motor que se pone en marcha, se halla el jefe. Está separado de las formaciones de élite por un círculo interno de iniciados que difunden en torno de él un aura de impenetrable misterio correspondiente a su «intangibile preponderancia»⁴³. Su posición

⁴¹ HEINRICH HIMMLER, *Die Schutzstaffel der antisowjetbeweisliche Kampforgänisation*: «Aus dem Schwarzen Korps», núm. 3, 1936, dijo públicamente: «Se que hay personas en Alemania que se ponen en mi camino cuando ven este capote negro. Lo comprendemos y no esperamos ser amados por demasiadas personas.»

⁴² En sus discursos a las SS, Himmler siempre recalcó los crímenes cometidos, subrayando su gravedad. Acerca de la liquidación de los judíos, por ejemplo, decía: «Quiero también hablaros francamente de una cuestión muy grave. Entre nosotros mismos tiene que mencionarse muy francamente, pero no habíamos de ello en público.» Sobre la liquidación de la *intelligentsia*, decía: «... debéis dar esto, pero olvidarlo inmediatamente.» (*Nazi Conspiracy*, IV, 558 y 553, respectivamente).

⁴³ GOSWAMINE, *op. cit.*, p. 266, señala en una vena similar: «Sobre la cuestión judía, esta enseñanza que un movimiento y un pueblo que han quemado sus puentes lucharán con mayor determinación que los que todavía son capaces de retirarse.»

⁴⁴ GOSWAMINE, *op. cit.*, p. 648. La forma en que los movimientos totalitarios man tienen en absoluto secreto las vidas privadas de sus dirigentes (Hitler y Stalin) contrasta con el valor publicitario que hallan todas las democracias exhibiendo en público las vidas privadas de presidentes, reyes, primeros ministros, etc. Los métodos totalitarios no permiten una identificación basada en la convicción: hasta el más alto de nosotros sólo es humano.

dentro de este círculo íntimo depende de su capacidad para tejer intrigas entre sus miembros y de su habilidad para cambiar constantemente a quienes forman parte de ese círculo. Debe su elevación a la jefatura a una sobresaliente capacidad para manejar las luchas por el poder en el seno del partido más que a sus cualidades demagógicas o burocráticas. Se distingue de los tipos anteriores de dictadores en el hecho de que difícilmente triunfa a través de la simple violencia. Hitler no necesitó ni las SA ni las SS para afirmar su posición dentro del movimiento nazi; al contrario, Röhm, el jefe de las SA y capaz de contar con la lealtad de éstas hacia su propia persona, fue uno de los enemigos de Hitler dentro de su círculo interno. Stalin se impuso a Trotsky, que no sólo poseía un mayor atractivo ante las masas, sino que, como jefe del Ejército Rojo, tenía en sus manos el mayor poder potencial de la Rusia soviética de la época⁴⁴. No fue Stalin, sino Trotsky, el mayor talento organizador, el burocrata más capacitado de la revolución rusa⁴⁵. Por otra parte, tanto Hitler como Stalin eran maestros de los promeritos, y en las primeras fases de sus carreras respectivas se consagraron casi enteramente a cuestiones de personal, así que, al cabo de unos pocos años, difícilmente existía un solo hombre de importancia que no les debiera su posición⁴⁶.

Sin embargo, tales capacidades personales, aunque son absolutamente condición previa en las primeras fases de semejante carrera e incluso más tarde distan de ser insignificantes, no resultan decisivas cuando ya está construido el movimiento totalitario, cuando se ha establecido el principio de que «la voluntad del Führer es la ley del partido», y cuando toda su jerarquía ha sido efectivamente preparada para un solo objetivo —comunicar rápidamente la voluntad del jefe a todos los escalones. Cuando se ha logrado esto, el jefe es irremplazable, porque toda la compleja estructura del movimiento perdurará *in raison d'être* sin sus órdenes. Ahora, a pesar de las eternas intrigas de la camarilla interna y de los interminables cambios de personal, con su tremenda acumulación de odios, amarguras y resentimientos personales, la posición del jefe puede permanecer segura ante las caóticas revoluciones palaciegas, no por obra de sus dotes superiores, sobre las que frecuentemente no se hacen grandes ilusiones los hom-

GOSWAMINE, *op. cit.*, p. XIII, cita las etiquetas más frecuentemente utilizadas para describir a Stalin: «Stalin, el misterioso huésped del Kremlin»; «Stalin, impenetrable personalidad»; «Stalin, la Esfinge comunista»; «Stalin, el Enigma», «el misterio insoluble», etc.

⁴⁵ «St. [Trotsky] hubiera decidido dar un *coup d'état* militar podría haber derrocado quizá a los triunfos. Pero abandonó el puesto sin el más ligero intento de apoyarse en el Ejército que él creó y que había mandado durante siete años» (ISAC DE DARGUES, *op. cit.*, p. 297).

⁴⁶ El Comandante de Guerra que dirigió Trotsky «era una institución modelo, y Trotsky fue llamado para que interviniera en todos los casos de desorden en otros departamentos». GOSWAMINE, *op. cit.*, p. 268.

⁴⁷ Las circunstancias que rodearon a la muerte de Stalin parecieron contradecir la infalibilidad de estos métodos. Existe la posibilidad de que Stalin, que antes de morir proyectaba indudablemente otra purga general, fuera muerto por alguien de su círculo, porque nadie se sentía ya seguro; pero, pese a la abundancia de pruebas circunstanciales, ello no puede ser demostrado.

bres de su círculo íntimo, sino por la sincera y sensible convicción de estos hombres de que sin él todo quedaría inmediatamente perdido.

La tarea suprema del jefe es encarnar la doble función característica de cada escalón del movimiento: actuar como la defensa mágica del movimiento contra el mundo exterior y, al mismo tiempo, ser el puente directo por el que el movimiento se relaciona con ese mundo. El jefe representa al movimiento de una forma totalmente diferente de la de todos los demás líderes ordinarios del partido; reivindica la responsabilidad personal por cada acción, hecho o entuerto, obra de cualquier miembro o funcionario en su capacidad oficial. Esta responsabilidad personal es el más importante aspecto organizativo del llamado principio del jefe, según el cual cada funcionario no es solamente nombrado por el jefe, sino que es su encarnación viviente y se supone que cada orden emana de esta fuente siempre presente. Esta perfecta identificación del jefe con cada sujeto designado y este monopolio de la responsabilidad por todo lo que se hace son también los más conspicuos signos de la diferencia decisiva entre un jefe totalitario y un dictador o un déspota ordinarios. Un tirano nunca se identificaría con sus subordinados y menos aún con cada uno de sus actos; puede utilizarlos como víctimas propiciatorias y gustosamente permitir que sean criticados para salvarse el mismo de las iras del pueblo, pero siempre mantendrá una absoluta distancia respecto de todos sus subordinados y de todos sus súbditos. El jefe, por el contrario, no puede tolerar nunca las críticas a sus subordinados, dado que éstos actúan siempre en su nombre; si desea corregir sus propios errores, tiene que liquidar a aquellos que los hicieron realidad; si quiere censurar sus errores en otros, tiene que matarlos⁸⁹, porque dentro de este marco organizador un error sólo puede ser un fraude: la encarnación del jefe por todo un impostor.

Esta responsabilidad del movimiento por todo lo que se hace y esta identificación total con cada uno de sus funcionarios tienen la muy práctica consecuencia de que nadie llega a tener experiencia de una situación en la que haya de ser responsable de sus propias acciones o pueda explicar las razones de éstas. Como el jefe ha monopolizado el derecho y la posibilidad de explicación, parece ante el mundo exterior como si fuera la única persona que sabe lo que está haciendo, es decir, el único representante del movimiento con el cual uno puede hablar todavía en términos no totalitarios y el único a quien si se le reprocha o se le discute no le es

⁸⁷ Así, Hitler, tras la muerte de Potempa, telegrafó a los asesinos SS en 1932, haciéndose personalmente responsable, aunque presumiblemente nada tenía que ver con ello. Lo que aquí importaba era establecer un principio de identificación o, en el lenguaje de los nazis, «la leashed muina del jefe y del pueblo», en la que «se basa el Reich» (HANS FRANK, *op. cit.*).

⁸⁸ Una de las características distintivas de Stalin... es arrojar sistemáticamente sus propios entuertos y crímenes, así como sus errores políticos... sobre los hombros de aquellos cuyo crédito y fama está preparando» (SOLVAYNE, *op. cit.*, p. 655). Es obvio que un dirigente totalitario puede escoger libremente al que desea que encuentre sus propios errores, dado que se supone que todos los actos cometidos por los sujetos se hallan inspirados por él, de forma tal que cualquiera puede verse obligado a desempeñar el papel de un impostor.

posible decir: «No me pregunte, pregunte al jefe.» Siendo el centro del movimiento, el jefe puede actuar como si estuviera por encima de éste. Por eso es perfectamente comprensible (y perfectamente fútil) que los extraños pongan sus esperanzas una y otra vez en una charla personal con el mismo jefe cuando tienen que tratar con movimientos o Gobiernos totalitarios. El misterio real del jefe totalitario reside en una organización que le permite asumir la responsabilidad total por todos los delitos cometidos por las formaciones de élite del movimiento y afirmar al mismo tiempo la respetabilidad honesta e inocente del más ingenuo compañero de viaje⁸⁹.

Los movimientos totalitarios han sido calificados de «sociedades secretas establecidas a la luz del día»⁹⁰. Además, aunque sea poco lo que sa-

⁸⁹ Por innumerables documentos se ha probado que fue el mismo Hitler —y no Himmler, o Bormann, o Goebbels— quien siempre inició las medidas realmente «radicales»; que éstas fueron siempre más radicales, que las propuestas formuladas por su círculo íntimo; que incluso Himmler se sintió aterrado cuando se le confió la «solución final» de la cuestión judía. Y el cuento de hadas según el cual Stalin era más moderado que las facciones izquierdistas del partido bolchevique tampoco es de parecer más moderado ante el mundo exterior y de que su verdadero papel —es decir, el de impulsar al movimiento hacia adelante a cualquier precio y, si surge algo, acelerar su velocidad— permanezca cuidadosamente oculto. Véase, por ejemplo, el memorándum del almirante Erich Raeder sobre «My Relationship to Adolf Hitler and to the Party», en *Nazi Conspiracy*, VIII, 707 y sigs. «Cuando surgían informaciones o rumores acerca de medidas radicales del partido y de Castapo, uno podía llegar a la conclusión, por mediación del propio Führer, de que tales medidas no habían sido ordenadas por el Führer... A lo largo de los años llegué gradualmente a la conclusión de que el mismo Führer siempre se inclinaba hacia la solución más radical sin dejar que llegara a saberse nunca.»

En las luchas internas del partido que precedieron a su elevación al poder absoluto, Stalin tuvo siempre cuidado de presentarse como «el hombre del dorado término medio» (véase DEUTSCHER, *op. cit.*, pp. 295 y sigs.); aunque no era, desde luego, un «hombre de compromisos», jamás abandonó enteramente este papel. Cuando, por ejemplo, un periodista extranjero le preguntó acerca de la finalidad del movimiento relativa a una revolución mundial, él replicó: «Nunca hemos tenido semejantes planes e intenciones... Eso es producto de un malentendido... cómico, o más bien trágico» (DEUTSCHER, *op. cit.*, p. 422).

⁹⁰ Véase «The Political Function of the Modern Lie», de ALEXANDRE KOVRIÉ, en *Contemporary Jewish Record*, junio de 1945.

Hitler, *op. cit.*, libro II, cap. IX, analiza extensamente los pros y los contras de las sociedades secretas como modelos para los movimientos totalitarios. Sus consideraciones le conducen realmente a la conclusión de Koyré, es decir, a adoptar los principios de las sociedades secretas sin su sigilo y a constituirles ya a lo largo del día. En la etapa anterior a la conquista del poder, apenas hubo algo que los nazis mantuvieran consistentemente en secreto. Sólo durante la guerra, cuando el régimen nazi se tornó completamente totalitario y la jefatura del partido se vio rodeada por todas partes por la jerarquía militar de la que dependía para la dirección de la guerra, fue cuando se ordenó en términos inequívocos a las formaciones de élite que mantuvieran en riguroso secreto todo lo relativo a «soluciones finales», es decir, deportaciones y exterminios en masa. Esta fue también la época en la que Hitler empezó a actuar como el jefe de una banda de conspiradores, pero no sin anunciarlo personalmente y hacer conocer este hecho explícitamente. Durante una discusión con el Estado Mayor en mayo de 1939, Hitler expuso las siguientes normas, que parece como si hubieran sido copiadas del manual de una sociedad secreta:

bemos de la estructura sociológica y de la más reciente historia de las sociedades secretas, la estructura de los movimientos, sin precedente si la comparamos con las de partidos y facciones, sólo recuerda a algunos de los rasgos sobresalientes de las sociedades secretas⁸¹. Las sociedades secretas también constituyen jerarquías según grados de «iniciación», regulan la vida de sus miembros según presunción secreta y ficción que hace parecer a todo como si fuera algo más, adopta una estrategia de mentira consistente para engañar a las masas exteriores no iniciadas, exige una obediencia indiscutible a sus miembros, que se mantienen unidos por la adhesión a un jefe frecuentemente desconocido y siempre misterioso, el cual a su vez está rodeado, o se supone que está rodeado, de un pequeño grupo de iniciados; éstos, a su vez, se hallan rodeados por los miembros que, quienes constituyen una «zona amortiguadora» contra el hostil mundo profano⁸². Los movimientos totalitarios también comparten con las sociedades secretas la división dicotómica del mundo entre los «juramentados hermanos de sangre» y una masa indistinta e indiferenciada de enemigos jurados⁸³. Esta distinción, basada en la absoluta hostilidad al mundo del entorno, es muy diferente de la tendencia de los partidos ordinarios a dividirse a las personas entre afiliadas y no afiliadas. Los partidos y las sociedades abietas en general considerarán sólo como enemigos suyos a aquellos que expresamente se les oponen, mientras que siempre ha sido principio de las sociedades secretas el de que «todo el que no está expresamente incluido se halla excluido»⁸⁴. Este principio esotérico parece ser enteramente

⁸¹ No será informado nadie que no necesite saberlo. 2. Nadie debe conocer más que lo que necesita saber. 3. Nadie debe conocer nada antes del momento en que necesite saberlo» (cita de Heinz Holtack, *Was wirklich geschah*, 1949, p. 378).

⁸² El siguiente análisis sigue de cerca a «Sociology of Secrecy and of Secret Societies», de Georg SIMMEL, en *The American Journal of Sociology*, vol. XI, número 4, enero de 1906, que constituye el capítulo V de su *Sociologie*; Leipzig, 1908, extractos de la cual han sido traducidos al inglés por Kurt H. Wolff bajo el título de *The Sociology of Georg Simmel*, 1950.

⁸³ «Precisamente porque los escalones interiores de la sociedad constituyen una zona de transición hacia el centro real del secreto, es por lo que producen la compresión gradual de la esfera de repulsión en torno del centro, que permite una penetración más segura que la que podría proporcionar una abrupta separación entre todo lo que se halla fuera y todo lo que se halla dentro» (*ibid.*, p. 489).

⁸⁴ Las expresiones «hermanos juramentados», «camaradas juramentados», «comunidad juramentada», son repetidas *ad nauseam* a través de la literatura nazi, particularmente en razón de su atractivo para el romanticismo juvenil, que se hallaba muy difundido en el movimiento de la juventud alemana. Fue principalmente Himmler el que utilizó estos términos en un sentido más definido, les introdujo en la «sigla central» de las SS [«Así estamos en línea y marchamos hacia un distante futuro siguiendo las leyes inalterables como un orden nacionalsocialista de hombres nórdicos y como una comunidad juramentada de sus tribus (Sippert)» (véase D'ALCEN, *op. cit.*)] y les dio su significado concreto de «absoluta hostilidad» contra todos los demás (véase SIMMEL, *op. cit.*, p. 489): «Entonces, cuando la masa de una Humanidad de mil a mil quinientos millones (sic!) se alce contra nosotros, el pueblo germánico...» Véase el discurso de Himmler en la reunión de los camatantes generales en Posen, 4 de octubre de 1943, *Nazi Conspiracy*, IV, 558.

⁸⁵ SIMMEL, *op. cit.*, p. 490. Este, como tantos otros principios, fue adoptado por los nazis tras una cuidadosa reflexión de las implicaciones de los «Protocolos de los Sabios de Sión». En fecha tan temprana como 1922, HITLER dijo: «(Los caba-

mente inapropiado para las organizaciones de masas; sin embargo, los nazis dieron al menos a sus miembros el equivalente psicológico del ritual de iniciación de las sociedades secretas cuando, en lugar de excluir simplemente de la afiliación a los judíos, exigieron de sus miembros pruebas de que su ascendencia no era judía y establecieron una complicada maquinaria para arrojar luz sobre la oscura ascendencia de unos 80 millones de alemanes. Fue, desde luego, una comedia, e incluso una comedia cara, el hecho de que 80 millones de alemanes se lanzaran a la búsqueda de abuelos judíos. Pero todo el mundo salió del examen con el sentimiento de que pertenecía a un grupo de elegidos que se alzaba contra una imaginaria multitud de inelégibles. El mismo principio es confirmado en el movimiento bolchevique a través de las repetidas purgas del partido, que inspiran en cada uno que no está excluido una reafirmación de su inclusión.

La semejanza más sorprendente entre las sociedades secretas y los movimientos totalitarios radica quizá en el papel del ritual. Las marchas en torno de la plaza Roja de Moscú son en este aspecto no menos características que las pomposas formalidades del Día del Partido en Nuremberg. En el eje del ritual nazi se hallaba la llamada «bandera de la sangre», y en el centro del ritual bolchevique se halla el momificado cadáver de Lenin; ambos introducen en el ceremonial un intenso elemento de idolatría. Semblante idolatría difícilmente es prueba —como a veces se ha afirmado— de tendencias seudoreligiosas o seudoheréticas. Los «ídolos» son simples recursos organizadores, familiares al ritual de las sociedades secretas, que también acostumbraban a asustar a sus miembros en el siglo por medio de símbolos aterradores e inspiradores de miedo. Es obvio que los hombres son mantenidos unidos más seguramente a través de la experiencia común de un ritual secreto que por la coparticipación del mismo secreto. El hecho de que el secreto de los movimientos totalitarios esté expuesto a la luz del día no cambia necesariamente la naturaleza de la experiencia⁸⁵.

Estas semejanzas no son, desde luego, accidentales; no pueden ser explicadas simplemente por el hecho de que tanto Hitler como Stalin hubieran sido miembros de las modernas sociedades secretas antes de convertirse en jefes totalitarios: Hitler, en el Servicio Secreto de la Reichswehr, y Stalin, en la sección conspiradora del partido bolchevique. Son, en cierto grado, el resultado natural de la ficción conspiradora del totalitarismo, cuyas organizaciones supuestamente han sido constituidas para contrarrestar las acciones de las sociedades secretas —la sociedad secreta de los

heros de la derecha) nunca han comprendido que no es necesario ser un enemigo del judío para que uno sea arrastrado un día... al patíbulo... no ser judío; eso le garantizará a uno el patíbulo» (*Hitler's Speeches*, p. 12). En aquella época nadie podía suponer lo que realmente significaba esta forma particular de propaganda: Un día, no será necesario ser enemigo nuestro para ser arrastrado al patíbulo; bastará ser judío o, en definitiva, miembro de algún otro pueblo, para ser declarado racialmente incapaz por alguna Comisión sanitaria. Himmler creía y afirmaba que todas las SS estaban basadas en el principio «debemos ser honestos, decentes, íntegros y camaradas con los miembros de nuestra propia sangre y con nadie más» (*op. cit.*, loc. cit.).

86 Véase SIMMEL, *op. cit.*, pp. 480-481.

juicios o la sociedad conspiradora de los trotskistas—. Lo que es notable en la organización totalitaria es más bien que puedan adoptar tantos recursos organizadores de las sociedades secretas sin tratar siquiera de mantener secreto su propio objetivo. Nunca fue un secreto que los nazis desearan conquistar el mundo, deportar a los pueblos «racialmente extraños» y exterminar a aquellos de «inferior herencia biológica», que los bolcheviques trabajaban en pro de la revolución mundial. Al contrario, estos objetivos formaron siempre parte de su propaganda. En otras palabras, los movimientos totalitarios imitan todo el aparato de las sociedades secretas, pero lo vacían de lo único que podría excusar, o se supone que podría excusar, a sus métodos, es decir, de la necesidad de salvaguardar un secreto.

En éste como en tantos otros aspectos, el nazismo y el bolchevismo llegaron al mismo resultado organizativo desde comienzos históricos muy diferentes. Los nazis empezaron con la ficción de una conspiración y se conformaron a sí mismos, más o menos conscientemente, según el ejemplo de la sociedad secreta de los Sabios de Sión, mientras que los bolcheviques procedían de un partido revolucionario cuyo objetivo era la dictadura de un partido, pasaron por una fase en la que el partido se halla «entramente aparte y por encima de todo» hasta el momento en que el Politburó del Partido estuvo «enteramente aparte de y por encima de todo»⁹⁷; finalmente, Stalin impuso sobre esta estructura del partido las rígidas normas totalitarias de su sector conspirador, y sólo entonces descubrió la necesidad de una ficción central para mantener la férrea disciplina de una sociedad secreta bajo las condiciones de una organización de masas. La evolución nazi puede ser más lógica, más consecuente consigo misma, pero la historia del partido bolchevique ofrece una mejor ilustración del carácter esencialmente ficticio del totalitarismo, precisamente porque las ficticias conspiraciones globales contra las que, y según las que, se había organizado supuestamente la conspiración bolchevique no estuvieron ideológicamente determinadas. Cambiaron desde los trotskistas a las 300 familias y luego a los diferentes «imperialismos», y recientemente al «cosmopolitismo desarraigado», y se ajustaron a las necesidades de cada momento; sin embargo, en ningún instante y bajo ninguna de las más variadas circunstancias le fue posible al bolchevismo operar sin una ficción semejante.

Los medios por los que Stalin trocó la dictadura unipartidista rusa en un régimen totalitario y los partidos comunistas revolucionarios de todo el mundo en movimientos totalitarios fueron la liquidación de facciones, la abolición de la democracia interna del partido y la transformación de los partidos comunistas nacionales en ramas de la Komintern dirigidas desde Moscú. Las sociedades secretas en general y el aparato conspirador de los partidos revolucionarios en particular, siempre se habían caracterizado por la ausencia de facciones, por la supresión de las opiniones disidentes y por la absoluta centralización del mando. Todas estas medidas tenían el obvio objetivo utilitario de proteger a los miembros contra la persecución y a la

⁹⁶ SOUVARINE, *op. cit.*, p. 319, sigue una formulación de Bujarin.

sociedad contra la traición; la obediencia total exigida a cada miembro y el poder absoluto en manos del jefe eran sólo subproducto inevitable de las necesidades prácticas. Lo malo, sin embargo, es que los conspiradores tenían una comprensible tendencia a pensar que los métodos más eficientes en política en general son los de las sociedades conspiradoras, y que si uno puede aplicarlos a la luz del día y respaldarlos con todos los instrumentos de violencia de una nación, las posibilidades de la acumulación de poder se tornarán absolutamente ilimitadas⁹⁷. El sector conspirador de un partido revolucionario puede ser comparado, mientras que el mismo partido siga intacto, con el papel del Ejército dentro de un cuerpo político intacto: aunque sus propias normas de conducta difieran radicalmente de las del cuerpo civil, lo sirve, permanece sujeto a él y es controlado por él. De la misma manera que surge el peligro de una dictadura militar cuando el Ejército ya no sirve, sino que desea dominar al cuerpo político, así el peligro del totalitarismo surge cuando el sector conspirador de un partido revolucionario se emancipa del control del partido y aspira a su jefatura. Esto es lo que sucedió a los partidos comunistas bajo el régimen de Stalin. Los métodos de Stalin fueron siempre los típicos de un hombre que procedía del sector conspirador del partido: su devoción por los pormenores, su énfasis en el aspecto personal de la política, su estilo implacable en el empleo y liquidación de camaradas y amigos. Su apoyo principal en la lucha por la sucesión tras la muerte de Lenin procedía de la policía secreta⁹⁸, que para entonces se había convertido ya en una de las secciones más importantes y poderosas del partido⁹⁹. Era, pues, natural que las simpatías de la «Cheka» estuvieran con el representante de la sección conspiradora, con el hombre que ya la consideraba como una clase de sociedad secreta y que, por eso, era probable que la conservara y que extendiera sus privilegios.

La conquista de los partidos comunistas por sus sectores conspiradores, sin embargo, fue sólo el primer paso de su transformación en movimientos totalitarios. No era suficiente que la policía secreta de Rusia y sus agentes en los partidos comunistas desaparecieran en el exterior el mismo papel dentro del movimiento que las formaciones de élite constituidas por los nazis bajo la forma de unidades paramilitares. Los mismos partidos tenían

⁹⁷ SOUVARINE, *op. cit.*, p. 115, menciona que Stalin era mostraba siempre impresionado por los hombres que habían llevado a cabo un *affaire*. Consideraba a la política como un *affaire* que requiera destreza.

⁹⁸ En las luchas internas del partido durante la década de los años 20, «los colaboradores de la GPU eran casi sin excepción fanáticos adversarios de la derecha y seguidores de Stalin. Los diferentes servicios de la GPU constituidos por entonces el «cabare de la sección stalinista» (CLITKA, *op. cit.*, p. 48). SOUVARINE, *op. cit.*, págs. 239, informa que incluso anteriormente Stalin «promovió la actividad policíaca que había iniciado durante la guerra civil» y había sido el representante del Politburó en la GPU.

⁹⁹ Inmediatamente después de la guerra civil en Rusia, *Prazda* declaró «que la fórmula "Todo el poder para los Soviets" había sido sustituida por la de "Todo el poder para la Cheka"». El final de las hostilidades armadas redujo el control militar: «...pero dejó una Cheka ramificada que se perfeccionó a sí misma mediante la simplificación de sus operaciones» (SOUVARINE, *op. cit.*, p. 231).

57

table lealtad de los miembros de las sociedades secretas no era tanto el secreto como la dicotomía entre Nosotros y todos los demás. Y la dicotomía podía mantenerse intacta imitando la estructura de organización de las sociedades secretas y vaciándola de su objetivo racional de salvaguardar un secreto. No importaba el que una ideología conspiradora fuese el origen de esta evolución, como en el caso de los nazis o un grupo parastatal del sector conspirador de un partido revolucionario, como en el caso de los bolcheviques. La afirmación inherente a la organización totalitaria es que todo lo que se halla fuera del movimiento está «muriendo», una afirmación que es drásticamente realizada bajo las condiciones asesinas de la dominación totalitaria, pero que incluso en la fase previa a la conquista del poder parece plausible a las masas que escapan de la desintegración y de la desorientación hacia el mundo ficticio del movimiento.

Los movimientos totalitarios han demostrado una y otra vez que pueden existir la misma lealtad en la vida y en la muerte que ha sido la prerrogativa de las sociedades secretas y conspiradoras.¹⁰² La completa ausencia de resistencia en unidades enteramente preparadas y armadas, como las SA, ante el asesinato de un líder amado (Röhm) y de centenares de camaradas íntimos fue un curioso espectáculo. En aquel momento era probablemente Röhm, y no Hitler, quien tenía tras de sí el poder de la Reichswehr. Pero estos incidentes en el movimiento nazi fueron completamente eclipsados por el espectáculo siempre repetido de los «criminales» confesos de los partidos bolcheviques. Los procesos basados en confesiones absurdas se han convertido en parte de un ritual interiormente muy importante y exteriormente incomprensible. Pero, sea como fuere la preparación que hayan sufrido sus víctimas, este ritual debe su existencia a las confesiones probablemente no fabricadas de la vieja guardia bolchevique en 1936. Mucho tiempo antes de los procesos de Moscú, los condenados a muerte escuchaban sus sentencias con gran tranquilidad, actitud «particularmente dominante entre los miembros de la Cheka»¹⁰³. Mientras que el movimiento existe, su forma peculiar de organización asegura que al menos las formaciones de élite ya no puedan concebir una vida fuera de la banda estrechamente unida de hombres que, aunque sean condenados, todavía se sienten superiores al resto del mundo no iniciado. Y como el objetivo exclusivo de esta organización ha sido siempre engañar, combatir y, en definitiva, conquistar al mundo exterior, sus miembros se sienten satisfe-

¹⁰² El siglo XX admitiera un pluralismo racial del que sólo quedaban excluidos los judíos. Por eso violó el principio de que todo el que no está incluido («el pueblo germánico») está excluido («la masa de la Humanidad»). Véase nota 87 de este capítulo.

¹⁰³ V. STAMER, *op. cit.*, p. 492, enumera sociedades secretas criminales en las que los miembros designan a un jefe, al que a partir de entonces obedecen sin críticas y sin limitaciones.

¹⁰⁴ CULGA, *op. cit.*, pp. 96-97. También describe cómo en la década de los 20 incluso los presos comunes de la cárcel de la GPU en Leningrado, al ser conducidos a la ejecución, iban «sin una palabra, sin un grito de rebeldía contra el Gobierno que les daba la muerte» (p. 185).

que ser transformados si había de seguir siendo estable la dominación de la policía secreta. La liquidación de facciones y de la democracia interna del partido fue, en consecuencia, acompañada en Rusia por la admisión en la afiliación de grandes masas políticamente ineducadas y «neutrales», una conducta que fue rápidamente imitada por los partidos comunistas en el exterior tras la iniciación de la política del Frente Popular.

El totalitarismo nazi comenzó con una organización de masas que sólo fue gradualmente dominada por las formaciones de élite, mientras que los bolcheviques empezaron con las formaciones de élite y organizaron las masas según éstas. El resultado fue el mismo en ambos casos. Además, los nazis, por obra de su tradición y de sus prejuicios militaristas, establecieron originalmente sus formaciones de élite conforme al modelo del Ejército, mientras que los bolcheviques, desde el comienzo, invistieron a la policía secreta del ejército desapareció también: el jefe de las SS unos pocos años, esta diferencia desapareció también: el jefe de las SS fue convertido en el jefe de la policía secreta, y las formaciones de las SS fueron gradualmente incorporadas a ésta y sustituyeron al antiguo personal de la Gestapo, aunque los miembros de la Gestapo eran todos muy leales.¹⁰⁵

Por obra de la afinidad esencial entre el funcionamiento de una sociedad secreta de conspiradores y la de la policía secreta organizada para combatirlos es por lo que los regímenes totalitarios, basados en una ficción de una conspiración global y encaminada a una dominación global, concentran eventualmente todos los poderes en manos de la policía. En la fase previa a la conquista del poder, empero, las «sociedades secretas a la luz del día» ofrecen otras ventajas en su organización. La contradicción obvia entre una organización de masas y una sociedad exclusiva, en la última en comparación con el hecho de que la verdadera estructura de las sociedades secretas y conspiradoras puede traducir la dicotomía ideológica totalitaria —la ciega hostilidad de las masas contra el mundo existente sin tener en cuenta sus divergencias y diferencias— en un principio de organización. Desde el punto de vista de una organización que funciona según el principio de que todo el que no está incluido está excluido, todo el que no está conmigo está contra mí, el mundo en general pierde todos los matices, diferencias y aspectos pluralistas que en cualquier caso se han tomado confusos e insoportables para las masas que han perdido su lugar y su orientación en ese mundo.¹⁰⁶ Lo que les inspiraba con la inquebran-

¹⁰⁵ La Gestapo fue establecida por Göring en 1933; Himmler fue nombrado jefe de la Gestapo en 1934 y comenzó inmediatamente a reemplazar a su personal por hombres de las SS; al final de la guerra, el 75 por 100 de todos los agentes de la Gestapo eran hombres de las SS. Debe considerarse también que las unidades SS se hallaban especialmente calificadas para esta tarea, puesto que, incluso en la fase previa a la conquista del poder, fueron organizadas por Himmler para ejercer el espionaje entre los miembros del partido (Hansen, *op. cit.*, p. 308). Para la historia de la Gestapo, véase GILES, *op. cit.*, y también *Nazi Conspiracy*, vol. II, cap. XII.

¹⁰⁶ Fue probablemente uno de los decisivos errores ideológicos de Rosenberg, quien perdió al favor del Führer y perdió su influencia en el movimiento en beneficio de hombres como Hitler, Bormann e incluso Streicher, el hecho de que en *El*

chos aunque paguen con sus vidas, con tal de que ello ayude a engañar de nuevo al mundo ¹⁰⁴.

Sin embargo, el valor principal de la estructura organizadora y de los niveles morales de las sociedades secretas o conspiradoras para los fines de la organización de masas ni siquiera se basa en las garantías inherentes de pertenencia y lealtad incondicionales y en la manifestación organizativa de hostilidad indiscutida al mundo exterior, sino en su insuperada capacidad para establecer y salvaguardar el mundo ficticio a través de una mentira consistente. Toda la estructura jerárquica de los movimientos totalitarios, desde los ingenuos compañeros de viaje hasta los miembros del partido, las formaciones de élite, el círculo interior del entorno del jefe y el jefe mismo, puede ser descrita en términos de una mezcla curiosamente variable de credulidad y cinismo con los que se espera que cada miembro, según sea su categoría y su posición en el movimiento, reaccione ante las cambiantes declaraciones mentirosas de los jefes y ante la ficción ideológica central e inalterable del movimiento.

Una mezcla de credulidad y de cinismo era característica sobresaliente de la mentalidad del populacho antes de convertirse en fenómeno cotidiano de las masas. En un mundo siempre cambiante e incomprensible, las masas avanzaron un punto en el que, al mismo tiempo, creían en todo y no creían en nada. Pensaban que todo era posible y que nada era cierto. En sí misma, la mezcla resultaba suficientemente notable porque significaba el final de la ilusión de que la credulidad fuese una debilidad de almas primitivas que nada sospechaban, y el cinismo, el vicio de mentes superiores y refinadas. La propaganda de masas descubrió que su audiencia estaba dispuesta al mismo tiempo a creer lo peor, por absurdo que fuera, y que no se resistía especialmente a ser engañada, puesto que, por otra parte, sostenía que cualquier declaración era una mentira. Los jefes totalitarios de masas basaron su propaganda en la correcta suposición psicológica de que, bajo semejantes condiciones, uno podía hacer un día creer a la gente las más fantásticas declaraciones y confiar en que, si al día siguiente recibía la prueba irrefutable de su falsedad, esa misma gente se refugiaría en el cinismo. En lugar de abandonar a los líderes que le habían mentido, aseguraría que siempre había creído que tal declaración era una mentira, y admiraría a los líderes por su superior habilidad táctica.

Lo que había sido una reacción demostrable de las audiencias de masas se convirtió en un importante principio jerárquico para las organizaciones de masas. Una mezcla de credulidad y de cinismo predomina en todos los escalones de los movimientos totalitarios, y cuanto más alta sea la categoría, más se impondrá el cinismo sobre la credulidad. La convicción esencial, compartida por todas las categorías desde la del compañero de viaje a la del jefe, es que la política es un juego de engaños y que el «primer mandamiento» del movimiento: «El Führer siempre tiene razón».

¹⁰⁴ Cilliga señala que los miembros condenados del partido «pensaban que el sacrificio de sus vidas no sería en vano si estas ejecuciones salvaban a la dictadura burocrática en conjunto, si calmaban al campesinado reseñado (o más bien si le inducían a error)» (op. cit., p. 87).

es tan necesario para los fines de la política mundial, es decir, al engaño global, como las normas de la disciplina militar lo son para los fines de la guerra ¹⁰⁵.

La maquinaria que genera, organiza y difunde las monstruosas falsedades de los movimientos totalitarios depende también de la posición del jefe. A la afirmación propagandística de que todo lo que sucede es científicamente previsible según las leyes de la Naturaleza o de la Economía, la organización totalitaria añade la posición de un hombre que ha monopolizado este conocimiento y cuya cualidad principal es que «tenía siempre razón y siempre tendría razón» ¹⁰⁶. Para un miembro de un movimiento totalitario, este conocimiento nada tiene que ver con la verdad, y el tener razón nada tiene que ver con la objetiva veracidad de las declaraciones del jefe, que no pueden ser desmentidas por los hechos, sino sólo por sus futuros éxitos o fracasos. El jefe siempre tiene razón en sus acciones, y como éstas se hallan proyectadas para los próximos siglos, la prueba definitiva de lo que hace queda desplazada más allá de la experiencia de sus contemporáneos ¹⁰⁷.

El único grupo del que se supone que cree leal y textualmente en las palabras del jefe es el de los simpatizantes, cuya confianza rodea al movimiento con una atmósfera de honradez y de candidez y ayuda al jefe a cumplir la mitad de su tarea, es decir, a inspirar confianza en el movimiento. Los miembros del partido nunca creen en las declaraciones públicas, ni se supone que han de creer en ellas, pero se sienten halagados por la propaganda totalitaria como poseedores de una inteligencia superior que, aparentemente les distingue del mundo exterior no totalitario, el cual, a su vez, sólo conoce la anormal credulidad de los simpatizantes. Sólo los simpatizantes de los nazis creyeron en Hitler cuando formuló su famoso juramento de legalidad ante el Tribunal Supremo de la República de Weimar; los miembros del movimiento sabían muy bien que mentía y confiaron en él más que antes porque, aparentemente, fue capaz de engañar a la opinión pública y a las autoridades. Cuando en años posteriores Hitler repitió su acción ante todo el mundo al jurar acerca de sus buenas intenciones y al mismo tiempo preparaba aún más abiertamente sus crímenes, la admiración de los afiliados nazis fue, naturalmente, ilimitada. De forma semejante, sólo los compañeros de viaje de los bolcheviques creyeron en la disolución de la Komintern y sólo las masas no organizadas

¹⁰⁵ Es característica la noción de Goebbels sobre el papel de la diplomacia en política: «No hay duda de que uno hace mejor las cosas si mantiene a los diplomáticos ignorantes del fondo de la política. La sinceridad, cuando se desempeña un papel apaciguador, es a veces el argumento más convincente de su honradez política» (op. cit., p. 87).

¹⁰⁶ Rudolf Hess, en una emisión de 1934, *Nazi Conspiracy*, t. p. 195.
¹⁰⁷ WERNER BEST, op. cit., explica: «Si la voluntad del Gobierno establece las reglas justas... ya no es una cuestión de ley, sino una cuestión de destino. Por sus auténticos abusos... será más seguramente castigado ante la Historia por el mismo destino con infortunios, derrocamiento y ruina, en razón de la violencia de las «leyes de la vida», que ante el Tribunal Supremo de Justicia.» Cita de *Nazi Conspiracy*, IV, p. 490.

del pueblo ruso y los compañeros de viaje del exterior dieron crédito a las declaraciones prodemocráticas de Stalin durante la guerra. A los miembros del Partido Bolchevique se les advirtió explícitamente que no se dejaran engañar por maniobras téticas y se les pidió que admiraran la astucia de su jefe al traicionar a sus aliados.¹⁰⁹

Sin la división organizativa del movimiento en formaciones de élite, afiliados y simpatizantes, las mentiras del jefe no operarían. La graduación del cinismo expresada en una jerarquía de desprecio es al menos tan necesaria frente a la constante refutación como la simple credulidad. El hecho es que los simpatizantes, en las organizaciones frontales, desprecian la completa falta de iniciación de sus conciudadanos; los miembros del partido desprecian la credulidad de los compañeros de viaje y su falta de radicalismo; las formaciones de élite desprecian, por razones similares, a los afiliados al partido, y, dentro de las formaciones de élite, una jerarquía similar de desprecio acompaña a cada nueva formación y evolución.¹¹⁰ El resultado de este sistema es que la credulidad de los simpatizantes hace a las mentiras creíbles al mundo exterior, mientras que, al mismo tiempo, el graduado cinismo de los afiliados y de las formaciones de élite eliminan el peligro de que el jefe se vea forzado por el peso de su propia propaganda a hacer realidad sus propias declaraciones y su fingida respetabilidad. Uno de los principales obstáculos con los que ha tropezado el mundo al tratar con los sistemas totalitarios ha sido el haber ignorado este sistema y por ello confiado en que, por una parte, la verdadera enormidad de las mentiras totalitarias constituiría su ruina y que, por otra, sería posible tomar al jefe su palabra y obligarle a cumplirla, fueran cuales hubiesen sido sus intenciones originales. Desgraciadamente, el sistema totalitario está inmunizado contra tales consecuencias normales; su ingenuidad descansa precisamente en la eliminación de esa realidad, que, o bien enmascara al mentiroso, o bien le obliga a hacer real su afirmación.

Mientras que los afiliados no creen en las declaraciones formuladas para el consumo público creen de la forma más ferviente en los clichés standard de explicaciones ideológicas, en las claves de la Historia, pasada y futura, que los movimientos totalitarios tomaron de las ideologías del siglo XIX y transformaron, a través de la organización en una realidad actuante. Estos elementos ideológicos en los que las masas han llegado a creer de cualquier manera, más bien vaga y abstracta, son convertidos en mentiras de hecho de una naturaleza omnicompreensiva (la dominación del mundo por los judíos en lugar de una teoría general acerca de las razas: la conspiración de Wall Street en lugar de una teoría general acerca de las clases) e integrados en un esquema general de acción en el que se supone que solamente lo «mortibundo» —las clases moribundas de los países ca-

¹⁰⁸ Véase KRAVCHENKO, *op. cit.*, p. 422. «Ningún comunista verdaderamente adoc-trinado cree que el partido está 'mintiendo' por formar una política en público y otra completamente opuesta en privado.»

¹⁰⁹ El nacional socialista desprecia a su conciudadano alemán; el hombre de las SA, a los demás nacionalsocialistas; el hombre de las SS, al hombre de las SA» (Heg-dex, *op. cit.*, p. 308).

pitalistas o las naciones decadentes— se alza en el camino del movimiento. En contraste con las mentiras tácticas del movimiento que cambian literalmente de un día para otro, se supone que estas mentiras ideológicas han de ser creídas como verdades sagradas e intocables. Son rodeadas de un sistema cuidadosamente elaborado de «pruebas» científicas, que no tienen por qué ser convincentes para los totalmente «no iniciados», pero que todavía atraen a una vulgarizada sed de conocimiento «demostrado» la inferioridad de los judíos o la miseria de las personas que viven bajo un sistema capitalista.

Las formaciones de élite se distinguen de los miembros ordinarios del partido en el hecho de que no necesitan tales demostraciones y ni siquiera se supone que hayan de creer en la verdad literal de los clichés ideológicos. Estos son fabricados para responder a una búsqueda de la verdad entre las masas, que, en su insistencia en explicaciones y demostraciones, todavía tienen mucho en común con el mundo normal. La élite no está compuesta de ideólogos; toda la instrucción de sus miembros está encaminada a abolir su capacidad para distinguir entre la verdad y la falsedad, entre la realidad y la ficción. Su superioridad consiste en su capacidad inmediata para disolver cada declaración de hecho en una declaración de fines. A diferencia del afiliado de la masa, que, por ejemplo, precisa de alguna demostración acerca de la inferioridad de la raza judía antes de que se le pueda pedir con seguridad que mate a judíos, las formaciones de élite comprenden que la declaración, todos los judíos son inferiores, significa, todos los judíos deben ser asesinados; saben que cuando se les dice que sólo Moscú tiene un Metro, el verdadero significado de la declaración es que todos los metros deberían ser destruidos, y no se sienten indebidamente sorprendidos cuando descubren el Metro de París. El tremendo *shock* de desilusión que sufrió el Ejército rojo en su penetración conquistadora por Europa sólo pudo ser curado mediante campos de concentración y un exilio forzado para una gran parte de las tropas de ocupación; pero las formaciones de la Policía que acompañaron al Ejército se hallaban preparadas para el *shock* no mediante una información diferente y más correcta —no existe en la Rusia soviética una escuela secreta de entrenamiento que proporcione los hechos auténticos sobre la vida en el exterior—, sino simplemente por un entrenamiento general en el desprecio supremo por todos los hechos y todas las realidades.

Esta mentalidad de la élite no es un mero fenómeno de masas, no es una simple consecuencia de un desarraigo social, de un desastre económico y de una anarquía política; necesita una cuidadosa preparación y cultivo y forma una parte más importante, aunque menos reconocible, del *curriculum* de las escuelas de la jefatura totalitaria, los *Ordensburgen* nazis, para las unidades SS, y los centros de entrenamiento bolchevique, para los agentes de la Komintern, que el adoc-trinamiento sobre la raza o las técnicas de la guerra civil. Sin la élite y su incapacidad artificialmente inducida para distinguir a los hechos como hechos, entre la verdad y la falsedad, el movimiento nunca podría moverse en la dirección para realizar su ficción. La sobresaliente cualidad negativa de la élite totalitaria es que

jamás se detiene a pensar cómo es realmente el mundo y nunca compara las mentiras con la realidad. Su más preciada virtud, en consecuencia, es la lealtad al jefe, que, como un talismán, asegura la victoria definitiva de la mentira y de la ficción sobre la verdad y la realidad.

La categoría más alta en la organización de los movimientos totalitarios es la del círculo íntimo en torno del jefe, que puede ser una institución formal, como el Politburó bolchevique, o una camarilla cambiante de hombres que no desempeñan necesariamente un cargo, como quienes rodeaban a Hitler. Para ellos, los clichés ideológicos son simples recursos de organización de masas y no sienten remordimiento al cambiarlos según las necesidades de las circunstancias con tal de que se mantenga intacto el principio organizador. En este aspecto, el mérito principal en la reorganización de las SS realizada por Himmler fue que halló un método muy simple de resolver el problema de la sangre por la acción, es decir, de seleccionar a los miembros de la élite según su «buena sangre» y de preparar a realizar una lucha racial sin piedad» contra cualquiera que no pudiera hacer remontar su ascendencia «aria» hasta 1750 o que pudiera menos de 1,75 metros («Sé que las personas que han alcanzado una cierta altura deben poseer en algún grado la sangre deseada») o que no tuviera azules los ojos y rubio el pelo¹¹⁰. La importancia de este racismo en acción estribaba en el hecho de que la organización se tornaba independiente de casi todas las enseñanzas concretas de cualquier ciencia «racional», independientemente del antisemitismo como doctrina específica concerniente a la naturaleza y al papel de los judíos, cuya utilidad habría concluido con su exterminio¹¹¹. El racismo se hallaba seguro e independiente del elitismo de la propaganda una vez que una élite había sido seleccionada por una «comisión racial» y colocada bajo la autoridad de «leyes matrimoniales»¹¹² especiales, mientras que, en el extremo opuesto y

¹¹⁰ Himmler, originariamente, seleccionaba por las fotografías a los aspirantes a las SS. Más tarde, una comisión racial, ante la que tenía que comparecer personalmente el candidato, aprobaba o desaprobaba su aptitud racial (véase HIMMLER, «Organization and Obligation of the SS and the Police», en *Nazi Conspiracy*, IV, páginas 616 y ss.).

¹¹¹ Himmler era bien consciente del hecho de que era uno de sus «logros más importantes y duraderos» el haber transformado la cuestión racial, que pasó de ser «un concepto negativo basado en el antisemitismo vulgar» a ser «una tarea organizativa para el establecimiento de las SS» (*Der Reichsführer SS und Chef der deutschen Polizei*, «exclusivamente para uso interno de la Policía»; sin fecha). Así, «por vez primera, la cuestión racial ha sido colocada en, o mejor aún, se ha convertido en, el punto focal, llegando más allá del concepto negativo que subraya el odio natural hacia los judíos. A la idea revolucionaria del Führer se le ha infundido cálida sangre» (*Der Weg der SS. Die Reichsführer SS*, «SS-Hauptamt-Schulungsbüro». En la solapa. «No para publicación», sin fecha, p. 25).

¹¹² Tan pronto como fue nombrado jefe de las SS, en 1929, Himmler introdujo el principio de la selección racial y de las leyes matrimoniales y añadió: «El SS sabe muy bien que esta orden es de un gran significado. Los insultos, el desprecio o la incompreensión no nos afectan; el futuro es nuestro.» Cita de D'ALQUEN, *op. cit.* Y de nuevo, once años más tarde, en su discurso de Jarkov (*Nazi Conspiracy*, IV, páginas 572 y ss.), Himmler recuerda a los dirigentes de las SS que «nosotros so-

bajo la jurisdicción de esta «élite racial», existían campos de concentración para la «mejor demostración de las leyes de la herencia y de la raza»¹¹³. Al reforzar esta «organización viva», los nazis podían eximir de su dogmatismo y ofrecer amistad a pueblos semitas, como los árabes, o aliarse con los verdaderos representantes del «peligro amarillo», los japoneses. La realidad de una sociedad racial, la formación de una élite seleccionada desde un punto de vista supuestamente racial, constituían, desde luego, más firme salvaguardia para la doctrina del racismo que la mejor prueba científica o pseudocientífica.

Los elaboradores de la política del bolchevismo muestran la misma superioridad sobre sus propios dogmas declarados. Son completamente capaces de interrumpir cada existente lucha de clases con una repentina alianza con el capitalismo, sin minar la fiabilidad de sus dirigentes o sin cometer una traición contra su fe en la lucha de clases. Habiendo llegado a convertirse en un recurso organizativo el principio dicotómico de la lucha de clases, hallándose como se halla petrificado en una inflexible hostilidad contra todo el mundo a través de los cuadros de la política secreta en Rusia y de los agentes de la Komintern en el exterior, la política bolchevique se ha tornado notablemente libre de «prejuicios».

Es esta libertad del contenido de sus propias ideologías la que caracteriza a los más altos escalones de la jerarquía totalitaria. Esos hombres consideran a todo y a todos en términos de organización, y en esa consideración se incluye al jefe, que para ellos no es, ni un talismán inspirado, ni el que tiene infaliblemente razón, sino la simple consecuencia de este tipo de organización; es necesario no como persona, sino como una función, y como tal resulta indispensable para el movimiento. En contraste, sin embargo, con otras formas despóticas de Gobierno, donde frecuentemente domina una camarilla y el déspota desempeña tan sólo el papel representativo de un dictador de cartón, los dirigentes totalitarios son realmente libres de hacer todo lo que les plazca y pueden contar con la lealtad de quienes les rodean, incluso si deciden asesinarlos.

La razón más técnica de esta lealtad suicida es que la sucesión en el puesto supremo no está reglamentada por ninguna herencia ni por otras leyes. Una triunfante revolución palaciega tendría tan desastrosos resultados para el movimiento como toda una derrota militar. Se halla en la naturaleza del movimiento el que, una vez que el jefe haya asumido su puesto, toda la organización esté tan absolutamente identificada con él que cualquier admisión de un error o una destitución del cargo quebrantarían el hecho de infalibilidad que rodea al puesto del jefe y significarían la ruina de todos aquellos que estuvieran relacionados con el movimien-

tos realmente los primeros en resolver el problema de la sangre por la acción... y por el problema de la sangre no contentos, desde luego, el antisemitismo. El antisemitismo es exactamente lo mismo que el desajustamiento. Desembarrarse de un pingajo no es una cuestión de ideología. Es una cuestión de limpieza... Pero, para nosotros, la cuestión de la sangre es un recordatorio de nuestro propio valor, un recordatorio de lo que es realmente la base que mantiene unido al pueblo alemán.»

HIMMLER, *op. cit.*, *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 616 y ss.

to. La base de la estructura no es la veracidad de las palabras del jefe, sino la infalibilidad de sus acciones. Sin ésta, y en el calor de una discusión que supone la fiabilidad, todo el mundo ficticio del totalitarismo queda destruido, superado inmediatamente por los hechos del mundo real que el movimiento sólo podía evitar si era conducido infaliblemente en la dirección adecuada por el jefe.

Sin embargo, la lealtad de quienes ni creen en los clichés ideológicos ni en la infalibilidad del jefe tienen también razones más profundas y no técnicas. Lo que liga a estos hombres es una firme y sincera fe en la omnipotencia humana. Su cinismo moral, su creencia de que todo está permitido, descansan en la súbita convicción de que todo es posible. Es cierto que estos hombres, pocos en número, no son fácilmente cogidos en sus propias mentiras específicas y que no creen necesariamente en el racismo o en la economía, en la conspiración de los judíos o en Wall Street. Sin embargo, también ellos son engañados, engañados por su desvergonzada y vana idea de que todo puede ser hecho y por su desdénoso convencimiento de que todo lo que existe es simplemente un obstáculo temporal que destruirá ciertamente una organización superior. Confiados en que el poder de la organización puede destruir al poder sustancial, como la violencia de una banda bien organizada puede robar las mal guardadas riquezas de un hombre rico, subestiman constantemente el poder sustancial de las comunidades estables y sobreestiman la fuerza impulsora del movimiento. Como, además, no creen realmente en la existencia de hecho de una conspiración mundial contra ellos, sino que sólo la utilizan como recurso organizativo, no consiguen comprender que su propia conspiración puede hacer eventualmente que todo el mundo se una contra ellos.

Cuando quede deshecho, no importa cómo, el espejismo de la omnipotencia humana a través de la organización, dentro del movimiento, su consecuencia práctica es que quienes rodean al jefe, en caso de desacuerdo con él, nunca estarán muy seguros de sus propias opiniones, dado que creen sinceramente que sus desacuerdos en realidad no importan, que incluso el más estrafalario recurso tiene una buena posibilidad de éxito si es adecuadamente organizado. Lo importante de su lealtad es que no creen que el jefe sea infalible, sino que están convencidos de que todo el que domine los instrumentos de violencia con los superiores métodos de la organización totalitaria puede llegar a ser infalible. Este espejismo se ve considerablemente reforzado cuando los regímenes totalitarios tienen poder para demostrar la relatividad del éxito y del fracaso y para mostrar cómo una pérdida sustancial puede convertirse en beneficio para la organización (el fantástico desgobierno de las empresas industriales en la Rusia Soviética condujo a la atomización de la clase trabajadora, y los aterradores malos tratos de los prisioneros civiles en los territorios orientales bajo la ocupación nazi, aunque causaron una «deplorable pérdida de trabajo», «pensando en términos de generaciones, no tiene por qué ser lamentada»¹¹⁴). Además, la decisión concerniente al éxito y al fracaso bajo

¹¹⁴ Himmler, en su discurso de Posen, *Nazi Conspiracy*, IV, p. 558.

circunstancias totalitarias es en gran medida una cuestión de opinión pública organizada y aterrizada. En un mundo totalmente ficticio no es necesario señalar, admitir y recordar los fracasos. Los mismos hechos, para su existencia continuada, dependen de la existencia del mundo no totalitario.

Cuando un movimiento, internacional por su organización, omniconfensivo por su alcance ideológico y global por su aspiración política, conquista el poder en un país, se coloca él mismo en una situación paradójica. Al movimiento socialista se le ahorró esta crisis, en primer lugar, porque la cuestión nacional —y esto significaba el problema estratégico implicado en la revolución— fue curiosamente desdénada por Marx y Engels y, en segundo lugar, porque se enfrentó con problemas gubernamentales sólo después de que la primera guerra mundial hubiera privado a la II Internacional de su autoridad sobre los miembros nacionales, que en todas partes habían aceptado como un hecho inalterable la primacía de los sentimientos nacionales sobre la solidaridad internacional. En otras palabras, cuando llegó el momento en que los movimientos socialistas conquistaron el poder en sus respectivos países, ya se habían transformado en partidos nacionales.

Esta transformación jamás se operó en los movimientos totalitarios, bolchevique y nazi. En la época en que se apoderaron del poder, el peligro para el movimiento disminuía, por un lado, en el hecho de que podía formarse «osificado» al ocupar la maquinaria del Estado y congelado en forma de un gobierno absoluto¹, y en que, por otro, su libertad de movimiento podía quedar limitada por las fronteras del territorio en el que había llegado al poder. Para un movimiento totalitario, ambos peligros son igualmente mortales: una evolución hacia el absolutismo pondría fin

¹ Los nazis comprendieron perfectamente que la conquista del poder podía conducir al establecimiento del absolutismo. «Pero el nacionalsocialismo no se ha colocado en vanguardia en la lucha contra el liberalismo para atascarse de nuevo en el absolutismo y comenzar otra vez el juego» (WENNER BEST, *Die deutsche Polizei*, página 20). La advertencia aquí expresada, como en otros incontables lugares, va dirigida contra la reivindicación absolutista del Estado.

al impulso interno del movimiento y una evolución hacia el nacionalismo frustraría su expansión exterior, sin la cual no puede sobrevivir el movimiento. La forma de Gobierno que estos dos movimientos desarrollaron, o, más bien, que casi automáticamente se desarrolló partiendo de su doble reivindicación del dominio total y de la gobernación global, se halla mejor caracterizada por el *stogán* de Trotsky de la «revolución permanente», aunque la teoría de Trotsky no era más que una predicción socialista de una serie de revoluciones, desde la burguesa anfeudal a la proletaria antiburgesa, que se extenderían de un país a otro³. Sólo que el mismo término sugiere «permanencia», con todas sus implicaciones semianárquicas, y es, estrictamente hablando, una denominación equivocada; sin embargo, incluso Lenin se mostró más impresionado por el término que por su contenido teórico. En la Unión Soviética, en cualquier caso, las revoluciones, en forma de purgas generales, se convirtieron en una institución permanente del régimen de Stalin a partir de 1934⁴. Aquí, como en otros casos, Stalin concentró sus ataques sobre el medio olvidado *stogán* de Trotsky precisamente porque había decidido utilizar esta técnica⁵. En la Alemania nazi, una tendencia similar hacia la revolución permanente resultaba claramente discernible, aunque los nazis no tuvieron tiempo de

³ La teoría de Trotsky, formulada por vez primera en 1905, no difería desde luego, de la estrategia revolucionaria de todos los leninistas, a cuyos ojos «la misma Rusia era simplemente el primer terreno, el primer baluarte, de la revolución internacional: sus intereses tenían que quedar subordinados a la estrategia supranacional del socialismo militante. Por el momento, sin embargo, las fronteras de Rusia y del socialismo victorioso eran las mismas» (ISAC DEUTSCHER, *Stalin. A Political Biography*, Nueva York y Londres, 1949, p. 245).

⁴ El año 1934 es significativo en razón del nuevo estatuto del partido, anunciado en el XVII Congreso del Partido, que establecía que, «para la sistemática limpieza del partido, tienen que (ser) realizadas purgas... periódicas» (Cita de A. AVROJANOV, «Social Differentiation and Contradictions in the Party», *Bulletin of the Institute for the Study of the USSR*, Munich, febrero, 1956). Las purgas del partido durante los primeros años de la Revolución Rusa no tuvieron nada en común con su ulterior pervasión totalitaria en instrumento de inestabilidad permanente. Las primeras purgas fueron realizadas por comisiones locales de control ante un foro abierto al que tenían libre acceso los miembros y los que no eran miembros del partido. Fueron concebidas como un órgano de control democrático contra la corrupción burocrática en el partido y «habían de servir como sustitutivo de las auténticas elecciones» (DEUTSCHER, *op. cit.*, pp. 233 y 234). Puede hallarse un excelente y breve informe sobre el desarrollo de las purgas en un reciente artículo de AVROJANOV que refuta también la leyenda según la cual fue la muerte de Kirov la que dio paso a la nueva política. La purga general había comenzado antes de la muerte de Kirov, que no fue más que, con pretexto conveniente para proporcionaré un impulso suplementario... A la vista de las numerosas circunstancias «implícitas y misteriosas» que rodearon el asesinato de Kirov cabe sospechar que el «pretexto conveniente» fue cuidadosamente planeado y ejecutado por el mismo Stalin (véase «Speech on Stalin», de KAUSCHIEV, *The New York Times*, 5 de junio de 1956).

⁵ DEUTSCHER, *op. cit.*, p. 282, describe el primer ataque a la «revolución permanente» de Trotsky y la contraformulación staliniana del socialismo en un solo párrafo como accidente de manipulación política. En 1924, el «objetivo inmediato [de Stalin] era desacreditar a Trotsky... Buscando en el pasado de Trotsky, los triunfos tropezaron con la teoría de la "revolución permanente", que había formulado en 1905... En el curso de esta polémica fue cuando Stalin llegó a su fórmula del "socialismo en un solo país"».

realizarla en el mismo grado. De forma suficientemente característica, su «revolución permanente» también comenzó con la liquidación de la facción del partido que se había atrevido a proclamar abiertamente la «próxima fase de la revolución»⁵, y precisamente porque «el Führer y su vieja guardia sabían que la verdadera lucha había empezado justamente»⁶. Aquí, en lugar del concepto bolchevique de revolución permanente, hallamos la noción de una «selección (racial) que nunca puede permanecer inmóvil» y que, por consiguiente, requiere una constante radicalización de las normas por las que se realiza la selección, es decir, el exterminio de los incapaces⁷. El hecho es que, tanto Hitler como Stalin, formularon promesas de estabilidad para ocultar su intención de crear un estado de inestabilidad permanente.

No podría haber habido mejor solución para las perplejidades inherentes a la coexistencia de un Gobierno y de un movimiento, de una reivindicación totalitaria y de un poder limitado en un territorio limitado, de una pertenencia ostensible a una comunidad de naciones en la que cada una

⁵ La liquidación de la facción de Röhm en junio de 1934 fue precedida por un breve intervalo de estabilización. Al comienzo del año, Rudolf Diels, jefe de la Policía Política de Berlín, podía informar que ya no había más denuncias ilegales («revolucionarias») por obra de las SA, y que estaban siendo investigadas detenciones anteriores de este tipo (*Nazi Conspiracy*, U.S. Government, Washington, 1946, V, página 205). En abril de 1934, Wilhelm Frick, ministro del Reich para el Interior, antiguo miembro del Partido Nazi, promulgó un decreto por el que se establecían restricciones a la «custodia protectora» (*ibid.*, III, p. 555) en consideración a la «estabilización de la situación nacional» (véase *Das Archiv*, abril de 1934, p. 31). Este decreto, sin embargo, jamás fue publicado (*Nazi Conspiracy*, VII, p. 1059). Hacia el fin de la guerra, el informe de la Policía Política de Prusia había preparado en 1933 un informe sobre los excesos de las SA, destinado a Hitler, y en el que sugería que fueran perseguidos los jefes de las SA allí mencionados.

⁶ Hitler resolvió la situación matando a aquellos jefes de las SA sin un procedimiento legal y destituyendo a todos aquellos funcionarios de la Policía que se habían opuesto a las SA (véase la declaración jurada de Rudolf Diels, *ibid.*, V, p. 224). De esta forma se salvaguardó a sí mismo contra toda legalización y estabilización. Entre los numerosos juristas que sirvieron entusiásticamente la «idea nacional socialista» fueron muy pocos los que comprendieron lo que estaba realmente en juego. A este grupo perteneció fundamentalmente Theodor Maunz, cuyo ensayo *Gesetz und Recht der Polizei* (Hamburgo, 1945) es citado con aprobación incluso por aquellos autores que, como Paul Werner, pertenecían al selecto Führerkorps de las SS.

⁷ ROSEK, *Lexy*, *Der Weg zur Ordensburg* (sin fecha; alrededor de 1936). «Educación especial... para el Führerkorps del Partido... No para venta libre.»
⁸ HEINRICH HIMMLER, «Die Schwarzsaffel», en *Grundlagen, Aufbau und Wirk-schabung des nationalsozialistischen Staates*, Nr. 7b. Esta radicalización consistente del principio de la selección racial puede ser hallada en todas las fases de la política nazi. Así, los primeros en ser exterminados fueron los judíos íntegros, seguidos por los de media casta y por los que sólo tenían una cuarta parte de ascendencia judía; o primero los locos, seguidos de los enfermos incurables y, eventualmente, por todas las familias en las que existiera algún «enfermo incurable». La «selección, que nunca puede permanecer inmóvil», no se detuvo ni siquiera ante los mismos SS. Un decreto del Führer, de fecha del 19 de mayo de 1943, ordenaba que todos los hombres ligados a extranjeros por lazos familiares, por matrimonio o por amistad fueran eliminados del Estado, del partido, de la Wehrmacht y de la economía; esta disposición afectó a 1.200 jefes de las SS (véanse los archivos de la Biblioteca Hoover, carpeta de Himmler, legajo 330).

respeto la soberanía de los demás y la aspiración a una dominación mundial, que la de esta fórmula privada de su contenido original. Porque el dirigente totalitario se ve enfrentado con una doble tarea que al principio parece contradictoria hasta el punto del absurdo: ha de establecer el mundo ficticio del movimiento como una realidad tangible y operante de la vida cotidiana y, por otra parte, tiene que impedir que ese nuevo mundo desarrolle una nueva estabilidad, porque una estabilización de sus leyes e instituciones liquidaría seguramente al mismo movimiento y con él la esperanza de una eventual conquista mundial. El dirigente totalitario debe impedir a cualquier precio que la normalización alcance un punto en el que pueda desarrollarse un nuevo estilo de vida, uno que pueda, después de algún tiempo, perder sus cualidades bastardas y ocupar su lugar entre los estilos de vida enteramente diferentes y profundamente distintos de las naciones de la Tierra. En el momento en el que las instituciones de los revolucionarios se convierten en un estilo nacional de vida (ese momento en el que Hitler afirma que el nazismo no es un artículo de exportación, o cuando Stalin asegura que el socialismo puede ser construido en un solo país, sería algo más que un intento de engañar al mundo no totalitario), el totalitarismo perdería su cualidad «total» y se tornaría sujeto a la ley de las naciones según la cual cada una posee un territorio específico, un pueblo y una tradición histórica —una pluralidad que *ipso facto* rechaza cualquier afirmación de que cualquier forma específica de Gobierno es absolutamente válida.

Prácticamente hablando, la paradoja del totalitarismo en el poder es que la posesión de todos los instrumentos de poder gubernamental y de violencia en un país no es precisamente un bien puro para un movimiento totalitario. Su desprecio por los hechos, su estricta adhesión a las normas de un mundo ficticio, se tornan más difíciles de mantener y, sin embargo, siguen siendo tan esenciales como antes. El poder significa un enfrentamiento directo con la realidad, y el totalitarismo en el poder está constantemente preocupado de hacer frente a este reto. La propaganda y la organización ya no bastan para afirmar que lo imposible es posible, que lo increíble es cierto, que una insana consistencia domina al mundo. El principal apoyo psicológico de la ficción totalitaria —el resentimiento activo contra el *status quo* que las masas se niegan a aceptar como el único mundo posible— ya no está allí; cada migaja de información que se filtra a través del telón de acero, establecido contra la siempre amenazante inmundación de la realidad del otro lado, del lado no totalitario, es un peñirón más grande para la dominación totalitaria que lo que fue la contrapropaganda para los movimientos totalitarios.

La lucha por la dominación total de la población total de la Tierra, la eliminación de toda realidad no totalitaria en competencia, es inherente a los mismos regímenes totalitarios; si no persiguen como objetivo último una dominación global, lo más probable es que pierdan todo tipo de poder que hayan ya conquistado. Incluso un solo individuo no puede ser abso- luta y fiablenente dominado más que bajo condiciones totalitarias globales. Por eso la ascensión al poder significa primariamente el establecimien-

to de una sede oficial y oficialmente reconocida (o de sucursales en el caso de los países satélites) para el movimiento y la adquisición de un tipo de laboratorio en el que realizar el experimento con, o más bien, contra, la realidad, el experimento de organizar a un pueblo para unos objetivos últimos que desdénan la individualidad tanto como la nacionalidad, bajo condiciones que son reconocidamente no perfectas, pero que resultan suficientes para importantes resultados parciales. El totalitarismo en el poder utiliza la administración del Estado para su fin de conquista mundial a largo plazo y para la dirección de las sucursales del movimiento; establece a la Policía Secreta como ejecutora y guardiana de su experimento; doméstico de constante transformación de la realidad en ficción, y, finalmente, erige los campos de concentración como laboratorios especiales para realizar su experiencia de dominación total.

1. EL LLAMADO ESTADO TOTALITARIO

La Historia nos enseña que la subida al poder y la responsabilidad afectan profundamente a la naturaleza de los partidos revolucionarios. La experiencia y el sentido común estaban perfectamente justificados al esperar que el totalitarismo en el poder perdería gradualmente su empuje revolucionario y su carácter utópico, que la actividad gradualmente su empuje revolucionario y su carácter utópico, que la actividad cotidiana del Gobierno y la posesión del poder real moderarían las afirmaciones de los movimientos formuladas antes de la conquista del poder y destruirían paulatinamente el mundo ficticio de sus organizaciones. Al fin y al cabo, parece corresponder a la verdadera naturaleza de las cosas personales o públicas el que las exigencias y los objetivos extremados sean frenados por condiciones objetivas, y que la realidad, tomada en conjunto, esté sólo en un muy pequeño grado determinada por la inclinación a la ficción de una sociedad de masas de individuos atomizados.

Muchos de los errores del mundo no totalitario en sus relaciones diplomáticas con los Gobiernos totalitarios (los más conspicuos fueron la confianza en el pacto de Munich, con Hitler, y la puesta en los acuerdos de Yalta, con Stalin) pueden fácilmente atribuirse al hecho de una experiencia y de un sentido común que, repentinamente, demostraron haber perdido su contacto con la realidad. Contra todo lo que cabía esperar, las concesiones importantes y un prestigio internacional considerablemente realizado no ayudan a reintegrar a los países totalitarios a la comunidad de naciones ni a inducirlos a abandonar su falsa queja de que todo el mundo se halla sólidamente alineado contra ellos. Lejos de impedir esto, las victorias diplomáticas precipitaron claramente su inclinación a los instrumentos de violencia y determinaron en todos los casos un aumento de la hostilidad contra las potencias que se habían mostrado dispuestas al compro-

misio. Estas decepciones sufridas por políticos y diplomáticos hallan su paralelo en las primeras desilusiones de los observadores benevolos y de los simpatizantes respecto de los nuevos Gobiernos revolucionarios. Lo que

ellos esperaban era el establecimiento de nuevas instituciones y la creación de un nuevo código legal que, por revolucionario que fuese en su contenido, conduciría a una estabilización de condiciones y frenaría así el impulso de los movimientos totalitarios al menos en los países donde se habían apoderado del poder. Lo que en vez de eso sucedió fue que el terror aumentó, tanto en la Rusia soviética como en la Alemania nazi, en proporción inversa a la existencia de una oposición política interna, de forma tal que pareció como si la oposición política hubiese sido no el pretexto del terror (como estaban dispuestos a afirmar los acusadores liberales del régimen), sino el último obstáculo a su completa furia.

Aún más inquietante fue el trato que los regímenes totalitarios dispensaron a la cuestión constitucional. En los primeros años de su poder, los nazis desencadenaron un alud de leyes y decretos, pero nunca se molestaron en abolir oficialmente la Constitución de Weimar; incluso dejaron más o menos intacta la Administración civil, hecho que indujo a muchos observadores nativos y extranjeros a esperar que operara como un freno del partido y a que se produjera una rápida normalización del nuevo régimen. Pero cuando llegó a su final esta evolución, con la promulgación de las leyes de Nuremberg, resultó que los mismos nazis no mostraban preocupación alguna por su propia legislación. Más bien existía «solamente el constante progreso hacia campos siempre nuevos», de forma tal que, finalmente, «el objetivo y alcance de la Policía Secreta del Estado», tanto como los de otras instituciones del Estado o del partido creadas por los nazis, no pudieron en manera alguna «hallarse cubiertos por las leyes y

s Es bien sabido que, en Rusia, «la represión de los socialistas y de los anarquistas ha crecido en intensidad en la misma proporción que ha aumentado la pacificación del país» (ANTON CUTICA, *The Russian Enigma* Londres, 1946, p. 24). DEUR-SCHER, *op. cit.*, p. 218, piensa que la razón de la desaparición del «espíritu libertario de la revolución» en el momento de la victoria puede hallarse en un cambio de actitud de los campesinos: se volvieron contra el bolchevismo «tanto más resueltamente cuanto más seguros estaban de que había quedado destruido el «oder de los terratenientes y de los generales blancos». Esta explicación parece más bien dudosa a la vista de las dimensiones que había de asumir el terror a partir de 1930. Además, no tiene en cuenta que el terror total no se desencadenó en la década de los 20, sino en la de los 30, cuando la oposición de las clases campesinas ya no era un factor activo en la situación. También KAUSCHEV (*op. cit.*) señala que las «medidas represivas extremadas» no fueron empleadas contra la oposición durante la lucha contra los trotskistas y los bujarinistas, sino que «la represión, contra ellos comenzó» mucho más tarde, cuando ya hacía largo tiempo que habían sido derrotados.

El terror del régimen nazi alcanzó su cota máxima durante la guerra cuando la nación alemana se hallaba realmente «unida». Su preparación se remonta a 1936, cuando había desaparecido toda resistencia interna organizada y cuando Himmler propuso una expansión de los campos de concentración. Resulta característico este espíritu de opresión, sin relación con la resistencia, en el discurso pronunciado por Himmler en Jarkov en 1943 ante los jefes de las SS: «Sólo tenemos una tarea... realizar sin piedad la lucha racial... Nunca permitiremos que se esfume esa excelente arma, la pavorosa y terrible reputación que nos precedió en las batallas por Jarkov, sino que la proporcionaremos constantemente un nuevo significado» (*Nazi Conspiracy*, IV, -o. 572 y ss.).

reglamentos por ellos promulgados». En la práctica, este estado permanentemente de ilegalidad halló expresión en el hecho de que «ya no se hacían públicos cierto número de reglamentos válidos». Teóricamente, este hecho correspondía a la afirmación de Hitler según la cual «el Estado total no debe conocer diferencia alguna entre la ley y la ética»; por que, si se suponía que la ley válida es idéntica a la ética común y procedía de su conciencia, entonces no existía, desde luego, necesidad alguna de decretar los públicos. La Unión Soviética, donde la Administración civil prevalecería fuera extenuada durante la revolución y donde el régimen prescindió de la escasa atención a las cuestiones constitucionales durante el período de cambio revolucionario, llegó incluso a tomarse la molestia de promulgar una Constitución enteramente nueva y muy elaborada, la de 1936 («un nivel de frases liberales y de asertos con la guillotina al fondo»), acontecimiento que fue jaleado en Rusia y en el exterior como la conclusión del período revolucionario. Sin embargo, la publicación de la Constitución resultó ser el comienzo de la gigantesca superpurga que en casi dos años liquidó la Administración existente y borró todos los rastros de vida normal y de recuperación económica que se habían desarrollado en los cuatro años siguientes a la liquidación de los *kulaks* y que habían operado la colectivización de la población rural. Desde entonces, la Constitución

a Véase THEODOR MAUNZ, *op. cit.*, pp. 5 y 49. Por una observación fortuita de uno de sus juristas constitucionales, puede deducirse cuán poco importaba a los nazis las leyes y reglamentos que ellos mismos habían promulgado y que eran publicados regularmente por W. Hoche bajo el título de *Die Gesetzgebung des Kabinets Hitler* (Berlín, 1933 y ss.). Consideraba Maunz que, pese a la ausencia de un nuevo y amplio orden legal, nunca había tenido lugar una «amplia reforma» (véase «Die deutsche Polizeireform», de ERNST R. HUBER, en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, tomo 101, 1940-1, pp. 273 y ss.).

io MAUNZ, *op. cit.*, p. 49. Por lo que yo sé, Maunz es el único de los autores nazis que ha mencionado esta circunstancia y la ha subrayado suficientemente. Sólo a través de los cinco volúmenes de *Verfügungen, Anordnungen, Bekanntgaben*, que fueron compilados e impresos durante la guerra por la Cancillería del Partido, conforma a las instrucciones de Martin Bormann, es posible obtener un atisbo de esta legislación secreta por la que en realidad era gobernada Alemania. Según el prólogo, los volúmenes se hallaban «destinados solamente para el trabajo interno del Partido y debían ser considerados confidenciales». Cuatro de estos volúmenes, evidentemente «muy raros», comparados con los cuales la compilación de Hoche de la legislación del Gobierno de Hitler es simplemente una fachada, se encuentran en la Biblioteca Hoover.

l Esta fue la «adverencia» del Führer a los juristas en 1933, citada por HANS FRANK, *Nationalsozialistische Leitlinie für ein neues deutsches Strafrecht*, segunda parte, 1936, p. 8.

Deuschera, *op. cit.*, p. 331. Hubo unos primeros intentos de establecer una Constitución en 1918 y en 1924. La reforma constitucional de 1944 bajo la cual algunas repúblicas soviéticas habían de tener sus propios representantes para lograr para la Unión Soviética algunos votos adicionales en las Naciones Unidas.

a Véase DEUSCHERA, *op. cit.*, p. 375. Tras una atenta lectura del discurso de Stalin relativo a la Constitución (su Informe al VIII Congreso Extraordinario de los Soviets el 25 de noviembre de 1936) resulta evidente que nunca fue concebida como definitiva. Stalin declaró explícitamente: «Este es el marco de nuestra Constitución en el momento histórico dado. Así la redacción de la nueva Constitución representa la suma total del camino ya recorrido, la suma total de los logros ya exis-

de 1936 realizó exactamente el mismo papel que el desempeñado por la Constitución de Weimar bajo el régimen nazi: fue completamente marginada, pero jamás abolida. La única diferencia estribó en el hecho de que Stalin pudo permitir un absurdo aún mayor: con la excepción de Vichinsky, todos aquellos que habían elaborado la nunca repudiada Constitución fueron ejecutados como traidores.

Lo que sorprende al observador del Estado totalitario no es ciertamente su estructura monolítica. Al contrario, todos los verdaderos estudiosos del tema se hallan de acuerdo al menos acerca de la coexistencia (o el conflicto) de una autoridad dual, el partido y el Estado. Muchos, además, han subrayado la peculiar «falta de conformación» del Estado totalitario.¹⁴ Thomas Masaryk vio muy pronto que el «llamado sistema bolchevique nunca había sido nada más que una completa ausencia de sistema»¹⁵ y es perfectamente cierto que «incluso un experto se volvería loco si tratara de desvelar las relaciones entre el partido y el Estado» del III Reich.¹⁶ También se ha observado frecuentemente que la relación entre las dos fuentes de la autoridad, entre el Estado y el partido, es de ostensible autarquía, de forma tal que la maquinaria del Gobierno es habitualmente descrita como la fachada carente de poder que oculta y protege al verdadero poder del partido.¹⁷

En otras palabras, la Constitución estaba ya fechada en el momento en que fue anunciada y tenía simplemente un interés histórico. Que ésta no es simplemente una interpretación arbitraria lo demostró Motolov, quien, en su discurso sobre la Constitución, recoge el tema de Stalin y subraya la naturaleza provisional de toda la cuestión. «Hemos realizado la fase primera e inferior del comunismo. Ni siquiera ha sido completada esta primera fase del comunismo, la del socialismo: sólo se ha erigido el armazón de su estructura» (véase *Die Verfassung des Sozialistischen Staates der Arbeiter und Bauern*, Editions Prométhée, Estrasburgo, 1937, págs. 42 y 84).

¹⁴ La vida constitucional alemana queda así caracterizada, en contraste con la de Italia, por su profunda falta de conformación» (FRANZ NEOMANN, *Benemolli*, 1942, apéndice, p. 521).

¹⁵ Cita de BORIS SOUVAINNE, *Stalin: A Critical Survey of Bolshevism*, Nueva York, 1939, p. 693.

¹⁶ STANLEY H. ROSEN, *The House that Hitler Built*, Londres, 1939, p. 72.

¹⁷ El juez Robert H. Jackson, en su discurso de apertura de los procesos de Nuremberg, basó consecuentemente su descripción de la estructura política de la Alemania nazi en la coexistencia de «dos Gobiernos en Alemania —el auténtico y el ostensible. Durante cierto tiempo fueron mantenidas las formas de la República alemana, y éste fue el Gobierno exterior y visible. Pero la verdadera autoridad en el Estado se hallaba al margen y por encima de la ley y descansaba en el cuerpo directivo del Partido Nazi» (*Nazi Conspiracy*, t. 129). Véase también la distinción de ROSENBERG, *op. cit.*, p. 101, entre el partido y un Estado fantasma: «Obviamente, Hitler se inclinaba hacia el aumento de la duplicación de funciones».

Los estudiosos de la Alemania nazi parecen estar de acuerdo en señalar que el Estado sólo poseía una autoridad ostensible. Para la única excepción, véase *The Dual State*, de ERNST FRAENKEL, Nueva York y Londres, 1941, que afirma la coexistencia de un «Estado normativo y un Estado prerrogativo», viviendo en fricción con «partidos competitivos y no complementarios del Reich alemán». Según Fraenkel, el Estado normativo era mantenido por los nazis para la protección del orden capitalista y de la propiedad privada y poseía plena autoridad en todas las cuestiones económicas, mientras que el Estado prerrogativo del partido gobernaba de forma suprema en todas las cuestiones políticas.

Todos los niveles de la maquinaria administrativa del III Reich se hallaban sujetos a una curiosa duplicación de organismos. Con una fantástica perfección, los nazis se aseguraron de que cada función de la Administración del Estado estuviera duplicada por algún órgano del partido¹⁸; la división de Alemania, trazada por la Constitución de Weimar, en Estados y provincias fue duplicada por la división nazi en Gauz, cuyas fronteras, sin embargo, no coincidían, de forma tal que cada localidad pertenecía, incluso geográficamente, a dos unidades administrativas completamente diferentes¹⁹. Y la duplicación de funciones no fue abandonada cuando, después de 1933, nazis relevantes ocuparon los Ministerios oficiales del Estado, cuando Frick, por ejemplo, se convirtió en ministro del Interior o Guertner en ministro de Justicia. Estos antiguos y leales miembros del partido, una vez que iniciaron carreras oficiales al margen del partido, perdieron su poder y se tomaron tan carentes de influencia como otros funcionarios públicos. Ambos se hallaban sometidos a la autoridad de hecho de Himmler, el ascendente jefe de la Policía que normalmente hubiera debido ser un subordinado del ministro del Interior²⁰. Mejor conocido en el exterior fue el destino del antiguo Ministerio alemán de Asuntos Exteriores de la Wilhelmstrasse. Los nazis dejaron su personal casi intacto y desde luego jamás suprimieron el Ministerio; sin embargo, al

¹⁸ «Para las posiciones de poder en el Estado que los nacional-socialistas no pudieron ocupar con su propia gente crearon los correspondientes "organismos fantasmáticos" en su propia organización del Partido, estableciendo de esta manera un segundo Estado junto al Estado...» (KONRAD HEUBER, *Der Fuehrer: Hitler's Rise to Power*, Boston, 1944, p. 616).

¹⁹ Resulta característico (véase Pamphlets on World Affairs, núm. 36, 1940, denotaba su resentimiento por el hecho de que Himmler, jefe de las SS, tuviera un poder superior (véase *Nazi Conspiracy*, III, 547). Interesantes al respecto son las notas de Rosenberg acerca de un debate con Hitler en 1942: antes de la guerra, Rosenberg nunca había desempeñado un cargo del Estado, pero pertenecía al círculo íntimo de Hitler. Ahora que se había convertido en ministro del Reich para los Territorios Ocupados en el Este, se enfrentaba constantemente con las «acciones dirigidas» por otros plenipotenciarios (principalmente hombres de las SS), que le despreciaban por su pertenencia al aparato ostensible del Estado (véase *ibid.*, IV, pp. 63 y 68). Lo mismo le sucedió a Hans Frank, gobernador general de Polonia. Hubo solamente dos casos en los que la obtención de una categoría ministerial no supuso pérdida alguna de poder o de prestigio: el del ministro de Propaganda, Goebbels, y el del ministro del Interior, Himmler. Respecto de Himmler, poseemos un memorándum, presumiblemente del año 1935, que refleja la simplicidad administrativa de los nazis en la regulación de las relaciones entre el partido y el Estado. Este memorándum, que aparentemente surgió del círculo inmediato de Hitler y fue hallado entre la correspondencia del Reichsminister y el Gestapo, contiene una advertencia contra el nombramiento de Himmler como subsecretario del Ministerio del Interior, porque en este caso «ya no podría ser un jefe político» y «quedaría regida las relaciones entre el partido y el Estado. Un Reichsleiter (un alto funcionario del partido) no debe estar subordinado a un Reichsminister (un alto funcionario del Estado)» (Este memorándum, sin fecha y sin firma, y titulado *Die geheime Staatspolitik*, puede ser hallado en los archivos de la Biblioteca Hoover, carpeta P. Wiedemann).

mismo tiempo mantuvieron la Oficina de Asuntos Exteriores del partido, que existía desde antes de la conquista del poder y que era dirigida por Rosenberg²¹, y como esta oficina se había especializado en el mantenimiento de contactos con las organizaciones fascistas en Europa oriental y en los Balcanes, establecieron otro órgano para competir con el Ministerio de la Wilhelmstrasse, el llamado Ribbentrop Büro, que se ocupaba de los asuntos exteriores en Occidente y sobrevivió al nombramiento de su jefe como embajador en Inglaterra, es decir, a su incorporación al aparato oficial de la Wilhelmstrasse. Finalmente, además de estas instituciones del partido, el Ministerio de Asuntos Exteriores recibió otra duplicación bajo la forma de otra oficina de las SS, que era responsable de la negociación con todos los grupos racialmente germánicos de Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda²². Estos ejemplos demuestran que para los nazis la duplicación de organismos era una cuestión de principio, y no sólo un medio para proporcionar puestos a los miembros del partido.

La misma división entre un Gobierno real y uno ostensible se desarrolló desde sus comienzos en la Rusia soviética²³. El Gobierno ostensible surgió originariamente del Congreso Soviético Panruso, que durante la guerra civil perdió su influencia y su poder en beneficio del Partido Bolchevique. Este proceso comenzó cuando el Ejército rojo se tornó autónomo y la Policía Política fue reafirmada como un órgano del partido y no del Congreso de los soviets²⁴, quedó completado en 1925, durante el primer año del secretariado general de Stalin²⁵. Desde entonces, los soviets se convirtieron en el Gobierno fantasma en cuyo centro, a través de las células constituidas por los miembros del Partido, actuaban los representantes del verdadero poder, que eran nombrados por el Comité Central de Moscú y respondían ante él. El punto crucial en el desarrollo ulterior no fue la conquista de los soviets por el partido, sino el hecho de que, «aunque no hubiera presentado dificultades, los bolcheviques no

realizaron la abolición de los soviets y los utilizaron como el símbolo de la coexistencia exterior de su autoridad»²⁶.

La coexistencia de un Gobierno ostensible y de un Gobierno real fue por eso parcialmente resultado de la misma revolución y precedió a la dictadura totalitaria de Stalin. Sin embargo, mientras los nazis retuvieron simplemente la Administración existente y la privaron de todo poder, Stalin tuvo que revivir su Gobierno fantasma, que a comienzos de la década de los años 30 había perdido todas sus funciones y estaba medio olvidado en Rusia; introdujo la Constitución soviética como el símbolo de la existencia, tanto como de la carencia de poder, de los soviets (ninguno de sus párrafos tuvo el más mínimo significado práctico para la vida y para la jurisdicción en Rusia). El Gobierno ruso, ostensible, profundamente carente del atractivo de la tradición, tan necesario para una fachada, precisaba aparentemente del sagrado halo de la ley escrita. El desafío totalitario a la ley y a la legalidad —que va pesar de los grandes cambios... sigue (permaneciendo como) la expresión de un orden constante deseado»²⁷ — encontró en la Constitución escrita soviética o en la nunca repudiada Constitución de Weimar un fondo permanente para su propia ilegalidad, el permanente reto al mundo no totalitario y a sus normas, cuyo desamparo e impotencia podían ser manifestados diametralmente²⁸.

La duplicación de organismos y la división de autoridad, la coexistencia del poder real y del ostensible, son suficientes para crear la confusión, pero no para explicar la «falta de conformación» de toda la estructura. No debería olvidarse que sólo un edificio puede tener una estructura, pero que un movimiento, si la palabra ha de ser tomada tan seriamente y literalmente como la tomaban los nazis, sólo puede tener una dirección, y que cualquier forma de estructura legal o gubernamental puede ser únicamente un obstáculo a un movimiento que está siendo impulsado con creciente velocidad en una determinada dirección. Incluso en la fase previa a la conquista del poder, los movimientos totalitarios representaban a aquellas masas que ya no deseaban vivir en ningún tipo de estructura, fuera cual fuese su naturaleza; masas que habían comenzado a moverse con objeto de rebasar las fronteras legales y geográficas firmemente protegidas por el Gobierno. Por eso, juzgados por nuestras concepciones del Gobierno y de la estructura del Estado, estos movimientos, mientras que se encuentran físicamente limitados a un territorio específico, deben tratar de destruir todas las estructuras, y para esa destrucción voluntaria no

²⁶ Arthur Rosenberg, *op. cit.*, loc. cit.

²⁷ MAONZ, *op. cit.*

²⁸ El profesor R. Hoehn, jurista y *Obersturmbannführer*, expresó esto con las siguientes palabras: «Y hay todavía algo a lo que tienen que acostumbrarse los extranjeros y también los alemanes: es decir, que la tarea de la Policía secreta del Estado... ha sido asumida por una comunidad de personas, originada dentro del movimiento y que sigue enraizada en él. Que cabe mencionar de pasada que el término Policía del Estado no tiene realmente en cuenta este hecho» (*Grundfragen der deutschen Polizei*, Informe sobre la sesión constituyente de la Comisión de la Ley Policial de la Academia del Derecho Alemán, 11 de octubre de 1936, Hamburgo, 1937, con aportaciones de Frank, Himmler y Hoehn).

²¹ Véase el «Brief Report on Activities of Rosenberg's Foreign Affairs Bureau of the Party from 1931 to 1943», *ibid.*, III, pp. 27 y ss.

²² Basada en un decreto del Führer del 12 de agosto de 1942. Véase *Verfügungen, Anordnungen, Bekanntgebungen*, *op. cit.*, núm. A 34/42.

²³ «Tras el Gobierno ostensible existía un Gobierno auténtico», que Víctor KRAVCHENKO (*It Chase Freedom: The Personal Life of a Soviet Official*, Nueva York, 1946, p. 111) vio en el «sistema de la Policía secreta».

²⁴ Véase *A History of Bolshevism*, de Arthur Rosenberg, Londres, 1934, capítulo VI. «Hay, en realidad, dos edificios políticos en Rusia que se alzan paralelos: el Gobierno fantasmal de los Soviets y el Gobierno de hecho del partido bolchevique».

²⁵ Deutscher, *op. cit.*, pp. 255-256, recapitula el informe de Stalin al XII Congreso del Partido sobre el trabajo del departamento de personal durante su primer año en la Secretaría General: «El año anterior sólo el 27 por 100 de los directivos regionales de los Sindicatos eran miembros del partido. Ahora eran comunistas el 57 por 100. El porcentaje de comunistas en la gerencia de las cooperativas ha pasado del 5 al 50 por 100; y en los puestos de mando de las fuerzas armadas, del 16 al 24. Lo mismo sucedió en todas las demás instituciones que Stalin describió como las «correas de transmisión» que unen al partido con el pueblo.»

sería suficiente una simple duplicación de todos los organismos en las instituciones del partido y del Estado. Como la duplicación supone una relación entre la fachada del Estado y el núcleo interno del partido, también esto conduciría eventualmente a algún tipo de estructura en la que las relaciones entre el partido y el Estado acabarían automáticamente en una regulación legal que restringiría y estabilizaba su respectiva autoridad.²⁹

Corrientemente, la duplicación de organismos, en apariencia resultado del problema del partido estatal en todas las dictaduras unipartidistas, es sólo el signo más conspicuo de un fenómeno más complicado que resulta mejor definido como multiplicación de organismos que como duplicación de éstos. Los nazis no se contentaron con establecer *Gaue* junto a las antiguas provincias, sino que también introdujeron muchas otras divisiones geográficas conforme a las diferentes organizaciones del partido: las unidades territoriales de las SA no se correspondían con los *Gaue* ni con las provincias; diferían, además, de las de las SS, y ninguna de ellas correspondía a las zonas en las que se dividían las Juventudes Hitlerianas.³⁰ A esta confusión geográfica debe añadirse el hecho de que la relación original entre el poder real y el ostensible se repetía en todas partes, aunque en una forma siempre variable. El habitante del III Reich de Hitler vivía no sólo bajo las autoridades simultáneas y a menudo en conflicto de los poderes en competencia, tales como la Administración civil, el partido, las SA y las SS; nunca podía hallarse seguro y jamás se le decía explícitamente a qué autoridad debía considerarse por encima de todas las demás. Tenía que desarrollar un tipo de sexto sentido para conocer en un momento dado a quién obedecer y a quién desoir.

Por otra parte, aquellos que tenían que ejecutar órdenes que la jefatura, en interés del movimiento, consideraban como genuinamente necesarias —en contradicción con las medidas gubernamentales, tales órdenes eran, desde luego, exclusivamente confiadas a las formaciones del partido— no se hallaban en mejor situación. Fundamentalmente, tales órdenes eran intencionalmente vagas y formuladas con la esperanza de que quien las recibía reconocería la intención del que expresaba la orden y actuaría

²⁹ Por ejemplo, un intento semejante por circunscribir las responsabilidades separadas y por contrarrestar la «caparuga de autoridades» fue el realizado por HANS FRANK en *Reich und Verwaltung*, 1939, y de nuevo en un discurso bajo el título de *Technik des Staates*, en 1941. Expresó la opinión de que las «garantías legales» no eran «privilegio de los sistemas liberales de gobierno» y que la Administración debería seguir siendo gobernada, como anteriormente, por las leyes del Reich. Precisamente porque Hitler deseaba evitar el programa del partido nacionalsocialista, desde luego fue por lo que nunca reconoció el programa del partido. Se mostraba inclinado a hablar con desprecio del programa del partido nazi. Se mostraba inclinado a hablar con desprecio del programa del partido que formulaban semejantes propuestas, describiéndoles como «eternamente ligadas, al pasado», como personas que son incapaces de saltar sobre su propia sombra» FRANK KERSTEN, *Entwurf und Tote*, Hamburgo.

³⁰ «Los 32 *Gaue*... no coinciden con las regiones administrativas o militares, ni siquiera con las 21 divisiones de las SA, o con las 10 regiones de las SS, o con las 25 zonas de las Juventudes Hitlerianas... Tales discrepancias son aún más notables dado que no existe razón para ellas» (ROBERTS, *op. cit.*, p. 98).

conforme a ello»³¹; porque las formaciones de élite en manera alguna estaban simplemente obligadas a obedecer las órdenes del Führer (esto era, por lo demás, obligatorio para todas las organizaciones existentes), sino a ejecutar la *voluntad* de la jefatura.³² Y, como puede suponerse por los laboriosos procesos concernientes a «excesos» ante los tribunales del partido, esto no era en manera alguna una y la misma cosa. La única diferencia radicaba en que las formaciones de élite, gracias a su adopción de un carácter especial para tales fines, habían sido preparadas para comprender que ciertas «indicaciones significaban más que su simple contenido verbal»³³.

Técnicamente hablando, el movimiento, dentro del aparato de su dominación totalitaria, deriva su movilidad del hecho de que la jefatura designa constantemente el centro real del poder, a menudo, hacia otras organizaciones, pero sin disolver, e incluso ni siquiera denunciar públicamente, a los grupos que han sido así privados de su poder. En el primer período del régimen nazi, inmediatamente después del incendio del Reichstag, las SA eran la verdadera autoridad, y el partido, la autoridad del Reich-

³¹ Documentos de Nüremberg, PS 3063, en el «Centre de Documentation Juive», en París. El documento es un informe del tribunal superior del partido acerca de «acontecimientos y actos de los tribunales del partido relacionados con las manifestaciones antisemitas del 9 de noviembre de 1938». Sobre la base de las investigaciones realizadas por la Policía y por la oficina del fiscal superior, el tribunal llegó a la conclusión de que «códex los jefes del partido deben haber comprendido las instrucciones verbales del Reichsprocurador en el sentido de que, para el exterior el partido no desea aparecer como instigador de la manifestación, pero que en realidad tenía que organizarse y realizarla... El examen de los escatones de mando ha mostrado... que el nacionalsocialista activo, moldeado en la lucha previa a la conquista del poder [Kampfzeit], da por supuesto que las acciones en las que el partido no desea aparecer en el papel de organizador no son ordenadas con inequívoca claridad y hasta el último detalle. Por eso está acostumbrado a comprender que una orden puede significar algo más que su contenido verbal, ya que se ha hecho más o menos rutinario que el que da la orden, en interés del partido... no diga todo y sólo insinúe lo que quiere que se logre mediante la orden... Así, las órdenes —por ejemplo..., que no se debiera culpar al Judio Grünspan, sino a toda la judería, por la muerte del camarada del partido von Rathi..., tendrían que llevarse a cabo... cada hombre de las SA debería saber lo que tenía que hacer— fueron entendidas por cierto número de sujetos en el sentido de que debería derramarse la sangre judía por la sangre del camarada del partido von Rathi...». Es especialmente significativo el final del informe, en el que el tribunal superior del partido señala abiertamente una excepción a estos métodos: «Cuestión muy diferente es, en interés de la disciplina, no debe ser relegada al pasado la orden, que es intencionalmente vaga y que ha sido formulada con la esperanza de que quien la recibía reconocerá la intención del que la da y actúe en esa conformidad». Aquí también hubo personas que, en palabras de Hitler, «fueron incapaces de saltar sobre su propia sombra» e insistieron en medidas legislativas porque no comprendían que la ley suprema no era la orden, sino la *voluntad* del Führer. Resulta particularmente clara la diferencia entre la mentalidad de las formaciones de élite y las de los organismos del partido.

³² BERT (*op. cit.*) lo expresa de esta forma: «Mientras que las policías ejecutan la voluntad de la jefatura están actuando dentro de la ley; si es transgredida la voluntad de la jefatura, no es la Policía, sino un miembro de la Policía el que ha cometido una violación».

³³ Véase nota 31.

sible; el poder se desplazó después de las SA a las SS y, finalmente, de las SS al Servicio de Seguridad³⁴. El hecho es que ninguno de los órganos del poder llegó a ser siquiera privado de su derecho a pretender que encarnaba la voluntad del jefe.³⁵ Pero no sólo era la voluntad del jefe tan inestable que en comparación con ella los caprichos de los déspotas orientales son un brillante ejemplo de firmeza; la división consistente y siempre cambiante entre la autoridad real secreta y la representación abierta y ostensible convertían a la sede real del poder en un misterio por definición, y ello hasta tal grado que los mismos miembros de la camarilla dominante no podían estar nunca absolutamente seguros de su propia posición en la jerarquía secreta del poder. Alfred Rosenberg, por ejemplo, a pesar de su larga carrera en los cargos y de su impresionante acumulación de poder ostensible y de cargos en la jerarquía del partido, todavía hablaba de la creación de una serie de Estados en Europa oriental como muralla de seguridad frente a Moscú en una época en que los investidos del verdadero poder ya habían decidido que ninguna estructura estatal sucedería a la derrota de la Unión Soviética y que la población de los territorios ocupados del Este carecería definitivamente de Estado y por ello podría ser exterminada³⁶. En otras palabras, como el conocimiento de aquel a quien hay que obedecer y un asentamiento comparativamente permanentemente de la jerarquía introducirían un elemento de estabilidad que está esencialmente ausente de la dominación totalitaria, los nazis repudiaban constantemente la autoridad real allí donde surgía a la luz y creaba nuevos ejemplos de Gobiernos, comparados con los cuales el antiguo se convertía en un Gobierno fantasma —juego que, como es lógico, podía continuar indefinidamente. Una de las diferencias técnicas más importantes entre el sistema soviético y el nacionalsocialista es que Stalin, allí donde desplazaba el énfasis del poder de un aparato a otro, tendía a liquidar al aparato junto con su personal, mientras que Hitler, a pesar de sus desdichados comentarios acerca de personas que «son incapaces de saltar sobre

³⁴ En 1935, tras el incendio del Reichstag, «los jefes de las SA eran más poderosos que los *Gauleiter*. También negaron obediencia a Goebbels». Véase la declaración jurada de Rumpohr-Dreiss en *Nazi Conspiracy*, V, p. 224. Véase la declaración política hecha bajo Goerring.

³⁵ Obviamente, las SA acusaron su pérdida de categoría y de poder dentro de la jerarquía nazi y trataron desesperadamente de guardar las apariencias. En sus publicaciones —*Der SA-Mann*, *Das Archiv*, etc.— pueden hallarse muchas indicaciones, veladas y claras, de su impotente rivalidad con las SS. Más interesante es el hecho de que Hitler todavía en 1936, cuando las SA habían perdido ya su poder, las tranquilizara en un discurso: «Todo lo que sois lo sois por mí, y todo lo que yo soy, solamente lo soy por vosotros.» Véase *ENNST BAYER, Die SA*, Berlín, 1938. Citas de *Nazi Conspiracy*, IV, p. 782.

³⁶ Compárese el discurso de Rosenberg en junio de 1941: «Creo que nuestra tarea política consistirá en... organizar a estos pueblos en ciertos tipos de cuerpos políticos... y en constituirlos contra Moscú», con el «Memorandum sin fecha para la administración de los territorios ocupados del Este»: «Con la disolución de la URSS tras su derrota, no quedará ningún cuerpo político en los territorios del Este, y por eso... no quedará nacionalidad para su población» (*Trial of the Major War Criminals*, Nuremberg, 1947, XXVI, pp. 616 y 604, respectivamente).

sus propias sombras»³⁷, se mostraba perfectamente deseoso de continuar utilizando estas sombras, aunque fuera en otra función.

La multiplicación de organismos resultó extremadamente útil para el constante desplazamiento del poder; cuanto más tiempo, además, permanece en el poder un régimen totalitario mayor es el número de organismos y la posibilidad de puestos exclusivamente dependientes del movimiento, dado que no es suprimido ningún organismo al ser liquidada su autoridad. El régimen nazi comenzó esta multiplicación con una coordinación inicial de todas las asociaciones, sociedades e instituciones existentes. Lo interesante en esta manipulación de alcance nacional fue que la coordinación no significó la incorporación a las respectivas organizaciones del partido ya existentes. El resultado fue que hasta el final del régimen no hubo una, sino dos organizaciones estudiantiles nacionalistas, dos organizaciones femininas nazis, dos organizaciones de profesores universitarios, dos de abogados, dos de médicos, etc.³⁸ No era en manera alguna seguro que en todos los casos fuera la organización originaria del partido más poderosa que su contrapartida coordinada³⁹. Nadie podía predecir con seguridad qué órgano del partido se alzaría dentro de las filas de la jerarquía interna del partido⁴⁰.

Un ejemplo clásico de esta deliberada falta de conformación sucedió en la organización del antisemitismo científico. En 1933 se fundó en Múnich un instituto para el estudio de la cuestión judía («Institut zur Erforschung der Judenfrage»), que, dado que la cuestión judía había presuntamente determinado toda la historia alemana, amplió rápidamente sus dimensiones hasta convertirse en un instituto de investigaciones sobre la

³⁷ *Hitlers Tischgespräche*, Bonn, 1951, p. 213. Hitler se refiere a algunos altos funcionarios nazis que abrigaban reservas acerca del asesinato sin remordimiento de aquellos a los que describía él como «chatarra humana» [*Gesetz*] (véase pp. 248 y siguientes).

³⁸ Por lo que se refiere a la variedad de organizaciones superpuestas del partido, véase *Kang- und Organisationsliste der NSDAP*, Stuttgart, 1947, y *Nazi Conspiracy*, I, p. 178, que distingue cuatro categorías principales: 1. *Gliederungen der NSDAP*, existentes antes de la subida al poder; 2. *Angeschlossene Verbände der NSDAP*, que comprenden aquellas sociedades que habían sido coordinadas; 3. *Beitragende Organisationen der NSDAP*; y 4. *Weitere nationalsozialistische Organisationen*. Casi en cada categoría se puede encontrar una diferente organización estudiantil, femenina, de maestros y de trabajadores.

³⁹ La siguiente organización de obras públicas, dirigida por Todt y más tarde por Albert Speer, fue creada por Hitler al margen de todas las jerarquías y afiliaciones del partido. Puede que esta organización fuera utilizada contra la autoridad del partido e incluso de las organizaciones policíacas. Resulta notable que Speer pudiera arriesgarse a señalar a Hitler (durante una conferencia en 1942) la imposibilidad de organizar la producción bajo el régimen de Himmler y que incluso llegara a pedir jurisdicción sobre el trabajo esclavo y los campos de concentración. Véase *Nazi Conspiracy*, I, pp. 916-917.

⁴⁰ Sociedad tan innova y carente de importancia como, por ejemplo, la NSKK (organización de automovilistas nacionalsocialistas, fundada en 1930), se vio en repente abanzada, en 1933, al status de una formación de élite, compartiendo con las SA y las SS el privilegio de ser una unidad de afiliación independiente dentro del partido. Nada siguió a este ascenso en la jerarquía nazi. Retrospectivamente, todo parece una vana amenaza a las SA y a las SS.

historia moderna de Alemania. Dirigido por el bien conocido historiador Walter Frank, transformó las facultades tradicionales en cátedras de enseñanza ostensible o simples fachadas. En 1940 se fundó en Francfort otro instituto para el estudio de la cuestión judía, bajo la dirección de Alfred Rosenberg, cuyo nivel como miembro del partido era considerablemente elevado. El instituto de Munich, en consecuencia, fue relegado a una existencia fantasmal. Se suponía que la institución de Francfort y la de Munich era la que había de recibir los tesoros del saqueo de las colecciones de los judíos europeos y la que había de convertirse en sede de una amplia biblioteca sobre el judaísmo. Sin embargo, cuando unos pocos años más tarde llegaron realmente a Alemania estas colecciones, sus más preciados ejemplares no fueron a Francfort, sino a Berlín, donde fueron recibidos por el departamento especial de la Gestapo de Hitler para la liquidación (y no simplemente el estudio) de la cuestión judía, que era dirigido por Eichmann. Ninguna de las instituciones anteriores llegó a ser suprimida, de forma tal que en 1944 la situación era ésta: tras la fachada de los departamentos universitarios de Historia se alzaba amenazador el poder más real del instituto de Munich; tras éste se elevaba el instituto de Rosenberg, en Francfort, y sólo tras estas tres fachadas, oculto y protegido por ellas, descansaba el centro real de la autoridad, el *Reichssicherheitshauptamt*, una división especial de la Gestapo.

La fachada del Gobierno soviético, a pesar de su Constitución escrita, es aún menos impresionante, erigida aún más exclusivamente para la observación exterior que la Administración del Estado que los nazis heredaron de la República de Weimar y que conservaron. Careciendo de la acumulación original de organismos en el período de coordinación, el régimen soviético se apoya aún más en la constante creación de nuevos organismos para colocar en la sombra a los antiguos centros de poder. El gigantesco aumento del aparato burocrático inherente a este método fue frenado por una repetida liquidación mediante las purgas. Sin embargo, también en Rusia podemos distinguir al menos tres organizaciones estrictamente separadas: el aparato soviético o estatal, el aparato del partido y el aparato de la NKVD, cada uno de los cuales tiene su propio departamento independiente de Economía, un departamento político, un Ministerio de Educación y Cultura, un departamento militar, etc.⁴¹

En Rusia, el poder ostensible de la burocracia del partido contra el poder real de la Policía Secreta corresponde a la duplicación originaria del partido y del Estado, tal como se conoció en la Alemania nazi, y la multiplicación se torna evidente sólo en la misma Policía Secreta, que es una red extremadamente complicada y completamente ramificada de agentes, dentro de la cual a un departamento se le asigna una tarea de supervisar y espiar la de otro. Cada empresa de la Unión Soviética cuenta con su departamento especial de la Policía Secreta, que espía indirectamente a los miembros del partido y al personal ordinario. Coexisten-

⁴¹ F. Beck y W. Gonn, *Russian Purge and the Extractions of Confession*, 1951, página 155.

te con este departamento hay otra división de la Policía en el mismo partido, que también vigila a todo el mundo, incluyendo a los agentes de la NKVD, y cuyos miembros no son conocidos de la organización rival. Además de estas dos organizaciones de espionaje hay que contar con los sindicatos en las fábricas, que deben vigilar que los trabajadores cumplan las cuotas prescritas. Mucho más importante, sin embargo, que estos aparatos es «el departamento especial» de la NKVD, que representa «una NKVD dentro de la NKVD», es decir, una Policía Secreta dentro de la Policía Secreta.⁴² Todos los informes de estas organizaciones policíacas en competencia acaban en el Comité Central de Moscú y en el Politburó. Allí se decide cuál de los informes es el decisivo y a qué división policíaca se le confiarán las respectivas medidas policíacas. Ni el habitante medio del país ni ninguno de los departamentos de Policía conoce, desde luego, cuál será la decisión; hoy puede ser la división especial de la NKVD; mañana, la red de agentes del partido; al día siguiente pueden ser los Comités locales o alguna de las organizaciones regionales. Entre todos estos departamentos no existe una jerarquía legalmente enraizada del poder o de la autoridad; la única cerridumbre es que, eventualmente, uno de ellos será elegido para encarnar «la voluntad de la faztadura».

La única regla de la que todo el mundo puede estar seguro en un Estado totalitario es que, cuanto más visibles son los organismos del Gobierno, menor es su poder, y que cuanto menos se conoce una institución, más poderosa resultará ser en definitiva. De acuerdo con esta norma, los soviets, reconocidos por una Constitución escrita como la más alta autoridad del Estado, tienen menos poder que el Partido Bolchevique; el Partido Bolchevique, que recluta abiertamente a sus afiliados y es reconocido como la clase dominante, tiene menor poder que la Policía Secreta; el poder auténtico comienza donde empieza el secreto. A este respecto, los Estados nazi y bolchevique eran muy parecidos. Su diferencia descansaba principalmente en la monopolización y en la centralización de los servicios secretos policíacos en Hitler, por una parte, y, por otra, en el haz de actividades policíacas aparentemente no relacionadas ni conectadas, en Rusia.

Si consideramos el Estado totalitario exclusivamente como un instrumento de poder y dejamos al margen los aspectos de su eficiencia administrativa, su capacidad industrial y su productividad económica, entonces su falta de conformación resulta ser un instrumento idealmente apto para la realización del llamado principio del jefe. Una continua competencia entre organismos que no sólo tienen funciones superpuestas, sino que se hallan encargados de idénticas tareas⁴³, no deja casi ninguna posibilidad

⁴² *Ibid.*, pp. 159 y ss. Según otros informes, existen diferentes ejemplos de la vacilante multiplicación del aparato de la Policía soviética, principalmente las asociaciones locales y regionales de la NKVD, que trabajan independientemente unas de otras y que tienen su configuración en las redes locales y regionales de agentes del partido. Corresponde a la naturaleza de las cosas el hecho de que conozcamos de las condiciones rusas considerablemente menos que lo que conocemos de la Alemania nazi, especialmente por lo que se refiere a detalles organizativos.

⁴³ Según el testimonio de uno de sus antiguos subordinados (*Nazi Conspiracy*, V.1, p. 461), era «especialidad de Himmler dar una tarea a dos personas diferentes».

de ser efectivos a la oposición o al sabotaje; un rápido desplazamiento en el énfasis que reteege a un organismo a la sombra y eleve a otro a la autoridad puede resolver todos los problemas sin que nadie llegue a ser consciente del cambio o del hecho de que haya existido oposición, siendo ventajosa adicional del sistema la probabilidad de que el organismo en competencia jamás llegue a conocer su derrota, dado que no es suprimido en absoluto (como en el caso del régimen nazi) o es liquidado mucho más tarde, sin relación aparente alguna con la cuestión específica. Esto puede realizarse aún más fácilmente dado que nadie, excepto los pocos iniciados, conoce la relación exacta entre las autoridades. Sólo de vez en cuando el mundo no totalitario capta un atisbo de estas condiciones, como, por ejemplo, cuando un alto funcionario en el exterior confiesa que un oscuro empleado administrativo de una embajada era su superior inmediato. En retrospectiva, es a menudo posible determinar por qué ocurrió semejante pérdida de poder o, más bien, lo que en definitiva sucedió. Por ejemplo, no es difícil de comprender hoy por qué, cuando estalló la guerra, personas como Alfred Rosenberg o Hans Frank fueran destinadas a cargos del Estado y eliminadas así del verdadero centro del poder, es decir, del círculo íntimo del Führer.⁴⁴ Lo importante es que no solamente no conocían las razones de semejantes actos, sino que, presumiblemente, ni siquiera sospecharon que, puestos en apatencia tan relevantes como el de gobernador general de Polonia o el de ministro del Reich para todos los territorios orientales, no significaban la cota máxima, sino el final de sus carreras en el nacionalsocialismo. El principio del jefe no establece una jerarquía en el Estado totalitario en grado diferente a como actúa en el movimiento totalitario; la autoridad no se filtra desde arriba a través de capas sucesivas hasta llegar a la base del cuerpo político, tal como sucede en los regímenes autoritarios. La razón de hecho es que no existe jerarquía sin autoridad y que, a pesar de los numerosos errores relativos a la llamada «personalidad autoritaria», el principio de la autoridad es en todos los aspectos importantes diametralmente opuesto al de la dominación totalitaria. Al margen por completo de sus orígenes en la historia romana, la autoridad, cualquiera que sea su forma, siempre significa una restricción o una limitación de la libertad, pero nunca su abolición. La denominación totalitaria, empero, se orienta a la abolición de la libertad, incluso a la eliminación de la espontaneidad humana en general, y en forma alguna a una restricción de la libertad por tránica que sea. Técnicamente, esta ausencia de cualquier autoridad o jerarquía en el sistema totalitario se advierte en el hecho de que entre el poder supremo (el Führer) y los do-

⁴⁴ En el ya mencionado discurso (véase nota 29), Hans Frank mostró que hasta cierto punto deseaba estabilizar el movimiento, y sus numerosas quejas como gobernador general de Polonia atestiguan una completa falta de comprensión de las tendencias deliberadamente antitotalitarias de la política nazi. No puede comprender por qué los pueblos sometidos son exterminados en vez de explotados. Rosenberg, a los ojos de Hitler, era racionalmente inseguro, porque pretendía establecer Estados satélites en los territorios conquistados del Este y no comprendía que la política demográfica de Hitler se orientaba hacia el despoblamiento de estos territorios.

minados no existen niveles fiebles de intervención, cada uno de los cuales habría de recibir su debida proporción de autoridad y de obediencia. La voluntad del Führer puede ser encarnada en todas partes y en todo momento, y él no está ligado a ninguna jerarquía, ni siquiera a la que pudo haber establecido él mismo. Por eso no es exacto decir que el movimiento, tras haberse apoderado del poder, funda una multiplicidad de principados en cuyos territorios cada pequeño jefe es libre de hacer lo que le plazca y de imitar al gran jefe de la cumbre.⁴⁵ La afirmación de que «el partido es la orden de los Führers»⁴⁶ era una simple mentira. De la misma manera que la multiplicación infinita de organismos y la confusión de la autoridad conducen a una situación en la que cada ciudadano se siente directamente enfrentado con la voluntad del jefe, que arbitrariamente escoge el órgano ejecutante de sus decisiones, así el millón y medio de Führers en todo el III Reich⁴⁷ sabían muy bien que su autoridad se derivaba principalmente de Hitler, sin intervención de los sucesivos niveles de una jerarquía operante.⁴⁸ La dependencia directa era real, y la jerarquía operante, desde luego de importancia social, era una imitación ostensible y espúrea de un Estado autoritario.

El monopolio absoluto del poder y de la autoridad que posee el jefe es más evidente en la relación entre él y el dirigente de su Policía, que en un Estado totalitario ocupa la posición pública más poderosa. Sin embargo, a pesar del enorme material y del poder organizador que tiene a su disposición como jefe de un verdadero ejército policíaco y de todas las formaciones de élite, el jefe de la Policía, aparentemente, ni siquiera se halla en situación de apoderarse del poder y de convertirse en dominador del país. Así, antes de la caída de Hitler, Himmler nunca soñó con rozar la reivindicación de la jefatura de Hitler⁴⁹ y jamás fue propuesto como sucesor de Hitler. Aún más interesante en este contexto es el fatídico in-

⁴⁵ La noción de una división en «pequeños principados» que formaban una pirámide de poder al margen de la Ley con el Führer en la cima» es de Robert H. Jackson. Véase cap. XII de *Nazi Conspiracy*, II, pp. 1 y ss. Para impedir el establecimiento de semejante Estado autoritario, Hitler, en fecha tan temprana como 1934, promulgó el siguiente decreto del partido: «La fórmula de tratamiento *Mein Führer* queda reservada exclusivamente para el Führer. Por ello, prohibo a todos los sujetos del NSDAP que permitan que se les dé tratamiento de *Mein Reichsteilhaber*, etc., bien de palabra o por escrito. La forma de tratamiento de *Mein Reichsteilhaber* [Parteilagerosse, camarada del partido]... o *Gauleiter*, etc.» Véase *Verfügungen, Anordnungen, Bekanntgaben, op. cit.*, decreto del 20 de agosto de 1934.

⁴⁶ Véase el *Organisationsbuch der NSDAP*.

⁴⁷ Véase el mapa 14 en el vol. III de *Nazi Conspiracy*.

⁴⁸ Todos los juramentos en el partido, así como en las formaciones de élite, eran formulados en nombre de Adolfo Hitler.

⁴⁹ El primer paso de Himmler en esta dirección se produjo en el otoño de 1944, cuando, por su propia iniciativa, ordenó que fueran desmanteladas las instalaciones de gas en los campos de exterminio y que se detuvieran las matanzas masivas. Esta fue su forma de iniciar negociaciones de paz con las potencias occidentales. Resulta suficientemente interesante que, al parecer, Hitler nunca fuera informado de tales preparativos; se supone que nadie se atrevió a decirle que se había renunciado ya a uno de sus más importantes fines bélicos. Véase *Briefvärtter de la hante*, de LEON POLJAKOV, 1951, p. 232.

tento de Beria por lograr el poder tras la muerte de Stalin. Aunque Stalin jamás había permitido a ninguno de sus jefes de la Policía disfrutar de una situación comparable a la de Himmler durante los últimos años de la dominación nazi, Beria disponía también de fuerzas suficientes para desafiar la dominación del partido tras la muerte de Stalin, ocupando simplemente todo Moscú y todos los accesos al Kremlin; nadie, excepto el Ejército rojo, hubiera podido haber impedido su reivindicación del poder, y ello habría conducido a una sangrienta guerra civil cuyo resultado en manera alguna hubiera sido seguro. Lo cierto es que Beria abandonó voluntariamente todas sus posiciones sólo unos pocos días después, aunque debiera haber sabido que perdería la vida por haberse atrevido durante unos días a desplegar el poder de la Policía contra el poder del partido.⁵⁰

Esta falta de poder absoluto no impide, desde luego, al jefe de la Policía organizar su aparato de acuerdo con los principios del poder totalitario. Así resulta notable ver cómo Hitler, tras su nombramiento, comenzó la reorganización de la Policía alemana introduciendo en el ya centralizado aparato de la Policía secreta la multiplicación de organismos, es decir, aparentemente, hizo lo que todos los expertos del poder, anteriores a los regímenes totalitarios, hubieran considerado como una descentralización proclive a una disminución del poder. Al servicio de la Gestapo, Himmler añadió primeramente el Servicio de Seguridad, en un principio una división de las SS y fundado como organismo de policía en el seno del partido. Mientras que las oficinas principales de la Gestapo y del Servicio de Seguridad se hallaban eventualmente centralizadas en Berlín, las sucursales regionales de estos dos grandes servicios secretos conservaron sus identidades separadas y cada una informaba directamente a la propia oficina de Himmler en Berlín.⁵¹ En el curso de la guerra, Himmler añadió dos nuevos servicios de información: uno, constituido por los llamados inspectores, que se suponía que habían de coordinar y controlar el Servicio de Seguridad con la policía y que se hallaban sujetos a la jurisdicción de las SS; el segundo era un organismo de información específicamente militar, que actuaba independientemente de las fuerzas militares del Reich y que finalmente logró absorber al propio Servicio de Información del Ejército.⁵²

La completa ausencia de revoluciones palaciegas, triunfantes o fracasadas, es una de las más notables características de las dictaduras totalitarias (con una excepción, ningún nazi insatisfecho tomó parte en la conspiración militar contra Hitler de julio de 1944). En la superficie, el principio del jefe parece invitar a sangrientos cambios del poder personal sin un cambio de régimen. Este no es más que uno de los muchos indicios de que la forma totalitaria de gobierno tiene muy poco que ver con el ansia de poder o incluso con el deseo de una máquina generadora de po-

⁵⁰ Para los acontecimientos que siguieron a la muerte de Stalin, véase *American in Russia*, de HARRISON E. SALISBURY, Nueva York, 1955.

⁵¹ Véase el excelente análisis de la estructura de la Policía nazi en *Nazi Conspiracy*, II, pp. 250 y ss., p. 256.

⁵² *Ibid.*, p. 252.

der, con el juego del poder por el poder que fue característico de las últimas fases de la dominación imperialista. Técnicamente hablando, sin embargo, es una de las más importantes indicaciones de que el Gobierno totalitario, pese a todas las apariencias, no es la dominación de una camarilla o de una banda.⁵³ Las pruebas de la dictadura de Hitler, tanto como las de la dictadura de Stalin, señalan claramente el hecho de que el aislamiento de individuos atomizados no sólo proporciona la masa básica para la dominación totalitaria, sino que afecta a todos los que podían afirmar que pertenecían a la camarilla dominante y desplazó una vez y otra a los miembros del Politburó siempre que se hallaba a punto de consolidarse una camarilla. Hitler destruyó en la Alemania nazi a las camarillas con medios menos drásticos: la única purga sangrienta fue la dirigida contra la camarilla de Röhm, que, desde luego, se mantenía firmemente unida gracias a la homosexualidad de sus miembros constantes de poder y de autoridad y los desplazamientos frecuentes de los íntimos de su círculo inmediato, de forma tal que se evaporó rápidamente la antigua solidaridad entre quienes habían llegado al poder con él. Parece obvio, además, que la monstruosa infidelidad que es descrita con trazos casi idénticos como el rasgo sobresaliente de los caracteres de Hitler y de Stalin no les permitía presidir nada tan duradero y durable como una camarilla. Pese a todo, el hecho es que no existe interrelación entre quienes desempeñan cargos; no se hallan ligados por un *status* igual en una jerarquía política o por la relación entre superiores e inferiores, ni siquiera por las inciertas lealtades de los *gangsters*. En la Rusia soviética todo el mundo sabe que el jefe superior de un gran complejo industrial, al igual que el ministro de Asuntos Exteriores, puede ser degradado cualquier día hasta el más bajo *status* social y político y reemplazado en su puesto por un perfecto desconocido. Por otra parte, la complicidad de los *gangsters*, que desempeñó algún papel en las primeras fases de la dictadura nazi, pierde toda su fuerza cohesiva porque el totalitarismo utiliza su poder precisamente para difundir esta complicidad a través de la población hasta haber organizado la delincuencia de todo el pueblo bajo su dominio.⁵⁴

La ausencia de una camarilla dominadora ha hecho especialmente desconcertante e inquietante la cuestión de la sucesión del dictador totalitario.

⁵³ FRANZ NEUMANN, *op. cit.*, pp. 251 y ss., duda de «si Alemania puede ser llamada un Estado. Es más una banda en la que los jefes se ven obligados a aserirse después de no estar de acuerdo». Las obras de Konrad Heiden resultan representativas de la teoría del Gobierno mediante una camarilla. Con respecto a la formación de las camarillas en torno de Hitler, resultan completamente ilustrativas *The Bornemann Letters*, publicadas por Trevor-Roper. En el proceso de los médicos («Los Estados Unidos contra Karl Brandt y otros», sesión del 13 de mayo de 1947), Victor Brack declaró que, en fecha tan temprana como 1935, Bornemann, actuando sin duda conforme a órdenes de Hitler, había comenzado a organizar un grupo de personas que se hallaba por encima del Estado y del partido.

⁵⁴ Compárese con la contribución de la autora al debate del problema de la culpabilidad alemana: «Organized Guilt», en *Jewish Frontier*, enero de 1945.

rio. Es cierto que este tema ha obsesionado a todos los usurpadores, y resulta completamente característico que ninguno de los dictadores totalitarios haya recurrido al antiguo sistema de establecer una dinastía y de designar sucesores a sus hijos. Frente a los numerosos y por eso autodestructores nombramientos de Hitler se alza el método de Stalin, que hizo de la sucesión uno de los más peligrosos honores en la Unión Soviética. Bajo las condiciones totalitarias, el conocimiento del laberinto de las correas de transmisión iguala al poder supremo, y cada sucesor designado que llega a saber lo que está sucediendo es automáticamente permanente presupondría tiempo. Una designación válida y relativamente permanente presupondría además la existencia de una camarilla cuyos miembros compartirían con el jefe el monopolio del conocimiento de lo que está sucediendo y que es algo que el jefe debe evitar por todos los medios. Hitler explicó una vez en sus propios términos a los jefes supremos de la Wehrmacht que, en medio del torbellino de la guerra, se preocupaban presumiblemente de este problema: «Como factor último, yo debo, con toda modestia, declarar irreemplazable a mi propia persona... El destino del Reich depende solamente de mí»⁵⁵. No hay necesidad de apreciar ironía alguna en la palabra modestia; el jefe totalitario, en marcado contraste con todos los anteriores usurpadores, déspotas y tiranos, parece creer que la cuestión de su sucesión no es excesivamente importante, que no se requieren para ocupar el puesto cualidades o preparación especiales, que eventualmente el país obedecerá a cualquiera que resulte haber obtenido la designación como sucesor en el momento de su muerte y que ningún rival sediento de poder le disputará su legitimidad⁵⁶.

Como técnicas de gobierno, los recursos totalitarios parecen simples e ingenuamente eficaces. No sólo aseguran un absoluto monopolio del poder, sino una certidumbre sin paralelo de que todas las órdenes serán ejecutadas; la multiplicidad de las correas de transmisión, la confusión de la jerarquía, afirman la completa independencia del dictador respecto de todos sus inferiores y hacen posibles los rápidos y sorprendentes cambios de po-

⁵⁵ En un discurso pronunciado el 23 de noviembre de 1939, cita de *Trial of Major War Criminals*, vol. 26, p. 352. Que esta afirmación era más que una casual aberración histórica, resulta evidente gracias al discurso de Himmler (la transcripción estenográfica puede hallarse en los archivos de la Biblioteca Hoover, carpeta Himmler, legajo 352) en la conferencia de jefes en Posen en marzo de 1944. Dijo: «¿Qué valores podemos colocar en las escalas de la Historia? El valor de nuestro pueblo... El segundo, y yo diría que aún más grande valor, es la persona única de nuestro Führer, Adolf Hitler... que, por vez primera al cabo de dos mil años... fue enviado a la raza germánica como un gran jefe.»

⁵⁶ Véanse las declaraciones de Hitler sobre esta cuestión en *Hitlers Tischgespräche*, pp. 253 y ss.: «El nuevo Führer tendrá que ser elegido por un «senado»; el principio determinante para la elección del Führer debe ser el de que no se interrumpa ningún debate entre las personalidades participantes en el elección durante la duración del proceso. En un plazo de tres horas, la Wehrmacht, el partido y todos los funcionarios civiles tendrían que prestar nuevo juramento. «No se hacen ilusiones sobre el hecho de que en esta elección del jefe supremo del Estado pudiera no hallarse siempre al timón del Reich una relevante personalidad de Führer.» Pero esto no suponía un peligro, «mientras que la maquinaria general funciona adecuadamente».

ítica por los que se ha hecho famoso el totalitarismo. El cuerpo político del país se halla a prueba de choques por obra de su falta de conformación. Las razones por las que jamás fue antieralmente ensayada tan extraordinaria eficiencia son tan simples como el mismo recurso. La multiplicación de organismos destruye todo sentido de responsabilidad y competencia; no supone tan sólo un aumento tremendamente abrumador e improductivo de la Administración, sino que realmente obstaculiza la productividad, porque las órdenes contradictorias retrasan constantemente el trabajo real hasta que decide la cuestión la orden del jefe. El fanatismo de los dirigentes de la élite, absolutamente esencial para el funcionamiento del movimiento, elimina sistemáticamente todo interés genuino por tareas específicas y produce una mentalidad que considera a cada acción concebible como un instrumento para algo completamente diferente⁵⁷. Y esta mentalidad no queda limitada a la élite, sino que gradualmente penetra en toda la población, cuya vida y cuya muerte en sus más íntimos detalles dependen de decisiones políticas; es decir, de causas y de motivos ulteriores que nada tienen que ver con la acción concreta. Los traslados, degradaciones y ascensos constantes hacen imposible un seguro trabajo en equipo e impiden el desarrollo de la experiencia. Económicamente hablando, el trabajo esclavo fue un lujo que Rusia no debería haber podido permitirse. En un tiempo de aguda escasez de experiencia técnica, los campos de concentración estaban llenos de «ingenieros altamente calificados (que) compete por el derecho a desempeñar empleos de fontaneros, por reparar relojes, por ser electricistas o por hacer tendidos telefónicos»⁵⁸. Pero entonces, desde un punto de vista puramente utilitario, los rusos no podrían haberse permitido las purgas de los años 30, que interrumpieron una recuperación económica largo tiempo esperada, o la destrucción física del Estado Mayor del Ejército Rojo, que casi determinó una derrota en la guerra ruso-finlandesa.

En Alemania, las condiciones eran diferentes en grado. Al comienzo, los nazis mostraron una cierta tendencia a conservar la experiencia técnica y administrativa, a permitir los beneficios de las empresas y a dominar económicamente sin excesivas interferencias. En el momento en que estalló la guerra, Alemania no se hallaba completamente totalitarizada, y si se acepta la preparación para la guerra como un motivo racional, debe admitirse que, hasta aproximadamente el año 1942, a su economía se le permitía funcionar más o menos racionalmente. En sí misma, la prepara-

⁵⁷ Uno de los principios orientadores para las SS formulado por el propio Himmler dice así: «No existe ninguna tarea por sí misma.» Véase *Die SS. Geschichte, Aufgabe und Organisation der Schutzstaffel der NSDAP*, de GÜNTER D'ALQUEN, 1939, en *Schritten der Hochschule für Politik*.
⁵⁸ Véase *Forced Labor in Russia*, de DAVID J. DALLIN y BORIS I. NICOLAEVSKI, 1947, que señala también que durante la guerra, cuando la movilización creó un agudo problema de mano de obra, el índice de mortalidad en los campos fue durante un año de un 40 por 100 aproximadamente. Estimán, en general, que la producción de un trabajador en los campos es inferior a la mitad de un trabajador libre.

ción para la guerra no es antilitaria, a pesar de sus costes prohibitivos⁵⁹, porque, desde luego, puede ser mucho «más barato apoderarse de la riqueza y de los recursos de otras naciones por la conquista que comprarlos de países extranjeros o producirlos en el interior»⁶⁰. Las leyes económicas de la inversión y de la producción, de estabilización de ganancias y beneficios y de agotamiento no tienen aplicación si en cualquier caso uno trata de reponer la exhausta economía doméstica mediante el botín de otros países, es completamente cierto, y los simpatizantes alemanes eran perfectamente conscientes de ello, que el famoso *slogar* nazi de «o cañones o mantecillas» significaba realmente «mantecilla por medio de los cañones»⁶¹. Pero fue en 1942 cuando las normas de la dominación totalitaria comenzaron a imponerse a todas las demás consideraciones.

La radicalización comenzó inmediatamente después del estallido de la guerra. Puede llegarse incluso a conjeturar que una de las razones de Hitler para provocar esta guerra fue el que le permitía acelerar la evolución de una forma que hubiera resultado impensable en tiempo de paz⁶². Sin embargo, lo notable en este proceso es que en manera alguna quedó frenado por una derrota tan quebrantadora como la de Stalingrado, y que el peligro de la pérdida de la guerra constituyó sólo otro incentivo para lanzar por la borda todas las consideraciones utilitarias y emprender un esfuerzo general para hacer realidad, a través de una organización implaceable y total, los objetivos de la ideología racial totalitaria, por corto que fuera el plazo que restaba⁶³. Después de Stalingrado, las formaciones

⁵⁹ THOMAS REVELLE, *The Spoil of Europe*, 1941, considera que Alemania durante el primer año de la guerra, fue capaz de reponer todos sus gastos preparatorios bélicos efectuados entre 1935 y 1939.

⁶⁰ WILLIAM EHENSTEIN, *The Nazi State*, p. 257.

⁶¹ *Ibid.*, p. 270.

⁶² Esto es confirmado por el hecho de que el decreto para matar a todos los enfermos incurables fue promulgado el día en que estalló la guerra, pero aún más por las declaraciones de Hitler durante la guerra, citadas por GOEBBELS (*The Goebbels Diaries*, ed. Lewis P. Lochner, 1948), de que «la guerra nos había permitido la solución de toda una serie de problemas que nunca hubieran podido ser resueltos en una época normal», y que, sea cual fuere el resultado de la guerra, «los judíos serán ciertamente los perdedores» (p. 314).

⁶³ Desde luego, los Wehrmacht trató una y otra vez de explicar a los diferentes órganos del partido los peligros de la dirección de una guerra en la que las órdenes eran formuladas «con profundo desprecio por todas las necesidades militares, civiles y económicas» (véase, por ejemplo, FOLLAKOV, *op. cit.*, p. 321). Pero incluso a muchos altos funcionarios nazis les costaba comprender esta desatención por todos los factores objetivos económicos y militares de la situación. Se les había dicho una vez y otra que las «consideraciones económicas fundamentalmente no debían ser tenidas en cuenta en la solución del problema (judío)» (*Nazi Conspiracy*, VI, p. 402), pero todavía se quejaban de que la interrupción de un gran programa de construcciones en Polonia «jamás hubiera sucedido si no se hubiera deportado a los muchos miles de judíos que trabajaban en el programa. Ahora se da la orden de que los judíos sean eliminados de los programas de armamentos. Espero que esta... orden pronto será anulada, porque de otra manera la situación sería aún peor». Esta esperanza de Hans Frank, gobernador general de Polonia, se vio tan poco cumplida como sus ulteriores anhelos de una política militarmente más sensible respecto de los polacos y de los ucranianos. Sus quejas son interesantes (véase su *Diario en Nazi Conspiracy*, IV, pp. 902 y ss.), porque él está exclusivamente asustado por el

de élite que habían permanecido estrictamente aisladas del pueblo fueron considerablemente desarroladas; se abolió la prohibición de afiliarse al partido que regía para los que se encontraban en las fuerzas armadas, y el mando militar quedó subordinado a los jefes de las SS. Fue abandonado el monopolio del crimen que conservaba cuidadosamente las SS, y a los soldados se les asignaron indiscriminadamente misiones que constituían crímenes en masa⁶⁴. No se permitió que las condiciones militares, económicas o políticas obstruyeran el costoso e inquietante problema de los extrínminos y las deportaciones en masa.

Si se consideran estos últimos años de la dominación nazi y su versión de un «plan quinquenal», que no tuvieron tiempo para realizar, pero que pretendía el exterminio de la población polaca y ucraniana, de los 170 millones de rusos (tal como fueron mencionados en un plan), de la *intelligensia* de Europa occidental y las poblaciones de Holanda, Alsacia y Lorena, así como la de aquellos alemanes que quedarían descalificados bajo la prevista legislación sanitaria del Reich o bajo la proyectada «ley de comunidades extranjeras», la analogía con el plan quinquenal bolchevique de 1929, primer año de una decidida dictadura totalitaria en Rusia, resulta casi inevitable. Los vulgares *slogars* eugenésicos en un caso, las retumbantes frases económicas en otro, fueron el preludio de «una muestrea de prodigiosa insania, en la que se invirtieron todas las normas de la lógica y todos los principios de la Economía»⁶⁵.

En realidad, los dictadores totalitarios no se lanzan conscientemente por el camino de la locura. El hecho es más bien que nuestra sorpresa ante el carácter antilitario de la estructura del Estado totalitario procede de la errónea noción de que al fin y al cabo estamos tratando con un Estado normal—una burocracia, una tiranía, una dictadura—, noción debida a nuestra desatención a las enfáticas afirmaciones de los dominadores totalitarios según las cuales consideren al país en donde se han apoderado del poder sólo como sede temporal del movimiento internacional en el camino hacia la conquista mundial, conciben las victorias y las derrotas en términos de siglos o de milenios y según las cuales también los intereses globales siempre se imponen a los intereses locales de su propio

aspecto antilitario de la política nazi durante la guerra. «Una vez que hayamos ganado la guerra, poco me importa que hagan picadillo a los polacos, los ucranianos y a todos los que pudieran por aquí...»

⁶⁴ Originalmente, en los campos de concentración sólo se empleaba a las unidades especiales de las SS—las formaciones de la *Calavera*. Más tarde se efectuaron reemplazamientos con elementos de las divisiones de las SS armadas. A partir de 1944 fueron también empleadas unidades de las fuerzas armadas regulares, pero habitualmente incorporadas a las SS armadas (véase el testimonio de un antiguo funcionario de las SS del campo de concentración de Neugamme en *Nazi Conspiracy*, VII, p. 211). En el diario del campo de concentración de Old Nansen *Dry Aller Day*, Londres, 1949, se describe cómo se hizo sentir la presencia activa de la Wehrmacht en los campos de concentración. Desgraciadamente, muestra que estas fuerzas regulares del Ejército eran por lo menos tan brutales como las SS.

⁶⁵ DEUTSCHE *op. cit.*, p. 326. Esta cita resulta importante, porque procede del más benévolo de los biógrafos no comunistas de Stalin.

territorio⁶⁶. El famoso «Justo es lo que es bueno para el pueblo alemán» se hallaba concebido únicamente para la propaganda de masas; a los nazis se les decía que «Justo es lo que es bueno para el movimiento»⁶⁷, y estos dos intereses en manera alguna coincidían siempre. Los nazis no pensaban que los alemanes eran una raza de señores a la que pertenecía el mundo, sino que deberían ser dirigidos por una raza de señores, como todas las demás naciones, y que esta raza se hallaba solamente a punto de nacer⁶⁸. El amanecer de la raza de señores no eran los alemanes, sino las SS⁶⁹. El «imperio germánico mundial», como decía Himmler, o el imperio mundial «ario», como Hitler hubiera señalado, se hallaba todavía en cualquier caso a siglos de distancia⁷⁰. Para el «movimiento» era más importante demostrar que resultaba posible fabricar una raza aniquilando a otras que ganar una guerra de fines limitados. Lo que sorprende al observador exterior como una «muestra de prodigiosa locura» no es nada más que la consecuencia de la absoluta primacía del movimiento, no sólo

⁶⁶ A los nazis les encantaba hablar en términos de milenios. Las afirmaciones de Himmler según las cuales los hombres de las SS estaban exclusivamente interesados en «cuestiones ideológicas cuya importancia contaba en términos de décadas y de siglos» y de que «servían a una causa que surge sólo una vez en dos mil años» son repetidas con ligeras variaciones a través de todo el material de documentación editado por las SS-Hauptamt-Schulungsamt (*Wesen und Aufgabe der SS und der Polizei*, p. 160). Por lo que se refiere a la versión bolchevique, la mejor referencia es el programa de la Internacional Comunista, tal como fue formulado por Stalin en fecha tan temprana como 1928 en el Congreso del Partido en Moscú. Particularmente interesante es la estimación de la Unión Soviética como «la base del movimiento mundial, el centro de la revolución internacional, el mayor factor en la historia del mundo. En la URSS, el proletariado mundial, adquiere por vez primera un país...» (cita de W. H. CHAMBERLIN, *Blueprint for World Conquest*, 1946, donde se reproduce textualmente el programa de la III Internacional).

⁶⁷ Puede encontrarse este cambio del lema oficial en el *Organisationsbuch der NSDAP*, p. 7.

⁶⁸ Véase Heinen, *op. cit.*, p. 722. En un discurso pronunciado el 23 de noviembre de 1937 en el Ordensburg Sonthofen y ante los futuros jefes políticos, Hitler declaró: «Como conquistadores del mundo no pueden actuar triquis ridículamente pequeñas, países, Estados o dinastías diminutas... sino sólo las razas. Pero todavía tenemos que llegar a ser una raza, al menos en el sentido consciente» (véase *Hitlers Tischgespräche*, p. 445). En completa armonía con estas expresiones, en manera alguna accidentales, existe un decreto del 9 de agosto de 1941, en el que Hitler prohibió el uso ulterior del término «raza alemana» porque conduciría al «aserción de la idea racial como tal en favor de un mero principio de nacionalidad y a la destrucción de importantes condiciones previas de toda nuestra política racial y popular» (*Verfügungen. Anordnungen. Beschlüsse/Gebote*). Es obvio que el concepto de raza alemana hubiera constituido un impedimento a la «selección» y exterminio progresivos de las partes indeseables de la población alemana que en aquellos momentos años estaban siendo proyectados para el futuro.

⁶⁹ Hitler, consecuentemente, «muy pronto formó unas SS germánicas en diferentes países», organizaciones a las que dijo: «No esperamos que os hagáis alemanes por oportunismo. Pero esperamos que subordinéis vuestro ideal nacional a un más grande ideal racial e histórico, al Reich germánico» (Hitler, *op. cit.*). Su tarea futura consistiría en constituir mediante «la más copiosa crianza» un «super-estrato racial» que al cabo de veinte o treinta años se «presentaría a toda Europa como su clase dirigente». (Discurso de Himmler en la reunión de los jefes de las SS en Posen en 1943, en *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 558 y ss.).

⁷⁰ Himmler, *ibid.*, p. 572.

sobre el Estado, sino también sobre la nación, el pueblo y las posiciones de poder ocupadas por los mismos dominadores. La razón por la que nunca fueron ensayados antes los ingeniosos recursos de la dominación totalitaria, con su absoluta e insuperada concentración de poder en las manos de un solo hombre, es que ningún tirano corriente fue lo suficientemente loco como para despreciar todos los intereses limitados y locales —económicos, nacionales, humanos y militares— en aras de una realidad puramente ficticia en un futuro indefinidamente distante.

Como el totalitarismo en el poder permanece fiel a los dogmas originales del movimiento, las asombrosas semejanzas entre los recursos organizativos del movimiento y el llamado Estado totalitario son difícilmente sorprendentes. La división entre miembros del partido y compañeros de viaje organizados en organizaciones frontales, lejos de desaparecer, conduce a la «coordinación» de toda la población, que se halla ahora organizada en simpatizantes. El tremendo aumento de los simpatizantes queda frenado por la fuerza limitadora del partido a una «clase» privilegiada, de unos pocos millones y creadora de un superpartido de varios centenares de miles, las formaciones de élite. La multiplicación de cargos, la duplicación de funciones y la adaptación de la relación partido-simpatizante a las nuevas condiciones significan simplemente que se ha conservado la peculiar estructura del tipo cebolla del movimiento, en el que cada capa constituye el frente de la siguiente formación militante. La maquinaria del Estado es transformada en una organización frontal de burocratas simpatizantes, cuya función en los asuntos domésticos consiste en difundir la confianza entre las masas de ciudadanos simplemente coordinados y cuya función en los asuntos exteriores es triba en engañar al mundo exterior no totalitario. El jefe, en su capacidad dual de dirigente del Estado y líder del movimiento, combina también en su persona la cumbre de la insensibilidad militante y de una normalidad inspiradora de confianza.

Una de las diferencias importantes entre un movimiento totalitario y un Estado totalitario es que el dictador totalitario puede y debe practicar el arte totalitario de mentir más consecuentemente y en escala más amplia que el jefe de un movimiento. Esta es parcialmente la consecuencia automática del desarrollo de las filas de compañeros de viaje y es en parte debida al hecho de que las declaraciones desgradables de un político no son tan fácilmente anuladas como las de un jefe de un partido demagógico. Con esta fin, Hitler decidió retornar, sin rodeo alguno, al anticuado nacionalismo que había denunciado muchas veces antes de llegar al poder, presentándose como un violento nacionalista, afirmando que el nacionalismo no era «un producto de exportación», tranquilizo tanto a los alemanes como a los no alemanes y dio a entender que las ambiciones nazis quedarían satisfechas cuando hubiesen quedado satisfechas las tradicionales reivindicaciones de una política exterior alemana nacionalista: el retorno de los territorios cedidos en los Tratados de Versalles, el Anschluss con Austria, la anexión de las zonas de habla alemana de Bohemia. De la misma manera, Stalin tuvo en cuenta tanto a la opinión pública rusa como al mundo no ruso cuando inventó su teoría del «socialismo

en un solo país» y arrojó a Trotsky la responsabilidad de la revolución mundial⁷¹.

El sistema de mentir a todo el mundo puede ser empleado con seguridad sólo bajo las condiciones de la dominación totalitaria, donde la calidad ficticia de la realidad cotidiana toma a la propaganda considerablemente superflua. En su fase anterior a la conquista del poder, los movimientos nunca pueden permitirse en el mismo grado ocultar sus verdaderos objetivos. Después de todo, se hallan concebidos para inspirar organizaciones de masas. Pero, dada la posibilidad de exterminar a los judíos como si fueran piojos, es decir, mediante gases venenosos, ya no es necesario propagar que los judíos son piojos⁷², dado el poder de enseñar a toda una nación la historia de la revolución rusa sin mencionar el nombre de Trotsky, ya no hay necesidad de realizar propaganda contra Trotsky. Pero el uso de los métodos para la realización de los fines ideológicos sólo puede ser «esperado» de aquellos que son «profundo e ideológicamente firmes» — si han adquirido semejante firmeza en las escuelas de la Komintern o en los centros especiales de adiestramiento nazi—, aunque tales fines sigan siendo difundidos. En tales ocasiones invariablemente resulta que los simples simpatizantes nunca comprenden lo que está sucediendo⁷³. Ello conduce a la paradoja de que «la sociedad secreta a la luz del día» nunca es tan conspiradora en su carácter y métodos como después de haber sido reconocida como un miembro pleno de la comunidad de naciones. Es sólo lógico que Hitler, antes de la conquista del poder, se resistiera a todos los intentos de organizar el partido e incluso a las formaciones de élite sobre una base conspiradora; sin embargo, después de 1933, estaba completamente dispuesto a ayudar a transformar las SS en un tipo de sociedad secreta⁷⁴. Similarmente, los partidos comu-

⁷¹ Deutscher, *op. cit.*, describe la notable «sensibilidad (de Stalin) para todas esas corrientes psicológicas subterráneas... de las que él mismo se ha alzado como portavoz» (p. 282). «El mismo nombre, de la teoría de Trotsky, 'revolución permanente', sonaba como una ominosa advertencia a una generación cansada... Stalin recurrió directamente al horror al riesgo y a la incertidumbre que se había poseído de muchos bolcheviques» (p. 291).

⁷² Así, Hitler pudo permitirse utilizar el cliché favorito de «judío desente», una vez que hubo comenzado a exterminar a los judíos, en diciembre de 1941, en las *Zeitungsprache*, p. 346.

⁷³ Por eso, Hitler, hablando ante los miembros del Estado Mayor (Blomberg, Fritsch, Raeder) y de civiles de alta categoría (Neurath, Goering) en noviembre de 1937, pudo permitirse declarar abiertamente que necesitaba espacio desprobiado y rechazar la idea de conseguir pueblos extranjeros. Evidentemente, ninguno de los que le oyeron comprendió que de ello resultaría automáticamente una política de extirpación de tales pueblos.

⁷⁴ Esto comenzó con una orden de julio de 1934 por la que las SS eran elevadas al rango de una organización independiente dentro del NSDAP y fue complementado por un decreto muy secreto de agosto de 1938 que declaró que las formaciones especiales de las SS, las unidades de la Calavera y las tropas de choque (*Verfügungstruppen*) no formaban parte del Ejército ni de la Policía; las unidades de la Calavera tenían que realizar tareas especiales de naturaleza política, y las tropas de choque eran «una unidad armada exclusivamente a mi disposición» (*Wazi Conspiracy*, [II], p. 459). Dos decretos subsiguientes de octubre de 1939 y abril de 1940 establecieron una jurisdicción especial en cuestiones generales para todos los

nistas dirigidos desde Moscú, en marcado contraste con sus predecesores, muestran una curiosa tendencia a preferir las condiciones de la conspiración aun donde es posible la completa legalidad⁷⁵. Cuanto más conspicuo es el poder del totalitarismo, más secretos se toman sus verdaderos objetivos. Para conocer los fines últimos de la dominación de Hitler en Alemania es mucho más prudente basarse en sus discursos propagandísticos y en *Mein Kampf* que en la oratoria del canceller del II Reich; de la misma manera que habría sido más prudente desconfiar de las palabras de Stalin acerca del «socialismo en un solo país», concebidas con el propósito pasajero de apoderarse del poder tras la muerte de Lenin y tomar más en serio su repetida hostilidad hacia los países democráticos. Los dictadores totalitarios han demostrado que conocen muy bien el peligro inherente a su apariencia de normalidad; es decir, el peligro de una política verdaderamente nacionalista o el de la construcción real del socialismo en un solo país. Tratan de superarlo mediante una permanente y consiguiente discrepancia entre las palabras tranquilizadoras y la realidad de la dominación, desarrollando conscientemente un método de hacer siempre lo opuesto de lo que dicen⁷⁶. Stalin llevó este arte del equilibrio, que exige más destreza que la rutina habitual de la diplomacia, hasta el punto en que una moderación en política exterior o en la línea política de la Komintern era casi invariablemente acompañada por purgas radicales en el partido ruso. Fue ciertamente algo más que una coincidencia el hecho de que la política del Frente Popular y la promulgación de la relativamente liberal Constitución soviética fuesen acompañadas por los procesos de Moscú.

En la literatura nazi y en la bolchevique pueden encontrarse repetidas pruebas de que los Gobiernos totalitarios aspiran a conquistar el globo y someter a su dominación a todos los países de la Tierra. Sin embargo, estos programas ideológicos, heredados de los movimientos pretotalitarios (de los partidos antisemitas supranacionalistas y de los sueños pangérmicos de imperio en el caso de los nazis, del concepto internacional del socialismo revolucionario en el caso de los bolcheviques), no son decisivos. Lo que es decisivo es que los regímenes totalitarios dirigen realmente su

hombres de las SS (*ibid.*, II, p. 184). A partir de entonces, en todos los folletos editados por la oficina de adiestramiento de las SS figuran menciones tales como las de «Exclusivamente para uso de la Policía», «No para publicarse», «Exclusivamente para jefes y para los encargados de la educación ideológica». Valdría la pena completar una bibliografía de la voluminosa literatura secreta, en la que figuran muchas medidas legislativas, impresa durante la era nazi. Resulta bastante interesante que entre este tipo de literatura no exista un solo folleto de las SA, y ésto es probablemente la prueba más concluyente de que a partir de 1934 las SA dejaron de ser una formación de élite.

⁷⁵ Compárese con «Die neue Komintern», de FRANZ BORENVAU, en *Der Monat*, Berlín, 1943, fasc. 4.

⁷⁶ Los ejemplos son demasiado obvios y numerosos como para que valga la pena citarlos. Esta táctica, sin embargo, no debería ser sencillamente identificada con la enorme ausencia de fidelidad y de sinceridad que todos los biógrafos de Hitler y de Stalin señalan como rasgos irrelevantes de sus caracteres.

opresión. Los regímenes totalitarios no temen las implicaciones lógicas de la conquista mundial aunque operen en otro sentido y resulten perjudiciales para los intereses de sus propios pueblos. Lógicamente, es indudable que un plan para la conquista mundial implica la abolición de las diferencias entre la madre patria conquistadora y los territorios conquistados, tanto como la diferencia entre la política exterior y la interior, sobre la que están basadas las instituciones no totalitarias existentes y todas las relaciones internacionales. Si el conquistador totalitario se comporta en todas partes como si estuviese en su propio país, de la misma forma debe tratar a su propia población como si fuera un conquistador extranjero⁷⁶. Y es perfectamente cierto que el movimiento totalitario se apodera del poder muy de la misma manera que como un conquistador extranjero puede ocupar un país, al que gobierna no verdaderamente en el propio beneficio de éste, sino en el de algo o alguien. Los nazis se condujeron en Alemania como conquistadores extranjeros cuando, contra todos los intereses nacionales, intentaron, y a medias lograron, convertir su derrota en una catástrofe final para toda la población alemana; similarmente, en caso de victoria, pretendían extender su política de exterminio a las filas de los alemanes «racionalmente incapaces»⁷⁷.

Una actitud semejante parece haber inspirado después de la guerra la política exterior soviética. El coste de su agresividad es prohibitivo para el mismo pueblo ruso: le privó de los grandes préstamos norteamericanos de la posguerra que hubieran permitido a Rusia reconstruir zonas devastadas e industrializar el país de una forma racional y productiva. La extensión de los Gobiernos de la Komintern a través de los Balcanes y la ocupación de amplios territorios orientales no aportó beneficios tangibles, sino que, al contrario, sangró aún más los recursos rusos. Pero esta política servía ciertamente a los intereses del movimiento bolchevique, que se había extendido sobre más de la mitad del mundo habitado.

Como un conquistador extranjero, el dictador totalitario considera a las riquezas naturales e industriales de cada país, incluyendo las del propio, como una fuente de botín y un medio de preparar el siguiente paso dentro de una expansión agresiva. Como esta economía de expolio sistemático es realizada en beneficio del movimiento y no de la nación, sin ningún pueblo ni ningún territorio como su beneficiario potencial, no pue-

⁷⁶ La expresión se encuentra en Kravchenko, *op. cit.*, p. 303, que, al describir las condiciones en Rusia tras la superarga de 1936-1938, señala: «Si un conquistador extranjero se hubiese apoderado de la maquinaria de la vida soviética...; difícilmente habría sido más profundo y cruel el cambio.»

⁷⁷ Después de un reconocimiento nacional por rjos X, se entregará al Führer una lista de personas enfermas especialmente de las afectadas por enfermedades pulmonares y cardíacas. Sobre la base de esta nueva Ley de Sanidad del Reich... y esas familias ya no se les permitirá permanecer entre el público ni se les dejará que tuvieren hijos. Lo que suceda a esas familias será objeto de órdenes futuras del Führer. No se requiere mucha imaginación para suponer cuáles hubieran sido esas futuras órdenes. El número de personas a las que ya no se les hubiera permitido permanecer entre el público» habría formado una considerable porción de la población alemana (*Nazi Conspiracy*, VI, p. 172).

política exterior sobre la consecuente presunción de que, eventualmente, lograrán este objetivo último, y no lo pierden nunca de vista por distante que pueda parecer o por seriamente que puedan chocar sus exigencias «ideales» con las necesidades del momento. Por eso no consideran a ningún país como permanentemente extranjero, sino que, al contrario, estiman a cada país como su territorio potencial. La ascensión al poder, el hecho de que en un país se haya convertido en una tangible realidad el mundo ficticio del movimiento, crea una relación con otras naciones que es semejante a la del partido totalitario bajo una dominación no totalitaria. La realidad tangible de la ficción, respaldada por el poder del Estado internacionalmente reconocido, puede ser exportada de la misma manera que el desprecio por el Parlamento puede ser importado en un Parlamento no totalitario. A este respecto, la «solución» de la cuestión judía en la preguerra fue el relevante producto de exportación de nazismo a otros países; obligando a los judíos a dejar el Reich sin pasaporte y sin dinero, la leyenda del «juicio errante» quedaba hecha realidad, y obligando a los judíos a una inquebrantable hostilidad hacia ellos, los nazis habían creado el pretexto para tomar un apasionado interés por la política interna de todas las naciones⁷⁷.

En 1940 se hizo evidente cuán en serio tomaban los nazis su ficción conspiradora, según la cual eran los futuros dominadores del mundo, cuando —a pesar de la necesidad y frente a sus posibilidades absolutamente reales de imponerse en los territorios ocupados de Europa— iniciaron su política de despoblación en los territorios orientales, pese a la pérdida de mano de obra y a las serias consecuencias militares, e introdujeron una legislación con la que con carácter retroactivo exportaron parte del Código Penal del III Reich a los países ocupados de Occidente⁷⁸. Apenas existía una manera más eficaz de hacer pública la reivindicación nazi de una dominación nazi como el castigar por alta traición cualquier manifestación o acción contra el III Reich, no importando cuándo, dónde o por quién hubiera sido realizada. La ley nazi trataba a todo el mundo como si potencialmente hubiera caído bajo su jurisdicción, de forma tal que el Ejército ocupante ya no era un instrumento de conquista que la llevaba a cabo con la nueva ley del conquistador, sino un órgano ejecutivo que aplicaba una ley, a la que se suponía ya vigente para todo el mundo.

La presunción de que la ley nazi obligaba más allá de la frontera alemana y el castigo de los no alemanes fueron más que simples recursos de

⁷⁷ Véase la carta circular del Ministerio de Asuntos Exteriores a todas las autoridades alemanas en el exterior, de enero de 1939, en *Nazi Conspiracy*, VI, páginas 87 y 88.

⁷⁸ En 1940, el Gobierno del Reich decretó que los delitos comprendidos entre la alta traición contra el Reich a las «declaraciones maliciosas y agitadoras contra personalidades desiguales del Estado o del partido nazi» deberían ser castigados con efecto retroactivo en todos los territorios ocupados por Alemania, tanto si habían sido cometidos por alemanes o por naturales de estos países. Véase GILES, *op. cit.* Por lo que se refiere a las desastrosas consecuencias de la *Stichtungspolitik* en Polonia y Ucrania, véase *Trial*, *op. cit.*, vols. XXXVI y XXXIX.

de alcanzar posiblemente un punto de saturación en el proceso. El dictador totalitario es como un conquistador extranjero que no procede de parte alguna ni su saqueo es probablemente para beneficiar a nadie. La distribución del botín es calculada no para reforzar la economía del país propio, sino sólo como una maniobra táctica temporal. En lo que se refiere a sus fines económicos, los regímenes totalitarios son en sus países como las proverbiales plagas de langosta. El hecho de que el dictador totalitario dirija a su propio país como un conquistador extranjero empeora aún las cosas, porque añade a la inhumanidad una eficiencia de la que evidentemente carecen las tiranías en los territorios extranjeros próximos. La guerra de Stalin contra Ucrania a comienzos de la década de los años 30 fue doblemente más efectiva que la terriblemente sangrienta invasión y ocupación alemana⁸¹. Esta es la razón por la que el totalitarismo prefiere los Gobiernos *quálistas* a la dominación directa, a pesar de los riesgos obvios de semejantes regímenes.

Lo malo de los regímenes totalitarios no es que jueguen la política del poder de una manera especialmente implacable, sino que tras su política se oculta una concepción del poder enteramente nueva y sin precedentes, de la misma manera que tras su *Realpolitik* se encuentra un concepto de la realidad enteramente nuevo y sin precedentes. El supremo desdén por las consecuencias inmediatas más que la inhumanidad; el desraízamiento y el desprecio por los intereses nacionales más que el nacionalismo; el desdén por los intereses humanos más que la inconsiderada persecución del interés propio; el "idealismo", es decir, su inquebrantable fe en un ideológico mundo ficticio, más que su anhelo del poder, han introducido en la política internacional un factor nuevo y más perturbador que el que hubiera podido significar la simple agresividad.

El poder, tal como es concebido por el totalitarismo, descansa exclusivamente en la fuerza lograda a través de la organización. De la misma manera que Stalin concibió a cada institución, independientemente de su función real, sólo como una «correa de transmisión que conecta al partido con el pueblo»⁸² y creyó honradamente que los más preciados tesoros de la Unión Soviética no eran las riquezas de su suelo o la capacidad produc-

tiva de su inmensa mano de obra, sino los «cuadros» del partido⁸³ (es decir, la Policía), así Hitler, en fecha tan temprana como 1929, vio la «grandeza» del movimiento en el hecho de que sesenta mil hombres «han constituido exteriormente casi una unidad, que realmente estos hombres son uniformes no sólo en ideas, sino que incluso su expresión facial es casi la misma. Mirad a esos ojos alegres, a ese entusiasmo fanático, y descubriréis... cómo cien mil hombres de un movimiento se convierten en un solo tipo»⁸⁴. Toda relación que en la mente del hombre occidental tenga el poder con las posesiones terrenales, con los bienes, los tesoros y la riqueza, ha quedado disuelta en un género de mecanismo desmaterializado en el que cada acción genera poder, como la fricción o las corrientes galvánicas generan electricidad. La división totalitaria de Estados en los países Que Tienen y los países Que No Tienen es más que un recurso demagógico; los que la aplican están realmente convencidos de que el poder de las posesiones materiales es despreciable y sólo existe en la forma del desarrollo del poder organizador. Para Stalin, el constante crecimiento y desarrollo de los cuadros de la Policía era incomparablemente más importante que el petróleo de Bakú, el carbón y el hierro de los Urales, los graneros de Ucrania o los tesoros potenciales de Siberia; en suma, el desarrullo de todo el arsenal del poder en Rusia. La misma mentalidad condujo a Hitler a sacrificar a toda Alemania a los cuadros de las SS; no consideró pérdida la guerra cuando yacían en ruinas las ciudades alemanas y estaba destruida la capacidad industrial, sino sólo cuando supo que ya no se podía confiar en las SS⁸⁵. Para un hombre que creía en la omnipotencia de la organización contra todos los simples factores materiales, militares o económicos, y que, además, calculaba en siglos la victoria eventual de su empresa, la derrota no estorbaba en la catástrofe militar o en la amenaza de inanición de la población, sino sólo en la destrucción de las formaciones de élite, de las que se suponía que eran portadoras de la conspiración para la dominación mundial a lo largo de una línea de generaciones hasta llegar a su final eventual.

La carencia de estructura del Estado totalitario, su desdén por los intereses materiales, su emancipación del incentivo del beneficio y, en general, sus actitudes no utilitarias, han contribuido más que cualquier otra cosa a tornar casi imprevisible la política contemporánea. La incapacidad

⁸¹ B. SOVRJANINE, *op. cit.*, p. 605, cita a Stalin, afirmando en la cúspide del terror en 1937: «Debe usted llegar a comprender que de todos los bienes preciados que existen en el mundo, el más preciado y decisivo es el de los cuadros.» Todos los informes muestran que en la Rusia soviética la Policía debe ser considerada como la verdadera formación de élite del partido. Característica de esta naturaleza de la Policía es el hecho de que desde los primeros años de la década de los 20 los agentes de la NKVD no fueran «recrutados sobre la base de la voluntariedad», sino extraídos de las filas del partido. Más aún, «la NKVD no puede ser elegida como se elige una carrera» (véase Beck y Coburn, *op. cit.*, p. 160).

⁸² Según los informes de la última reunión, Hitler decidió suicidarse después de haber sabido que ya no podía confiarse en las unidades de las SS. Véase *The Last Days of Hitler*, de H. R. Trevor-Roper, pp. 115 y ss.

del mundo no totalitario para comprender a una mentalidad que funciona independientemente de toda acción calculable en términos de hombres y de material y es completamente indiferente al interés nacional y al bienestar de su pueblo, muestra en sí misma un curioso dilema de criterio: aquellos que certeramente comprenden la terrible eficacia de la organización y de la Policía totalitarias sobrestimarán probablemente la fuerza material de los países totalitarios, mientras que también es probable que quienes comprenden la depauperadora incompetencia de las economías totalitarias subestimarán el poder potencial que puede crearse con el desprecio de todos los factores materiales.

2. LA POLICÍA SECRETA

Hasta ahora conocemos solamente dos formas auténticas de dominación totalitaria: la dictadura del nacionalsocialismo a partir de 1938 y la dictadura del bolchevismo a partir de 1930. Estas dos formas de dominación difieren básicamente de otros tipos de dominación dictatorial despotica o tiránica; y aunque evolucionaron con una cierta continuidad a partir de dictaduras de partido, sus características esencialmente totalitarias son nuevas y no pueden derivarse de sistemas unipartidistas. El objetivo de un sistema unipartidista consiste no sólo en apoderarse de la Administración del Gobierno, sino, ocupando todos los cargos con miembros del partido, lograr una completa amalgama del Estado y del partido, de forma tal que, tras la conquista del poder, el partido se convierte en un tipo de organización propagandística del Gobierno. Este sistema es «total» sólo en un sentido negativo, es decir, en el de que el partido dominante no tolerará otros partidos, oposición alguna ni ninguna libertad de oposición política. Una vez que una dictadura de partido llega al poder, deja intacta la relación original de poder entre el Estado y el partido; el Gobierno y el Ejército ejercen el mismo poder que antes, y la «Revolución» consiste sólo en el hecho de que todas las posiciones del Gobierno se hallan ahora ocupadas por miembros del partido. En todos estos casos el poder del partido se basa en un monopolio garantizado por el Estado, y el partido ya no posee su propio centro de poder.

La revolución iniciada por los movimientos totalitarios después de haber conquistado el poder es de una naturaleza considerablemente más radical. Desde el comienzo, conscientemente se esfuerzan por mantener las diferencias esenciales entre el Estado y el movimiento y por impedir que las instituciones «revolucionarias» del movimiento sean absorbidas por el Gobierno⁸⁶. El problema de apoderarse de la maquinaria del Estado sin

⁸⁶ Hitler hizo frecuentes comentarios sobre las relaciones entre el Estado y el partido y siempre recalcó que de importancia primaria no era el Estado, sino la raza o la «comunidad popular unida» (véase el ya citado discurso, reproducido como apéndice a las *Tischgespräche*). En su discurso del Día del Partido de 1935 en Nuremberg dio a esta teoría su más sucinta expresión: «No es el Estado el que nos manda, sino que nosotros mandamos al Estado.» Es evidente por sí mismo que,

amalgamarse con ella queda resuelto permitiendo elevarse a la jerarquía del Estado sólo a aquellos miembros del partido cuya importancia para el movimiento resulte secundaria. Todo el poder real queda centrado en las instituciones del movimiento, y fuera del Estado y del aparato militar. Es en el interior del movimiento, que sigue siendo el centro de la acción del país, donde se elaboran todas las decisiones; a menudo, los servicios de la Administración civil no son siquiera informados de lo que está sucediendo, y a los miembros del partido con la ambición de elevarse a la categoría de ministros se les paga en todos los casos, por semejantes deseos «burgueses», con la pérdida de su influencia en el movimiento y de la confianza de sus jefes.

El totalitarismo en el poder utiliza al Estado como su fachada exterior, para representar al país en el mundo no totalitario. Como tal, el Estado totalitario es el heredero lógico del movimiento totalitario, del que obtiene su estructura organizativa. Los dominadores totalitarios tratan con los Gobiernos no totalitarios de la misma manera que trataban con los partidos parlamentarios o con las facciones internas del partido antes de su elevación al poder y, aunque en una más amplia escena internacional, se enfrentan de nuevo con el doble problema de proteger al mundo ficticio del movimiento (o al país totalitario) del impacto de los hechos, y de presentar una apariencia de normalidad y de sentido común ante el mundo exterior normal.

Por encima del Estado y tras la fachada de poder ostensible, en un haz de organismos multiplicados, subyacente a todos los desplazamientos de autoridad y en un caos de ineficiencia, descansa el núcleo del poder del país, los supereficaces y supercompetentes servicios de la Policía secreta⁸⁷. La atención otorgada a la Policía como órgano exclusivo del poder y el correspondiente desdén por el aparentemente gran arsenal de poder del Ejército, que resultan característicos de todos los regímenes totalitarios, pueden ser parcialmente explicados por la aspiración totalitaria a una dominación mundial y su consiguiente abolición de la distinción entre un país extranjero y el país propio, entre los asuntos exteriores y los internos. Las fuerzas militares, preparadas para luchar contra un agresor extranjero, han sido siempre un dudoso instrumento para los fines de la guerra civil; incluso bajo las condiciones totalitarias hallan difícil considerar a su propio pueblo con los ojos de un conquistador extranjero⁸⁷. Más importante a este respecto, sin embargo, es que su valor se torna dudoso incluso en

en la práctica, semejantes poderes de mando son sólo posibles si las instituciones del partido siguen siendo independientes de las del Estado.

⁸⁶ «OTTO GAUWESER, *Reichsminister für Reichsaufsicht und Reichsorganisationswesen*, señala expresamente que la posición especial de Himmler como Reichsorganisations- und Volkswirtschaftsminister y jefe de la Administración central de la Policía alemana se basaba en el hecho de que la administración de la Policía había logrado «una genuina unidad del partido y del Estado» que ni siquiera fue intentada en cualquier otro sector del Gobierno.

⁸⁷ Durante las rebeliones campesinas de los años 20 en Rusia, Vorochilov negó supuestamente el apoyo del Ejército Rojo; esto condujo a la introducción de divisiones especiales de la GPU en las expediciones de castigo. Véase CUTICA, *op. cit.*, página 95.

tiempo de guerra. Como el dirigente totalitario conduce su política sobre la presunción de un eventual Gobierno mundial, trata a las víctimas de su agresión como si fueran rebeldes, culpables de alta traición y, en consecuencia, prefiere dominar los territorios ocupados con la Policía y no con fuerzas militares.

Incluso antes de que el movimiento se apodere del poder, posee una Política secreta y un servicio de espionaje con ramas en los diferentes países. Más tarde, sus agentes reciben más dinero y autoridad que el servicio regular de información militar y son frecuentemente los jefes secretos de embajadas y consulados en el exterior⁸⁸. Su tarea principal consiste en formar quintas columnas, dirigir las sucursales del movimiento, influir en la política interna de los respectivos países y en preparar generalmente el movimiento en el que el dominador totalitario —tras el derrocamiento del Gobierno o la victoria militar— pueda sentirse abiertamente en su propio terreno. En otras palabras, las ramas internacionales de la Policía secreta son las correas de transmisión que transforman constantemente la ostensible política exterior del Estado totalitario en potencial asunto interno del movimiento totalitario.

Sin embargo, estas funciones, que realiza la Policía secreta para preparar la utopía totalitaria de dominación mundial, resultan secundarias ante las que requiere la realización actual de la ficción totalitaria en un país. El papel dominante de la Policía secreta en los asuntos internos de los países totalitarios ha contribuido natural y considerablemente al equivoco corriente acerca del totalitarismo. Todos los despotismos se basan profundamente en los servicios secretos y se sienten más amenazados por su propio pueblo que por cualquier pueblo extranjero. Sin embargo, esta analogía entre el totalitarismo y el despotismo opera sólo durante las primeras fases de la dominación totalitaria, cuando todavía existe una oposición política. En éste como en otros aspectos, el totalitarismo se aprovecha y proporciona un apoyo consciente a los errores no totalitarios, por poco elogiosos que puedan serle. Himmler, en su famoso discurso de 1937 al Estado Mayor de la Reichswehr, asumió el papel de un tirano ordinario cuando explicó la constante expansión de las fuerzas de Policía suponiendo la existencia de un «cuarto teatro de operaciones, en caso de guerra, la Alemania interior»⁸⁹. Similarmente, Stalin, casi en el mismo momento, logró convencer a la vieja guardia bolchevique, cuyas «confesiones» necesitaba, de la existencia de una amenaza de guerra contra la Unión Soviética y, en consecuencia, de una situación de emergencia durante la cual el país debería permanecer unido aunque fuera tras un déspota. El aspecto más sorprendente de estas declaraciones fue el que ambas fueran formuladas después de que había quedado extinguida toda la oposición política y de que se extendieran los servicios secretos cuando ya no quedaban opo-

⁸⁸ En 1935, los agentes de la Gestapo en el exterior recibieron 20 millones de marcos, mientras que el servicio regular de espionaje de la Reichswehr tuvo que funcionar con un presupuesto de ocho millones. Véase Gestapo, de Pierre DENTRLOTTE, París, 1940, p. 11.

⁸⁹ Véase *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 616 y ss.

nentes a los que espíar. Cuando llegó la guerra, Himmler ni necesitó ni utilizó a sus tropas de las SS en la misma Alemania excepto para dirigir los campos de concentración y para vigilar a la población esclava extranjera; la masa de las SS armadas sirvió en el frente oriental, donde fue utilizada para «misiones especiales» —habitualmente, crímenes en masa— y en la aplicación de una política que frecuentemente actuaba tanto contra la jerarquía militar como contra la jerarquía civil nazi. Como la Política secreta de la Unión Soviética, las formaciones de las SS llegaban habitualmente después de que las fuerzas militares hubieran pacificado el territorio conquistado y de haberse enfrentado con la oposición política abierta.

En las primeras fases de un régimen totalitario, empero, la Policía secreta y las formaciones de élite del partido todavía desempeñan un papel similar al existente en otras formas de dictadura y en los bien conocidos regímenes de terror del pasado; y la excesiva crueldad de sus métodos sólo no tiene paralelo en la historia de los modernos países occidentales. La fase primera de localización de enemigos secretos y de caza de antiguos adversarios es habitualmente combinada con el reclutamiento de toda la población en organizaciones frontales y con la reeducación de los antiguos miembros del partido para servicios de espionaje, de forma tal que la más bien dudosa adhesión de los simpatizantes reclutados no inquiete a los cuadros especialmente bien entrenados de la Policía. Durante esta fase es cuando, para aquel que resulte tener «pensamientos peligrosos», un vecino se convierte en un enemigo más mortal que los agentes policíacos oficialmente designados. El final de la primera fase llega con la liquidación de la resistencia abierta y la secreta en cualquier forma organizada. Puede ser fijado alrededor de 1935 en Alemania y hacia 1930 en la Rusia soviética.

Sólo tras haber sido completado el exterminio de los enemigos auténticos y comenzada la caza de «enemigos objetivos», se torna el terror en el verdadero contenido de los regímenes totalitarios. Bajo pretexto de construcción del socialismo en un solo país o de utilizar un territorio dado como laboratorio para un experimento revolucionario, o de realizar la *Volksgerneinschaft*, se hace realidad la segunda reivindicación del totalitarismo, la reivindicación de dominación total. Y aunque técnicamente sólo es posible la dominación total bajo las condiciones de la dominación mundial, los regímenes totalitarios han demostrado que esta parte de la utopía totalitaria puede ser llevada casi hasta la perfección porque es totalmente independiente de la derrota o de la victoria. Así, Hitler, en medio de sus subradas militares, podía recogerse con el exterminio de los judíos y con el establecimiento de las fábricas de la muerte; fuera cual fuese el resultado final, sin la guerra nunca hubiera sido posible «quemar los puentes» y realizar algunos de los objetivos del movimiento totalitario⁹⁰.

Las formaciones de élite del movimiento nazi y los «cuadros» del movimiento bolchevique sirven al objetivo de dominación total más que a la seguridad del régimen en el poder. De la misma forma que la reivin-

⁹⁰ Véase nota 62.

dicación totalitaria de dominación mundial es sólo en apariencia la misma que la de la expansión imperialista, así la reivindicación de una dominación total sólo parece familiar al estudio del despotismo. Si la diferencia principal entre la expansión totalitaria y la imperialista es que la primera no reconoce distinción entre el país propio y un país extranjero, entonces la diferencia principal entre una policía secreta despótica y una policía secreta totalitaria es que la última no persigue los pensamientos secretos ni utiliza el antiguo método de los servicios secretos, el método de la provocación⁹¹.

Como la policía secreta totalitaria comienza su carrera tras la pacificación del país, siempre parece enteramente superflua a todos los observadores marginales o, por el contrario, les conduce a creer equivocadamente que existe alguna resistencia secreta⁹². La superfluidad de los servicios secretos no es nada nueva; siempre se han sentido obsesionados por la necesidad de demostrar su utilidad y de conservar sus puestos después de haber concluido su tarea original. Los métodos utilizados para este propósito han hecho del estudio de la historia de las revoluciones una empresa más que difícil. Parece, por ejemplo, que no existió una sola acción anti-gubernamental bajo el reinado de Luis Napoleón que no fuera inspirada por la misma Policía⁹³. Similarmente, el papel de los agentes secretos en todos los partidos revolucionarios de la Rusia zarista sugiere considerablemente que sin sus acciones provocativas «inspiradoras» el curso del movimiento revolucionario ruso habría sido mucho menos fructífero⁹⁴. La

⁹¹ MAURICE LAPORTE, *Histoire de l'Oklmanna*, París, 1935, llamó acertadamente al método de la provocación «la piedra fundamental» de la Policía secreta (p. 19).

En la Rusia soviética, la provocación, lejos de ser el arma secreta de la Policía secreta, ha sido empleada como el método público ampliamente difundido del régimen para calcular el estado de la opinión pública. La repugnancia de la población a aprovecharse de las periódicas invitaciones a la crítica o a reaccionar en intermedios «liberales» del régimen de terror muestra que tales gestos son considerados como una provocación en escala masiva. La provocación se ha convertido, desde luego, en la versión totalitaria de la auscultación de la opinión pública.

⁹² Son interesantes al respecto los intentos de los funcionarios públicos nazis en Alemania para reducir la competencia y el personal de la Gestapo sobre la base de que ya se había logrado la nazificación del país, de forma tal que Himmler, que, por el contrario, deseaba desarrollar en aquellos momentos (hacia 1934) los servicios secretos, tuvo que exagerar los peligros dimanantes de los «enemigos internos». Véase *Nazi Conspiracy*, II, p. 259; V, p. 207; III, p. 547.

⁹³ Véase *Mysteries of the French Secret Police*, de GALTIER-BOISSIÈRE, 1933, página 234.

⁹⁴ Al fin y al cabo, no parece accidental que la fundación de la Ojraza en 1880 correspondiera a un período de insuperadas actividades revolucionarias en Rusia. Para demostrar su utilidad ocasionalmente tuvo que organizar asesinatos y sus agentes «sirvieron a su pesar las ideas de aquellos a los que denunciaban». Si un folleto era distribuido por un agente de Policía o si la ejecución de un ministro era organizada por un Azev, el resultado era el mismo (M. LAPORTE, *op. cit.*, p. 25). Además, las ejecuciones más importantes —las de Stolypin y von Plehve— parece que fueron obra de la Policía. Para la tradición revolucionaria fue decisivo el hecho de que en tiempos de calma los agentes de Policía tenían que «despertar nuevas energías y estimular el celo» de los revolucionarios (Ibid., p. 71).

Véase también *Three Who Made A Revolution*, Lenin, Trotsky, Stalin, de BERTRAM D. WOLFE, que denomina a este fenómeno «socialismo policial».

provocación, en otras palabras, ayudó tanto a mantener la continuidad de la tradición como a quebrantar una y otra vez la organización de la revolución.

Este dudoso papel de la provocación puede haber sido una de las razones por la que la desdénaron los gobernantes totalitarios. La provocación, además, es claramente necesaria sólo bajo la presunción de que la sospecha no resulta suficiente para detener y castigar. Ninguno de los gobernantes totalitarios, desde luego, soñó siquiera con unas condiciones en las que tuviera que recurrir a una provocación con objeto de atrapar a alguien a quien considerara enemigo. Más importante que estas consideraciones técnicas es el hecho de que el totalitarismo definió ideológicamente a sus enemigos antes de apoderarse del poder, así que las categorías de los «sospechosos» no fueron establecidas a través de la información de la Policía. De esta forma, los judíos en la Alemania nazi o los descendientes de las antiguas clases poseedoras en la Rusia soviética no eran realmente sospechosos de ninguna acción hostil; habían sido declarados enemigos «objetivos» del régimen de acuerdo con la ideología de éste.

La diferencia principal entre la Policía secreta despótica y la Policía secreta totalitaria descansa en la diferencia entre el «sospechoso» y el «enemigo objetivo». El último es definido por la política del Gobierno y no por su propio deseo de derrocar a éste⁹⁵. Nunca es un individuo cuyos peligrosos pensamientos tengan que ser provocados o cuyo pasado justifique la sospecha, sino un «portador de tendencias» como el portador de una enfermedad⁹⁶. Prácticamente hablando, el gobernante totalitario procede como un hombre que persistentemente insulta a otro hombre hasta que todo el mundo sabe que el segundo es su enemigo, así que puede, con alguna plausibilidad, ir a matarle en defensa propia. Esto, ciertamente, resulta un poco crudo, pero funciona —como sabrá todo el que haya contemplado cómo ciertos arribistas afortunados eliminan a los competidores.

La introducción de la noción de «enemigo objetivo» es mucho más decisiva para el funcionamiento de los regímenes totalitarios que la defi-

⁹⁵ Hans Frank, que más tarde sería gobernador general de Polonia, estableció una diferenciación física entre una persona «peligrosa para el Estado» y una persona que es «hostil al Estado». La primera implica una cualidad objetiva que es independiente de su voluntad y de su conducta; la Policía política de los nazis no se ocupaba solamente de las acciones hostiles al Estado, sino de «todos los intentos —cuera cual fuese su finalidad— que en sus efectos ponen en peligro al Estado». Véase *Deutsches Volkstumsgesetz*, pp. 420-430. Cita de Nazi *Conspiracy*, IV, páginas 881 y 88. En palabras de MALIN, *op. cit.*, p. 44: «Eliminando a las personas peligrosas, las medidas de seguridad... tratan de evitar un estado de peligro a la comunidad nacional, independiente de cualquier delito que pudieran haber cometido tales personas. [Es una cuestión de] protegerse contra un peligro objetivo».

⁹⁶ H. Hoehn, un jurista miembro de las SS, dijo en el elogio fúnebre de Reinhard Heydrich, que antes de haber gobernado Checoslovaquia había sido uno de los más íntimos colaboradores de Himmler: consideraba a sus adversarios «no como individuos, sino como portadores de tendencias que ponían en peligro al Estado y que por eso se hallaban más allá del umbral de la comunidad nacional». En *Deutsches Allgemeine Zeitung*, del 6 de junio de 1942; cita de E. KOHN-BLOMSTEDT, *Dictatorship and Political Police*, Londres, 1945.

nición ideológica de las respectivas categorías. Si se tratara solamente de una cuestión de odio a los judíos o a los burgueses, los regímenes totalitarios podrían, tras la realización de un gigantesco crimen, retornar, por así decirlo, a las reglas de la vida normal y del Gobierno normal. Por lo que sabemos, el caso es opuesto. La categoría de enemigos objetivos sobrevive a los primeros enemigos ideológicamente determinados del movimiento; conforme a las cambiantes circunstancias, se descubren nuevos enemigos objetivos; los nazis, previendo la conclusión del exterminio de los judíos, habían dado ya los pasos preliminares para la liquidación del pueblo polaco, mientras que Hitler proyectaba incluso diezmar a ciertas categorías de alemanes⁸⁷; los bolcheviques, habiendo empezado con los descendientes de las antiguas clases dominantes, dirigieron todo su terror contra los kulaks (en los primeros años de la década de los años 30), que a su vez fueron sucedidos por los rusos de origen polaco (entre 1936 y 1938), por los tártaros y los alemanes del Volga durante la guerra, por los antiguos prisioneros de guerra y las unidades de las fuerzas de ocupación del Ejército Rojo después de la guerra y por la judería rusa tras el establecimiento de un Estado judío. La elección de semejantes categorías nunca es enteramente arbitraria; como son completamente difundidas y utilizadas para fines propagandísticos en el exterior, deben parecer plausibles como posibles enemigos; la elección de una determinada categoría puede incluso ser debida a ciertas necesidades propagandísticas del movimiento en general, como, por ejemplo, la emergencia enteramente repentina y sin precedentes del antisemitismo gubernamental en la Unión Soviética, que puede hallarse calculada para ayudar a la Unión Soviética a ganarse simpatías en los países satélites europeos. Los procesos espectaculares que requieren confesiones subjetivas de culpabilidad de enemigos identificados «objetivamente» están concebidos para semejantes propósitos; pueden ser mejor preparados con aquellos que han recibido un adoctrinamiento totalitario que les permite comprender «subjetivamente» su propia innecuadad objetiva y confesar «en beneficio de la causa»⁸⁸. El concepto

del «adversario objetivo» cuya identidad cambia según las circunstancias predominantes —de forma tal que, tan pronto como es liquidada una categoría, pueda declararse la guerra a otra— corresponde exactamente a la situación de hecho reiterada una vez y otra por los gobernantes totalitarios: es decir, que su régimen no es un Gobierno en ningún sentido totalitario, sino un *movimiento*, cuyo avance tropieza constantemente con nuevos obstáculos que tienen que ser eliminados. Por lo que hasta donde cabe en general hablar de cualquier pensamiento legal dentro del sistema totalitario, el «adversario objetivo» es su idea central.

Estrechamente relacionado con esta transformación del sospechoso en enemigo objetivo es el cambio de posición de la Policía secreta dentro del Estado totalitario. Los servicios secretos han sido ciertamente denominados un Estado dentro del Estado, y ello no sólo en los despotismos, sino también bajo Gobiernos constitucionales o semiconstitucionales. La simple posesión de información secreta ha proporcionado siempre a esta rama una superioridad decisiva sobre todas las demás de la Administración civil y constituido una abierta amenaza para los miembros del Gobierno⁸⁹. La Policía totalitaria, por el contrario, se halla completamente sujeta a la voluntad del jefe, que es el único que puede decidir quién será el próximo enemigo potencial y quien puede, como hizo Stalin, seleccionar a los cuadros de la Policía secreta para su liquidación. Como a la Policía ya no se le permite utilizar la provocación, ha quedado privada del único medio disponible de perpetuarse independientemente del Gobierno y se, ha tornado enteramente dependiente de las más altas autoridades para la salvaguarda de sus puestos. Como el Ejército en un Estado no totalitario, la Policía en los países totalitarios ejecuta simplemente la política y pierde todas las prerrogativas que conservaba bajo las burocracias despóticas⁹⁰.

La tarea de la Policía totalitaria no consiste en descubrir delitos, sino en hallarse disponible cuando el Gobierno decide detener a cierto sector de la población. Su principal distinción política es que solamente la Policía disfruta de la confianza de la más alta autoridad y sabe qué línea política ha de ser aplicada. Y esto no se aplica solamente a las cuestiones de alta política, tales como la liquidación de toda una clase o de un grupo étnico (sólo los cuadros de la GPU conocían el objetivo real del Gobierno soviético en los primeros años de la década de los 30 y sólo las formaciones de las SS sabían que los judíos tenían que ser exterminados en los primeros años de la década de los 40); el hecho de la vida cotidiana bajo condiciones totalita-

do. Mi deber como leal ciudadano soviético es no sustraerme a la confesión que se me exige» (*ibid.*, p. 231).

⁸⁷ Bien conocida es la situación en Francia, donde los ministros vivían en constante temor a los *docteurs secrets* de la Policía. Por lo que se refiere a la situación en la Rusia zarista, véase LAPORTE, *op. cit.*, pp. 22 y 23: «Eventualmente, la Ojraza manejará un poder muy superior al de autoridades más regulares... La Ojraza... informará al zar sólo de lo que estime oportuno».

⁸⁸ «A diferencia de la Ojraza que había sido un Estado dentro del Estado, la GPU es un departamento del Gobierno soviético: «... y sus actividades son mucho menos independientes» (ROGER N. BALDWIN, «Political Police», en *Encyclopedia of Social Sciences*).

⁸⁷ En fecha tan temprana como 1941, durante una reunión en el cuartel general de Hitler, se propuso imponer a la población polaca aquellas regulaciones por las que los judíos habían sido preparados para los campos de exterminio: cambio de apellidos si eran de origen alemán; sentencias de muerte para las relaciones sexuales entre alemanes y polacos (*Rassenschmelz*); obligación de llevar una P en Alemania, similar a la estrella amarilla de los judíos (véase *Nazi Conspiracy*, VIII, págs. 257 y ss. y el diario de HANS FRANK, en *Trials*, *op. cit.*, XXIX, p. 683). Naturalmente, los mismos polacos pronto empezaron a preocuparse de lo que les sucedería cuando los nazis hubieran concluido el exterminio de los judíos (*Nazi Conspiracy*, IV, p. 916). Por lo que se refiere a los planes de Hitler relativos al pueblo alemán, véase la nota 80.

⁸⁸ Beck y Gobin, *op. cit.*, 87. Habían de las «características objetivas», que en la URSS invitaban a la detención; entre ellas figuraba la pertenencia a la NKVD (página 153). La percepción subjetiva de la necesidad objetiva de la detención y la confesión podía lograrse más fácilmente con los antiguos miembros de la Policía Secreta. En palabras de un ex agente de la NKVD: «Mis superiores me conocen suficientemente bien y conocen mi trabajo, y si el partido y la NKVD me exigen ahora que confiese tales cosas deben tener buenas razones para hacer lo que están hacien-

cilmente detectar el siguiente cálculo lógico: la evolución de la Unión Soviética podía conducir a una crisis; una crisis podía conducir al derrocamiento de Stalin; esto podía debilitar la fuerza militar del país y producir posiblemente una situación en la que un nuevo Gobierno tendría que firmar una tregua o incluso concluir una alianza con Hitler. Tras lo cual Stalin procedió a declarar que existía un complot para el derrocamiento del Gobierno y una conspiración contra Hitler etc. Contra estas posibilidades «objetivas», aunque eneramente improbables, se alzaban sólo factores «subjetivos», tales como la lealtad de los acusados, su fatiga, su incapacidad de comprender lo que estaba sucediendo, su firme convicción de que sin Stalin todo quedaría perdido, su sincero odio al fascismo —es decir, un número de detalles de hecho que carecían, naturalmente, de consistencia de ese ficticio, lógico y posible delito—. La presunción central del totalitarismo de que todo es posible conduce así, a través de la eliminación consistente de todos los frenos de hecho, a la absurda y terrible consecuencia de que debe ser castigado cada delito que los gobernantes puedan concebir, sin tener en cuenta si ha sido o no ha sido cometido. El delito posible, como el enemigo objetivo, queda luego más allá de la competencia de la Policía, que nunca puede descubrirlo, inventarlo o provocarlo. También aquí dependen enteramente los servicios secretos de las autoridades políticas. Ha desaparecido su independencia como un Estado dentro del Estado.

Sólo en un aspecto se parece estrechamente la Policía Secreta totalitaria a los servicios secretos de los países no totalitarios. La Policía Secreta se ha beneficiado tradicionalmente, es decir, desde Fouché, de sus víctimas y ha aumentado el presupuesto oficial autorizado por el Estado con ciertas fuentes heterodoxas, asumiendo sencillamente una posición de asociación con actividades a las que se suponía que había de liquidar, tales como el juego y la prostitución etc. Estos métodos ilegales de autofinanciación, que abarcan desde la amistosa aceptación de sobornos al chantaje declarado,

Las acusaciones de los procesos de Moscú «estuvieron basadas... en una anticipación grotescamente presentada y perversa de posibles evoluciones. El razonamiento (de Stalin) se desarrolló probablemente según la siguiente línea: puede que en una crisis deseen derrocarlos —yo les acusaré de haberlo intentado... Un cambio de Gobierno puede debilitar la capacidad bélica de Rusia; y si triunfaran, podrían verse obligados a firmar una tregua con Hitler y quizás, incluso, a acceder a una cesión territorial... Yo les acusaré de haber realizado ya una traicionera alianza con Alemania y de haber cedido territorio soviético». Esta es la brillante explicación de I. DEVERSCHER sobre los procesos de Moscú, *op. cit.*, p. 377.

Un buen ejemplo de las versiones nazis del delito posible puede hallarse en HANS FRANK, *op. cit.*: «Nunca puede delinirse todo un catálogo de intentos peligrosos para el Estado porque nunca puede prevverse lo que puede pasar en peligro a la izquierda y al pueblo en algún momento del futuro» (cita de *Nazi Conspiracy*, IV, p. 881).

Los métodos criminales de la Policía Secreta no son desde luego monopolio de la tradición francesa. En Austria, por ejemplo, la temida Policía Política, bajo el reinado de María Teresa, estaba organizada por Kunitz con los cuadros de los llamados «comisarios de castidad», que acostumbraban a vivir del chantaje (véase MORITZ BERGMANN, *María Theresa und Kaiser Joseph II*, Viena-Leipzig, 1881. Debo esta referencia a Robert Pick.

rias es que sólo los agentes de la NKVD en una empresa industrial se hallan informados de lo que Moscú quiere cuando ordena, por ejemplo, una aceleración en la fabricación de tubos; si se trata simplemente de obtener más tubos, o de arruinar al director de la fábrica, o de liquidar a toda la gerencia, o de abolir esa determinada fábrica, o, finalmente, de hacer que esta orden se repita por toda la nación para que pueda cometerse una nueva purga.

Una de las razones de la duplicación de los servicios secretos, cuyos agentes se desconocen entre sí, es la de que la dominación total necesaria para la más extrema flexibilidad: volviendo a utilizar nuestro ejemplo, Moscú, cuando ordena fabricar más tubos, puede que no sepa todavía si desea tubos —lo que siempre se necesita— o una purga. La multiplicación de los servicios secretos permite los cambios en el último minuto de forma tal que una rama pueda estar preparando el otorgamiento de la orden de Lenin al director de la fábrica mientras que la otra realiza los preparativos para su detención. La eficiencia de la Policía consiste en el hecho de que puedan prepararse simultáneamente semejantes misiones contradictorias.

Bajo el régimen totalitario, como bajo otros regímenes, la Policía Secreta tiene un monopolio sobre determinada información vital, pero el tipo de conocimiento que sólo puede ser poseído por la Policía ha sufrido una importante transformación: la Policía ya no está preocupada por saber lo que sucede en las mentes de las futuras víctimas (durante la mayor parte del tiempo ignora quiénes serán estas víctimas), y la Policía se convierte en depositaria de los más importantes secretos de Estado. Esto supone automáticamente un gran progreso en su prestigio y posición, aunque se ve acompañada por una definida pérdida del poder real. Los servicios secretos no conocen nada que el jefe no conozca mejor; en términos de poder han descendido al nivel del ejecutor.

Desde un punto de vista legal, aún más interesante que el paso del sospechoso al enemigo objetivo es la sustitución totalitaria de la sospecha de un delito por la posibilidad de éste. El delito posible no es más subjetivo que el enemigo objetivo. Mientras que el sospechoso es detenido por que se le considera capaz de cometer un delito que más o menos encaja en su personalidad (o en su sospechada personalidad) y, la versión totalitaria del delito posible está basada en la anticipación lógica de los desarrollos objetivos. Los procesos de Moscú contra la vieja guardia bolchevique y los jefes del Ejército rojo fueron clásicos ejemplos de castigo por delitos posibles. Tras las fantásticas e inventadas acusaciones se puede fá-

Tipica de este concepto del sospechoso es la siguiente historia contada por C. POZYENOSITZEV en *L'Autocratie Russe: Mémoires politiques, correspondance officielle et documents inédits... 1881/1894*, París, 1927: el general Cherevkin, de la Ojrana, se le pide que intervenga en favor de una señora que está a punto de perder un pleito porque la parte contraria ha contratado los servicios de un abogado judío. Dice el general: «La misma noche ordené la detención de ese maldito judío y le retire como persona políticamente sospechosa... Al fin y al cabo, ¿podría tratar de la misma manera a unos amigos y a un socio judío, que puede que fuera inocente entonces, pero que habría sido culpable antes o lo sería después?»

fueron un factor destacado en la emancipación de los servicios secretos de las autoridades públicas y reforzaron su posición como un Estado dentro del Estado. Es curioso ver que la financiación de las actividades policíacas con ingresos de sus víctimas ha sobrevivido a todos los demás cambios. En la Rusia soviética, la NKVD depende casi enteramente de la explotación del trabajo esclavo, que, desde luego, parece no proporcionar otro beneficio ni servir a ningún otro fin que no sea la financiación del gran aparato secreto¹⁰⁴. El mismo Himmler financió a las unidades SS, que consiguieron los cuadros de la Policía Secreta nazi, a través de la confiscación de la propiedad judía; luego llegó a un acuerdo con Darré, el ministro de Agricultura, por el que Himmler recibió los varios centenares de millones de marcos que Darré obtenía anualmente comprando productos agrícolas baratos en el exterior y vendiéndolos a precios fijos en Alemania¹⁰⁵. Esta fuente regular de ingresos desapareció, naturalmente, durante la guerra; Albert Speer, el sucesor de Todt y el más grande empleador de mano de obra en Alemania a partir de 1942, propuso en dicho año un trato similar a Himmler; si Himmler accedía a liberar de la autoridad de las SS a los obreros esclavos importados cuyo trabajo era notablemente deficiente, la Organización Speer otorgaría a las SS un cierto porcentaje de los beneficios¹⁰⁶. A estas fuentes más o menos regulares de ingresos, Himmler sumó los antiguos métodos de chantaje de los servicios secretos en épocas de crisis financiera: en sus comunidades, las SS constituyeron grupos de «Amigos de las SS», que tenían que «proporcionar voluntariamente» los fondos precisos para las necesidades de los agentes locales de las SS¹⁰⁷. (Resultado notable que en sus diferentes operaciones financieras, la Policía Secreta nazi no explotara a sus prisioneros. Excepto en los últimos años de la guerra, cuando el empleo del material humano en los campos de concentración ya no estaba solamente determinado por Himmler, el trabajo en los campos «no tuvo otro propósito racional que el de aumentar la carga y la tortura de los infortunados prisioneros»¹⁰⁸.)

¹⁰⁴ Es cierto que la gran organización policial es pagada con los beneficios del trabajo esclavo; lo sorprendente es que el presupuesto de la Policía no se halle enteramente nutrido por tales ingresos. Kocavchenko, *op. cit.*, menciona unos impuestos especiales con los que la NKVD grava a ciudadanos condenados que siguen viviendo y trabajando en libertad.

¹⁰⁵ Véase Fritz Thyssen, *I Paid Hitler*, Londres, 1941.

¹⁰⁶ Véase Nazi Conspiracy, I, pp 916 y 917. La actividad económica de las SS radicaba en una oficina central para cuestiones económicas y administrativas. Ante la Hacienda, las SS declaraban su capital como «propiedad del partido reservada para fines especiales» (carta del 5 de mayo de 1943, citada por M. Wolfson, *Ueber sich die Gliederung wirtschaftlicher Nazi-Organisationen*, Osnabrück, diciembre de 1947).

¹⁰⁷ Véase Kohn-Bramstedt, *op. cit.*, p. 112. El motivo del chantaje queda claramente revelado si consideramos que este tipo de recogida de fondos era siempre organizado por las unidades locales de las SS en los lugares donde se hallaban estacionadas (véase *Der Weg der SS*, publicado por la SS-Hauptamt-Schulungsamt, sin fecha, p. 14).

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 124. A este respecto se establecieron ciertos compromisos en atención a los requerimientos correspondientes al mantenimiento de los campos y a las necesidades personales de las SS (véase Wolfson, *op. cit.*, carta del 18 de septiembre de 1941, de Oswald Pohl, jefe de la WVf (*Wirtschafts- und Verwaltung-Hauptamt*)).

Sin embargo, estas irregularidades financieras son los únicos y no muy importantes rasgos de la tradición de la Policía Secreta. Son posibles por obra del desprecio general de los regímenes totalitarios hacia las cuestiones económicas y financieras, de forma tal que métodos que bajo condiciones normales serían ilegales y distinguirían a la Policía Secreta de otros más respetables departamentos de la Administración ya no denotan que estamos aquí refiriéndonos a un departamento que disfruta de independencia, no es controlado por otras autoridades y vive en una atmósfera de irregularidad, irrespetabilidad e inseguridad. La posición de la Policía Secreta totalitaria, por el contrario, ha quedado completamente establecida y sus servicios se hallan totalmente integrados en la Administración. No sólo se encuentra la organización más allá del umbral de la ley, sino que, más bien, es la encarnación de la ley y su respetabilidad queda por encima de toda sospecha. Ya no organiza crímenes por su propia iniciativa, ya no provoca atentados contra el Estado y la sociedad y austieramente procede contra todas las formas de soborno, chantaje y ganancias financieras ilegales. La lección moral, combinada con muy tangibles amenazas, que el mismo Himmler pudo permitirse dar a sus hombres en medio de la guerra —«Tenemos la moral adecuada... para barrer a este pueblo (judío) irracional a batrimos, pero no tenemos derecho a enriquecernos en manera alguna, ya sea mediante un abrigo de pieles, un reloj, un solo marco o un cigarrillo...»¹⁰⁹— sorprende con una nota que uno en vano buscaría en la historia de la Policía Secreta. Si todavía sigue preocupada por los «pensamientos peligrosos», difícilmente son éstos los que las personas sospechosas saben que son peligrosos; la regimentación de toda la vida intelectual y artística exige un constante resiguiamiento y revisión de las normas, que, naturalmente, son acompañados por repetidas eliminaciones de ciertas ideas que aún eran enteramente ortodoxas el día anterior. Mientras que, por eso, se ha tornado superflua su función policíaca en el sentido reconocido del término, la función económica de la Policía Secreta, a veces considerada como reemplazadora a la primera, es aún más dudosa. Es innegable, con seguridad, que periódicamente la NKVD recoge un porcentaje de la población soviética y la envía a campos que son conocidos bajo la halagadora y equívoca designación de campos de trabajo forzado¹¹⁰.

¹⁰⁹ Discurso de Himmler, de octubre de 1943, en Posen: *International Military Trials*, Nuremberg, 1943-46, vol. 29, p. 146.

¹¹⁰ «Beck Bulat (seudónimo literario de un ex profesor soviético) ha podido estudiar documentos de la NKVD del Cáucaso septentrional. Por estos documentos resulta obvio que en junio de 1937, cuando se hallaba en su cúspide la gran purga, el Gobierno prescribió a las NKVD locales que detuvieran a un determinado porcentaje de su población... El porcentaje variaba de una provincia a otra, llegando a ser de un 5 por 100 en las áreas menos locales. La media para el conjunto de la Unión Soviética era, aproximadamente, de un 3 por 100», según informa DAVID J. DALLIN, en *The new Leader*, 8 de enero de 1949. Beck y Coplin, *op. cit.*, p. 239, llegan a una presunción ligeramente diferente y completamente plausible.

sin embargo, aunque es completamente posible que ésta sea la forma que tiene la Unión Soviética de resolver su problema de desempleo, es también generalmente sabido que la producción de esos campos es infinitamente más baja que la del trabajo ordinario soviético y que difícilmente basta para pagar los gastos del aparato policíaco.

Ni dudosa ni superflua es la función política de la Policía Secreta, el «mejor organizado y el más eficiente» de todos los departamentos gubernamentales¹¹¹ en el aparato del poder del régimen totalitario. Constituye la verdadera rama ejecutiva del Gobierno a través de la cual son transmitidas todas las órdenes. A través de la red de agentes secretos, el gobernante totalitario ha creado para sí mismo una directa correa de transmisión ejecutiva que, a diferencia de la estructura del tipo de cebolla de la jerarquía ostensible, se halla completamente separada y aislada de todas las demás instituciones.¹¹² En este sentido, los agentes de la Policía Secreta constituyen la única clase abiertamente dominante en los países totalitarios, y sus normas y escala de valores penetran todo el tejido de la sociedad totalitaria.

Desde este punto de vista puede no resultar demasiado sorprendente que ciertas cualidades peculiares de la Policía Secreta sean cualidades generales de la sociedad totalitaria más que peculiaridades de la Policía Secreta totalitaria. La categoría del sospechoso abarca así, bajo las condiciones totalitarias, a toda la población; cada pensamiento que se desvía de la línea oficialmente prescrita y permanentemente cambiante es ya sospechoso, sea cual fuere el campo de actividad humana en que suceda. Simplemente por su capacidad de pensar, los seres humanos son sospechosos por definición, y esta sospecha no puede ser descartada en razón de una conducta ejem-

según la cual las «detenciones eran planeadas de la siguiente manera: Los archivos de la NKVD abarcaban prácticamente a toda la población y todo el mundo se hallaba clasificado en una determinada categoría. Así se disponía en cada ciudad, de estadísticas que señalaban cuántos antiguos blancos, cuántos miembros de partidos adversarios, etc., vivían allí. En los archivos entraba también todo el material incriminatorio recogido... y obtenido de las confesiones de los detenidos y se marcaba la tarjeta de cada persona para señalar cuán peligrosa se la consideraba; esa consideración dependía del material sospechoso e incriminatorio que aparecía en el archivo. Como de las estadísticas se informaba regularmente a las autoridades superiores, era posible preparar una purga en cualquier momento con completo conocimiento del número exacto de personas de cada categoría.

¹¹¹ BALDWIN, *op. cit.*

¹¹² Los cuadros de la Policía Secreta rusa estaban tan a «disposición personal» de Stalin como se hallaban a disposición personal de Hitler las tropas de choque de las SS (*Verfügungstruppe*). Ambos, incluso si eran llamadas a servir con las fuerzas militares en tiempo de guerra, vivían conforme a su propia jurisdicción. Las «leyes matrimoniales» especiales que servían para segregarse a las SS del resto de la población fueron las primeras y más fundamentales normas que introdujo Hitler cuando se encargó de la reorganización de las SS. Incluso antes de las leyes matrimoniales de Himmler, en 1927, se impuso a las SS una orden especial: «Der Führer eruiha en las discusiones de las reuniones de miembros del partido» (*Der Weg der SS, op. cit.*). La misma conducta ha sido descrita respecto de los miembros de la NKVD, que se mantienen deliberadamente aparte y que sobre todo jamás se relacionan con otras secciones de la aristocracia del partido (Beck y Gopin, *op. cit.*, p. 162).

plar, porque la capacidad humana para pensar es también una capacidad para cambiar la mente propia. Como, además, es imposible llegar a conocer más allá de la duda el corazón de otro hombre —en este contexto, la tortura es sólo el intento desesperado y eternamente fútil de lograr lo que no puede lograrse—, la sospecha no puede ser mitigada si ya no existen como realidades sociales (diferenciadas de las simplemente psicológicas) una comunidad de valores ni las previsibilidades del interés propio. La sospecha mutua, por eso, cala todas las relaciones sociales en los países totalitarios y crea una atmósfera omnipenetrante al margen de la esfera especial de la Policía Secreta.

En los regímenes totalitarios, la provocación, tanto especialidad del agente secreto, se convierte en un método de tratar con el vecino, que se ve forzado a utilizar todo el mundo, voluntaria o involuntariamente. Todo el mundo, de alguna forma, es el *agent provocateur* de todo el mundo; porque, obviamente, se calificará a sí mismo de *agent provocateur* si llegara a la atención de las autoridades un intercambio incluso ordinario y amistoso de «pensamientos amistosos» (o lo que mientras tanto se haya convertido en «pensamientos peligrosos»). La colaboración de la población en la denuncia de los adversarios políticos y la prestación de servicios voluntario como agente provocador no carecen ciertamente de precedentes, pero en los países totalitarios se hallan tan bien organizados que el trabajo de los especialistas es casi superfluo. En un sistema de espionaje urbano, donde todo el mundo puede ser un agente de Policía y donde cada individuo se siente sometido constantemente a vigilancia, bajo circunstancias, además, en las que las carreras profesionales son extremadamente inseguras y donde los ascensos y caídas más espectaculares son sucesos cotidianos, cada palabra se torna equívoca y queda sometida a una interpretación retrospectiva.

La ilustración más sorprendente de la penetración de la sociedad totalitaria por los métodos y normas de la Policía Secreta puede hallarse en la cuestión de las carreras profesionales. El agente doble en los regímenes totalitarios servía a la causa a la que se suponía que había de combatir casi tanto, y a veces más, que las autoridades. Frecuentemente, alberga una especie de doble ambición: deseaba ascender en las filas de los partidos revolucionarios tanto como en las filas de los servicios. Para conseguir ascensos en ambos campos sólo tenía que aceptar ciertos métodos que en una sociedad normal correspondían a los ensueños del pequeño empleado que depende de su antigüedad para el ascenso: a través de sus conexiones con la Policía podía eliminar ciertamente a sus superiores y rivales en el partido, y a través de sus conexiones con los revolucionarios tenía al menos una oportunidad de desembarazarse de su jefe en la Policía.¹¹³ Si consideramos las condiciones de las carreras profesionales en la actual sociedad rusa, la semejanza con tales métodos resulta sorpren-

¹¹³ Es típica la espléndida carrera del agente de Policía Balinowsky, que acabó como diputado de los bolcheviques en el Parlamento (véase Bakhrak D. Wours, *op. cit.*, cap. XXXI).

dente. Los altos funcionarios no sólo deben sus puestos a las purgas que eliminaron a sus predecesores, sino que aceleran sus ascensos de esta forma en todos los caminos de la vida. Cada diez años, aproximadamente, una purga de alcance nacional deja espacio para la nueva generación, recientemente graduada y hambrienta de puestos. El mismo Gobierno ha establecido para este ascenso las condiciones que antiguamente tenía que crear el agente de Policía.

Este giro violento y regular de toda la gigantesca maquinaria administrativa, aunque impide el desarrollo de la competencia, tiene muchas ventajas: asegura la relativa juventud de los funcionarios e impide una estibización de condiciones que, al menos en tiempos de paz, se halla profusa de peligros para la dominación totalitaria; eliminando la antigüedad y el mérito impide el desarrollo de las lealtades que normalmente ligan a los miembros jóvenes de un cuerpo con sus mayores, de cuya opinión y buena voluntad dependen sus ascensos; barren de una vez por todas los peligros del paro y aseguran a todo el mundo un puesto compatible con su preparación. Así, en 1959, después de que llegó a su final la gigantesca purga de la Unión Soviética, Stalin pudo observar con gran satisfacción que «el partido era capaz de elevar a los puestos dirigentes en los asuntos del Estado o del partido a más de 500.000 jóvenes bolcheviques»¹⁴. La humillación implícita en el hecho de deber un puesto a la injusta eliminación del predecesor de cada uno tiene el mismo efecto demoralizante que la eliminación de los juicios tuvo en las profesiones alemanas: convierte a cada poseedor de un puesto de trabajo en consciente cómplice de los crímenes de un Gobierno, de los que es beneficiario tanto si le gusta como si no le gusta, con el resultado de que, cuanto más sensible resulte ser el individuo humillado, más ardentemente defenderá al régimen. En otras palabras, este sistema es el resultado lógico del principio del jefe en sus implicaciones totales y la mayor garantía posible de la lealtad, en cuanto que hace que el medio de vida de cada nueva generación dependa de la línea política actual del jefe que inició la purga creadora de puestos de trabajo. También hace realidad la identidad de los intereses públicos y privados, de la que acostumbra a mostrarse tan orgullosos los defensores de la Unión Soviética (o, en la versión nazi, la abolición de la esfera de la vida privada), hasta el punto de que cualquier individuo, de cualquier importancia, deba toda su existencia al interés político del régimen, y cuando esta identidad de intereses de hecho queda rota y la purga siguiente le barre del puesto, el régimen se asegura de que desaparezca del mundo de los vivos. En forma no muy diferente, el agente doble se halla identificado con la causa de la revolución (sin la cual perdería su puesto) y no sólo con la Policía Secreta. En esta esfera, también, una ascensión espectacular puede solamente acabar en una muerte anónima, dado que es más improbable que pueda jugarse indefinidamente el doble juego. El Gobierno totalitario, cuando fija para el ascenso en todas las carreras condiciones que habían prevalecido anteriormente sólo entre

los proscriitos sociales, ha efectuado uno de los cambios más trascendentes en psicología social. La psicología del agente doble, que se muestra dispuesto a pagar el precio de la brevedad de una vida por la exaltada existencia de unos pocos años en la cumbre, se convirtió necesariamente en la filosofía en cuestiones personales de toda la generación postrevolucionaria en Rusia y, en menor, pero aún muy peligroso, grado, en la Alemania de la posguerra.

Esta es la sociedad, penetrada por normas y viviendo conforme a métodos que tanto fueron monopolio de la sociedad secreta y donde funciona la Policía Secreta totalitaria. Sólo en las fases iniciales, cuando todavía se desarrolla una lucha por el poder, son sus víctimas aquellos que pueden ser sospechosos de oposición. Luego prosigue su carrera totalitaria con la persecución del enemigo objetivo, que puede ser el judío o los polacos (como en el caso de los nazis) o los llamados «contrarrevolucionarios», una acusación que «en la Rusia soviética... es formulada... antes de que se haya suscitado cuestión alguna, como [el] comportamiento [de los acusados]», que pueden ser personas que en un cierto tiempo poseyeron una tienda o una casa o cuyos «padres o abuelos tuvieron semejantes cosas»¹⁵, o que resultaron pertenecer a una de las fuerzas de ocupación del Ejército rojo, o eran rusos de origen polaco. Sólo en su fase última y completamente totalitaria quedaban abandonados los conceptos del enemigo objetivo y del delito lógicamente posible, elegidas las víctimas completamente al azar y, sin llegar a ser acusadas, declaradas incapaces de vivir. Esta «nueva categoría de «indeseables» puede consistir, como en el caso de los nazis, en enfermos mentales o en personas con enfermedades pulmonares o cardíacas, o, en la Unión Soviética, en personas que hayan sido comprendidas en ese porcentaje, diferente en una provincia de otra, cuya deportación haya quedado determinada.

Esta consiguiente arbitrariedad niega la libertad humana más eficazmente de lo que podría negarla cualquier tiranía. Uno tiene por lo menos que ser enemigo de una tiranía para ser castigado por ésta. La libertad de opinión no queda abolida en aquellos que son suficientemente valientes como para arriesgar sus cuellos. Teóricamente, la elección de la oposición existe también en los regímenes totalitarios; pero semejante libertad queda casi invalidada si la realización de un acto voluntario sólo asegura un «castigo» que cualquiera puede tener que soportar de cualquier forma. En este sistema, la libertad no sólo ha menguado hasta su última y aparentemente todavía indestructible garantía la posibilidad del suicidio, sino que ha perdido su sello distintivo porque las consecuencias de su ejercicio son compartidas por personas completamente inocentes. Si Hitler hubiera tenido tiempo para hacer realidad su sueño de una ley Salaritaria General alemana, el hombre que pedertera una enfermedad pulmonar habría quedado sujeto al mismo destino que un comunista durante los primeros años del régimen nazi y que un judío durante los últimos. En forma semejante, el adversario del régimen que en Rusia sufre el mismo

¹⁴ *The Dark Side of the Moon*, Nueva York, 1947.

destino que millones de personas enviadas a los campos de concentración con objeto de cubrir ciertas cuotas, sólo alivia a la Policía de la tarea de la elección arbitraria. El inocente y el culpable son igualmente indeseables.

El cambio en el concepto del delito y de los delincuentes determina los nuevos métodos de la Policía Secreta totalitaria. Los delincuentes son castigados; los indeseables desaparecen de la faz de la Tierra; el único rastro que dejan tras de sí es el recuerdo de aquellos que les conocieron y les amaron, y una de las tareas más difíciles de la Policía Secreta consiste en asegurarse de que desaparecerán incluso semejantes rastros junto con el hombre condenado.

Se dice que la Ojra, predecesora zarista de la GPU, inventó un sistema de archivo en el que cada sospechoso era anotado en una gran tarjeta en el centro de la cual aparecía su nombre dentro de un gran círculo rojo, sus amigos políticos eran designados dentro de círculos rojos menores, y sus amistades no políticas, por círculos verdes; los círculos pardos señalaban a personas en contacto con amigos del sospechoso, pero no conocidas personalmente; por éste; las interrelaciones entre los amigos del sospechoso, políticos y no políticos, y los amigos de sus amigos, quedaban señaladas por líneas entre los círculos respectivos¹¹⁷. Obviamente, las limitaciones de este método venían impuestas sólo por el tamaño de las tarjetas, y, teóricamente, una gigantesca y única tarjeta podría mostrar las relaciones e interrelaciones de toda la población. Y éste es el objetivo utópico de la Policía Secreta totalitaria. Ha renunciado al anhelo de la Policía, que se supone que hace realidad el detector de mentiras, y ya no trata de averiguar quién es quién o qué piensa quién. (El detector de mentiras es quizás el ejemplo más gráfico de la fascinación que este sueño ejerce aparentemente sobre la mentalidad de todos los policías; porque, obviamente, el complicado mecanismo de detección difícilmente podrá demostrar nada más que la sangre fría o el temperamento nervioso de sus víctimas. Realmente, el razonamiento simplista que subyace en el empleo de este mecanismo puede ser sólo explicado por el deseo irracional de que al fin y al cabo sea posible alguna forma de lectura de pensamiento.) Este antiguo sueño resultaba bastante terrible y desde tiempo inmemorial ha conducido a la tortura y a las más abominables crueldades. Contaba sólo con una cosa en su favor: pedía lo imposible. El sueño moribundamente más terrible. Ahora, la Policía sueña con que una mirada al gigantesco mapa en la pared de un despacho baste en cualquier momento dado para determinar quién está relacionado con quién y en qué grado de intimidad, y, teóricamente, este sueño no es irrealizable aunque su ejecución técnica esté llamada a ser algo difícil. Si este mapa existiera realmente, ningún recuerdo se alzaría en el camino de la reivindicación totalitaria a la dominación. Semejante mapa podría hacer posible borrar a las personas sin dejar rastros, como si nunca hubieran existido.

¹¹⁷ Véase LAPORTE, *op. cit.*, p. 39.

Si puede confiarse en los informes de los agentes detenidos de la NKVD, la Policía Secreta rusa ha llegado desagradablemente cerca de este ideal de dominación totalitaria. La Policía dispone de *dossiers* secretos sobre cada habitante del vasto país en los que se señalan cuidadosamente las muchas relaciones que existen entre las personas, desde las casuales a las genuinamente amistosas y las familiares; sólo para descubrir estas relaciones es por lo que son tan estrechamente interrogados los acusados cuyos «delitos» han quedado de cualquier manera «objetivamente» establecidos antes de su detención. Finalmente, por lo que se refiere al don de la memoria, tan peligroso para la dominación totalitaria, los observadores extranjeros consideran que, «si es cierto que los elefantes nunca olvidan, Rusia nos parece ser lo opuesto de los elefantes». La psicología soviética rusa parece hacer realmente posible el olvido¹¹⁸.

Puede advertirse cuán importante para el aparato de dominación total es esta completa desaparición de sus víctimas en los ejemplos donde, por una razón u otra, el régimen se ha visto enfrentado con el recuerdo de los supervivientes. Durante la guerra, un comandante de las SS cometió el terrible error de informar a una mujer francesa de la muerte de su marido en un campo de concentración alemán. Este descuido determinó un pequeño alud de órdenes e instrucciones a todos los comandantes de los campos, advirtiéndoles que bajo circunstancia alguna se facilitara información al mundo exterior¹¹⁹. El hecho es que, por lo que a la vida francesa concernía, su marido había dejado supuestamente de vivir en el momento de su detención, o, más bien, había cesado incluso de haber vivido. Similarmente, los funcionarios de la Policía soviética, acostumbrados a este sistema desde su nacimiento, sólo podían sentirse sorprendidos ante aquellas personas de la Polonia ocupada que trataban desesperadamente de averiguar lo que había sido de sus amigos y parientes detenidos¹²⁰.

En los países totalitarios todos los lugares de detención dirigidos por la Policía quedan convertidos en verdaderos pozos del olvido en los que las personas caen por accidente y sin dejar tras de sí los rastros ordinarios de su antigua existencia como un cuerpo y una tumba. En comparación con esta novísima invención para hacer desaparecer a la gente, el anticuado medio del asesinato, político o común, resultaba desde luego ineficaz. El asesino deja tras de él un cuerpo, y aunque trate de borrar los rastros de su propia identidad, no tiene poder para borrar la identidad de su víctima del recuerdo del mundo superviviente. La operación de la Policía secreta, por el contrario, se encarga mitigablemente de que la víctima nunca haya existido.

La relación entre la Policía Secreta y las sociedades secretas es obvia. El establecimiento de la primera siempre ha necesitado y utilizado el argumento de los peligros suscitados por la existencia de las últimas. La

¹¹⁷ Beck y Gopin, *op. cit.*, pp. 127 y 234.

¹¹⁸ Véase Nazi Conspiracy, VII, pp. 84 y ss.

¹¹⁹ *The Dark Side of the Moon*.

Policiá Secreta totalitaria es la primera en la Historia que, ni necesita, ni utiliza los anticuados pretextos de todos los tiranos. El anonimato de sus víctimas, que no pueden ser denominadas enemigas del régimen y cuya identidad es desconocida de los perseguidores hasta que se produce la decisión arbitraria del Gobierno eliminándolas del mundo de los vivos y exterminando su recuerdo del mundo de los muertos, está más allá de todo secreto, más allá del más estricto silencio, más allá del gran dominio de la doble vida que la disciplina de las sociedades conspiradoras acostumbra a imponer a sus miembros.

Los movimientos totalitarios que, durante su ascensión al poder, imitan ciertas características de la organización de las sociedades secretas y que, sin embargo, se establecen a la luz del día crean una verdadera sociedad secreta sólo después de su llegada al poder. La sociedad secreta de los regímenes totalitarios es la Policiá Secreta; el único secreto estrictamente guardado que existe en un país totalitario concierne a las operaciones de la Policiá y a las condiciones de los campos de concentración.¹²⁰ Desde luego, la población, en general, y los miembros del partido, especialmente, conocen todos los hechos generales: que existen campos de concentración, que desaparecen personas, que son detenidas personas inocentes; al mismo tiempo, cada persona en un país totalitario sabe también que el mayor delito es hablar siquiera de estos «secretos». Considerando que un hombre depende para su conocimiento de la afirmación y de la comprensión de sus semejantes, esta información, generalmente contenida, pero individualmente guardada y nunca comunicada, pierde su realidad y asume la naturaleza de una simple pesadilla. Sólo aquellos que están en posesión del conocimiento estrictamente esotérico concierne a las nuevas y eventuales categorías de indeseables y de los métodos operativos de los cuadros se hallan en posición de comunicarse entre sí activos de lo que realmente constituye la realidad para todos. Sólo ellos están en posición de creer en lo que saben que es cierto. Este es su secreto y para guardar este secreto quedan establecidos como una organización secreta. Siguen siendo miembros de ésta aunque la organización secreta les detenga, les obligue a hacer confesiones y, finalmente, les liquide. Mientras que guardan el secreto pertenecen a la élite, y, como regla, no lo traicionan aunque estén en prisión o en campos de concentración.¹²¹

Ya hemos observado que una de las muchas paradojas que hieren al sentido común del mundo no totalitario es el empleo aparentemente irracional que el totalitarismo hace de los métodos conspiradores. Los movimientos totalitarios, en apariencia perseguidos por la Policiá, usan muy escasamente de los métodos de conspiración para el derrocamiento del

¹²⁰ «Había poco en las SS que no fuera secreto. El mayor secreto era el de las prácticas en los campos de concentración. Ni siquiera los miembros de la Gestapo eran admitidos... en los campos sin un permiso especial» (Eugen Koonen, *Der SS-Star* Munich, 1946, p. 297).

¹²¹ Beck y Gopin, *op. cit.*, p. 169, señalan cómo los funcionarios de la NKVD, cuando eran detenidos, «cuidaban muy especialmente de no revelar ninguno de los secretos de la NKVD».

Gobierno en su lucha por el poder, mientras que el totalitarismo en el poder, tras haber sido reconocido por todos los Gobiernos y aparentemente evolucionado desde su fase revolucionaria, desarrolla una verdadera Policiá Secreta como núcleo de su Gobierno y del poder. Parece que el reconocimiento oficial es considerado una amenaza mayor para el contenido conspirador del movimiento totalitario, una amenaza de desintegración interna, que las frías medidas policíacas de los regímenes no totalitarios.

La verdad de la cuestión es que los dirigentes totalitarios, aunque se hallan convencidos de que deben seguir consecuentemente la ficción y las reglas del mundo ficticio que quedaron establecidas durante su lucha por el poder, sólo gradualmente descubren las implicaciones totales de este mundo ficticio y de sus reglas. Su fe en la omnipotencia humana, su convicción de que todo puede hacerse a través de la organización, les lleva a experiencias que la imaginación humana puede haber esbozado, pero que la actividad humana ciertamente jamás realizó. Sus odiosos descubrimientos en el terreno de lo posible se hallan inspirados por un científico ideológico que ha demostrado hallarse menos controlado por la razón y menos inclinado a reconocer los hechos que las más salvajes fantasías de la especulación precientífica y filosófica. Establecen la sociedad secreta que ya no opera a la luz del día, la sociedad de la Policiá Secreta, del soldado político o del combatiente ideológicamente preparado, para poder realizar la indetectable investigación experimental sobre lo que es posible.

La conspiración totalitaria contra el mundo no totalitario, por otra parte, su reivindicación de dominación total, prosiguen tan abiertas y patentadas bajo condiciones de dominación totalitaria como en los movimientos totalitarios. Se halla prácticamente impresa en la población coordinada de «simpatizantes» en la forma de una supuesta conspiración de todo el mundo contra su propio país. La dicotomía totalitaria es propagada haciendo deber de cada ciudadano en el exterior: el informar a su país como si fuera un agente secreto y tratando a cada extranjero como a un espía de su correspondiente país.¹²² Para la realización práctica de esta dicotomía, más que en razón de secretos específicos, militares y de otro tipo, es por lo que los telones de acero separan a los habitantes de un país totalitario del resto del mundo. Su verdadero secreto, los campos de concentración, esos laboratorios en el experimento de dominación total, está protegido por los regímenes totalitarios de los ojos de su propio pueblo, tanto como de los demás.

Durante un considerable lapso de tiempo la normalidad del mundo normal es la protección más eficaz contra la revelación de los crímenes masivos totalitarios. «Los hombres normales no saben que todo es posi-

¹²² Es típico el siguiente diálogo descrito en *The Dark Side of the Moon*: «Al reconocimiento de que uno había estado fuera de Polonia según invariablemente la siguiente pregunta: «¿Para qué iba usted espionando...?». Un hombre preguntó: «Pero ustedes también tienen visitantes extranjeros. ¿Crean ustedes que son espías?». La respuesta fue: «¿Qué es lo que cree? ¿Tan necios nos supone como para no darnos cuenta de ello?».

3. DOMINACIÓN TOTAL.

Los campos de concentración y exterminio de los regímenes totalitarios sirven como laboratorios en los que se pone a prueba la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible. En comparación con éste, todos los demás experimentos revisten una importancia secundaria, incluyendo aquellos realizados en el campo de la Medicina, cuyos horrores han sido detalladamente expuestos en los procesos contra los médicos del III Reich, aunque resulta característico que tales laboratorios fueran utilizados para experimentos de todo tipo.

La dominación total, que aspira a organizar la infinita pluralidad y la diferenciación de los seres humanos como si la Humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones. El problema es fabricar algo que no existe, es decir, un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, cuya única «libertad» consistiría en «preservar la especie»¹³³. La dominación trata de lograr este objetivo tanto a través del adiestramiento ideológico de las formaciones de élite como a través del terror absoluto en los campos; y las atrocidades para las que son implacablemente empleadas las formaciones de élite se han convertido, en realidad, en aplicación práctica del adiestramiento ideológico —en terreno de pruebas en el que debe demostrarse éste— mientras que se supone que el aterrador espectáculo de los mismos campos ha de proporcionar la comprobación «teórica» de la ideología.

Los campos son concebidos no sólo para exterminar a las personas y degradar a los seres humanos, sino también para servir a los fantásticos experimentos de eliminar, bajo condiciones científicamente controladas, a la misma espontaneidad como expresión del comportamiento humano y de transformar a la personalidad humana en una simple cosa, algo que ni siquiera son los animales; porque el perro de Pavlov, que, como sabemos, había sido preparado para comer no cuando tuviera hambre, sino cuando sonara una campana, era un animal pervertido.

Bajo circunstancias normales esto no puede ser jamás llevado a cabo, porque la espontaneidad no puede ser enteramente eliminada mientras que no sólo esté conectada con la libertad humana, sino con la misma vida, en el sentido de estar un simplemente vivo. Sólo en los campos de concentración es posible semejante experimento, y por eso no son sólo *la sciété la plus totalitaire encore réalisée* (David Rousset), sino la guía ideal social de dominación total en general. De la misma manera que la estabilidad del régimen totalitario depende del aislamiento del mundo ficticio del movimiento respecto del mundo exterior, así el experimento de domi-

¹³³ En las *Tischgespräche*, Hitler menciona varias veces que él «[anhela] una condición en la que cada individuo sepa que vive y muere para la preservación de su especie» (p. 349): «Una mosca pone millones de huevos, todos los cuales perecen. Pero las moscas siguen existiendo.»

ble»¹³³, se niegan a creer en lo monstruoso frente a sus ojos y oídos, de la misma manera que el hombre-masa no confía en sus ojos y oídos ante una realidad normal en la que no hay lugar para él¹³⁴. La razón por la que los regímenes totalitarios pueden llegar tan lejos en la realización de un mundo ficticio y trastornado es la de que el mundo exterior no totalitario, que siempre comprende una gran parte de la población del mismo país no totalitario, incurre también en el error de confundir sus deseos con realidades y elude la realidad frente a la auténtica locura de la misma manera que las masas la eluden frente al mundo normal. Esta repugnancia del sentido común a creer en lo monstruoso se ve constantemente reforzada por el mismo gobernante totalitario, que se asegura de que jamás se publiquen estadísticas fidedignas, hechos y cifras controlables, de manera tal que sólo haya informes subjetivos, improbables e inflables respecto de los lugares de los muertos vivos.

Por obra de esta política, los resultados del experimento totalitario son sólo parcialmente conocidos. Aunque poseemos informaciones suficientes de los campos de concentración para afirmar las posibilidades de dominación total y para echar un vistazo al abismo de «lo posible», no conocemos el grado de la transformación del carácter bajo un régimen totalitario. Aún menos sabemos cuántas de las personas normales que nos rodean estarían dispuestas a aceptar el estilo totalitario de vida —es decir, a pagar el precio de una vida considerablemente más corta por la garantía de realización de todos los sueños de sus carreras profesionales. Es fácil comprender el grado en el que la propaganda totalitaria e incluso algunas instituciones totalitarias responden a las necesidades de las nuevas masas desraizadas, pero es casi imposible conocer cuántas de esas personas, si llegarán a verse expuestas a una constante amenaza de desempleo, aceptarían de buena gana una «política de población» que consiste en la eliminación regular de las personas excedentarias, y cuántas, una vez que hubieran comprendido completamente su creciente incapacidad para soportar las cargas de la vida moderna, se conformarían de buen grado con un sistema que, junto con la espontaneidad, elimina la responsabilidad.

En otras palabras, aunque conocemos la forma de operar y la función específica de la Policía secreta totalitaria, no sabemos cuán bien y hasta qué grado corresponde el «secreto» de esta sociedad secreta a los deseos secretos y a las complicidades secretas de las masas de nuestro tiempo.

¹³³ David Rousset, *The Oiler Kingdom*, Nueva York, 1947.

¹³⁴ Los nazis eran perfectamente conscientes del muro de incredulidad que rodeaba a su empresa. Un informe secreto de Rosenberg acerca de la matanza de 5.000 judíos en 1943 declara explícitamente: «Imagínese que estos hechos llegaran a ser conocidos al otro lado y explotados por ellos. Lo más probable es que semejante propaganda no tuviera efecto sólo porque la gente que oye y lee acerca de eso simplemente no estaría dispuesta a creerlo.» (*Nazi Conspiracy*, I, p. 1001).

nación total en los campos de concentración depende del aislamiento respecto del mundo de todos los demás, del mundo de los vivos en general, incluso del mundo exterior de un país bajo dominación totalitaria. Este aislamiento explica la irrealidad peculiar y la falta de credibilidad que caracteriza a todos los relatos sobre los campos de concentración y que constituye una de las principales dificultades para la verdadera comprensión de la dominación totalitaria, que permanece o desaparece al mismo tiempo que la existencia de estos campos de concentración y de exterminio; porque, por improbable que pueda parecer, tales campos son la verdadera institución central del poder organizador totalitario.

Existen numerosos informes de supervivientes¹². Cuanto más auténticos son, menos tratan de comunicar lo que retuye la comprensión humana y la experiencia humana — los sufrimientos, es decir, lo que transforma a los hombres en «animales que no se quejan»¹³. Ninguno de esos relatos inspira a los hombres aquellas pasiones de ultraje y simpatía mediante las cuales se han sentido siempre movilizados en pro de la justicia. Al contrario, cualquiera que hable o escriba acerca de los campos de concentración es considerado como un sospechoso; y si quien habla ha regresado decididamente al mundo de los vivos, el mismo se siente asaltado por dudas con respecto a su verdadera sinceridad, como si hubiese confundido una pesadilla con la realidad¹⁴.

Esta duda de las personas respecto de sí mismas y respecto de la realidad de su propia experiencia solamente revela lo que los nazis siempre habían sabido: que los hombres resueltos a cometer crímenes hallarán oportuno organizarlos en la escala más vasta y más improbable. No sólo porque ello torna inadecuados y absurdos todos los castigos proporcional-

¹² Los mejores informes sobre los campos nazis de concentración son los de DAVID ROUSSET, *Les jours de notre mort*, París, 1947; EUGENE KOENIG, *op. cit.*; BRUNO BETTELHEIM, «On Dachau and Buchenwald» (de mayo de 1938 a abril de 1939), en *Nazi Conspiracy*, VII, pp. 824 y ss. Por lo que se refiere a los campos soviéticos de concentración, véase la excelente compilación de informes de supervivientes *op. cit.*, aunque sus informaciones son a veces menos convincentes porque proceden de «adecuadas» personalidades inclinadas a redactar manifiestos y acusaciones.

¹³ *The Dark Side of the Moon*: la introducción subraya también esta peculiar falta de comunicación: «Recuerdan, pero no se comunican».

¹⁴ Véase especialmente BRUNO BETTELHEIM, *op. cit.*: «Parecía como si yo hubiera llegado a convencirme de que, de alguna manera, aquellas horribles y degradadas experiencias no me sucedían a "mi" como sujeto, sino a "mit" como objeto. Esta experiencia fue corroborada por las declaraciones de otros presos... Era como si yo viera suceder cosas en las que sólo participaba vagamente... "Eso no puede ser cierto, tales cosas no suceden... Los presos tenían que convencerse de que todo aquello era real, que sucedía realmente y que no se trataba de una pesadilla. Jamás lo lograron por completo».

Véase también ROUSSET, *op. cit.*, p. 215, «... los que no lo han visto con sus propios ojos no pueden creerlo. ¿Tomó usted mismo en serio los rumores sobre las cámaras de gas antes de venir hasta aquí? —No —le dije.

—¿...? Bien, todos son como usted. Todos los de París, Londres, Nueva York, incluso en Birmáhan, aquí mismo, al lado mismo del crematorio... según mostrárdose incrédulos cinco minutos antes de ser enviados al sótano del crematorio...»

dos por el sistema legal, sino porque la misma inmensidad de los crímenes garantiza que los asesinos, que proclaman su inocencia con toda clase de mentiras, serán más fácilmente creídos que sus víctimas, quienes dicen la verdad. Los nazis ni siquiera llegaron a considerar necesario reservarse para sí mismos este descubrimiento. Hitler hizo publicar millones de ejemplares de su libro, en el que declaraba que para tener éxito una mentira tiene que ser enorme —lo que no impidió que la gente le creyera, como, de manera similar, la afirmación de los nazis, repetida *ad nauseam*, de que los judíos serían exterminados como piojos (es decir, con gases venenosos), no impidió a nadie *no* creerles.

Existe una gran tentación de desembarazarse de lo intrínsecamente increíble por medio de racionalizaciones liberales. En cada uno de nosotros acecha un liberal que nos halaga con la voz del sentido común. El camino hacia la dominación totalitaria pasa por muchas fases intermedias, para las cuales podemos hallar numerosos precedentes y analogías. El terror extraordinariamente sangriento de la fase inicial de la dominación totalitaria sirve, desde luego, al propósito exclusivo de derrotar a los adversarios y de hacer imposible toda oposición ulterior; pero el terror total comienza sólo después de haber sido superada esta fase inicial y cuando el régimen ya no tiene nada que temer de la oposición. En este contexto se ha señalado frecuentemente que en semejante caso los medios se han convertido en el fin, pero ello es, después de todo, sólo un reconocimiento, bajo paradójico disfraz, de que ya no se aplica la categoría de que «el fin justifica los medios» de que el terror ha perdido su «finalidad», de que ya no son los medios los que asustan a la gente. Tampoco basta ya la explicación de que la revolución, como en el caso de la francesa, está devorando a sus propios hijos, porque el terror continúa incluso después de que haya sido devorado cada uno de los que pudieran ser descritos en una capacidad o en otra como hijos de la revolución —las facciones rusas, los centros de poder del partido, el Ejército y la burocracia. Muchos de los hechos que en nuestros días se han convertido en especialidad del Gobierno totalitario son muy bien conocidos a través del estudio de la Historia. Siempre ha habido guerras de agresión; las matanzas de las poblaciones hostiles tras una victoria carceraria de frenos hasta que los romanos las mitigaron introduciendo el *parcere subiectis*; a través de los siglos, el exterminio de las poblaciones nativas corrió parejas con la colonización de las Américas, Australia y África; la esclavitud es una de las más antiguas instituciones de la Humanidad, y todos los imperios de la antigüedad se hallaban basados en el trabajo de los esclavos propiedad del Estado, que erigían sus edificios públicos. Ni siquiera fueron inventados los movimientos totalitarios los campos de concentración. Emergieron por vez primera durante la guerra de los boers, al comienzo del siglo, y siguieron siendo utilizados en la Unión Sudafricana, tanto como en la India, para «elementos indeseables»; también aquí hallamos por vez primera el término «custodia protectora», que fue más tarde adoptado por el III Reich. Estos campos correspondían en muchos aspectos a los campos de concentración al comienzo de la dominación totalitaria; eran utilizados para «so-

pechosos» cuyos delitos no podían ser probados y que no podían ser sentenciados tras procesos legales ordinarios. Todo ello señala claramente a los métodos totalitarios de dominación; todos éstos son elementos que se utilizan, desarrollan y cristalizan sobre la base del principio nihilista de «todo está permitido», que heredaron y dieron por supuesto. Pero allí donde estas nuevas formas de dominación asumen su estructura auténticamente totalitaria superan este principio, que sigue ligado a los motivos utilitarios y al interés propio de los dominadores y penetran en un terreno que hasta ahora nos resultaba completamente desconocido: el terreno donde «todo es posible». Y, de forma bastante característica, éste es precisamente el terreno que no puede quedar limitado ni por motivos utilitarios ni por el interés propio, cualquiera que sea el contenido de éste.

Lo que se insurge contra el sentido común no es el principio nihilista de que «todo está permitido», que se hallaba ya contenido en la concepción utilitaria y dicinómica del sentido común. Lo que el sentido común y la «gente normal» se niegan a creer es que todo sea posible¹²⁹. En la experiencia presente o recibida tratamos de comprender elementos que simplemente superan nuestra capacidad de comprensión. Tratamos de clasificar como criminal a algo para lo que, como todos sentimos, no había sido concebida semejante categoría. ¿Qué significado tiene el concepto de asesinato cuando nos enfrentamos con la producción en masa de cadáveres? Tratamos de comprender el comportamiento psicológico de los internados en los campos de concentración y de los hombres de las SS, cuando lo que debe comprenderse es que el verdadero espíritu *puede* ser destruido sin llegar siquiera a la destrucción física del hombre; y que, desde luego, el espíritu, el carácter y la individualidad, bajo determinadas circunstancias, sólo parecen expresarse por la rapidez o la lentitud con la que se desintegran¹³⁰. En cualquier caso, el resultado final es el hombre inanimado, es decir, el hombre que ya no puede ser psicológicamente comprendido y cuyo retorno al mundo psicológicamente humano o inteligiblemente humano de otra forma, se parece estrechamente a la resurrección de Lázaro. Todas las declaraciones del sentido común, tanto si son de naturaleza psicológica como sociológica, sirven sólo para amunar a aquellos que sólo consideran lo «superficial» de la «vida en el horror»¹³¹.

Si es cierto que los campos de concentración son la institución más consecuente de la dominación totalitaria, la «vida en el horror» parecería indispensable para la comprensión del totalitarismo. Pero la reminiscencia no puede lograr más de lo que logra el comunicativo relato de un testigo ocular. En ambos casos existe una tendencia inherente a apartarse de la experiencia; instintiva o racionalmente, ambos tipos de relatos denotan la conciencia del abismo que separa al mundo de los vivos del de los muertos vivos, de no poder proporcionar más que una serie de hechos recordados que parecen tan increíbles a aquellos que los relatan como a quienes

¹²⁹ El primero en comprender esto fue Rousset, en *L'univers concentrationnaire*, 1947.

¹³⁰ Rousset, *op. cit.*, p. 587.

¹³¹ Véase GEORGES BRYALLE, en *Critique*, enero de 1948, p. 72.

les escuchan. Sólo pueden permitirse seguir pensando en esos horrores las terribles imaginaciones de aquellos que se han sentido conmovidos por semejantes hechos, pero que no los han sufrido en su propia carne, de aquellos que, en consecuencia, se ven libres del terror bestial y deseperado que, cuando uno se enfrenta con el terror presente y real, paraliza inexorablemente todo lo que no sea una simple reacción. Tales pensamientos resultan útiles sólo para la percepción de los contextos políticos y para la movilización de las pasiones políticas. La verdadera experiencia del horror, más que la reflexión sobre tales horrores, es la que realmente puede determinar un cambio de personalidad de cualquier clase que sea. La reducción de un hombre a un haz de reacciones le separa tan radicalmente como una enfermedad mental de todo lo que dentro de él es personalidad o carácter. Cuando, como Lázaro, surge de los muertos, halla su personalidad o carácter inalterados, justo como él los dejó.

De la misma manera que el horror, o la vida en el horror, no puede provocar en los hombres un cambio de carácter, no pueden hacer a los hombres mejores o peores, tampoco pueden convertirse en la base de una comunidad o de un partido en su sentido más estrecho. Los intentos de construir una élite europea con un programa de comprensión intraeuropea basada en la experiencia común europea de los campos de concentración fracasaron de la misma manera que los intentos que siguieron a la primera guerra mundial para extraer conclusiones políticas de la experiencia internacional de la generación del frente. En ambos casos resultó que las mismas experiencias solamente podían comunicar banalidades nihilistas¹³². Las consecuencias políticas, tales como el pacifismo de la posguerra, por ejemplo, se derivaban del temor general a la guerra, no de la experiencia de la guerra. En lugar de producir un pacifismo desprovisto de realidad, la percepción de la estructura de las guerras modernas, guiadas y movilizadas por el miedo, podía haber conducido a la comprensión de que la única norma para una guerra necesaria es la lucha contra las condiciones bajo las cuales la gente ya no desea vivir, y nuestra experiencia sobre el infierno atormentado de los campos totalitarios nos ha ilustrado muy bien acerca de la posibilidad de semejantes condiciones¹³³. Así, el temor a los campos de concentración y la resultante percepción sobre la naturaleza de la dominación totalitaria pueden servir para invalidar todas las antiguas diferencias políticas de la derecha a la izquierda y para introducir junto y sobre ellas el sistema de medición más importante para juzgar los acontecimientos de nuestro tiempo, es decir, para determinar si sirven o no sirven a la dominación totalitaria.

¹³² El libro de Rousset contiene muchos de tales «síntesis» sobre la «naturaleza» humana, basados principalmente en la observación de que al cabo de un cierto tiempo la mentalidad de los internados es difícilmente distinguible de la de los guardias del campo.

¹³³ Para evitar equívocos puede resultar apropiado añadir que con la intervención de la bomba de hidrógeno toda la cuestión de la guerra ha experimentado un cambio decisivo. Un debate sobre esta cuestión supera, desde luego, los límites del tema en este libro.

En cualquier caso, la imaginación temerosa tiene la gran ventaja de disolver las interpretaciones sofístico-dialécticas de la política que se hallan basadas en la superstición de que algo bueno puede resultar del mal. Semjante acrobacia dialéctica poseía una cierta apariencia de justificación mientras que lo peor que un hombre podía infligir a un hombre era la muerte. Pero, como hoy sabemos, la muerte es sólo un mal limitado. El asesino que mata a un hombre —a un hombre que en cualquier caso tiene que morir—, todavía se mueve dentro de un terreno que nos es familiar, el de la vida y el de la muerte; ambos tienen una necesaria conexión sobre la que se halla establecida la dialéctica, incluso aunque no siempre se tenga conciencia de ello. El asesino deja un cadáver tras de sí y no pretende que su víctima no haya existido nunca; si borra todos los rastros son los de su propia identidad, y no los del recuerdo y del dolor de las personas que amaban a la víctima: destruye una vida, pero no destruye el hecho de la misma existencia.

Los nazis, con la precisión que les caracterizaba, acostumbraban a registrar sus operaciones en los campos de concentración con la rúbrica «bajo cubierta de la noche» (*Nacht und Nebel*). El radicalismo de las medidas encaminadas a tratar a la gente como si nunca hubiera existido, y para hacerla desaparecer en el sentido literal de la palabra, con frecuencia no resulta evidente a primera vista, porque tanto el sistema alemán como el ruso no son uniformes, sino que consisten en una serie de categorías en las que las personas son muy diferentemente tratadas. En el caso de Alemania, tales categorías solían existir en el mismo campo, pero sin estar en contacto unas con otras. Frecuentemente, el aislamiento entre las categorías era aún más estricto que el aislamiento respecto del mundo exterior. Así, al margen de consideraciones raciales, los ciudadanos escandinavos eran tratados por los alemanes durante la guerra de una forma completamente diferente a la de los miembros de otros pueblos, aunque semejantes escandinavos fueran enemigos declarados de los nazis. Los otros, a su vez, se dividían en dos grupos: el de aquellos cuyo «exterminio» se hallaba fijado en la agenda para fecha inmediata (como en el caso de los judíos) o podía esperarse en un futuro previsible (como en el caso de los polacos, los rusos y los ucranianos) y el de aquellos que no se veían todavía afectados por instrucciones relativas a semejante «solución final» general, como en el caso de los franceses y de los belgas. En Rusia, por otra parte, hemos de distinguir tres sistemas más o menos independientes. En primer lugar, existen los grupos de auténticos trabajadores forzados que viven en relativa libertad y son sentenciados a períodos limitados. En segundo lugar, están los campos de concentración en los que el material humano es implacablemente explotado y donde el índice de mortalidad resulta extraordinariamente elevado, pero que se hallan esencialmente organizados para fines de trabajo. Y en tercer lugar, están los campos de aniquilamiento, en donde los internados son sistemáticamente exterminados a través del hambre y la ausencia de cuidados.

El horror auténtico de los campos de concentración y exterminio radica en el hecho de que los internados, aunque consigan mantenerse vivos, se

hallan más efectivamente aislados del mundo de los vivos que si hubieran muerto, porque el terror impone el olvido. Aquí el homicidio es tan impersonal como el aplastamiento de un mosquito. Cualquiera puede morir como resultado de la tortura sistemática o de la inanición o porque el campo está repleto y sea preciso liquidar el superfluo material humano. De la misma manera, puede resultar que, por escasez de nuevos envíos humanos, surja el peligro de la despoblación de los campos y se dé la orden de reducir a cualquier precio el índice de mortalidad.¹³⁴ David Rousset tituló a su relato sobre el período pasado en un campo de concentración alemán *Les jours de notre mort*, y, desde luego, sucede como si existiera una posibilidad de dar permanencia al mismo proceso de morir y de imponer una condición en la que tanto la muerte como la vida son efectivamente obstruidas por igual.

Es la aparición de algún mal radical, anteriormente desconocido por nosotros, la que pone fin a la noción de desarrollo y transformación de cualidades. Aquí, no existen normas políticas ni históricas ni simplemente morales, sino, todo lo más, la comprensión de que en la política moderna hay implicado algo que realmente nunca debiera haberlo estado, tal como nosotros comprendemos a la política, es decir, o todo o nada —todo ello significa una indeterminada infinitud de formas de vida en común o nada, porque una victoria de los campos de concentración significaría para los seres humanos el mismo destino inexorable que el empleo de la bomba de hidrógeno sería para el destino de la raza humana.

No existen paralelos para la vida en los campos de concentración. Su horror nunca puede ser abarzado completamente por la imaginación por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y de la muerte. Nunca puede ser totalmente descrito por la razón de que el superviviente retorna al mundo de los vivos, lo que le hace imposible crear por completo en sus propias experiencias pasadas. Es como si hubiera tenido que relatar lo sucedido en otro planeta, porque el *status* de los internados para el mundo de los vivos, donde se supone que nadie sabe si tales internados viven o han muerto, es tal como si jamás hubieran nacido. Por ello, todos los paralelos crean confusión y distraen la atención de lo que es esencial. El trabajo forzado en las prisiones y en las colonias penitenciarias, la deportación y la esclavitud parecen, por un momento, ofrecer comparaciones

¹³⁴ Esto sucedió en Alemania hacia finales de 1942, tras lo cual Himmler advirtió a todos los comandantes de campo que «redujeran a cualquier precio el índice de mortalidad». Porque había resultado que, de los 136.000 reclusos enviados a los campos, 70.000 habían muerto ya al llegar a los campos o perecieron inmediatamente después (véase *Nazi Conspiracy*, IV, anexo II). Ulteriores informes de los campos de la Rusia soviética continúan que después de 1949 —es decir, cuando todavía vivía Stalin, el índice de mortalidad en los campos de concentración, que anteriormente había llegado a ser del 60 por 100 de los internados, fue sistemáticamente reducido, Presumiblemente en razón de una escasez general y aguda de mano de obra en la Unión Soviética. No debe confundirse a este mejoramiento en las condiciones de vida con la crisis del régimen tras la muerte de Stalin, que, característicamente, fue pítimamente advertida en los campos de concentración (véase *Greiner: der Sowjet-macht*, de WITTELK, STABLINEK, Würzburg, 1955).

válidas, pero en un examen más atento se advierte que no llevan a ninguna parte.

El trabajo forzado como castigo se halla limitado en el tiempo y en la intensidad. El condenado conserva sus derechos sobre su cuerpo; no es absolutamente torturado ni es absolutamente dominado. La deportación expulsa al deportado sólo de una parte del mundo a otra parte del mundo también habitada por seres humanos; no le excluye por completo del mundo humano. A través de la Historia, la esclavitud ha sido una institución dentro de un orden social; los esclavos no eran, como son los internados en los campos de concentración, apartados de la vista y, por ello, de la protección de sus semejantes. Como instrumentos de trabajo, tenían un precio definido, y como propiedad, un valor definido. El internado en el campo de concentración no tiene precio, porque siempre puede ser sustituido; nadie sabe a quién pertenece, porque nunca ha sido visto. Desde el punto de vista de una sociedad normal es absolutamente superfluo, aun que en tiempos de aguda escasez de mano de obra, como en Rusia y en Alemania durante la guerra, es empleado para el trabajo.

El campo de concentración como institución no fue establecido en beneficio de cualquier posible rendimiento laboral; la única función económica permanente en el campo ha sido la financiación de su propio aparato supervisor; así, desde el punto de vista económico, los campos de concentración existen principalmente en su propio beneficio. Cualquier trabajo que haya sido realizado hubiera podido ser acometido mejor y a menor precio bajo condiciones diferentes¹³⁵. Especialmente Rusia, cuyos campos de concentración son principalmente descritos como campos de trabajo forzado porque la burocracia soviética ha decidido dignificarlos con este nombre, revela más claramente que el trabajo forzado no es la cuestión primaria; el trabajo forzado es la condición normal de todos los trabajadores rusos, que carecen de libertad de movimientos y pueden ser arbitrariamente reclutados para trabajar en cualquier sitio y en cualquier momento. La inverosimilitud de los horrores está estrechamente ligada a esto de una franca antititudud cuando en plena guerra, a pesar de la escasez de materiales de construcción y de material rodante, establecieron enor-

¹³⁵ Véase KOCOV, *op. cit.*, p. 53: «Una gran parte de trabajo realizado en los campos de concentración carecía de utilidad, o bien era superfluo, o había sido tan mal proyectado que tenía que ser realizado dos o tres veces.» También BERTHELM, *op. cit.*, no. 831 y 832: «Especialmente los nuevos internados eran obligados a realizar tareas cuentes para producir algo útil...» Incluso DALRY, que basó todo su libro más duramente para el propósito de los campos rusos era legar trabajo barato. Se ve forzado a reconocer la deficiencia del trabajo de los campos (*op. cit.*, p. 105).

Las teorías corrientes sobre el sistema ruso de campos como medida económica para proporcionar una aportación de noticias acerca de amistades en masa y la abolición de los campos de concentración. Porque, si los campos han servido para una importante finalidad económica, el régimen no se podría haber permitido, desde luego, su rápida liquidación sin graves consecuencias para todo el sistema económico.

mes y costosas fábricas de exterminio y transportaron a millones de personas de un lado para otro¹³⁶. A los ojos de un mundo estrictamente utilitario, la contradicción obvia entre estos actos y la conveniencia militar proporcionaban a toda la empresa un aire de enloquecida irrealidad.

Esta atmósfera de enloquecimiento e irrealidad, creada por una aparente falta de objetivo, es el verdadero telón de acero que oculta todas las formas de los campos de concentración de las miradas del mundo. Vistos desde fuera, esos campos y las cosas que suceden en esos campos pueden ser descritas sólo mediante imágenes extraídas de una vida posterior a la muerte, es decir, de una vida desprovista de cualquier propósito terrenal. Los campos de concentración pueden ser correctamente divididos en tres tipos, correspondientes a las tres concepciones básicas occidentales de la vida después de la muerte, Hades, Purgatorio e Infierno. Al Hades corresponden esas formas relativamente suaves, antaño populares en los países no totalitarios, para apartar del camino a los elementos indeseables de todo tipo —refugiados, apátridas, asociales y parados—; como los campos de personas desplazadas, que no son nada más que campos para personas que se han tornado superfluas y molestas, sobrevivieron a la guerra. El Purgatorio queda representado por los campos de trabajo de la Unión Soviética, donde la desatención queda combinada con un caótico trabajo forzado. El Infierno, en el sentido más literal, fue encarnado por aquellos tipos de campos perfeccionados por los nazis, en los que toda la vida se hallaba profunda y sistemáticamente organizada con objeto de proporcionar el mayor tormento posible.

Los tres tipos tienen algo en común: las masas humanas apartadas en esos campos son tratadas como si ya no existieran, como si lo que les sucediera careciera de interés para cualquiera, como si ya estuviesen muertas y algún enloquecido espíritu maligno se divirtiera en retenerlas durante cierto tiempo entre la vida y la muerte antes de admitirlas en la paz eterna.

No son tanto las alambradas como la irrealidad expertamente manufacturada de aquellos a quienes parece lo que provoca tan enormes crueldades y, en definitiva, hace parecer al exterminio una medida perfectamente normal. Todo lo que se ha hecho en los campos es conocido del mundo de las fantasías perversas y malignas. Lo difícil de comprender es que, como tales fantasías, estos horribles crímenes se desartollen en un mundo fantasmal que, sin embargo, se ha materializado, por así decirlo, en un mundo que está completo y que posee todos los datos sensibles de la realidad, pero que carece de esa estructura de consecuencia y de responsabilidad sin la cual la realidad sigue siendo para nosotros una masa

¹³⁶ Aparte de los millones de personas a quienes los nazis trasladaron a los campos de exterminio, ensayaron constantemente nuevos planes de colonización: transportar a alemanes de Alemania o de los territorios ocupados hasta el Este, con propósitos de colonización. Este fue, desde luego, un serio obstáculo a las acciones militares y a la explotación económica. Por lo que se refiere a las numerosas discusiones sobre estos temas y al constante conflicto entre la jerarquía civil nazi en los territorios ocupados en el Este y la jerarquía de las SS, véase especialmente el volumen XXIX de *Trial of the Major War Criminals*, Nuremberg, 1947.

de datos incomprensibles. El resultado es que se ha establecido un lugar donde los hombres pueden ser torturados y asesinados y, sin embargo, ni los atormentadores ni los atormentados, y menos aún los que se hallan fuera, pueden ser conscientes de lo que lo que está sucediendo es algo más que un cruel juego o un sueño absurdo¹²⁷.

Las películas que los aliados presentaron en Alemania y en todas partes después de la guerra demostraron claramente que esa atmósfera de insania y de irrealidad no quedaba disipada por el puro convencimiento. Para el observador sin prejuicios, estas imágenes son tan convincentes como las fotografías de sustancias misteriosas, tomadas en sesiones espiritistas¹²⁸. El sentido común reaccionaba ante los horrores de Buchenwald y Auschwitz con este argumento plausible: «¡Qué crimen no habrían cometido éstos cuando les hicieron tales cosas!»; o en Alemania y en Austria, entre el hambre, la superpoblación y el odio generalizado: «¡Lástima que dejáramos de gasar a los judíos!»; y en todas partes, con ese escéptico encogimiento de hombros que aguarda a la propaganda infélica.

Si la propaganda de la verdad no logra convencer a la persona media porque resulta demasiado monstruosa, es positivamente peligrosa para aquellos que saben por su propia imaginación lo que son capaces de hacer y que por ello se muestran perfectamente deseados de creer en la realidad de lo que han visto. Súbitamente se torna evidente que cosas que durante milés de años la imaginación humana había apartado a un lugar más allá de la competencia humana, pueden ser logradas aquí mismo, en la Tierra; que el Infirno y el Purgatorio, e incluso una sombra de su duración perpetua, pueden lograrse mediante los más modernos métodos de destrucción y terapia. Para estas personas (que en cualquier gran ciudad son más numerosas de lo que nos gustaría reconocer), el infierno totalitario demuestra sólo que el poder del hombre es más grande de lo que se habían atrevido a pensar y que el hombre puede hacer realidad diabólicas fantasías sin que el cielo se caiga o la tierra se abra.

Estas analogías, repetidas en muchos relatos del mundo de los moribundos¹²⁹, parecen expresar más que un desesperado intento de decir lo que se siente respecto de la atmósfera de irrealidad, similar a la de los mismos inter-
127 BETTELHEIM, *op. cit.*, señala que los guardias de los campos observaban una actitud respecto de la atmósfera de irrealidad, similar a la de los mismos inter-

128 Es de alguna importancia comprender que todas las imágenes de los campos de concentración resultan engañosas en tanto que muestran a los campos en sus últimas fases, en el momento en que entran las tropas aliadas. No existían campos de la muerte en la propia Alemania y todo el equipo de exterminio había sido ya desmantelado. Por otra parte, lo que provoca el horror de los aliados principales y lo que da a las películas su horror especial —es decir, la vista de los esqueletos humanos— no era en absoluto típico de los campos de concentración alemanes: el exterminio era sistemáticamente realizado por gas, no por hambre. La condición de los campos era resultado de los acontecimientos bélicos durante los últimos meses: Himmler había ordenado la evacuación de todos los campos de exterminio en Este; en consecuencia, los campos alemanes se veían abarrotados y él carecía ya de poder para asegurar el suministro de alimentos en Alemania.

129 ROUSSIER, *op. cit.*, *passim*, subraya que la vida en un campo de concentración era, simplemente, un proceso de prolongación de la agonía.

que está fuera del terreno de la expresión humana. Nada distingue quizá tan radicalmente a las modernas masas de las de siglos anteriores como la pérdida de la fe en un Juicio Final: los peores han perdido su temor y los mejores han perdido su esperanza. Incapaces de vivir sin temor y sin esperanza, estas masas se sienten atraídas por cualquier esfuerzo que parezca prometer la fabricación humana del Paraíso que ansiaban y del infierno que temían. De la misma manera que las características popularizadas de la sociedad sin clases de Marx tienen una ridícula semejanza con la Edad Mesíánica, así la realidad de los campos de concentración a nada se parece tanto como a las imágenes medievales del Infirno.

Lo único que no puede reproducirse es lo que hace terribles al hombre las concepciones tradicionales del Infirno: el Juicio Final, la idea de una norma absoluta de justicia combinada con la posibilidad infinita de gracia. Porque en la consideración humana no hay crimen ni pecado proporcional a los tormentos eternos del Infirno. De ahí el desconcierto del sentido común, que pregunta: ¿Qué crimen habrían cometido estas personas para sufrir tan inhumanamente? De ahí la absoluta inocencia de las víctimas: ningún hombre se merecía esto. De ahí, finalmente, el grotesco azar por el que son elegidas las víctimas de los campos de concentración para el perfecto estado de terror: semejante «castigo» puede ser infligido a cualquiera, con igual justicia e injusticia.

En comparación con el insano resultado final —la sociedad del campo de concentración—, el proceso por el que los hombres son preparados para este fin y los métodos por los que los individuos son adaptados a estas condiciones resultan transparentes y lógicos. La insana fabricación en masa de cadáveres es precedida por la preparación histórica y políticamente inteligible de los cuerpos vivos. El impulso y, lo que es más importante, el táctico asentimiento a semejantes condiciones sin precedentes, son producto de aquellos acontecimientos que en el período de desintegración política, repentina e inesperadamente, dejaron a centenares de miles de seres humanos sin hogar, sin patria, fuera de la ley e indeseables, mientras que millones de seres humanos se tornaban económicamente superfluos y socialmente onerosos merced al desempleo. Ello a su vez sólo podía suceder porque los Derechos del Hombre, que nunca habían sido filosóficamente establecidos, sino simplemente proclamados, que nunca habían sido políticamente garantizados, sino simplemente formulados, habían perdido toda validez en su forma tradicional.

El primer paso esencial en el camino hacia la dominación total es meter en el hombre a la persona jurídica. Ello se logra, por un lado, colocando a ciertas categorías de personas fuera de la protección de la ley y obligando al mismo tiempo al mundo no totalitario, a través del instrumento de desnazionalización, al reconocimiento de la ilegalidad; ello se logra, por otro lado, situando al campo de concentración fuera del sistema penal normal y seleccionando a sus internados fuera del procedimiento judicial normal en el que a un delito definido corresponde una pena previsible. Así, los delincuentes, que por otras razones son un elemento esencial en la sociedad del campo de concentración, sólo son enviados habi-

tualmente a un campo para completar su sentencia de cárcel. Bajo todas las circunstancias, la dominación totalitaria trata de que las categorías reunidas en el campo —judíos, portadores de enfermedades, representantes de las clases moribundas— hayan perdido ya su capacidad tanto para la acción normal como para la delictiva. Propagandísticamente, esto significa que la «custodia protectora» es considerada como una «medida policial preventiva»¹⁴⁹, es decir, como una medida que priva a las personas de su capacidad de actuar. Las desviaciones de esta norma en Rusia deben ser atribuidas a la catastrófica escasez de prisiones y a un deseo, hasta ahora no realizado, de transformar todo el sistema penal en un sistema de campos de concentración¹⁵⁰.

La inclusión de delinquentes es una necesidad para hacer plausible la afirmación propagandística del movimiento según la cual la institución existe para los elementos asociados¹⁵¹. Los delinquentes no pertenecen propiamente a los campos de concentración, aunque sólo sea porque es más difícil matar a la persona jurídica en un hombre que es culpable de algún delito que en una persona totalmente inocente. Si constituyen una categoría permanente entre los internados, es una concesión del Estado totalitario a los prejuicios de la sociedad, que puede de esta manera acostumbrarse más fácilmente a la existencia de los campos. Por otra parte, para mantener intacto el sistema mismo del campo es esencial mientras que haya en el país un sistema penal, que los delinquentes sean enviados a los campos sólo tras la conclusión de su sentencia, es decir, cuando tienen derecho a su libertad. Bajo circunstancia alguna debe convertirse el campo de concentración en un castigo calculable para delitos definidos.

La amalgama de delinquentes con todas las restantes categorías posee además la ventaja de hacer aún más horriblemente evidente a los que llegan después que han aterrizado en el más bajo nivel de la sociedad. Pronto resulta, verdaderamente, que tienen todas las razones para envidiar al ladrón o al asesino más bajos; pero, mientras tanto, el bajo nivel es un buen comienzo. Además, constituye un medio efectivo de disimulo: esto sucede sólo a los delinquentes y no pasa nada peor que lo que mercedariamente les pasa a los delinquentes.

En todas partes los delinquentes constituyen la aristocracia de los cam-

¹⁴⁹ MAUNZ, *op. cit.*, p. 50, insiste en que los delinquentes nunca debieran ser enviados a los campos durante el tiempo de encarcelamiento que les impuso su sentencia.

¹⁵⁰ La escasez de espacios carcelarios en Rusia fue tal que en el año 1925-1926 sólo pudieron ser cumplidas un 36 por 100 de las sentencias de los tribunales (véase DALLIN, *op. cit.*, pp. 158 y ss.).

¹⁵¹ «La Gestapo y las SS concedieron siempre una gran importancia a la mezcla de las categorías de internados en sus campos. No hubo campo alguno en el que todos los internados pertenecieran a una sola categoría» (KOCOS, *op. cit.*, p. 19).

En Rusia también era costumbre, desde el principio, mezclar a los presos políticos con los comunes. Durante los primeros diez años del poder soviético, los grupos políticos de izquierda disfrutaron de ciertos privilegios: sólo tras el completo desarrollo del carácter totalitario del régimen «después del final de los años veinte, los presos políticos fueron oficialmente tratados como inferiores a los presos comunes» (DALLIN, *op. cit.*, pp. 177 y ss.).

pos. (En Alemania, durante la guerra, fueron sustituidos como grupo dirigente por los comunistas, porque ni siquiera podía realizarse un mínimo de trabajo racional bajo las condiciones caóticas creadas por una administración de delinquentes. Esto fue simplemente una transformación temporal de los campos de concentración en campos de trabajos forzados, fenece al menos profundamente atípico de limitada duración)¹⁵². Lo que coloca a los delinquentes a la cabeza no es tanto la afinidad entre el personal supervisor y los elementos delictivos (en la Unión Soviética los supervisores son aparentemente, como eran las SS, una élite especialmente preparada para cometer crímenes)¹⁵³ como el hecho de que sólo los criminales han sido enviados al campo en relación con alguna actividad definida. Ellos al menos saben por qué están en un campo de concentración y por eso han conservado un resto de su persona jurídica. Para los políticos esto es sólo subjetivamente cierto; sus acciones, en tanto que sean tales y no simples opiniones o sospechas de alguien o afiliación accidental a un grupo políticamente desaprobado, no se hallan como norma alcanzadas por el sistema legal normal del país ni están jurídicamente definidas¹⁵⁴.

A la amalgama de políticos y de delinquentes con que comenzaron los campos de concentración en Rusia y en Alemania se añadió, en una fecha temprana, un tercer elemento que había de constituir pronto la mayoría de todos los internados en los campos de concentración. Este grupo más numeroso consistió desde entonces en personas cuyos actos en manera alguna, tanto en su propia conciencia como en la de sus atormentadores, guardaban relación con su detención. En Alemania, a partir de 1938, este elemento se hallaba representado por masas de judíos. En Rusia, por cualquier grupo que, por una razón que nada tenía que ver con sus acciones, había caído en desgracia ante las autoridades. Estos grupos, inocentes en todos los sentidos, son los más convenientes para la profunda experimentación de expolio y destrucción de la persona jurídica y por ello ambos constituyen cualitativa y cuantitativamente la categoría más esencial de la población del campo. Este principio fue más completamente realizado en las cámaras de gas, que, aunque sólo fuera por su enorme capacidad, no podían ser concebidas para casos individuales, sino sólo para las personas en general. En este contexto, el diálogo siguiente resume la situación del individuo: «¿Puedo preguntar con qué objeto existen las cámaras de

¹⁵² El libro de Roussel adolece de una sobrestimación de la influencia de los comunistas alemanes, que dominaron la administración interna de Buchenwald durante la guerra.

¹⁵³ Véase, por ejemplo, el testimonio de Mrs. BUBER-NEGMANN (ex esposa del comunista alemán Heinz Neumann), que sobrevivió a los campos de concentración soviéticos y alemanes: «Los rusos nunca... patentizaron la vena sádica de los nazis. Nuestros guardianes rusos eran hombres decentes y no sádicos, pero cumplían fielmente las exigencias del inhumano sistema» (*Under Two Dictators*).

¹⁵⁴ BRUNO BERTHELM, «Behaviors in Extreme Situations», en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, vol. XXXVIII, n.º 4, 1943, describe la estima que por sí mismos sienten los presos comunes y los políticos, en comparación con quienes nada han hecho. Estos últimos «eran menos capaces de soportar el choque inicial» y los primeros en desintegrarse. Berthelheim culpa de ello a su procedencia de la clase media.

gas?» «¿Para qué has nacido?»¹⁴⁶ Es este tercer grupo de los totalmente inocentes el que, en cualquier caso, lleva la peor parte en los campos. Los delincuentes y los políticos son asimilados a esta categoría y, privados así de la protección distintiva que procede de haber hecho algo, quedan profundamente expuestos a lo arbitrario. El objetivo último, parcialmente logrado en la Unión Soviética y claramente indicado en las últimas fases del terror nazi, es tener a toda la población del campo compuesta de esta categoría de personas inocentes.

En contraste con el completo azar por el que se seleccionan los internos, carecen de significado en sí mismas, pero resultan útiles a la organización las categorías en las que usualmente son divididos a su llegada. En los campos alemanes había delincuentes, políticos, elementos sociales, transgresores religiosos y judíos, distinguidos todos mediante una insignia. Cuando los franceses establecieron campos de concentración tras la guerra civil española, introdujeron inmediatamente la típica amalgama totalitaria de políticos con delincuentes e inocentes (en este caso, los apátridas), y, a pesar de su inesperienza, revelaron una notable inventiva, creando categorías sin significado para los internados.¹⁴⁷ Concebida originalmente para impedir cualquier desarrollo de la solidaridad entre los internados, esta técnica resultó especialmente valiosa, porque nadie podía saber si su propia categoría era mejor o peor que la de otro. En Alemania, este edificio eternamente cambiante, aunque pedantescamente organizado, recibió una apariencia de solidez por el hecho de que en todas y cada una de las circunstancias los judíos eran la categoría más baja. La parte más horrible y grotesca de todo esto estribaba en que los internados se identificaban con estas categorías, como si representasen un último y auténtico vestigio de su persona jurídica. Incluso si despreciásemos todas las demás circunstancias, no es extraño que un comunista de 1933 saliera de los campos más comunista de lo que había entrado: un judío, más judío, y, en Francia, la esposa de un soldado de la Legión Extranjera, más convencida del valor de la Legión Extranjera; parece como si estas categorías prometeran algún último jirón de previsible trato, como si encarnasen alguna identidad jurídica última y por eso más fundamental.

Mientras que la clasificación de los internados por categorías es sólo una medida táctica y de organización, la selección arbitraria de las víctimas indica el principio esencial de la institución. Si los campos de concentración hubiesen dependido de la existencia de adversarios políticos, difícilmente habrían sobrevivido a los primeros años de los regímenes totalitarios. Basta sólo con echar una mirada al número de internados en Buchenwald en los años posteriores a 1936 para comprender cuán absolutamente necesario era el elemento del inocente para la existencia continuada de los campos. «Los campos hubieran concluido si al efectuar sus detenciones la Gestapo hubiese considerado sólo el criterio de la oposi-

¹⁴⁶ Roussier, *op. cit.*, p. 71.

¹⁴⁷ Por lo que se refiere a las condiciones en los campos de concentración franceses, véase ARTHUR KOESTLER, *Scream of the Earth*, 1941.

ción»¹⁴⁸ hacia el final de 1937, Buchenwald, con menos de mil internos, se hallaba próximo al cierre hasta que los *progroms* de noviembre llevaron a más de veinte mil nuevos internados.¹⁴⁹ En Alemania, este elemento de la inocencia era proporcionado en vasto número por los judíos a partir de 1938; en Rusia consistió en grupos de población, tomados al azar, caídos en desgracia por alguna razón enteramente desconectada de sus acciones.¹⁵⁰ Pero, si bien en Alemania no se estableció hasta 1938 el tipo verdaderamente totalitario de campo de concentración con su enorme mayoría de internados completamente «inocentes», en Rusia tales campos se remontan a los primeros años de la década de los años 30, dado que hasta 1930 la mayoría de la población de los campos de concentración todavía estaba integrada por delincuentes, contrarrevolucionarios y «políticos» (lo que en este caso significaba miembros de las facciones desviacionistas). Desde entonces ha habido tantas personas inocentes en los campos, que es difícil clasificarlas —personas que tenían algún tipo de contacto con un país extranjero, rusos de origen polaco (especialmente entre 1936 y 1938), campesinos cuyas aldeas, por alguna razón económica, habían sido liquidadas; nacionalidades deportadas, soldados desmovilizados del Ejército Rojo que pertenecieron a regimientos que habían permanecido largo tiempo en el exterior como fuerzas de ocupación o habían caído prisioneros de guerra de los alemanes, etc. Pero para el sistema de campos de concentración, la existencia de oposición política es sólo un pretexto, y el fin del sistema no se logra cuando, incluso bajo el más monstruoso terror, la población se torna voluntariamente coordinada, es decir, cuando abandona sus derechos políticos. El propósito de un sistema arbitrario es destruir los derechos civiles de toda la población, que en definitiva se torna tan fuera de la ley en su propio país como los apátridas y los que carecen de un hogar. La destrucción de los derechos del hombre, la muerte en el hombre de la persona jurídica, es un prerequisite para dominarle enteramente. Y ello se aplica no sólo a categorías especiales, tales como las de delincuentes, adversarios políticos, judíos, homosexuales, sobre quienes se realizaron los primeros experimentos, sino a cada habitante de un Estado totalitario. El asentimiento libre resulta tan obstaculizador para la dominación total como la libre oposición.¹⁵¹ La detención ar-

¹⁴⁸ KOON, *op. cit.*, p. 6.

¹⁴⁹ Véase *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 800 y ss.

¹⁵⁰ Beck y Gopin, *op. cit.*, declaran explícitamente que los «adversarios comprendían una proporción relativamente pequeña de la población pentecostaria [rusa]» (página 87) y que no existía relación de ningún tipo entre «un internamiento de un hombre y cualquier delito» (p. 99).

¹⁵¹ BRUNO BERTHELEMI, «On Dachau and Buchenwald», cuando analiza el hecho de que la mayoría de los internados «hubieran hecho la paz con los valores de la Gestapo» subraya que «esto no fue resultado de la propaganda... La Gestapo insistió en que de cualquier manera les impediría expresar sus sentimientos» (pp. 854 y 855). Himmler prohibió explícitamente en los campos la propaganda de cualquier tipo.

«La educación consiste en disciplina, jamás en tipo alguno de instrucción sobre una base ideológica.» «Sobre la organización y las obligaciones de las SS y de la Policía, en *Nationalsozialistischer Lehrgang der Wehrmacht*, 1937. Cita de *Nazi Conspiracy*, IV, pp. 616 y ss.

bitaria de las personas inocentes destruye la validez del asentimiento libre, como la tortura —a diferencia de la muerte— destruye la posibilidad de la oposición.

Cualquier restricción, incluso la más tiránica, a esta arbitraria persecución de ciertas opiniones de una naturaleza religiosa o política, de ciertos modos de comportamiento intelectual, erótico o social, de ciertos «delitos» recientemente inventados, haría superfluos los campos, porque, a la larga, ninguna actitud ni ninguna opinión pueden soportar la amenaza de semejante horror; y, sobre todo, daría paso a un nuevo sistema de justicia que, dado cualquier tipo de estabilidad, no podría dejar de producir en el hombre una nueva persona jurídica, que eludiría la dominación totalitaria. La llamada *Volksratzen* de los nazis, constantemente fluctuante (porque es útil hoy lo que puede ser perjudicial mañana), y la eternamente cambiante línea del partido en la Unión Soviética, que, siendo retroactiva, casi diariamente convierte a nuevos grupos de población en candidatos a los campos de concentración, son la única garantía de la existencia continuada de los campos y, por eso, del expolio total y continuado del hombre.

El siguiente paso decisivo en la preparación de los cadáveres vivos es el asesinato de la persona moral en el hombre. Ello se realiza, en general, haciendo imposible el matrimonio por primera vez en la Historia: «¿Cuántas personas creen aquí todavía que una protesta ha tenido nunca una importancia histórica? Este escepticismo es la auténtica obra maestra de las SS, su gran realización. Han corrompido toda solidaridad humana. Aquí la noche ha caído sobre el futuro. Cuando ya no quedan testigos, no puede haber testimonio. Manifestarse cuando ya no puede ser pospuesta la muerte es un intento de dar a la muerte un significado, de actuar más allá de la propia muerte de uno. Para tener éxito, un gesto debe poseer un significado social. Aquí somos centenares de miles, todos viviendo en una absoluta soledad. Por eso es por lo que estamos sometidos a todo lo que pueda suceder»¹⁵².

Los campos y el asesinato de los adversarios políticos son sólo parte de un olvido organizado que no sólo alcanza a los portadores de la opinión pública, escrita u oral, sino que se extiende incluso a la familia y a los amigos de la víctima. Están prohibidos el dolor y el recuerdo. En la Unión Soviética una mujer presentará una demanda de divorcio inmediatamente después de la detención de su marido para salvar las vidas de sus hijos; y si su marido regresa, le arrojará indignada de la casa¹⁵³. Hasta ahora el mundo occidental, incluso en sus más negros períodos, siempre otorgó al enemigo muerto el derecho a ser recordado como un reconocido enemigo evidente por sí mismo del hecho de que todos somos hombres (y *soy* *lamentemente* hombre). Sólo porque Aquiles accedió a la celebración de los funerales de Héctor, sólo porque los más despóticos Gobiernos honraron al enemigo muerto, sólo porque los romanos permitieron a los cristianos escribir su martirologio, sólo porque la Iglesia mantuvo a sus herejes vivos

en el recuerdo de los hombres, es por lo que nunca se perdió ni jamás se podía perder su memoria. Los campos de concentración, formando en sí misma anónima la muerte (haciendo imposible determinar si un prisionero está muerto o vivo), privaron a la muerte de su significado como final de una vida realizada. En un cierto sentido arrebataron al individuo su propia muerte, demostrando por ello que nada le pertenecía y que él no pertenecía a nadie. Su muerte simplemente pone un sello sobre el hecho que en realidad nunca haya existido.

Este ataque contra la persona moral podía todavía haber quedado neutralizado por la conciencia del hombre que le dice que es mejor morir como víctima que vivir como burócrata de la muerte. El terror totalitario obtuvo su más terrible triunfo cuando logró apartar a la persona moral del escape individualista y hacer que las decisiones de la conciencia fueran absolutamente discutibles y equívocas. Cuando un hombre se enfrenta con la alternativa de traicionar y de matar así a sus amigos o de enviar a la muerte a su mujer y a sus hijos, de los que es responsable en cualquier sentido; cuando incluso el suicidio significaría la muerte inmediata de su propia familia, ¿cómo puede decidir? La alternativa ya no se plantea entre el bien y el mal, sino entre el homicidio y el homicidio. ¿Quién podría resolver el problema moral de la madre grrega a quien los nazis permitieron decidir cuál de sus tres hijos tendría que ser muerto?¹⁵⁴.

A través de la creación de condiciones bajo las cuales la conciencia deja de hallarse adecuada y el hacer el bien se torna profundamente imposible, la complicidad conscientemente organizada de todos los hombres en los crímenes de los regímenes totalitarios se extiende a las víctimas y así se torna realmente total. Los hombres de las SS implicaron en sus crímenes a los internados en los campos de concentración —delincuentes, políticos y judíos—, haciéndolos responsables de gran parte de la administración, enfrentándoles de esa manera con el desesperanzador dilema de si enviar a sus amigos a la muerte o si ayudar a matar a otros hombres que resultaban serles extraños y, en cualquier caso, obligándoles a comportarse como asesinos¹⁵⁵. El hecho no es sólo que el odio fuera desviado de quienes eran culpables (los *Kapos* eran más odiados que los hombres de las SS), sino que se hallara constantemente enturbada la línea divisoria entre el perseguidor y el perseguido, entre el asesino y su víctima¹⁵⁶.

Una vez que ha sido muerta la persona moral, lo único que todavía impide a los hombres convertirse en cadáveres vivos es la diferenciación del individuo, su identidad única. En un ambiente estéril, semejante individualidad puede ser preservada a través del estoticismo persistente y es

¹⁵² Véase ALBERT CAMUS, en *Twice a Year*, 1947.

¹⁵³ El libro de ROUSSER, *op. cit.*, consiste ampliamente en discusiones de los presos acerca de este dilema.

¹⁵⁴ BERTHELM, *op. cit.*, describe el proceso por el que los guardias, tanto como los internados, se tornaban «condicionados» a la vida del campo y tenían regresar al mundo exterior.

Por eso, Rousser tiene razón cuando insiste que la verdad es que «la víctima y el ejecutor son igualmente innobles; la lección de los campos es la hermandad y la abyección» (p. 388).

¹⁵² ROUSSER, *op. cit.*, p. 464.

¹⁵³ Véase el informe de Sergei Malajov, en DALLIN, *op. cit.*, pp. 20 y ss.

cierto que, bajo la dominación totalitaria, muchos hombres se han refugiado y siguen refugiándose cada día en este absoluto aislamiento de personalidad sin derechos o conciencia. No hay duda de que esta parte de la persona humana, precisamente porque depende tan esencialmente de la Naturaleza y de las fuerzas que no pueden ser controladas por la voluntad, es la más difícil de destruir (y cuando resulta destruida es más fácilmente reparada) ¹³⁷.

Los métodos para tratar con esta unidad de la persona humana son numerosos y no intentaremos enumerarlos. Comienzan con las monstruosas condiciones de los transportes a los campos, cuando centenares de seres humanos son hacinados desnudos en un vagón de ganado, prácticamente soldados entre sí y trasladados durante días y días de una a otra parte del país; continúan con la llegada al campo, el bien organizado *shock* de las primeras horas, el rasurado de la cabeza, la grotesca indumentaria del campo; y concluyen con las torturas profundamente inimaginables, calculadas no para matar al cuerpo, en cualquier caso no para matarle rápidamente. El propósito de estos métodos, en todas las ocasiones, es manipular el cuerpo humano —con sus infinitas posibilidades de sufrimiento— de tal manera que sea destruida tan inexorablemente la persona humana como lo consiguen ciertas enfermedades mentales de origen orgánico.

Es aquí donde se torna más evidente la profunda insania de todo el proceso. La tortura, desde luego, es una característica esencial de toda la Policía y de todo el aparato judicial totalitarios; es empleada cada día para hacer hablar a la gente. Este tipo de tortura, como persigue un objetivo definido y racional, posee ciertas limitaciones: o bien el prisionero habla al cabo de cierto tiempo, o es muerto. A esta tortura, racionalmente dirigida, se añadió en los primeros campos de concentración nazis y en las celdas de la Gestapo otra tortura irracional y de tipo sádico. Utilizada en su mayor parte por los hombres de las SA, no perseguía objetivos ni era sistemática, sino que dependía de la iniciativa de elementos considerablemente anormales. La mortalidad era tan alta que sólo unos pocos internados de los campos de concentración de 1933 sobrevivieron a aquellos primeros años. Este tipo de tortura parecía ser no tanto una calculada institución política como una concesión del régimen a sus elementos criminales y anormales, que eran así premiados por los servicios prestados. Tras la ciega bestialidad de los hombres de las SA existía a menudo un odio y un resentimiento profundos contra los que social, intelectual o físicamente eran mejores que ellos, quienes ahora, como si se hubiesen hecho realidad sus sueños más salvajes, se encontraban en el poder. Este resentimiento, que nunca se extinguió enteraente en los campos, nos sorprende como el último vestigio de un sentimiento humanamente comprensible ¹³⁸.

¹³⁷ BETTELHEIM, *op. cit.*, describe cómo era la preocupación principal de los recién internados parecía ser la de permanecer inactivos como personalidad, mientras que el problema de los internados veteranos era «cómo vivir lo mejor posible dentro del campo».

¹³⁸ ROUSSEUR, *op. cit.*, p. 390, refiere cómo un hombre de las SS arengaba a un

El verdadero horror comenzó, sin embargo, cuando los hombres de las SS se encargaron de la administración de los campos. La antigua bestialidad espontánea dio paso a una destrucción absolutamente fría y sistemática de los cuerpos humanos, calculada para destruir la dignidad humana. La muerte se evitaba o se posponía indefinidamente. Los campos ya no eran parques de recreo para bestias con forma humana, es decir, para hombres que realmente correspondían a instituciones mentales, y a prisioneros; se tornó cierto lo opuesto: se convirtieron en «trenos de entretamiento» en los que hombres perfectamente normales eran preparados para llegar a ser miembros de pleno derecho de las SS ¹³⁹.

La muerte de la individualidad del hombre, de la unicidad conformada en partes iguales por la Naturaleza, la voluntad y el destino, convertida en premisa tan evidente por sí misma en todas las relaciones humanas

profesor de la siguiente manera: «Tú solías ser un profesor. Bien, ya no eres un profesor. Ya no eres un tipo importante. Ahora sólo eres un enano. Tan pequeño como puedas serlo. El importante soy yo ahora.»

Así KOENIG, *op. cit.*, p. 6, habla de la posibilidad de que los campos fueran manipulados como terrenos de entretamiento y experimentación para las SS. También proporciona un buen informe sobre la distinción entre los primeros campos, administrados por las SA, y los ulteriores dirigidos por las SS. «Ninguno de aquellos primeros campos tenía más de mil intramuros... En ellos la vida agotaba todas las descripciones. Los relatos de los escasos presos que sobrevivieron coinciden en afirmar que apenas había alguna forma de perversion sádica que no fuese practicada por los hombres de las SA. Pero todos eran actos de bestialidad individual, aún no existía un frío sistema completamente organizado que abaricara a masas de hombres. Esta fue la realización de las SS» (p. 7).

Este nuevo sistema mecanizado, alivió el sentimiento de responsabilidad tanto como humanamente pareciera posible. Cuando por ejemplo, llegó la orden de matar cada día varios centenares de prisioneros rusos, la matanza fue realizada disparando por un agujero, sin ver a la víctima (véase «Essai sur la Psychologie de la terreur», de EUGÈNE FÉREY, en *Symposium*, Bruselas, 1946). Por otro lado, la perversion era producida artificialmente en hombres, por otra parte, normales. Rousseur informa lo siguiente respecto de un guardia de las SS: «Habitualmente sigo pegando hasta que escucho. Tengo mujer y tres hijos en Breslau. Yo solía ser perfectamente normal. Esto es lo que he hecho conmigo. Ahora, cuando me dan un permiso no voy a mi casa. No me atrevo a mirar a la cara a mi mujer» (p. 273). Los documentos de la era de Hitler contienen numerosos testimonios acerca de la normalidad media de aquellos a quienes se confió la realización del programa de exterminio de Hitler. Puede hallarse una buena recopilación en «The Weapon of Antisemitism» de LEON POLANSKY, publicado por la UNESCO en «The Third Reich», Londres, 1955. La mayoría de los hombres de las unidades utilizadas para estos fines no eran voluntarios, sino que habían sido reclutados entre la Policía corriente para estas tareas especiales. Pero incluso los hombres entrenados de las SS hallaron este tipo de tarea peor que la del combate en el frente. En su informe sobre una ejecución masiva repetida por las SS, un testigo presencial elogió a esa unidad, que había sido tan «idealista» como para ser capaz de soportar «todo el exterminio sin la ayuda del licor».

El deseo de eliminar todos los motivos personales y todas las pasiones durante los «exterminios» y de mantener así las cruecidades en un grado mínimo es revelado por el hecho de que un grupo de médicos e ingenieros encargados de manejar las instalaciones del gas estuvieron realizando constantes perfeccionamientos no sólo concebidos para elevar la capacidad productiva de las fábricas de cadáveres, sino también para acelerar y aliviar la agonía.

que incluso los gemelos idénticos inspiran una cierta incomodidad, crea un horror que eclipsa ampliamente el ultraje a la persona jurídico-política y a la despersonalización de la persona moral. Es este horror el que da paso a las generalizaciones nihilistas que mantienen con suficiente plausibilidad que, esencialmente, todos los hombres son como bestias¹⁶⁰. En realidad, la experiencia de los campos de concentración muestra que los seres humanos pueden ser transformados en especímenes del animal humano y que la «naturaleza» del hombre es solamente «humana» en tanto que abre al hombre la posibilidad de convertirse en algo altamente innatural, es decir, en un hombre.

Tras el asesinato de la persona moral y el aniquilamiento de la persona jurídica, la destrucción de la individualidad casi siempre tiene éxito. Concebiblemente, deben encontrarse algunas leyes de la psicología de masas para explicar por qué millones de seres humanos se permitieron a sí mismos marchar sin resistencia hacia las cámaras de gas, aunque estas leyes sólo explicarían la destrucción de la individualidad. Es más significativo que los condenados individualmente a la muerte rara vez intentaran llevarse consigo a alguno de sus ejecutores y que apenas hubiera rebeliones graves y que, incluso en el momento de la liberación, se registrarán muy pocas matanzas espontáneas de hombres de las SS, porque destruir la individualidad es destruir la espontaneidad, el poder del hombre para comenzar algo nuevo a partir de sus propios recursos, algo que no puede ser explicado sobre la base de reacciones al medio ambiente y a los acontecimientos¹⁶¹. Sólo quedan entonces fantasmales marionetas de rostros humanos que se comportan todas como el perro de los experimentos de Pavlov, que reaccionan todas con perfecta seguridad incluso cuando se dirigen hacia su propia muerte y que no hacen más que reaccionar. Este es el verdadero triunfo del sistema: «El triunfo de las SS exige que la víctima torturada se deje llevar hasta la trampa sin protestar, que renuncie a sí misma y se abandone hasta el punto de dejar de afirmar su identidad. Y ello no por nada. Los hombres de las SS no desean su desgracia gratuitamente, por obra del puro sadismo. Saben que el sistema que logra destruir a su víctima antes de que suba al patíbulo... es incomparablemente el mejor para mantener esclavizado a todo un pueblo. Sumiso.

¹⁶⁰ Esto resulta muy destacado en la obra de Rousset. «Las condiciones sociales de la vida en los campos han transformado a la gran masa de internados, tanto alemanes como deportados, fuera cual fuese su anterior posición social y su educación... en una canalla degenerada, enteramente sometida a los reflejos primitivos del instinto animal» (p. 187).

¹⁶¹ A este contexto corresponde también la extraordinaria rareza de suicidios en los campos. El suicidio se producía más a menudo antes de la detención y de la deportación que en el mismo campo, lo que, desde luego, queda parcialmente explicado por el hecho de que se intentaba todo para impedir los suicidios, que eran el fin, y al cabo, actos espontáneos. Del material estadístico de Buchenwald (*Nazi Conspiracy*, IV, pp. 800 y ss.) es evidente que apenas un 0,5 por 100 de las muertes podían ser atribuidas a suicidio, que frecuentemente sólo había uno o dos suicidas al año, aunque en ese mismo año el número total de muertes llegaba a 3.516. Los informes de los campos de concentración rusos mencionan el mismo fenómeno (véase, por ejemplo, STARLINGER, *op. cit.*, p. 57).

Nada hay más terrible que estas procesiones de seres humanos caminando como muñecos hacia su muerte. El hombre que ve esto se dice a sí mismo: 'Cuán grande es el poder que debe ocultarse en las manos de sus amos para que éstos se hayan sometido de esta manera', y se aparta lleno de amargura, pero derrotado»¹⁶².

Si consideramos seriamente las aspiraciones totalitarias y nos negamos a ser engañados por la afirmación del sentido común según la cual son utópicas e irrealizables, resulta que la sociedad de los moribundos estabierta en los campos es la única forma de sociedad en la que es posible dominar enteramente al hombre. Los que aspiran a la dominación total deben liquidar toda espontaneidad, tal como la simple existencia de la individualidad siempre engendraría, y perseguirla hasta en sus formas más particulares, sin importarle cuán apolíticas e inocuas puedan parecer. El perro de Pavlov, espísimen humano reducido a sus reacciones más elementales, el haz de reacciones que puede ser siempre liquidado y sustituido por otro haz de reacciones que se comporten exactamente de la misma manera, es el ciudadano «modelo» de un Estado totalitario, y semejante ciudadano sólo imperfectamente puede ser producido fuera de los campos.

La inutilidad de los campos, su antiutilidad cínicamente reconocida, es sólo aparente. En realidad son más esenciales para la preservación del poder del régimen que cualquiera de sus otras instituciones. Sin los campos de concentración, sin el indefinido temor que inspiran y el bien definido entrenamiento que ofrecen para la dominación totalitaria, que en parte alguna puede ser completamente ensayada con todas sus posibilidades más radicales, un Estado totalitario no puede, ni inspirar en el fanatismo a unidades selectas, ni mantener a todo un pueblo en la completa apatía. El dominante y los dominados retornarían muy rápidamente a la «antigua rutina burguesa»; tras los primeros «excesos» sucumbirían a la vida cotidiana con sus leyes humanas; en suma, evolucionarían en la dirección que todos los observadores aconsejados por el sentido común se hallan inclinados a predecir. La falacia trágica de todas estas profecías, originadas en un mundo que todavía era seguro, consistió en suponer que existía algo semejante a una naturaleza humana establecida para siempre, en identificar a esta naturaleza humana con la Historia y en declarar así que la idea de dominación total era no sólo inhumana, sino también irrealista. Mientras tanto, hemos aprendido que el poder del hombre es tan grande que realmente puede ser lo que quiera ser.

A la verdadera naturaleza de los regímenes totalitarios corresponde el exigir el poder ilimitado. Semejante poder sólo puede ser afirmado si liricamente todos los hombres, sin una sola excepción, son fielmente dominados en cada aspecto de su vida. En el terreno de los asuntos exteriores, deben ser constantemente subyugados nuevos territorios neutrales, mientras que en el interior nuevos grupos humanos deben ser continuamente dominados en los cada vez más numerosos campos de concentración o, cuando las circunstancias lo requieran, liquidados para dejar sitio a

otros. La cuestión de la oposición carece de importancia, tanto en los asuntos exteriores como en los internos. Cualquier neutralidad, y desde luego, cualquier amistad espontáneamente otorgada, es, desde el punto de vista de la dominación totalitaria, simplemente tan peligrosa como la hostilidad declarada, precisamente porque la espontaneidad como tal, con su imprevisibilidad, constituye el mayor de los obstáculos a la dominación total del hombre. Los comunistas de los países no comunistas, que hubieron o fueron llamados a Moscú, aprendieron por amarga experiencia que constituirían una amenaza para la Unión Soviética. Los comunistas convencidos son, en este sentido, que solamente hoy tiene alguna realidad, simplemente tan ridículos y tan amenazadores para el régimen de Rusia como, por ejemplo, los nazis convencidos de la facción de Röhm eran para los nazis.

Lo que totna a la convicción y a la opinión de cualquier tipo tan ridícula y peligrosa bajo las condiciones totalitarias es que los regímenes totalitarios se enorgullecen fundamentalmente de no necesitarlas, de no precisar ayuda humana de cualquier tipo. Los hombres, en tanto que son algo más que reacción animal y realización de funciones, resultan enteramente superfluos para los regímenes totalitarios. El totalitarismo busca no la dominación despótica sobre los hombres, sino un sistema en el que los hombres sean superfluos. El poder total sólo puede ser logrado y salvaguardado en un mundo de reflejos condicionados, de marionetas sin el más ligero rasgo de espontaneidad. Precisamente porque los recursos del hombre son tan grandes puede ser completamente dominado sólo cuando se convierte en un espécimen de la especie animal hombre.

Por eso el carácter es una amenaza e incluso las más injustas normas legales constituyen un obstáculo; pero la individualidad, es decir, todo lo que distingue a un hombre de otro, resulta intolerable. Mientras que todos los hombres no hayan sido hechos igualmente superfluos—y esto sólo se ha realizado en los campos de concentración—, el ideal de dominación totalitaria no queda logrado. Los Estados totalitarios aspiran constantemente, aunque nunca con completo éxito, a lograr la superfluidad de los hombres —mediante la selección arbitraria de los diferentes grupos enviados a los campos de concentración, mediante las purgas constantes del aparato dominador y mediante las liquidaciones en masa—. El sentido común afirma deseperadamente que las masas están inclinadas a la sumisión y que todo este gigantesco aparato de terror resulta por eso superfluo; si fuesen capaces de decir la verdad, los gobernantes totalitarios replicarían: el aparato le parece superfluo sólo porque sirve para hacer superfluos a los hombres.

El intento totalitario de hacer superfluos a los hombres refleja la experiencia que las masas modernas tienen de su superficialidad en una Tierra superpoblada. El mundo de los moribundos, en el que se enseña a los hombres que son superfluos a través de un estilo de vida en el que se encuentran con un castigo sin conexión con el delito, en el que se practica la explotación sin beneficio y donde se realiza el trabajo sin producto, es un lugar donde diariamente se fabrica el absurdo. Sin embargo,

dentro del marco de la ideología totalitaria, nada podría resultar más sensible y lógico; si los internados son sabandijas, es lógico que deban ser eliminados mediante gases venenosos; si son degenerados, no se les debe permitir que contaminen a la población; si tienen «almas de esclavos» (Himmler), sería perder el tiempo tratar de resucitarlos. Contemplados a través de los ojos de la ideología, lo malo de los campos es casi el que tengan demasiado sentido, el que la ejecución de la doctrina resulte demasiado consecuente.

Mientras que los regímenes totalitarios se encuentran así resuelta y cínicamente vaciando al mundo de lo único que tiene sentido para las esperanzas utilitarias del sentido común, imponen sobre éste un tipo de super-sentido al que realmente se referían las ideologías cuando pretendían haber hallado la clave de la Historia o la solución de los enigmas del Universo. Por encima del absurdo de la sociedad totalitaria se encuentra entronizado el ridículo super-sentido de su superstición ideológica. Las ideologías son inocuas, no críticas, y las opiniones, arbitrarias mientras que no sean realmente creídas. Una vez que es tomada al pie de la letra su reivindicación de validez total se convierten en el núcleo de sistemas lógicos en los que, como en los sistemas de los paranoicos, todo se deduce comprensiblemente e incluso obligatoriamente una vez que ha sido aceptada la primera premisa. La insania de semejantes sistemas radica no sólo en su primera premisa, sino en la lógica con la que han sido contruidos. La curiosa cualidad lógica de todos los ismos, su confianza simple en el valor salvador de la devoción torzada sin atender a factores específicos y variantes, alberga ya los primeros gérmenes del desprecio totalitario por la realidad y por los hechos.

El sentido común entrenado en el pensamiento utilitario carece de defensas contra este super-sentido ideológico, puesto que los regímenes totalitarios establecen un mundo que funciona carente de sentido. El desprecio ideológico por los hechos todavía contenía la orgullosa presunción del dominio humano sobre el mundo; después de todo, es este desprecio por la realidad el que hace posible cambiar el mundo, la creación del artificio humano. Lo que destruye el elemento de orgullo en el desprecio totalitario por la realidad (y por ello lo distingue radicalmente de las teorías y actitudes revolucionarias) es el super-sentido que da al desprecio por la realidad su fuerza lógica y su consistencia. Lo que logra un recurso verdaderamente totalitario de la afirmación bolchevique de que «el sistema ruso es superior a todos los demás es el hecho de que el gobernante totalitario obtiene de esta afirmación la conclusión lógicamente impecable de que sin este sistema la gente no podría haber construido algo tan maravilloso como, por ejemplo, un Metro. De este punto de vista extrae luego la conclusión lógica de que cualquiera que conozca la existencia del Metro de París es un sospechoso, porque puede ser causa de que la gente dude de que sólo se pueden hacer cosas en el sistema bolchevique. Esto conduce a la conclusión final de que, para seguir siendo un bolchevique leal, uno tiene que destruir el Metro de París. Sólo importa ser consecuente.

Con estas nuevas estructuras, construidas sobre la fuerza del super-sen-

tido e impulsadas por el motor de la lógica, nos hallamos, desde luego, en el final de la era burguesa del incentivo y del poder tanto como en el final del imperialismo y de la expansión. La agresividad del totalitarismo no procede del anhelo por el poder, y si trata febrilmente de extenderse, no es por deseo de expansión ni de beneficio, sino sólo por razones ideológicas: hacer al mundo consecuente, demostrar que tenía razón su respectivo superentendido.

Principalmente en beneficio de este superentendido, en beneficio de una consistencia completa, es por lo que necesita el totalitarismo destruir cada rastro de lo que nosotros denominamos corrientemente dignidad humana. Porque el respeto por la dignidad humana implica el reconocimiento de mis semejantes o de las naciones semejantes a la mía, como súbditos, como constructores de mundos o como codificadores de un mundo común. Ninguna ideología que pretenda lograr la explicación de todos los acontecimientos históricos del pasado o la delimitación del curso de todos los acontecimientos del futuro puede soportar la imprevisibilidad que procede del hecho de que los hombres sean creativos, que pueden producir algo tan nuevo que nadie llegó a prever.

Lo que por eso tratan de lograr las ideologías totalitarias no es la transformación del mundo exterior o la transmutación revolucionaria de la sociedad, sino la transformación de la misma naturaleza humana. Los campos de concentración son los laboratorios donde se prueban los cambios en la naturaleza humana, y su ignominia no atañe sólo a sus inter-nados y a aquellos que los dirigen según normas estrictamente «científicas»; es tema que afecta a todos los hombres. Y la cuestión no es el sufrimiento, algo de lo que ya ha habido demasiado en la Tierra, ni el número de sus víctimas. Lo que está en juego es la naturaleza humana como tal, y aunque parezca que estos experimentos no lograron modificar al hombre, sino sólo destruirle, creando una sociedad en la que la banalidad nihilista del *homo homini lupus* es consecuentemente realzada, es preciso tener en cuenta las necesarias limitaciones de una experiencia que requiere un control global para mostrar resultados concluyentes.

Hasta ahora, la creencia totalitaria de que todo es posible parece haber demostrado sólo que todo puede ser destruido. Sin embargo, en su esfuerzo por demostrar que todo es posible, los regímenes totalitarios han descubierto sin saberlo que hay crímenes que los hombres no pueden castigar ni perdonar. Cuando lo imposible es hecho posible se torna en un mal absolutamente incastigable e imperdonable que ya no puede ser cometido ni explicado por los motivos malignos del interés propio, la sordidez, el resentimiento, el ansia de poder y la cobardía. Por eso la ira no puede vengar; el amor no puede soportar; la amistad no puede perdonar. De la misma manera que las víctimas de las fábricas de la muerte o de los pozos del olvido ya no son «humanos» a los ojos de sus ejecutores, así estas novísimas especies de criminales quedan incluso más allá del umbral de la solidaridad de la iniquidad humana.

Es inherente a toda nuestra tradición filosófica el que no podamos concebir un «mal radical», y ello es cierto tanto para la teología cristiana,

que concibió incluso para el mismo Demonio un origen celestial, como para Kant, el único filósofo que, en término que acuñó para este fin, debió haber sospechado al menos la existencia de este mal, aunque inmediatamente lo racionalizó en el concepto de una «mala voluntad perversidad», que podía ser explicada por motivos comprensibles. Por eso no tenemos nada en que basarnos para comprender un fenómeno que, sin embargo, nos enfrenta con su abrumadora realidad y destruye todas las normas que conocemos. Hay sólo algo que parece discernible: podemos decir que el mal radical ha emergido en relación con un sistema en el que todos los hombres se han tornado igualmente superfluos. Los manipuladores de este sistema creen en su propia superfluidad tanto como en la de los demás, y los asesinos totalitarios son los más peligrosos de todos porque no se preocupan de que ellos mismos resulten quedar vivos o muertos, si incluso vivieron o nunca nacieron. El peligro de las fábricas de cadáveres y de los pozos del olvido es que hoy, con el aumento de la población y de los desarraigados, constantemente se tornan superfluas masas de personas si seguimos pensando en nuestro mundo en términos utilitarios. Los acontecimiento políticos, sociales y económicos en todas partes se hallan en tónica conspícuamente con los instrumentos totalitarios concebidos para hacer a los hombres superfluos. La tentación implícita es bien comprendida por el sentido común utilitario de las masas, que en la mayoría de los países se sienten demasiado desesperadas para retener una parte considerable de su miedo a la muerte. Los nazis y los bolcheviques pueden estar seguros de que sus fábricas de aniquilamiento, que muestran la solución más rápida para el problema de la superpoblación, para el problema de las masas humanas económicamente superfluas y socialmente desarraigadas, constituyen tanto una atracción como una advertencia. Las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios bajo la forma de fuertes tentaciones, que surgirán allí donde parezca imposible aliviar la miseria política, social o económica en una forma valiosa para el hombre.

IDEOLOGÍA Y TERROR
DE UNA NUEVA FORMA DE GOBIERNO

En los capítulos precedentes hemos recalcado repetidas veces que no son solamente más drásticos los medios de dominación total, sino que el totalitarismo difiere esencialmente de otras formas de opresión política que nos son conocidas, como el despotismo, la tiranía y la dictadura. Allí donde se alzó el poder desarrolló instituciones políticas enteramente nuevas y destruyó todas las tradiciones sociales, legales y políticas del país. Sea cual fuera la tradición específicamente nacional o la fuente espiritual específica de su ideología, el Gobierno totalitario siempre transformó a las clases en masas, suplantó el sistema de partidos por la dictadura de un partido; sino por un movimiento de masas, desplazó el centro del poder del Ejército a la Policía y estableció una política exterior abiertamente encaminada a la dominación mundial. Los Gobiernos totalitarios conocidos se han desarrollado a partir de un sistema unipartidista; allí donde estos sistemas se tomaron verdaderamente totalitarios comenzaron a operar según un sistema de valores tan radicalmente diferente de todos los demás que ninguna de nuestras categorías tradicionales legales, morales o utilitarias conforme al sentido común pueden ya ayudarnos a entendernos con ellos, o a juzgar o predecir el curso de sus acciones.

Si es cierto que pueden hallarse elementos de totalitarismo remontándose en la Historia y analizando las implicaciones políticas de lo que habitualmente denominamos la crisis de nuestro siglo, entonces es inevitable la conclusión de que esta crisis no es una simple amenaza del exterior, no simplemente el resultado de una agresiva política exterior, bien de Alemania, o de Rusia, y que no desaparecerá con la muerte de Stalin más de lo que desapareció con la caída de la Alemania nazi. Puede ser incluso que los verdaderos predicamentos de nuestro tiempo asuman su forma auténtica —aunque no necesariamente la más cruel— sólo cuando el totalitarismo se haya convertido en algo del pasado.

Es en la línea de tales reflexiones donde cabe suscitar la cuestión de si el Gobierno totalitario, nacido de esta crisis y al mismo tiempo más claro y único síntoma inequívoco, es simplemente un arreglo temporal que toma sus métodos de intimidación, sus medios de organización y sus instrumentos de violencia del bien conocido arsenal político de la tiranía, el despotismo y las dictaduras, y debe su existencia sólo al fallo deplorable, pero quizás accidental, de las fuerzas políticas tradicionales —liberal o conservadora, nacional o socialista, republicana o monárquica, autoritaria o democrática. O si, por el contrario, existe algo tal como la *naturaleza* del Gobierno totalitario, si posee su propia esencia y puede ser comparado con otras formas de Gobierno y definido como ellas, que el pensamiento occidental ha conocido y reconocido desde los tiempos de la filosofía antigua. Si esto es cierto, entonces las formas enteramente nuevas y sin precedentes de la organización totalitaria y su curso de acción deben descansar en una de las pocas experiencias básicas que los hombres pueden tener allí donde viven juntos y se hallan ocupados por los asuntos públicos. Si existe una experiencia básica que halla su expresión política en la dominación totalitaria, entonces, a la vista de la novedad de la forma totalitaria de Gobierno, debe ser ésta una experiencia que, por la razón que fuere, nunca ha servido anteriormente para la fundación de un cuerpo político y cuyo talante general —aunque pueda resultar familiar en cualquier otro aspecto— nunca ha penetrado y dirigido el tratamiento de los asuntos públicos.

Si consideramos esto en términos de la historia de las ideas, parece extremadamente improbable. Porque las formas de gobierno bajo las que los hombres viven han sido muy pocas; fueron tempranamente descubiertas, clasificadas por los griegos, y han demostrado ser extraordinariamente longevas. Si aplicamos estos descubrimientos, cuya idea fundamental, a pesar de las muchas variaciones, no cambió en los dos mil quinientos años que separan a Platón de Kant, sentimos inmediatamente la tentación de interpretar el totalitarismo como una forma moderna de tiranía, es decir, como un Gobierno ilegal en el que el poder es manejado por un solo hombre. Poder arbitrario, restringido por la ley, manejado en interés del gobernante y hostil a los intereses de los gobernados, por un lado; el temor como principio de la acción, es decir, el temor del dominador al pueblo y el temor del pueblo al dominador, por otro lado, han sido las características de la tiranía a lo largo de nuestra tradición.

En lugar de decir que el Gobierno totalitario carece de precedentes, podríamos decir también que ha explorado la alternativa misma sobre la que se han basado en filosofía política todas las definiciones de la esencia de los Gobiernos, es decir, la alternativa entre el Gobierno legal y el ilegal, entre el poder arbitrario y el legítimo. Nunca se ha puesto en tela de juicio que el Gobierno legal y el poder legítimo, por una parte, y la ilegalidad y el poder arbitrario, por otra, se correspondían y eran inseparables. Sin embargo, la dominación totalitaria nos enfrenta con las formas de Gobierno completamente diferentes. Es cierto que desafía todas las alternativas positivas, incluso hasta el extremo de desafiar aquellas que el mismo

ha establecido (como en el caso de la Constitución soviética de 1936, por citar sólo el ejemplo más sobresaliente) o de no preocuparse de abolirlas (como en el caso de la Constitución de Weimar, que el Gobierno nazi jamás revocó). Pero no opera sin la guía de la ley ni es arbitrario porque afirma que obedece estrictamente a aquellas leyes de la Naturaleza o de la Historia de las que supuestamente proceden todas las leyes positivas.

Esta es la monstruosa y sin embargo aparentemente incontestable reivindicación de la dominación totalitaria, que, lejos de ser «ilegal», se remonta a las fuentes de la autoridad de las que las leyes positivas reciben su legitimación última, que, lejos de ser arbitraria, es más obediente a esas fuerzas suprahumanas de lo que cualquier Gobierno lo fue antes y que, lejos de manejar su poder en interés de un solo hombre, está completamente dispuesta a sacrificar los vitales intereses inmediatos de cualquiera a la ejecución de lo que considera ser la ley de la Historia o la ley de la Naturaleza. Su desafío a las leyes positivas afirma ser una forma más elevada de legitimidad, dado que, inspirada por las mismas fuentes, puede dejar a un lado esa insignificante legalidad. La ilegalidad totalitaria pretende haber hallado un camino para establecer la justicia en la Tierra —algo que reconocidamente jamás podría alcanzar la legalidad de la ley positiva. La discrepancia entre la legalidad y la justicia jamás puede ser salvada, porque las normas de lo justo y lo injusto en las que la ley positiva traduce su propia fuente de autoridad —«ley natural» que gobierna a todo el Universo o ley divina revelada en la historia humana, o costumbres y tradiciones que expresan la ley común a los sentimientos de todos los hombres— son necesariamente generales y deben ser válidas para un incontestable e imprevisible número de casos, de forma tal que cada caso individual concreto con su irreplicable grupo de circunstancias se escapa a esas normas de alguna manera.

La ilegalidad totalitaria, desafiando la legitimidad y pretendiendo establecer el reinado directo de la justicia en la Tierra, ejecuta la ley de la Historia o de la Naturaleza sin traducida en normas de lo justo y lo injusto para el comportamiento individual. Aplica directamente la ley a la Humanidad sin preocuparse del comportamiento de los hombres. Se espera que la ley de la Naturaleza o la ley de la Historia, si son adecuadamente ejecutadas, produzcan a la Humanidad como su producto final; y esta esperanza alienta tras la reivindicación de dominación global por parte de todos los Gobiernos totalitarios. La política totalitaria afirma transformar a la especie humana en una portadora activa e infalible de una ley, a la que de otra manera los seres humanos sólo estarían sometidos pasivamente y de mala gana. Si es cierto que el lazo entre los países totalitarios y el mundo civilizado quedó roto a través de los monstruosos crímenes de los regímenes totalitarios, también es cierto que esta criminalidad no fue debida a la simple agresividad, a la insensibilidad, a la guerra y a la traición, sino a una consciente ruptura de ese *consensus iuris* que, según Cicerón, constituye a un «pueblo» y que, como ley internacional, ha constituido en los tiempos modernos al mundo civilizado en tanto que siga siendo piedra fundamental de las relaciones internacionales incluso bajo las con-

diciones bélicas. Tanto el juicio moral como el castigo legal presuponen este asentimiento básico; el criminal puede ser juzgado justamente sólo porque participa en el *consensus iuris*, e incluso la ley revelada por Dios puede funcionar en los hombres sólo cuando la escuchan y la aceptan.

En este punto surge a la luz la diferencia fundamental entre el concepto totalitario de la ley y todos los otros conceptos. La política totalitaria no reemplaza a un grupo de leyes por otro, no establece su propio *consensus iuris*, no crea, mediante una revolución, una nueva forma de legalidad. Su desafío a todo, incluso a sus propias leyes positivas, implica que cree que puede imponerse sin ningún *consensus iuris* y que, sin embargo, no se resigna al estado tiránico de ilegalidad, arbitrariedad y temor. Puede imponerse sin el *consensus iuris*, porque promete liberar a la realización de la ley de toda acción y voluntad humana, y promete la justicia en la Tierra porque promete hacer de la Humanidad misma la encarnación de la ley.

Esta identificación del hombre y de la ley, que parece cancelar la discrepancia entre la legalidad y la justicia que ha asediado al pensamiento legal desde los tiempos antiguos, no tiene nada en común con la *lumen naturale* o la voz de la conciencia, por las que se supone que la Naturaleza o la Divinidad, como fuentes de autoridad para el *ius naturale* o los mandamientos de Dios históricamente revelados, anuncian su autoridad al mismo hombre. Todo esto jamás hizo del hombre encarnación ambulante de la ley, sino que, al contrario, siguió diferenciándose de él como la autoridad que exige asentimiento y obediencia. La Naturaleza o la Divinidad, como fuentes de autoridad para las leyes positivas, eran consideradas permanentes y eternas; las leyes positivas eran cambiantes y cambiables según las circunstancias, pero poseían una relativa permanencia en comparación con las acciones humanas mucho más rápidamente cambiantes; y derivaban esta permanencia de la eterna presencia de su fuente de autoridad. Por eso, las leyes positivas son primariamente concebidas para funcionar como factores estabilizadores de los cambiantes movimientos de los hombres.

En la interpretación del totalitarismo, todas las leyes se convierten en leyes de movimiento. Cuando los nazis hablaban sobre la ley de la Naturaleza o cuando los bolcheviques hablaban sobre la ley de la Historia, ni la Naturaleza ni la Historia son ya la fuente estabilizadora de la autoridad para las acciones de los hombres mortales; son movimientos en sí mismas. Subyacente a la creencia de los nazis en las leyes raciales como expresión de la ley de la Naturaleza en el hombre, se halla la idea darwiniana del hombre como producto de una evolución natural que no se detiene necesariamente en la especie actual de seres humanos, de la misma manera que la creencia de los bolcheviques en la lucha de clases como expresión de la ley de la Historia se basa en la noción marxista de la sociedad como producto de un gigantesco movimiento histórico que corre según su propia ley de desplazamiento hasta el fin de los tiempos históricos, cuando llegará a abolirse por sí mismo.

La diferencia entre el enfoque histórico de Marx y el enfoque natu-

ralista de Darwin ha sido frecuentemente señalada, usual y certeramente, en favor de Marx. Esto nos ha llevado a olvidar el gran interés positivo que tuvo Marx por las teorías de Darwin; Engels no pudo concebir mejor elogio para los logros investigadores de Marx que el de llamarle el «Darwin de la Historia»¹. Si se consideran, no los auténticos logros, sino las filosofías básicas de ambos hombres, resulta que, en definitiva, el movimiento de la Naturaleza y el movimiento de la Historia son uno y el mismo. La introducción de Darwin al concepto de la evolución en la Naturaleza, su insistencia en que, al menos en el campo de la Biología, el movimiento natural no es circular, sino unilineal, desplazándose en una dirección indefinidamente progresiva, significa en realidad que la Naturaleza, como si dijéramos, está siendo arrastrada en la Historia, que a la vida natural se la considera histórica. La ley «natural» de la supervivencia de los más aptos es, pues, una ley histórica, y tanto puede ser utilizada por el racismo como por la ley marxista de las clases más progresivas. La lucha de clases de Marx, por otra parte, como fuerza impulsora de la Historia es sólo la expresión exterior de la evolución de las fuerzas productivas. El trabajo, según Marx, no es una fuerza histórica, sino una fuerza natural—biológica—liberada a través del «metabolismo del hombre con la Naturaleza», por la que conserva su vida individual y reproduce la especie? Engels advirtió muy claramente la afinidad entre las concepciones básicas de los dos hombres, porque comprendió el papel decisivo que desempeñaba en ambas teorías el concepto de la evolución. El tremendo cambio intelectual que tuvo lugar a mediados del siglo pasado consistió en la negativa a ver o a aceptar nada «como es» y en la consecuente interpretación de todo como base de una evolución ulterior. Es relativamente secundario el que la fuerza impulsora de esta evolución pueda denominarse Naturaleza o Historia. En estas ideologías, el término mismo de «ley» cambia de significado: de expresar el marco de estabilidad dentro del cual pueden tener lugar las acciones y los movimientos humanos, se convierte en expresión del movimiento mismo.

Las políticas totalitarias que procedieron a seguir las recetas de las ideologías han desenmascarado la verdadera naturaleza de estos movimientos en cuanto han mostrado claramente que no podía existir final para este proceso. Si la ley de la Naturaleza consiste en eliminar a todo lo que resulta perjudicial y es incapaz de vivir, sería el mismo final de la Naturaleza el hecho de que no pudieran hallarse nuevas categorías de elemen-

¹ En su elogio fúnebre de Marx, Engels dijo: «De la misma manera que Darwin descubrió la ley de la evolución de la vida orgánica, así Marx descubrió la ley de la evolución de la historia humana.» Un comentario similar se halla en la introducción de Engels a la edición del *Manifesto comunista* en 1890, y en su presentación de *Ursprung der Familie...* menciona una vez más la «teoría de la evolución de Darwin» y la «teoría de la plusvalía de Marx» paralelamente.

² Por lo que se refiere al concepto del trabajo en Marx como «una eterna necesidad impuesta por la Naturaleza, sin la cual no puede existir metabolismo entre el hombre y la Naturaleza, y por ello no puede existir vida», véase *El capital*, vol. I, parte I, caps. 1 y 5. El pasaje citado es del cap. 1, sección 2.

tos perjudiciales e incapaces de vivir. Si es ley de la Historia el que en la lucha de clases «desaparezcan» ciertas clases, significaría el final de la historia humana el hecho de que no se formaran nuevas clases rudimentarias que a su vez pudieran «desaparecer» a manos de los dominadores totalitarios. En otras palabras, la ley de matar, por la que los movimientos totalitarios se apoderan y ejercen el poder, seguiría siendo ley del movimiento aunque logran someter a su dominación a toda la Humanidad.

Por Gobierno legal entendemos un cuerpo político en el que se necesitan leyes positivas para traducir y realizar el inmutable *ius naturale* o los mandamientos eternos de Dios en normas de lo justo y lo injusto. Sólo en estas normas, en el cuerpo de leyes positivas de cada país, pueden lograrse su realidad política el *ius naturale* o los mandamientos de Dios. En el cuerpo político del Gobierno totalitario este lugar de las leyes positivas queda ocupado por el terror total, que es concebido para traducir a la realidad la ley del movimiento de la Historia o de la Naturaleza. De la misma manera que las leyes positivas, aunque definen transgresiones, son independientes de ellas —la ausencia de delitos en cualquier sociedad no torna superfluas a las leyes, sino que, al contrario, significa su más perfecta dominación—, así el terror en el Gobierno totalitario ha dejado de ser un simple medio para la supresión de la oposición, aunque es también utilizado para semejantes fines. El terror se convierte en total cuando se torna independiente de toda oposición; domina de forma suprema cuando nadie se alza en su camino. Si la legalidad es la esencia del Gobierno no tiránico y la ilegalidad es la esencia de la tiranía, entonces el terror es la esencia de la dominación totalitaria.

El terror es la realización de la ley del movimiento; su objetivo principal es hacer posible que la fuerza de la Naturaleza o la Historia corra libremente a través de la Humanidad sin tropezar con ninguna acción espontánea. Como tal, el terror trata de «estabilizar» a los hombres para liberar a las fuerzas de la Naturaleza o de la Historia. Es este movimiento el que singulariza a los enemigos de la Humanidad contra los cuales se permite desencadenarse al terror, y no puede permitirse que ninguna acción u oposición libres puedan obstaculizar la eliminación del «enemigo objetivo» de la Historia o de la Naturaleza, de la clase o de la raza. La culpa y la inocencia se convierten en nociones sin sentido: «culpables» es quien se alza en el camino del proceso natural o histórico que ha formulado ya un juicio sobre las «razas inferiores», sobre los «individuos incapaces de vivir», sobre las «clases moribundas y los pueblos decadentes». El terror ejecuta estos juicios, y ante su tribunal todos los implicados son subjetivamente inocentes; los asesinados, porque ellos nada hicieron contra el sistema, y los asesinos, porque realmente no asesinan, sino ejecutan una sentencia de muerte pronunciada por algún tribunal superior. Los mismos dominadores no afirman ser justos o sabios, sino sólo que ejecutan un movimiento conforme a su ley inherente. El terror es legalidad si la ley es la ley del movimiento de alguna fuerza supranatural, la Naturaleza o la Historia.

El terror, como ejecución de una ley de un movimiento cuyo objetivo

último no es el bienestar de los hombres o el interés de un solo hombre, sino la fabricación de la Humanidad, elimina a los individuos en favor de la especie, sacrifica a las «partes» en favor del «todo». La fuerza supranatural de la Naturaleza o de la Historia tiene su propio comienzo y su propio final, de forma tal que sólo puede ser obstaculizada por el nuevo comienzo y el final individual que suponen realmente la vida de cada individuo.

En el Gobierno constitucional las leyes positivas están concebidas para erigir fronteras y establecer canales de comunicación entre hombres cuya comunidad resulta constantemente amenazada por los nuevos hombres que nacen dentro de ella. Con cada nuevo nacimiento nace un nuevo comienzo, surge a la existencia potencialmente un nuevo mundo. La estabilidad de las leyes corresponde al constante movimiento de todos los asuntos humanos, un movimiento que nunca puede tener final mientras que los hombres nazcan y mueran. Las leyes cercan a cada nuevo comienzo y al mismo tiempo aseguran su libertad de movimientos, la potencialidad de algo enteramente nuevo e imprevisible; las fronteras de las leyes positivas son para la existencia política del hombre lo que la memoria es para su existencia histórica: garantizan la preexistencia de un mundo común, la realidad de una continuidad que trasciende al espacio de vida individual de cada generación, absorbe todos los nuevos orígenes y se nutre de ellos.

El terror total es tan fácilmente confundido como síntoma de un Gobierno tiránico porque el Gobierno totalitario, en sus fases iniciales, debe comportarse como una tiranía y arrasar las fronteras alzadas por la ley hecha por el hombre. Pero el terror total no deja tras de sí una arbitrariedad y no destruye en beneficio de alguna voluntad arbitraria o del poder despótico de un hombre contra todos y menos aún en provecho de una guerra de todos contra todos. Reemplaza a las fronteras y los canales de comunicación entre individuos con un anillo de hierro que los manifiesta tan estrechamente unidos como si su pluralidad se hubiese fundido en un Hombre de dimensiones gigantescas. Abolir las barreras de las leyes entre los hombres —como hace la tiranía— significa arrebatar el libre albedrío y destruir la libertad como una realidad política viva; porque el espacio entre los hombres, tal como se halla delimitado por las leyes, es el espacio vivo de la libertad. El terror total utiliza este antiguo instrumento de la tiranía, pero destruye también al mismo tiempo ese desierto de ilegalidad e ilimitado del miedo y la sospecha que deja tras de sí la tiranía. Este desierto, en realidad, no es un espacio vivo de libertad, pero todavía proporciona algún espacio para los movimientos inducidos por el miedo y las acciones penetradas de sospechas de sus habitantes.

Presionando a los hombres unos contra otros, el terror total destruye el espacio entre ellos; en comparación con las condiciones existentes dentro de su anillo de hierro, incluso el desierto de la tiranía parece como una garantía de libertad en cuanto que todavía supone algún tipo de espacio. El Gobierno totalitario no restringe simplemente el libre albedrío y arrebató las libertades; tampoco ha logrado, al menos por lo que sabemos, arrancar de los corazones de los hombres el amor por la libertad.

Destruye el único prerrequisito esencial de todas las libertades, que es simplemente la capacidad de movimiento, que no puede existir sin espacio.

El terror total, la esencia del Gobierno totalitario, no existe ni a favor ni en contra de los hombres. Se supone que proporciona a las fuerzas de la Naturaleza o de la Historia un instrumento incomparable para acelerar su movimiento. Este movimiento, actuando según su propia ley, no puede a la larga ser obstaculizado; eventualmente, su fuerza siempre demostrará ser más poderosa que las más potentes fuerzas engendradas por las acciones y la voluntad de los hombres. Pero puede ser retrasada y es casi inevitablemente retrasada por la libertad del hombre, que ni siquiera pueden negar los gobernantes totalitarios, porque esta libertad —por irrelevante y arbitraria que puedan juzgarla— se identifica con el hecho de que los hombres hayan nacido y que por eso cada uno de ellos es un nuevo comienzo, comienza de nuevo, en un sentido, el mundo. Desde el punto de vista totalitario, el hecho de que los hombres nazcan y mueran sólo puede ser considerado como una molestia interferencia en fuerzas más elevadas. Por eso, el terror, como siervo obediente del movimiento histórico o natural, tiene que eliminar del proceso no sólo la libertad en cualquier sentido específico, sino la misma fuente de la libertad que procede del hecho del nacimiento del hombre y reside en su capacidad de lograr un nuevo comienzo. En el anillo férreo del terror, que destruye la pluralidad de los hombres y hace de ellos El Único que actuará infaliblemente como si él mismo fuese parte del solo de la Historia o del de la Naturaleza, se ha hallado un recurso no sólo para liberar las fuerzas históricas y naturales, sino para acelerarlas hasta una velocidad que jamás alcanzarían por sí mismas. Prácticamente hablando, esto significa que el terror ejecuta en el acto las sentencias de muerte que se supone ha pronunciado la Naturaleza sobre razas o individuos que son «incapaces de vivir», o la Historia eficiente de la Naturaleza o de la Historia mismas.

En este concepto, donde la esencia del mismo Gobierno se ha tornado movimiento, un antiguo problema del pensamiento político parece haber hallado una solución semejante a la ya señalada para la discrepancia entre la legalidad y la justicia. Si se define como legalidad a la esencia del Gobierno y si se entiende que las leyes son las fuerzas estabilizadoras en los asuntos públicos de los hombres (como, desde luego, ha sido siempre desde que Platón invocaba a Zeus, el dios de las fronteras, en sus leyes), entonces surge el problema del cuerpo político y las acciones de sus ciudadanos. La legalidad impone limitaciones a las acciones, pero no las inspira; la grandeza, pero también la perpetuidad de las leyes en las sociedades libres escriba en que dicen lo que uno no debe hacer, pero no lo que debe hacer. El movimiento necesario de un cuerpo político nunca puede ser hallado en su esencia, aunque sólo sea porque esta esencia —de nuevo desde Platón— ha sido definida con una visión de su permanencia. La duración parecía ser una de las más seguras medidas de la bondad de un Gobierno. Sigue siendo todavía para Montesquieu la prueba suprema de la maldad de la tiranía el hecho de que sólo las tiranías puedan ser des-

truidas desde dentro, que declinan por sí mismas, mientras que todos los demás Gobiernos son destruidos a través de circunstancias exteriores. Por eso, lo que la definición de un Gobierno siempre necesitaba era lo que Montesquieu denomina un «principio de acción» que, diferente en cada forma de gobierno, inspiraría al Gobierno y a los ciudadanos en su actividad pública y serviría como un criterio, más allá de la medida simplemente negativa de la legalidad, para juzgar toda acción en los asuntos públicos. Tales principios y criterios orientadores de la acción son, según Montesquieu, el honor en la monarquía, la virtud en una república y el temor en una tiranía.

En un perfecto Gobierno totalitario, donde todos los hombres se han convertido en Un Hombre, donde toda acción apunta a la aceleración del movimiento de la Naturaleza o de la Historia, donde cada acto singular es la ejecución de una sentencia de muerte que la Naturaleza o la Historia ya han decretado, es decir, bajo condiciones donde cabe apoyarse completamente en el terror para mantener al movimiento en marcha constante, no se precisaría en absoluto ningún principio de acción separado de su esencia. Sin embargo, mientras que la dominación totalitaria no haya conquistado la Tierra y convertido con su férreo anillo del terror a cada hombre individual en una parte de la Humanidad, el terror en su doble función como esencia del Gobierno y como principio, no de acción, sino de movimiento, no puede ser completamente realizado. De la misma manera que la legalidad en el Gobierno constitucional es insuficiente para inspirar y guiar las acciones de los hombres, así el terror en el Gobierno totalitario no es suficiente para inspirar y guiar el comportamiento humano.

Mientras que bajo las condiciones presentes la dominación totalitaria todavía comparte con otras formas de gobierno la necesidad de una guía para el comportamiento de sus ciudadanos en los asuntos públicos, no necesita e incluso no podría utilizar un principio de acción estrictamente hablando, dado que eliminará precisamente la capacidad de los hombres para actuar. Bajo las condiciones del terror total ni siquiera el temor puede ser ya necesitado como indicador de la forma de comportarse, porque el terror escoge sus víctimas sin referencia a acciones o pensamientos individuales, exclusivamente de acuerdo con la necesidad objetiva de los procesos naturales o históricos. Bajo las condiciones totalitarias, el temor se halla probablemente más difundido que antes; pero el temor ha perdido su utilidad práctica cuando las acciones guiadas por él no pueden ya contribuir a evitar los peligros que el hombre teme. Lo mismo cabe decir respecto de la simpatía o del apoyo al régimen, porque el terror total no sólo selecciona a sus víctimas según normas objetivas; escoge a ejecutores con tan completo desdén como sea posible por las convicciones y simpatías del candidato. La eliminación consistente de la convicción como motivo para la acción se convirtió en cosa corriente desde las grandes purgas en la Unión Soviética y en los países satélites. El propósito de la educación totalitaria nunca ha sido infundir convicciones, sino destruir la capacidad para formar alguna. La introducción de los criterios puramente objetivos en el sistema selectivo de las unidades de las SS fue la gran in-

vención organizadora de Himmler; seleccionaba a los candidatos por fotografías, según criterios puramente raciales. La misma Naturaleza era la que decidía no sólo quién tenía que ser eliminado, sino también quién tenía que ser preparado como ejecutor.

Ningún principio orientador del comportamiento, tomado del terreno de la acción humana, tal como la virtud, el honor, el miedo, es necesario o puede ser útil para poner en marcha un cuerpo político que ya no utiliza el terror como medio de intimidación, sino cuya esencia es el terror. En su lugar ha introducido en los asuntos públicos un principio enteramente nuevo que hace caso omiso de la voluntad humana para la acción y atrae a la ansiosa necesidad de alguna percepción de la ley del movimiento según la cual funciona el terror y de la cual, por eso, dependen todos los destinos privados.

Los habitantes de un país totalitario son arrojados y se ven cogidos en el proceso de la Naturaleza o de la Historia con objeto de acelerar su movimiento: como tales, sólo pueden ser ejecutores o víctimas de su ley inherente. El proceso puede decidir que los que hoy eliminan a razas o a individuos, o a los miembros de las clases moribundas y de los pueblos decadentes, serán mañana los que deben ser sacrificados. Lo que la dominación totalitaria necesita para guiar el comportamiento de sus súbditos es una preparación que les haga igualmente aptos para el papel de ejecutor como para el papel de víctima. Esta doble preparación, sustitutivo de un principio de acción, es la ideología.

Las ideologías —ismos que para satisfacción de sus seguidores pueden explicarlo todo y cualquier hecho, deducándolo de una sola premisa— son un fenómeno muy reciente, y durante muchas décadas desempeñaron un papel desdénable en la vida política. Sólo con el conocimiento de su naturaleza podemos descubrir en ellas ciertos elementos que las han hecho tan inquietantemente útiles para la dominación totalitaria. Las grandes potencias políticas de las ideologías no fueron descubiertas antes de Hitler y de Stalin.

Las ideologías son conocidas por su carácter científico: combinan el enfoque científico con resultados de relevancia filosófica y pretenden ser filosofía científica. La palabra «ideología» parece implicar que una idea puede convertirse en objeto de una ciencia de la misma manera que los animales son el objeto de la zoología, y que el sufixo *-logia* en ideología, como en zoología, no indica más que *logoi*, las declaraciones científicas sobre el tema. Si esto fuera cierto, una ideología sería, desde luego, una pseudociencia y una pseudofilosofía, transgrediendo al mismo tiempo las limitaciones de la ciencia y las limitaciones de la filosofía. El deísmo, por ejemplo, sería entonces la ideología que trata de la idea de Dios, de la que se ocupa la filosofía, a la manera científica de la teología, para la que Dios es una realidad revelada. (Una teología que no esté basada en la Revelación como una realidad dada, sino que trate a Dios como a una idea, sería tan absurda como una zoología que no estuviera segura de la existencia física y tangible de los animales.) Sin embargo, sabemos que

ésta es sólo una parte de la verdad. El deísmo, aunque niega la revelación divina, no formula simplemente declaraciones «científicas» sobre un Dios que es solamente una «idea», sino que utiliza la idea de Dios para explicar el curso del mundo. Las «ideas» de los ismos —raza en el racismo, Dios en el deísmo, etc.— nunca constituyen el objeto de las ideologías, y el sufixo *-logia* jamás denota simplemente un cuerpo de declaraciones «científicas».

Una ideología es muy literalmente lo que su nombre indica: la lógica de una idea. Su objeto es la Historia, a la que es aplicada la «idea»; el resultado de esta aplicación no es un cuerpo de declaraciones acerca de algo que es, sino el despliegue de un proceso que se halla en constante cambio. La ideología trata el curso de los acontecimientos como si siguieran la misma «ley» que la exposición lógica de su «idea». Las ideologías pretenden conocer los misterios de todo el proceso histórico —los secretos del pasado, las complejidades del presente, las incertidumbres del futuro— merced a la lógica inherente a sus respectivas ideas.

Las ideologías nunca se hallan interesadas en el milagro de la existencia. Son históricas, se preocupan del devenir y del perecer, de la elevación y de la caída de las culturas, incluso si tratan de explicar la Historia por alguna «ley de la Naturaleza». La palabra «raza» en el racismo no significa una genuina curiosidad por las razas humanas como campo de exploración científica, sino que es la «idea» por la que se explica el movimiento de la Historia como un proceso consecuente.

La «idea» de una ideología no es ni la esencia eterna de Platón captada por los ojos de la mente, ni el principio regulador de la razón de Kant, sino que se ha convertido en un instrumento de explicación. Para una ideología, la Historia no aparece a la luz de una idea (lo que implicaría que la Historia puede ser contemplada *sub specie* de alguna eternidad ideal que en sí misma está más allá del movimiento histórico), sino como algo que puede ser calculado por ella. Lo que hace encajar a la «idea» en su nuevo papel es su propia «lógica», es decir, un movimiento que es consecuencia de la misma «idea» y no necesita de ningún factor exterior para ponerse en marcha. El racismo es la creencia de que existe un movimiento inherente a la misma idea de raza, de la misma manera que el deísmo es la creencia de que hay un movimiento inherente a la misma noción de Dios.

Se supone que el movimiento de la Historia y el proceso lógico de esta noción se corresponden entre sí, de forma que, pase lo que pase, todo sucede según la lógica de una «idea». Sin embargo, el único movimiento posible en el terreno de la lógica es el proceso de deducción a partir de una premisa. La lógica dialéctica, con su proceso de tesis, antítesis y síntesis, que a su vez se torna en tesis del siguiente movimiento dialéctico, no es diferente en principio, una vez que es utilizada por una ideología: la primera tesis se convierte en premisa, y su ventaja para la explicación ideológica es que este recurso dialéctico puede prescindir de las contradicciones de hecho como fases de un movimiento idéntico y consecuente.

Tan pronto como la lógica, como un movimiento del pensamiento

—y no como un necesario control del pensamiento—, es aplicada a una idea, esta idea se transforma en una premisa. Las explicaciones ideológicas del mundo realizan esta operación mucho antes de que llegara a resultar tan eminentemente fructífera para el razonamiento totalitario. La concepción puramente negativa de la lógica, es decir, la prohibición de contradicciones, se convirtió en «productiva», de forma que pudo ser iniciada e impresa a la mente toda una línea de pensamiento, extrayendo conclusiones a la manera de simple argumentación. Este proceso argumentativo no podía ser interrumpido ni por una nueva idea (que habría sido otra premisa con un diferente grupo de consecuencias) ni por una nueva experiencia. Las ideologías suponen siempre que basta una idea para explicar todo en el desarrollo de la premisa y que ninguna experiencia puede enseñar nada, porque todo se halla comprendido en este proceso consistente de deducción lógica. El peligro de cambiar la necesaria inseguridad del pensamiento filosófico por la explicación total de una ideología y de su *Weltanschauung* no es tanto el riesgo de caer en alguna suposición, habitualmente vulgar y siempre no crítica, como el de cambiar la libertad inherente a la capacidad de pensar del hombre por la camisa de fuerza de la lógica, con la que el hombre puede forzarse a sí mismo tan violentamente como si fuera forzado por algún poder exterior.

Las *Weltanschauungen* e ideologías del siglo XIX no son en sí mismas totalitarias, y aunque el racismo y el comunismo se convirtieron en las ideologías decisivas del siglo XX, no eran, en principio, «más totalitarias» que las demás; si llegaron a serlo fue porque los elementos empíricos sobre los que se hallaban originariamente basadas —la lucha entre las razas por la dominación mundial y la lucha entre las clases por el poder político en los respectivos países— resultaron ser políticamente más importantes que los de las demás ideologías. En este sentido, la victoria ideológica del racismo y del comunismo sobre todos los demás ismos fue decidida antes de que los movimientos totalitarios se apoderaran precisamente de estas ideologías. Por otra parte, todas las ideologías contienen elementos totalitarios, pero éstos sólo se encuentran desarrollados completamente por los movimientos totalitarios y ello crea la impresión engañosa de que sólo el racismo y el comunismo son totalitarios en su carácter. La verdad es, más bien, que la verdadera naturaleza de todas las ideologías estaba revelada sólo en el papel que la ideología desempeña en el aparato de dominación totalitaria. Vistos desde este aspecto, aparecen tres elementos específicamente totalitarios que son peculiares a todo el pensamiento ideológico.

En primer lugar, en su reivindicación de una explicación total, las ideologías tienen tendencia a explicar no lo que es, sino lo que ha llegado a ser, lo que ha nacido y ha pasado. En todos los casos se ocupan exclusivamente de los elementos en movimiento, es decir, de la Historia en el sentido habitual de la palabra. Las ideologías se hallan siempre orientadas hacia la Historia, incluso cuando, como en el caso del racismo, partieron aparentemente de la premisa de la Naturaleza; aquí la Naturaleza sirve simplemente para explicar cuestiones históricas y para reducirlas a cues-

tiones de la Naturaleza. La reivindicación de explicación total promete explicar todo el acontecer histórico, la explicación total del pasado, el conocimiento total del presente y la fiable predicción del futuro. En segundo lugar, en esta capacidad, el pensamiento ideológico se torna independiente de toda experiencia de la que no puede aprender nada nuevo incluso si se refiere a algo que acaba de suceder. Por eso, el pensamiento ideológico se torna emancipado de la realidad que percibimos con nuestros cinco sentidos e insiste en una realidad «más verdadera», oculta tras todas las cosas perceptibles, dominándolas desde este escondrijo y requiriendo un sexto sentido que nos permite ser conscientes de ella. Este sexto sentido es precisamente proporcionado por la ideología, ese especial adorno del pensamiento ideológico que es enseñado por las instituciones docentes establecidas exclusivamente con esta finalidad, la de preparar a los «soldados políticos» en las *Ordensburgen* de los nazis o en las escuelas de la Komintern o la Kominform. La propaganda del movimiento totalitario también sirve para emancipar al pensamiento de la experiencia y de la realidad; siempre se esfuerza por inyectar un significado secreto en cada acontecimiento público y tangible y para sospechar la existencia de una intención secreta tras cada acto político público. Una vez que los movimientos han llegado al poder, proceden a modificar la realidad conforme a sus afirmaciones ideológicas. El concepto de enemistad es reemplazado por el de conspiración, y ello produce una mentalidad en la que la realidad —enemistad real o amistad real— ya no es experimentada y comprendida en sus propios términos, sino que se asume automáticamente que significa algo más.

En tercer lugar, como las ideologías no tienen poder para transformar la realidad, logran esta emancipación del pensamiento de la experiencia a través de ciertos métodos de demostración. El pensamiento ideológico ordena los hechos en un procedimiento absolutamente lógico que comienza en una premisa axiomáticamente aceptada, deduciendo todo a partir de ahí; es decir, procede con una consistencia que no existe en parte alguna en el terreno de la realidad. La deducción puede proceder lógica o dialécticamente, en cualquier caso supone un proceso consistente de argumentación que, porque lo considera en términos de un proceso, se supone ser capaz de comprender el movimiento de los procesos suprahumanos naturales o históricos. La comprensión se logra imitando mentalmente, bien lógica o bien dialécticamente, las leyes de los movimientos «científicamente» establecidos, con los que se integra a través del proceso de imitación. La argumentación, siempre un tipo de deducción lógica, corresponde a los métodos ya mencionados elementos de las ideologías —el elemento de movimiento y el de emancipación de la realidad y de la experiencia—, primero, porque su pensamiento sobre el movimiento no procede de la experiencia, sino que es autogenerado, y segundo, porque transforma el único y exclusivo punto que es tomado y aceptado de la realidad experimentada en una premisa axiomática, dejando a partir de entonces el subsiguiente proceso de argumentación completamente insafectado por cualquier experiencia ulterior. Una vez establecida su premisa, su punto de partida, la expe-

riencia ya no se injiere en el pensamiento ideológico, ni puede ser éste modificado por la realidad.

El recurso por el que ambos gobernantes totalitarios acosmbraban a transformar sus respectivas ideologías en armas con las que cada uno de sus súbditos se obligaba a marchar al paso del movimiento del terror era engañosamente simple y nada conspicuo: tomaban en serio a los muertos. Se jactaba uno de su supremo don del «frío razonamiento» (Hitler), y el otro de su «impacable dialéctica», y procedían a empujar a las implicaciones ideológicas hacia extremos de consistencia lógica que, para el observador, parecía estúpida y absurda: una «clase moribunda» estaba constituida por personas condenadas a muerte; las razas que son «incapaces de vivir» tenían que ser exterminadas. Cualquiera que aceptase que existían cosas tales como las «clases moribundas» y no extrajera la consecuencia de matar a sus miembros, o que el derecho a la vida tenía algo que ver con la raza, y no extrajera la consecuencia de matar a las «razas incapaces», era simplemente un estúpido o un cobarde. Esta estricta lógica como guía para una acción penetra toda la estructura de los movimientos y de los Gobiernos totalitarios. Obra exclusiva de Hitler y de Stalin es el hecho de que, aunque no añadieran un solo nuevo pensamiento a las ideas y los *slogans* de la propaganda de sus movimientos, sólo por esta razón deben ser considerados ideólogos de la mayor importancia.

Lo que distinguía a estos nuevos ideólogos totalitarios de sus predecesores estribaba en que ya no era primariamente la «idea» de la ideología —la lucha de clases y la explotación de los trabajadores o la lucha de razas y el cuidado por los pueblos germánicos— lo que les atraía, sino el proceso lógico que podía desarrollarse a partir de ahí. Según Stalin, no eran la idea ni la oratoria, sino «la irresistible fuerza de la lógica» de Lenin la que se imponía abrumadoramente a sus audiencias. Se descubrió que el poder, que Marx creyó que nacía cuando la idea se apoderaba de las masas, no residía en la misma idea, sino en el proceso lógico que «como un poderoso tentáculo se apodera de uno por todos lados como una garrá y ante el cual uno carece de fuerza para apartarse; es preciso rendirse o aceptar mentalmente una profunda derrota». ¿Sólo cuando se hallaba en juego la realización de los objetivos ideológicos, la sociedad sin clases o la raza de señores, podía mostrarse esta fuerza por sí misma. En el proceso de realización la sustancia original sobre la que se hallan basadas las ideologías mientras que tienen que atraer a las masas —la explotación de los trabajadores o las aspiraciones nacionales de Alemania— se pierde gradualmente como si fuese devorada por el mismo proceso: de perfecto acuerdo con el «frío razonamiento» y la «irresistible fuerza de la lógica», los trabajadores perdieron bajo la dominación bolchevique incluso aquellos derechos que les habían sido otorgados bajo la opresión zarista, y el

pueblo alemán padeció un género de guerra en la que no se prestó la más ligera atención a los requerimientos mínimos para la supervivencia de la nación alemana. Corresponde a la naturaleza de las políticas ideológicas —y no es simplemente una traición cometida en beneficio del interés propio o del deseo del poder— el hecho de que el verdadero contenido de la ideología (la clase trabajadora o los pueblos germánicos) que originariamente determinó la «idea» (la lucha de clases como ley de la Historia o la lucha de razas como ley de la Naturaleza) sea devorado por la lógica con la que es realizada la «idea».

La preparación de las víctimas y de los ejecutores que requiere el totalitarismo en lugar del principio de la acción de Montesquieu no es la misma ideología —el racismo o el materialismo dialéctico—, sino su lógica inherente. El argumento más persuasivo al respecto, un argumento puede decir A, sin decir B y C y etcétera», hasta llegar al final del alfilerito homicida. Aquí parece hallar su fuente la fuerza coactiva de la lógica; surgen de nuestro propio temor a contradecirnos. Hasta el punto de que la purga bolchevique logró que sus víctimas confesaran crímenes que jamás habían cometido, descansan en ese temor básico y arguye de la siguiente manera: «Todos estamos de acuerdo en la premisa de que la Historia es una lucha de clases y en el papel del partido en su dirección. Usted sabe por eso que, históricamente hablando, el partido siempre tiene razón.» (En palabras de Trotsky: «Podemos tener razón con y por el partido, porque la Historia no ha proporcionado otro camino para tener razón.») En este momento histórico, es decir, de acuerdo con la ley de la Historia, van a ser cometidos ciertos crímenes que el partido, conociendo la ley de la Historia, tiene que castigar. Para estos crímenes, el partido necesita criminales; puede que el partido, aunque conozca los crímenes, no conozca completamente a los criminales. Más importante que hallarse seguro acerca de los criminales es castigar los crímenes, porque sin tal castigo la Historia no progresará, sino que puede verse incluso obstaculizada en su curso. Por eso, usted, o bien ha cometido los crímenes, o ha sido designado por el partido para desempeñar el papel de criminal; en cualquier caso, usted se ha convertido objetivamente en un enemigo del partido. Si usted no confiesa, deja de ayudar a la Historia a través del partido y se convierte en un enemigo real —la fuerza coactiva del argumento es: Si usted se niega, se contradice a sí mismo, y a través de esta contradicción convierte a toda su vida en algo carente de significado; la A que usted dice que domina toda su vida a través de las consecuencias de B y C que lógicamente engendra.

Los dominadores totalitarios se apoyan en el apremio con el que podemos obligarnos a nosotros mismos para obtener la movilización limitada de personas que todavía necesitan; este apremio íntimo es la tiranía de la lógica, a la que nada se resiste si no es la gran capacidad de los hombres para empezar algo nuevo. La tiranía de la lógica comienza con la sumisión de la mente a la lógica como un proceso inacabable en el que el hombre se apoya para engendrar sus pensamientos. Mediante esta su-

³ Discurso de Stalin del 28 de enero de 1924; cita de LENIN, *Selected Works*, vol. I, p. 33. Mészai, 1947. Es interesante advertir que la «lógica» de Stalin figura entre las pocas cualidades que Khrushchev le alaba en su devastador discurso ante el XX Congreso del Partido.

misión entrega su libertad íntima como entrega su libertad de movimientos cuando se inclina ante una tiranía externa. La libertad, como capacidad interna de un hombre, se identifica con la capacidad de comenzar, de la misma manera que la libertad como realidad política se identifica con un espacio de desplazamiento entre los hombres. Sobre el comienzo, ninguna lógica, ninguna deducción convincente pueden tener poder alguno, porque su cadena presupone, en la forma de una premisa, el comienzo. Como se necesita el terror para evitar que con el nacimiento de cada nuevo ser humano surja un nuevo comienzo y alce su voz en el mundo, así la fuerza coactiva de la lógica es movilizada para evitar que nadie comience a pensar —que como la más libre y la más pura de todas las actividades humanas, es lo verdaderamente opuesto al proceso obligatorio de deducción. El Gobierno totalitario puede sentirse seguro sólo en la medida en que pueda movilizar la propia fuerza de voluntad del hombre para obligarle a ese gigantesco movimiento de la Historia o de la Naturaleza que supuestamente utiliza a la Humanidad como su material y que no conoce ni nacimiento ni muerte.

La coacción del terror total, por un lado, que, con su anillo de hierro, presiona a las masas de hombres aislados y las mantiene en un mundo que se ha convertido en un desierto para ellos, y la fuerza autocoactiva de la deducción lógica, por otro, que prepara a cada individuo en su aislamiento solitario contra todos los demás, se corresponde mutuamente y se necesita mutuamente para mantener constantemente en marcha el movimiento gobernado por el terror. De la misma manera que el terror, incluso en su forma pretotalitaria y simplemente tiránica, arruina todas las relaciones entre los hombres, así la autocoacción del pensamiento ideológico arruina todas las relaciones con la realidad. La preparación ha tenido éxito cuando los hombres pierden el contacto con sus semejantes tanto como con la realidad que existe en torno de ellos; porque, junto con estos contactos, los hombres pierden la capacidad tanto para la experiencia como para el pensamiento. El objeto ideal de la dominación totalitaria no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existen la distinción entre el hecho y la ficción (es decir, la realidad empírica) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, las normas del pensamiento).

La cuestión que hemos suscitado al comienzo de estas consideraciones y a la que ahora volvemos es la de qué género de experiencia básica en la vida en común de los hombres penetra una forma de gobierno cuya esencia es el terror y cuyo principio de acción es la lógica del pensamiento ideológico. Es obvio que semejante combinación nunca fue usada anteriormente en las variadas formas de dominación política. Pero la experiencia básica sobre la que descansa debe ser humana y conocida de los hombres en cuanto que hasta éste, el más «original» de todos los cuerpos políticos, ha sido concebido por hombres y de alguna forma responde a las necesidades de los hombres.

Se ha observado frecuentemente que el terror puede dominar de forma

absoluta sólo a hombres aislados y que, por eso, una de las preocupaciones primarias del comienzo de todos los Gobiernos tiránicos consiste en lograr el aislamiento. El aislamiento puede ser el comienzo del terror; es ciertamente su más fértil terreno; y siempre su resultado. Este aislamiento es, como si dijéramos, pretotalitario. Su característica es la impotencia en cuanto que el poder siempre procede de hombres que actúan juntos, «actuando concertadamente» (Burke); por definición, los hombres aislados carecen de poder.

El aislamiento y la impotencia, es decir, la incapacidad fundamental para actuar, son siempre característicos de las tiranías. Los contactos políticos entre los hombres quedan cortados en el Gobierno tiránico y frustradas las capacidades humanas para la acción y para el poder. Pero no todos los contactos entre los hombres quedan rotos ni destruidas todas las capacidades humanas. Toda la esfera de la vida privada, con las capacidades para la experiencia, la fabricación y el pensamiento, quedan intactas. Sabemos que el anillo de hierro del terror total no deja espacio para semejante vida privada y que la autocoacción de la lógica totalitaria destruye la capacidad del hombre para la experiencia y el pensamiento tan seguramente como su capacidad para la acción.

Lo que llamamos aislamiento en la vida política se llama soledad en la esfera de las relaciones sociales. El aislamiento y la soledad no son lo mismo. Yo puedo estar aislado: es decir, hallarme en una situación en la que no pueda actuar porque no hay nadie que actúe conmigo, sin estar solo; y puedo estar solo: es decir, en una situación en la que yo, como persona, me siento abandonado de toda compañía humana, sin hallarme aislado. El aislamiento es ese callejón sin salida al que son empujados los hombres cuando es destruida la esfera política de sus vidas donde actúan juntamente en la prosecución de un interés común. Sin embargo, el aislamiento, aunque destructor del poder y de la capacidad para la acción, no sólo deja intactas todas las llamadas actividades productoras del hombre, sino que incluso se requiere para éstas. El hombre, en cuanto *homo faber*, tiende a aislarse con su obra, es decir, a abandonar temporalmente el terreno de la política. La fabricación (*poiesis*, la elaboración de cosas), como diferenciada de la acción (*praxis*), por una parte, y del puro trabajo, por otra, es realizada siempre en un cierto aislamiento de las preocupaciones comunes, tanto si el resultado es una muestra de pericia manual como una obra de arte. En el aislamiento, el hombre permanece en contacto con el mundo como artífice humano; sólo cuando es destruida la más elemental forma de creatividad humana, que es la capacidad de añadir algo propio al mundo común, el aislamiento se torna inmediatamente insostenible. Esto puede suceder en un mundo cuyos principales valores sean dictados por el trabajo, es decir, donde todas las actividades humanas hayan sido transformadas en trabajo. Bajo semejantes condiciones sólo queda el puro esfuerzo del trabajo, que es el esfuerzo por mantenerse vivo, y se halla rota la relación con el mundo como artificio humano. El hombre aislado, que ha perdido su lugar en el terreno político de la acción, es abandonado también por el mundo. Ya no es reconocido como un *homo faber*, sino

De Re Pública, I, 17: *Nunquam minus solus esse quam cum solus esset*, «Nunca estaba menos solo que cuando estaba solo», o, más bien, «Nunca estubo menos solitario que cuando llevaba una vida solitaria», parece que Epiceto, el esclavo emancipado, filósofo de origen griego, fue el primero en distinguir entre la soledad y la vida solitaria. Su descubrimiento, en cierta manera, fue accidental; lo que le interesaba principalmente no era la vida solitaria ni la soledad, sino estar solos (*monos*) en el sentido de independencia absoluta. Como Epiceto le ve (*Dissertationes*, libro, III, capítulo 15), el hombre retraído (*eremos*) se encuentra rodeado por otros con los que no puede establecer contacto o a cuya hostilidad está expuesto. El hombre solitario, por el contrario, está solo, y por eso «puede estar unido consigo mismo», dado que los hombres tienen la capacidad de «hablar con ellos mismos». En la vida solitaria, en otras palabras, yo soy «por mí mismo», junto con mi yo, y por eso somos dos en uno, mientras que en la soledad yo soy realmente uno, abandonado de todos los demás. Todo pensamiento, estrictamente hablando, es elaborado en la vida solitaria entre yo y mi yo mismo; pero este diálogo de dos en uno no pierde contacto con el mundo de mis semejantes, porque está representado en el yo con el que dialogo. El problema de la vida solitaria es que este dos en uno necesita de los demás para convertirse en uno de nuevo: un individuo intercambiable cuya identidad no puede ser confundida con la de ningún otro. Para la confirmación de mi identidad, yo dependo enteramente de otras personas; y esta gran gracia salvadora de la compañía para los hombres solitarios es la que les convierte de nuevo en un «conjunto», les salva del diálogo del pensamiento en el que yo permanezco siempre equívoco y restaura la identidad que les hace hablar con la voz singular de una persona incambiable.

La vida solitaria puede convertirse en soledad; esto sucede cuando yo mismo soy abandonado por mi propio yo. Los hombres solitarios siempre han experimentado el peligro de la soledad cuando ya no pueden hallar la gracia redentora de la compañía para salvarles de la dualidad, del equívoco y de la duda. Históricamente, parece como si este peligro sólo en el siglo XIX se hubiera tornado lo suficientemente grande como para ser advertido por los demás y señalado por la Historia. Se reveló claramente por sí mismo cuando los filósofos, sólo para quienes la vida solitaria es un estilo de vida y una condición de trabajo, ya no se contentaron con el hecho de que la «filosofía es solamente para unos pocos» y comenzaron a insistir en que nadie les comprendía». Característica al respecto es la anécdota de Hegel en su lecho de muerte, que difícilmente hubiera podido decirse de cualquier otro gran filósofo anterior: «Nadie me ha entendido, excepto uno; y él también me entendió mal.» De la misma manera, siempre existe la posibilidad de que un hombre retraído se encuentre a sí mismo y comience el diálogo pensante de la soledad. Esto es lo que, al parecer, sucedió a Nietzsche en Sils Maria cuando concibió *Zaratustra*. En dos poemas («Sils Maria» y «Aus hohen Bergen») habla de su vacía espera y del anhelo expectante del solitario hasta que de repente: *im Mittag war's, da wurde Eins zu Zwei... / Nun feiert wir, verehrten Siegs*

tratado como un *animal laborans* cuyo necesario «metabolismo con la Naturaleza» no preocupa a nadie. Entonces el aislamiento se torna soledad. La tiranía basada en el aislamiento deja generalmente intactas las capacidades productoras del hombre; una tiranía sobre «trabajadores», sin embargo, como, por ejemplo, la dominación sobre los esclavos en la antigüedad, sería automáticamente una dominación sobre hombres solitarios y no solamente aislados y tendería a ser totalitaria.

Mientras que el aislamiento corresponde sólo al terreno político de la vida, la soledad corresponde a la vida humana en conjunto. Los Gobiernos totalitarios, como todas las tiranías, no podrían ciertamente existir sin destruir el terreno público de la vida, es decir, sin destruir, aislando a los hombres, sus capacidades políticas. Pero la dominación totalitaria como forma de gobierno resulta nueva en cuanto que no se contenta con este aislamiento y destruye también la vida privada. Se basa ella misma en la soledad, en la experiencia de no pertenecer en absoluto al mundo, que figura entre las experiencias más radicales y desesperadas del hombre.

La soledad, el terreno propio del terror, la esencia del Gobierno totalitario, y para la ideología o la lógica, la preparación de ejecutores y víctimas, está estrechamente relacionada con el desarraigamiento y la superfluidez, que han sido el azote de las masas modernas desde el comienzo de la revolución industrial y que se agudizaron con el auge del imperio y a finales del siglo pasado y la ruptura de las instituciones políticas y de las tradiciones sociales en nuestro propio tiempo. Estar desarraigado significa no tener en el mundo un lugar reconocido y garantizado por los demás; ser superfluo significa no pertenecer en absoluto al mundo. El desarraigamiento puede ser la condición preliminar de la superfluidez, de la misma manera que el aislamiento puede ser (aunque no lo sea forzosa, mente) la condición preliminar de la soledad. Considerada en sí misma, sin consideración a sus recientes causas históricas y a su nuevo papel en política, la soledad es al mismo tiempo contraria a los requerimientos básicos de la condición humana y una de las experiencias fundamentales de cada vida humana. Incluso la experiencia del mundo material y sensualmente dado depende de este hallarse en contacto con otros hombres, de nuestro sentido *comunitar*, que regula y controla todos los demás sentidos y sin el cual cada uno de nosotros quedaría encerrado en su propia particularidad de datos sensibles que en sí mismos son insensibles y traicioneros. Sólo porque tenemos sentido común, es decir, sólo porque la Tierra no está habitada por un hombre, sino por los hombres, podemos confiar en nuestra inmediata experiencia sensible. Sin embargo, hemos de recordar que nosotros mismos que un día dejáramos este mundo común, que seguimos a nosotros mismos que una día dejáramos este mundo común, si es que queremos comprender la soledad, la experiencia de ser abandonados por todo y por todos.

La soledad no es la vida solitaria. La vida solitaria requiere estar solo, mientras que la soledad se revela más agudamente en compañía de los demás. Aparte de algunas erradas observaciones (usualmente enmarcadas en un estilo paradójico como la afirmación de Carón, citada por Cicerón,

tes masas de nuestro siglo. El proceso implacable por el que el totalitarismo impulsa y organiza a las masas parece como un escape suicida a esta realidad. El «frio razonamiento» y el «poderoso tentáculo» de la dialéctica que se apoderan de uno como una garrá parece como el último asidero en un mundo donde nadie es fiable y en donde no puede confiarse en nada.

Es esta íntima coacción, cuyo único contenido estriba en la estricta evitación de contradicciones, la que parece confirmar la identidad de un hombre al margen de todas las relaciones con los demás. Le encaja en el anillo de hierro del terror incluso cuando ya no está solo, y la dominación totalitaria nunca trata de dejarle solo excepto en la extremada situación de un confinamiento solitario. Destruyendo todo el espacio entre los hombres y oprimiendo a unos contra otros, incluso quedan liquidadas las potencialidades productivas del aislamiento; enseñando y glorificando el razonamiento lógico de la soledad, donde el hombre sabe que estará profundamente perdido si llega a apartarse de la primera premisa de la que parte todo el proceso, quedan estumadas incluso las más ligeras posibilidades de que la soledad pueda transformarse en vida solitaria y la lógica en pensamiento. Si se compara a esta práctica con la de la tiranía, parece como si se hubiera hallado un medio de poner al mismo destierro en marcha, para desencadenar una tormenta de arena que cubra todas las partes del mundo habitado.

Las condiciones bajo las cuales existimos hoy en el campo de la política se hallan, desde luego, amenazadas por estas devastadoras tormentas de arena. Su peligro no es que puedan establecer un mundo permanente. La dominación totalitaria, como la tiranía, porta los gérmenes de su propia destrucción. De la misma manera que el miedo y la impotencia de la que surge el miedo son principios antipolíticos y lanzan a los hombres a una situación contraria a la acción política, así la soledad y la deducción lógico-ideológica de lo peor que procede de ella representa una situación antisocial y alberga un principio destructivo para toda la vida humana en común. Sin embargo, la soledad organizada es considerablemente más peligrosa que la impotencia inorganizada de todos aquellos que son regidos por la voluntad tiránica y arbitraria de un solo hombre. Su peligro estriba en que amenaza asolar al mundo tal como nosotros lo conocemos —un mundo que en todas partes parece haber llegado a un final— antes de que un nuevo comienzo surja de ese final y tenga tiempo para afirmarse por sí mismo.

Al margen de tales consideraciones —que como predicciones son de escasa utilidad y de menor consuelo— queda el hecho de que la crisis de nuestro tiempo y su experiencia central han producido una forma enteramente nueva de gobierno que, como potencialidad y como peligro siempre presente, es muy probable que permanezca con nosotros a partir de ahora, de la misma manera que las demás formas de gobierno que surgieron en diferentes momentos históricos y basadas en experiencias fundamentalmente diferentes, han permanecido con la Humanidad al margen de sus derrotas temporales —monarquías, repúblicas, tiranías, dictaduras y despotismo.

gewiss, / das Fest der Feste; / Freund Zarathustra kam, der Gast der Gäste! («Era mediodía, cuando Uno se convirtió en Dos... / seguros de la victoria, unidos celebramos la fiesta de las fiestas; / llegó el amigo Zarathustra, el invitado de los invitados»).

Lo que torna tan insoportable la soledad es la pérdida del propio yo, que puede realizarse en la vida solitaria, pero que sólo puede quedar confirmado en su identidad en la fiable compañía de mis iguales. En esta situación el hombre pierde la confianza en sí mismo como compañero de sus pensamientos y esa elemental confianza en el mundo que se necesita para realizar experiencias. El yo y el mundo, la capacidad para el pensamiento y la experiencia, se pierden al mismo tiempo.

La única capacidad de la mente humana que no precisa ni del yo ni del otro ni del mundo para funcionar con seguridad y que es independiente de la experiencia como lo es del pensamiento es la capacidad de razonamiento lógico cuya premisa es lo evidente por sí mismo. Las notas elementales de la evidencia convincente, la verdad de que dos y dos son cuatro, no pueden ser pervertidas ni siquiera por las condiciones de la soledad absoluta. Esta es la única «verdad» fidedigna en la que pueden apoyarse los seres humanos una vez que han perdido su garantía mutua, el sentido común, lo que los hombres necesitan para experimentar y vivir y conocer su camino en un mundo común. Pero esta «verdad» se halla vacía, o más bien no es una verdad en absoluto, porque no revela nada (definir la consistencia como verdad, tal como hacen algunos modernos lógicos, significa negar la existencia de la verdad). Por eso, bajo las condiciones de la soledad, lo evidente por sí mismo ya no es simplemente un medio del intelecto y comienza a ser productivo, a desarrollar sus propias líneas de «pensamiento». Que el proceso de pensamiento caracterizado por la estricta lógica de lo evidente por sí mismo, del que aparentemente no hay escape, tiene alguna conexión con la soledad, fue ya advertido por Lutero (cuyas experiencias en los fenómenos de la vida solitaria y de la soledad probablemente no han sido superados por nadie, y quien una vez se atrevió a decir que «tiene que haber un Dios, porque el hombre necesita un ser en quien pueda confiar») en un comentario poco conocido sobre las palabras de la Biblia «no es bueno que el hombre esté solo»: Un hombre solitario, dice Lutero, «siempre deduce una cosa de otra y piensa en todo hasta llegar a lo peor»⁴. El famoso extremismo de los movimientos totalitarios, lejos de tener nada que ver con el verdadero radicalismo, consiste, desde luego, en este «pensar en todo hasta llegar a lo peor», en este proceso deductivo que siempre llega a las peores conclusiones posibles.

Lo que prepara a los hombres para la dominación totalitaria en el mundo liminal habitualmente sufrida en ciertas condiciones sociales marginales como la vejez, se ha convertido en una experiencia cotidiana de crecer

⁴ Ein solcher (sc. einsamer) Mensch folgert immer eins aus dem andern und denkt alles zum Argsten. En *Erbauliche Schriften*, «Warum die Einsamkeit zu fliehen?».

3
A

Pero también permanece la verdad de que cada final en la Historia contiene necesariamente un nuevo comienzo: este comienzo es la promesa, el único «mensaje» que le es dado producir al final. El comienzo, antes de convertirse en un acontecimiento histórico, es la suprema capacidad del hombre; políticamente, se identifica con la libertad del hombre. *Initium ut esse: homo creatus est* («para que un comienzo se hiciera fue creado el hombre»), dice Agustín⁵. Este comienzo es garantizado por cada nuevo nacimiento; este comienzo es, desde luego, cada hombre.

BIBLIOGRAFIA

⁵ *De Civitate Dei*, libro 12, cap. 20.